

Glukhovsky Dmitry
Metro 2034

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Título original: *Metro 2034* Traducción: © Joan Josep Mussarra Roca, 2010

Fotografía de interior: © Verónica Arenas

Primera edición: abril de 2010

© Dmitry Glukovsky, 2009 www.nibbe-wielding.de

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana: © Scyla Editores, S. A., 2010 Diagonal 662-664, 08034 Barcelona (España) Timun Mas es marca registrada por

Scyla Editores, S. A. www.timunmas.com

ISBN: 978-84-480-3981-3 Preimpresión: Abogal, S.C.P. Depósito legal: B.

13.443-2010 Impreso en España por Egedsa

PRÓLOGO

Estamos en el año 2034. El mundo ha sido devastado. Apenas si quedan seres humanos con vida. Las ciudades están destruidas y la radiación las ha dejado inhabitables. Se dice que, fuera de ellas, se encuentran solamente interminables desiertos de tierra calcinada, y antiguos bosques que se han transformado en impenetrables espesuras. Pero nadie sabe muy bien lo que se esconde en ellos. La civilización ha desaparecido. Y el recuerdo que aún se conserva de las pasadas grandezas de la Humanidad se mezcla gradualmente con mitos y leyendas.

Han pasado veinte años desde que el último avión se elevó a los cielos. Las antiguas vías de tren, cubiertas de herrumbre, no llevan ya a ninguna parte. Y si sintonizáramos, aunque fuera un millón de veces, las antiguas frecuencias de radio en las que se retransmitía desde Nueva York, París, Tokio y Buenos Aires, no oiríamos nada más que un aullido solitario.

Han pasado más de veinte años desde *entonces*. La Humanidad ha cedido a otras especies el señorío que en otro tiempo ejerció sobre el mundo. Especies nacidas de la radiación, mucho mejor adaptadas a la vida en este mundo nuevo.

La Era de la Humanidad ha terminado.

Pero los supervivientes no quieren aceptarlo. Unas pocas decenas de miles de humanos han sobrevivido, y no saben si en otra parte del mundo puede haber más, o si son los únicos que han sobrevivido en todo el planeta.

Viven dentro de la antigua red de metro de Moscú, el refugio atómico más grande que jamás construyera la mano del hombre. El último refugio de la Humanidad.

Casi todos los supervivientes se hallaban en el metro *aquel día*. Y eso fue lo que les salvó la vida. Las puertas de seguridad herméticas de las estaciones los protegieron de la radiación y de las horribles criaturas que a partir de entonces fueron apareciendo en la superficie. Los viejos filtros les permitían purificar el aire y el agua. Los refugiados más hábiles construyeron dinamos con las que los habitantes de la red de metro obtienen ahora electricidad. Se alimentan de cerdos y champiñones que crían en granjas subterráneas. Los más pobres no tienen reparos en comer también ratas.

Hace tiempo que no existe ningún tipo de administración central. Las estaciones se han constituido en microestados. Sus habitantes se agrupan en torno a ideologías, religiones y filtros de agua. O se unen simplemente para defenderse de ataques enemigos.

Es un mundo sin mañana. En él no tienen cabida los sueños, ni los proyectos ni las esperanzas. Los sentimientos han cedido su lugar a los instintos, y el más importante de éstos es la voluntad de supervivencia. A cualquier precio.

Este libro es una continuación de la novela *Metro 2033*.

LA DEFENSA DE LA SEVASTOPOLSKAYA

No regresaron. Ni el martes, ni el miércoles, ni tampoco el jueves, el día que habían acordado como fecha límite. El puesto de vigilancia exterior no descansaba en ningún momento. Habría bastado con que los centinelas oyeran aunque fuera el eco de una petición de auxilio, o divisaran el tenue fulgor de una linterna sobre las paredes oscuras y húmedas del túnel que conducía a la estación Nakhimovsky Prospekt para que, en el acto, partiera un destacamento.

La tensión crecía por momentos. Los centinelas, unos soldados muy bien armados, con entrenamiento especial para situaciones como aquella, tenían el ojo alerta en todo. La baraja de cartas con la que se entretenían entre alarma y alarma llevaba dos días acumulando polvo en un cajón del cuarto de guardia. Las conversaciones relajadas de otros tiempos dejaron de existir, y las sustituyeron, al principio, breves y nerviosos intercambios de pareceres, y luego, por fin, un silencio lúgubre que aún persistía. Todos los que estaban allí abrigaban la esperanza de ser el primero en oír los ecos de las pisadas que anunciarían el regreso de la caravana. Era una cuestión muy importante.

Todos los habitantes de la Sevastopolskaya, desde los niños de cinco años hasta los más ancianos, eran duchos en el manejo de las armas. Habían transformado su estación en un baluarte inexpugnable. Pero, por mucho que se fortificaran tras nidos de ametralladoras, alambradas, e incluso dientes de dragón que habían preparado con trozos de raíl, su fortaleza, imbatible en apariencia, no conseguía liberarse de la amenaza del desastre. Su talón de Aquiles era la falta de munición.

Si los habitantes de las otras estaciones hubieran tenido que hacer frente a un ataque como los que la Sevastopolskaya sufría a diario, no habrían tratado de defenderse. Habrían huido, como las ratas que abandonan un túnel inundado. Si se hubiera dado una emergencia extrema, ni siquiera la poderosa Hansa, la confederación de estaciones de la Línea de Circunvalación, se habría prestado a mandarles grandes refuerzos. Les habría salido demasiado caro. Indudablemente, la Sevastopolskaya tenía un valor estratégico enorme. Pero el precio que habría costado su defensa era demasiado alto.

El precio de la electricidad también era alto. Tan alto, que los moradores de la Sevastopolskaya, constructores de una de las centrales hidroeléctricas más importantes de la red de metro, recibían municiones de la Hansa a cambio del suministro, e incluso hacían negocio con ello. Pero la electricidad no se pagaba tan sólo con cartuchos, sino también con la vida breve y mutilada de buena parte de los habitantes de la estación.

Las aguas subterráneas eran, a un tiempo, una bendición y una maldición para la Sevastopolskaya. Igual que las corrientes de la Estigia rodeaban por todos lados la podrida embarcación de Caronte, la estación estaba también circundada de agua. Las aguas subterráneas proporcionaban luz y calor a la Sevastopolskaya, y a poco más de un tercio de la Línea de Circunvalación, porque hacían girar las palas de docenas de norias. Los expertos ingenieros de la estación las habían mandado construir, de acuerdo con sus propios planos, en los túneles, en las grutas, en las corrientes subterráneas de agua. En resumen: en todos los sitios donde les había sido posible.

Pero, al mismo tiempo, el agua corroía sin cesar los pilares, arrancaba poco a poco el cemento de las juntas. Murmuraba tras las paredes de la estación, como para arrullar a sus habitantes. Las aguas subterráneas les impedían cegar mediante explosiones los túneles superfluos. Y era precisamente por esos túneles por donde hordas de monstruos salidos de una pesadilla llegaban hasta la Sevastopolskaya, cual

interminable y venenoso ciempiés que hubiera ido entrando en una máquina de picar carne.

Los habitantes de la estación se veían a sí mismos como tripulantes de una nave de espectros que navegaba por el Infierno. Estaban condenados a buscar y reparar sin descanso nuevas vías de agua, porque hacía mucho tiempo que la fragata había empezado a inundarse. Y no había a la vista ningún puerto que les ofreciera seguridad y reposo.

Tenían que defenderse de incesantes ataques porque, desde la Chertanovskaya¹, al sur, y la Nakhimovsky Prospekt, al norte, acudían monstruos que habían salido arrastrándose de los tubos de ventilación, que emergían de los turbios caldos que reposaban en los conductos de desagüe, o que irrumpían por los túneles. Parecía que el mundo entero se hubiese conjurado contra los moradores de la Sevastopolskaya, y que no escatimara ningún esfuerzo para borrar sus hogares del plano de la red de metro. Pero ellos defendían su estación con uñas y dientes, como si se tratara del último refugio en todo el Universo.

Y, sin embargo, por muy capaces que fueran sus ingenieros, por severa e implacable que fuese la instrucción de sus militares, no podrían defender la estación si no disponían de cartuchos, y de bombillas para los faros, y de antibióticos y vendajes. Producían electricidad, ciertamente, y la Hansa les pagaba bien por ello. Pero la Línea de Circunvalación contaba también con otros proveedores, y con producción propia. Los moradores de la Sevastopolskaya, en cambio, no habrían podido sobrevivir un mes entero sin ayuda exterior. Y sus reservas de cartuchos estaban a punto de terminarse.

Todas las semanas, caravanas acompañadas por una escolta militar partían hacia la Serpukhovskaya, donde empleaban el crédito que les habían concedido los mercaderes de la Hansa para proveerse de todo lo necesario, y luego regresaban de inmediato. Mientras la Tierra siguiera girando, las aguas subterráneas fluyeran y las bóvedas concebidas por los constructores del metro se mantuvieran en pie, la vida seguiría igual.

Pero, entonces, una caravana se retrasó. Y tardaba tanto que sólo era posible una explicación: habían sufrido un imprevisto, un percance terrible, contra el que nada habían podido los escoltas, a despecho de su pesado armamento y su experiencia en el combate, ni tampoco las buenas relaciones con la Hansa, que tanto mimaban.

La intranquilidad no habría sido tan grande si hubieran dispuesto de algún medio de comunicación. Pero la línea telefónica que los conectaba con la Hansa también había sufrido algún problema, no habían podido hablar con ellos desde el lunes anterior, y el destacamento que habían enviado en busca de la avería había regresado sin encontrar nada.

Una lámpara de pantalla ancha y de color verde colgaba, muy baja, sobre una mesa redonda. Iluminaba unos folios amarillentos sobre los que había gráficos y diagramas trazados a lápiz. La bombilla era de bajo consumo —como mucho, cuarenta vatios—, pero no para ahorrar electricidad —la Sevastopolskaya no tenía ningún problema en ese sentido—, sino porque al ocupante del despacho no le gustaban las luces intensas. El cenicero estaba lleno de colillas, todas ellas de cigarrillos liados a mano, de baja calidad. Un humo acre, de color gris azulado, flotaba cual pesada niebla en la habitación de techo bajo.

El jefe de estación, Vladimir Ivanovich Istomin, se enjugó la frente, levantó la mano y miró el reloj con el único ojo que le quedaba. Por quinta vez en media hora. Luego chasqueó los dedos y se levantó pesadamente.

—Tenemos que tomar una decisión. No podemos seguir así, sin hacer nada.

Un hombre mayor, pero de constitución robusta, estaba sentado al otro lado de la mesa. Vestía una chaqueta acolchada con colores de camuflaje y una raída boina azul.

¹ La Línea 6 del metro de Moscú, también llamada Línea Kalushko-Rizhskaya, discurre entre las estaciones Mytishchi y Bittsevsky Park.

Abrió la boca para decir algo, pero se lo impidió un acceso de tos. Parpadeó, malhumorado, y trató de apartar el humo con la mano. Luego dijo:

—Sí, de acuerdo, Vladimir Ivanovich. Pero te lo repito: no podemos sacar a más hombres del túnel meridional. La presión que tienen que aguantar los centinelas que hacen guardia allí es muy fuerte. A duras penas consiguen resistir. Tan sólo en esta última semana hemos contado tres heridos, uno de ellos grave, y eso a pesar de las fortificaciones. No voy a permitir que debilites aún más nuestras posiciones en el sur. Es preciso que seis exploradores vigilen en todo momento los conductos de ventilación y el túnel de enlace. Y también necesitamos hombres en el norte para proteger a las caravanas que vienen hacia aquí. No podemos prescindir ni de un único soldado. Lo siento, pero tendrás que buscar otra manera de solucionar el problema.

—¡El jefe de los puestos exteriores eres tú, así que encuéntrame hombres, por favor! —masculló el jefe de estación—. Yo ya me encargo de los asuntos que me competen. Tendría que partir un destacamento dentro de una hora. Lo que sucede es que tú y yo aplicamos criterios diferentes. ¡Escúchame, no podemos tener en cuenta solamente los problemas que nos afectan aquí y ahora! ¿Qué pasará si ha ocurrido alguna desgracia?

—Creo que te estás poniendo histérico sin ninguna necesidad, Vladimir Ivanovich. Aún tenemos en el arsenal dos cajas del calibre 5.45 sin abrir. Nos bastarían para aguantar durante una semana y media. Además, tengo algo guardado en casa, bajo la almohada. —El Coronel sonrió. Sus dientes grandes y amarillos quedaron a la vista—. Y estoy convencido de que recibiré otra caja. Lo que nos falta no son cartuchos, sino personal.

—Yo te diré cuál es nuestro problema. Si no recibimos más avituallamientos, dentro de dos semanas habrá que cerrar las puertas del sur porque, si no tenemos municiones, no podremos defender el túnel. Si se llega a esa situación, no podremos encargarnos del mantenimiento de unos dos tercios de nuestras norias. Al cabo de una semana empezarían a averiarse, y la Hansa no verá con buenos ojos que les falle el suministro. Si tienen suerte, encontrarán enseguida otro proveedor. Y si no... ¡Pero qué me importa ahora el suministro eléctrico! Desde hace casi cinco días, el túnel está muerto. No se ve bicho viviente. ¿Y si hubiera habido algún derrumbe? ¿O hubiera quedado intransitable? Si nos hemos quedado aislados, ¿qué va a ser de nosotros?

—Alto ahí. Los cables eléctricos funcionan. Los contadores giran, y eso es garantía de que la Hansa aún recibe electricidad. Si se hubiera producido un derrumbe, ya lo sabríamos. Y si esto fuese obra de saboteadores, habrían cortado los cables eléctricos, no los del teléfono. Y ahora hablemos del túnel... ¿qué es lo que te asusta? No tenemos noticia de que nadie, ni siquiera en las mejores épocas, haya llegado a nuestra estación por casualidad. Piensa en la Nakhimovsky Prospekt: es imposible atravesarla sin escolta. Los comerciantes extranjeros ya no se atreven a venir. Y los bandidos también están bien informados: cada vez que pillamos a una cuadrilla, dejamos con vida a uno de sus miembros para que se marche y haga correr la noticia. No te dejes llevar por el pánico.

—Tienes mucha labia —murmuró Vladimir Ivanovich. Se levantó la venda que le tapaba la cuenca del ojo vacía y se enjugó el sudor de la frente.

—Te voy a ceder tres hombres —dijo el Coronel, esta vez con voz más afable—. Ni con mi mejor voluntad podría proporcionarte más. Y deja de fumar. Sabes muy bien que no puedo respirar ese humo. ¡Y además, te estás envenenando a ti mismo! Yo habría preferido un té...

—Por supuesto. Ahora mismo. —El jefe de estación se frotó las manos, tomó el auricular del teléfono y ladró—: Istomin al habla. Traígnos té para el Coronel y para mí.

—Que acuda el oficial de servicio —ordenó el jefe de los puestos exteriores, y luego se sacó la boina—. Voy a organizar el pelotón de reconocimiento.

Istomin disponía siempre de té especial, de una selección procedente de la VDNKh. Casi nadie podía permitírselo, porque provenía del otro extremo de la red de metro, y la Hansa cobraba derechos de aduana hasta tres veces por el té favorito del jefe de estación. Era tan caro que Istomin no habría podido pagarse aquel capricho de no haber sido por sus contactos en la Dobryninskaya. Había estado en la guerra con alguien

que vivía allí, y, por ello, era costumbre que los jefes de caravana volvieran siempre de la Hansa con un delicado paquetito y se lo entregaran a él en persona.

Pero, de todos modos, los paquetes habían dejado de llegar con regularidad desde hacía un año, y alarmantes rumores se habían difundido hasta la Sevastopolskaya: la VDNKh se enfrentaba a un nuevo y terrible peligro, que tal vez amenazara también a toda la Línea Naranja. Se trataba, al parecer, de unos mutantes de la superficie desconocidos hasta entonces. Se decía que eran unas criaturas casi invisibles, prácticamente invulnerables, y que leían el pensamiento. Se contaba que la estación había caído, y que la Hansa, temerosa de una invasión, había hecho saltar por los aires el túnel que se encontraba más allá de Prospekt Mira. Los precios del té se habían disparado, apenas si se encontraba el producto, e Istomin había empezado a preocuparse de verdad. Pero algunas semanas más tarde la tormenta había amainado, y las caravanas que llegaban a la Sevastopolskaya cargadas de cartuchos y bombillas empezaron a proveerle nuevamente de té. ¿No era eso lo más importante?

Istomin le sirvió el té al oficial en una taza de porcelana con baño de oro en el borde, ya muy desgastado. Mientras se lo servía, cerró el ojo y gozó por unos instantes del aromático vaho. Luego se sirvió a sí mismo, se dejó caer pesadamente sobre la silla, y empezó a revolver la sacarina con una tintineante cucharilla de plata.

Ambos callaron, y durante un minuto no se oyó otro sonido en el despacho a media luz lleno de humo de tabaco. Tan sólo el melancólico tintineo. Pero éste, de súbito, quedó ahogado por un pitido estridente que llegó desde el túnel, y que se repetía con ritmo casi constante.

—¡Alarma!

El jefe de los puestos exteriores se puso en pie con inesperada agilidad y salió corriendo de la habitación. Un único disparo de fusil resonó en la lejanía, y luego se oyeron los Kalashnikov: uno, dos, tres. Botas militares con remaches en las suelas retumbaron sobre las vías, y se oyó la poderosa voz de bajo del Coronel, que, ya a cierta distancia, daba las primeras órdenes.

Istomin quiso alargar la mano hacia el lustroso subfusil que colgaba en su armario, pero luego se la llevó al pecho, gimoteó, meneó la cabeza, se sentó de nuevo a la mesa y tomó otro sorbo de té. Enfrente humeaba todavía la taza del Coronel, y al lado de ésta se encontraba su boina. Con las prisas, se la había olvidado. El jefe de estación hizo una mueca e inició una nueva disputa, en esta ocasión a media voz, con el oficial que ya no estaba allí. El tema era el mismo, pero empleó nuevos argumentos que antes, en el calor de la discusión, no se le habían ocurrido.

Por la Sevastopolskaya circulaba un chiste muy malo que explicaba por qué la estación vecina se llamaba Chertanovskaya: su nombre derivaba de la palabra rusa *Chort*, que significa «diablo». Las norias de la central hidroeléctrica estaban distribuidas por buena parte del túnel que conducía hasta ella pero, aunque la estación estuviera abandonada, no se le habría ocurrido a nadie, ni por asomo, apoderarse de ella y colonizarla, como sí habían hecho con la Kakhovskaya. Los equipos técnicos que, acompañados siempre por destacamentos de escolta, habían montado los generadores más lejanos, y que de tiempo en tiempo tenían que ir a revisarlos, se guardaban muy mucho de acercarse a menos de cien metros de la Chertanovskaya. Casi todos los que tenían que tomar parte en esas expediciones se santiguaban en secreto —a menos que fueran fanáticos del ateísmo— y algunos, por lo que pudiera suceder, llegaban al extremo de despedirse de sus familiares.

La Chertanovskaya era terrible, eso lo notaba cualquiera que se acercase a medio kilómetro de distancia. En los primeros tiempos, los ingenuos moradores de la Sevastopolskaya habían enviado tropas de asalto con armamento pesado para ampliar su área de influencia. Los que regresaron, volvieron con heridas graves, tras haber perdido, como mínimo, a la mitad del cuerpo expedicionario. Los curtidos guerreros que habían vuelto de allí conversaban en torno a las hogueras, entre tartamudeos y divagaciones, y en todo momento temblaban, aunque estuvieran tan cerca del fuego que casi se les

chamuscara la ropa. Tan sólo a costa de grandes esfuerzos lograban recordar lo que habían vivido, y no había dos que contasen la misma historia.

Se decía que, más allá de la Chertanovskaya, el túnel tenía un ramal que se adentraba en el subsuelo y desembocaba en un gigantesco laberinto de cuevas naturales plagadas de monstruos. Los habitantes de la Sevastopolskaya conocían ese lugar como La Puerta: una denominación totalmente arbitraria, porque ninguno de los que regresaron con vida había llegado a esa zona. De todas maneras, se contaba una historia de cuando el resto de la línea aún era territorio ignoto. Al parecer, una unidad de exploradores muy nutrida había sobrepasado la Chertanovskaya y había descubierto La Puerta. Mediante un aparato emisor —una especie de teléfono por cable—, el encargado de las comunicaciones había informado de que se hallaban a la entrada de un angosto corredor que descendía a las profundidades casi en vertical. No dijeron nada más. Minutos más tarde, los jefes de la Sevastopolskaya oyeron chillidos, preñados de espanto y dolor. Ocurría algo muy extraño: los exploradores trataban de no disparar. Quizás hubieran comprendido que las armas convencionales no iban a protegerlos. El último en enmudecer fue el capitán del grupo, un mercenario sin escrúpulos procedente de la estación Kita-gorod, que siempre cortaba el meñique a sus adversarios después de derrotarlos. El micrófono ya no debía de estar en manos del encargado de comunicaciones, y el capitán debía de hallarse a cierta distancia, porque sus palabras resultaban difíciles de entender. Pero, a fuerza de agudizar el oído, el jefe de estación comprendió qué era lo que gimoteaba durante su agonía: una plegaria. Una de esas plegarias sencillas e ingenuas que los niños pequeños suelen aprender de labios de unos padres devotos. Luego, la conexión se cortó.

Tras este incidente, desistieron de llegar a la Chertanovskaya. Hubo incluso propuestas para abandonar la Sevastopolskaya y refugiarse en la Hansa. La estación maldita era como la última frontera, el límite del área controlada por los humanos. Las criaturas que trataban de entrar desde el otro lado creaban un buen número de problemas a los habitantes de la Sevastopolskaya; pero no eran invulnerables, y un sistema de defensa bien organizado rechazaba los ataques con relativa facilidad y escasas bajas... siempre que se dispusiera de municiones. Algunos de los monstruos sólo se podían detener con balas explosivas y descargas eléctricas de alta tensión. Pero la mayoría de las criaturas que se enfrentaban a los centinelas no eran tan terribles, aunque, de todos modos, siempre fueran muy peligrosas.

—¡Eh, allí queda uno! ¡Arriba, en el tercer tubo!

La lámpara de arriba se había desenganchado y se tambaleaba de un lado para otro como un ajusticiado al extremo de la horca, e iluminaba erráticamente la escena que tenía lugar frente a las fortificaciones: a veces alumbraba las encorvadas figuras de los mutantes que venían arrastrándose, a veces los sumía de nuevo en la oscuridad, y en ocasiones deslumbraba a los centinelas. Sombras delatoras iban de un lado para otro, se juntaban y se dispersaban de nuevo, hacían feas muecas, hasta el punto de que no era posible distinguir entre los hombres y las bestias.

El puesto de vigilancia se hallaba en un buen lugar: la intersección entre dos túneles. Poco antes del Apocalipsis, Metrostroy² había iniciado allí unas obras de reparación que no llegaron a terminarse. Los moradores de la Sevastopolskaya habían erigido fortificaciones en ese cruce: dos nidos de ametralladora, una barricada de sacos de arena de metro y medio de altura, dientes de dragón y barreras que habían montado con trozos de raíl, cables de tensión a poca y mucha distancia, y un sistema de alarma muy elaborado. Pero cuando los mutantes acudían en gran número, como entonces, ni siquiera ese sistema de defensa resultaba efectivo.

El centinela que manejaba la ametralladora balbuceaba monótonamente. Le salían burbujas de sangre de las fosas nasales, y se miraba, estupefacto, las palmas de las manos, que tenía húmedas, y de un color rojo brillante. En torno a la Pecheneg, el aire vibraba como consecuencia de las elevadas temperaturas. Pero entonces, la maldita

² Abreviación del nombre de la Sociedad Constructora del Metro de Moscú.

máquina se le encalló. El centinela resopló, se apoyó en el hombro del camarada que estaba a su lado —un gigantesco guerrero con un casco integral de titanio en la cabeza— y enmudeció. Al cabo de un segundo se oyeron fortísimos gritos: la bestia atacaba.

El hombre del casco empujó a un lado el cuerpo cubierto de sangre del otro centinela, se puso en pie, empuñó el Kalashnikov y disparó una breve ráfaga. Una repulsiva criatura de cuerpo tendinoso y pellejo grisáceo pegó un salto, desplegó sus zarpas nudosas y descendió sobre ellos, planeando con las membranas de sus brazos. La tormenta de plomo puso fin a sus alaridos, pero el cadáver del animal voló hasta un trecho más allá. Su cuerpo, de ciento cincuenta kilos, se estrelló contra los sacos de arena y levantó un remolino de polvo.

—Esto se ha acabado.

El asalto de las criaturas pareció interminable pero, de hecho, había empezado unos minutos antes, en las gigantescas tuberías cortadas que colgaban del techo del túnel. Parecía que habían logrado detenerlo. Los centinelas, con grandes precauciones, abandonaron sus parapetos.

—¡Una camilla! ¡Un médico! ¡Rápido, tenemos que llevarlo a la estación!

El gigantesco centinela que había matado al último de los monstruos montó una bayoneta en el fusil de asalto y se fue acercando sucesivamente, sin precipitarse, a todas y cada una de las criaturas que yacían muertas o heridas en el campo de batalla. Una y otra vez, aplastaba contra el suelo, con la bota, las fauces erizadas de dientes del animal, y les clavaba breve y hábilmente la bayoneta en uno y otro ojo. Al acabar, se recostó, exhausto, contra los sacos de arena. Echó una mirada al túnel, levantó la visera del casco y tomó un trago de una cantimplora.

Los refuerzos procedentes de la estación no llegaron hasta que la refriega hubo terminado. El jefe de los puestos exteriores se presentó por fin, cojeante, casi sin aliento, echando pestes contra sus diversos achaques, con la chaqueta de camuflaje sin abrochar.

—¿Y de dónde voy a sacar yo tres hombres? ¡Como no me los corte de mis propias carnes!

—¿Disculpe? No comprendo, Denis Mikhailovich —dijo uno de los centinelas.

—Istomin pretende que enviemos de inmediato un pelotón de reconocimiento a la Serpukhovskaya. Está cagado por lo de la caravana. ¿Y de dónde voy a sacar yo tres hombres? Precisamente ahora...

—¿Aún no se han recibido noticias? —le preguntó el centinela de la cantimplora sin volverse.

—No, ninguna —corroboró el viejo—. Pero tampoco ha pasado tanto tiempo. A ver, por favor, ¿qué sería lo más peligroso ahora? ¡Si debilitamos los puestos de la frontera meridional, dentro de una semana aquí no quedará nadie que pueda darle la bienvenida a la caravana!

Su interlocutor negó con la cabeza, pero no dijo nada. Tampoco reaccionó de ningún modo cuando el oficial, por fin, dejó de gruñir, y preguntó a los centinelas si alguien querría presentarse para una expedición de tres hombres.

Acudieron voluntarios de sobra. La mayoría de los centinelas estaban hartos de montar guardia en las fronteras de la estación, y eran incapaces de imaginarse algo más peligroso que la vigilancia del túnel meridional.

Entre los seis que se presentaron voluntarios, el Coronel eligió a los tres que le parecieron más prescindibles. Sabia elección: ninguno de los tres iba a regresar.

Hacía tres días que habían enviado a la *troika*. El Coronel tenía la impresión de que las gentes murmuraban a sus espaldas y lo miraban con desconfianza. Incluso las conversaciones más acaloradas se interrumpían cuando él se acercaba, y en el tenso silencio que solía hacerse creía percibir una silenciosa exigencia: «Explícanoslo, justifícate.»

Pero él se limitaba a hacer su trabajo: se encargaba de la seguridad de los puestos fronterizos de la Sevastopolskaya. Su cometido era de naturaleza táctica, no estratégica. No disponía de suficientes soldados. ¿Qué derecho tenía a quemarlos de ese

modo? Los estaba enviando a expediciones de dudosa utilidad, cuando no obviamente absurdas.

Hasta tres días antes, ésa había sido su convicción. Pero las miradas de angustia, desaprobación y duda minaron su confianza y empezó a flaquear. Un equipo de reconocimiento, pertrechado con armamento ligero, necesitaba menos de un día para ir hasta la Hansa y regresar, aun contando con posibles refriegas y demoras en las fronteras de las estaciones independientes.

El Coronel ordenó que no dejaran pasar a nadie, se encerró en su despacho, apoyó en la pared su frente enfebrecida y empezó a murmurar para sí. Por enésima vez repasó todas las posibilidades. ¿Qué podía haberles ocurrido a los mercaderes? ¿Y a la patrulla de reconocimiento?

Los habitantes de la Sevastopolskaya no tenían ningún miedo a los ataques humanos. Como mucho, al ejército de la Hansa. La fama de que la Sevastopolskaya era un lugar peligroso, las exageradas historias que contaban los escasos visitantes sobre el elevado precio que sus habitantes pagaban para sobrevivir... los comerciantes oían todas esas historias y las difundían a lo largo y a lo ancho de la red de metro. Y no habían tardado en surtir efecto. Los dirigentes de la estación comprendieron enseguida las ventajas de esa fama, y trabajaron por consolidarla. Los informadores, comerciantes, viajeros y diplomáticos narraban, con la bendición oficial, las mentiras más truculentas sobre la Sevastopolskaya y, en general, sobre el trecho que se encontraba más allá de la Serpukhovskaya.

Tan sólo a unos pocos se les permitía atravesar esa cortina de ruido y humo, y conocer la atractiva realidad de la estación. Durante los últimos años, algunos grupos aislados que no estaban al corriente habían tratado de penetrar por los puestos exteriores, pero la maquinaria militar de la Sevastopolskaya, dirigida por antiguos oficiales del Ejército Rojo, los había triturado sin mayor dificultad.

En cualquier caso, la troika de exploradores había recibido instrucciones precisas: si se topaban con algún peligro, tenían que evitar toda confrontación y regresar lo antes posible.

Ni que decir tiene que la Nagornaya se encontraba en el mismo trecho. No se trataba de un lugar aterrador como la Chertanovskaya, pero de todos modos era peligrosa y siniestra. Como la Nakhimovsky Prospekt, que tenía las puertas que conducían a la superficie atascadas pero sin cerrar, y por ello no estaba a resguardo de intrusiones. La Sevastopolskaya no consideraba la posibilidad de provocar un derrumbe, porque sus Stalkers salían por la Nakhimovsky Prospekt. Nadie se atrevía a entrar solo en esta última estación, pero tampoco se recordaba que las troikas hubieran tenido nunca grandes problemas para acabar con las criaturas que acechaban allí.

¿Un derrumbe? ¿Las aguas subterráneas? ¿Un acto de sabotaje? ¿Un inesperado ataque de la Hansa? Sería el Coronel, no el jefe de estación, Istomin, quien tuviera que dar explicaciones a las mujeres de los exploradores desaparecidos, y éstas lo mirarían a los ojos, angustiadas y cargadas de interrogantes, en busca de una promesa, un consuelo. Tendría que dar explicaciones a los soldados de la guarnición. Éstos, por fortuna, no le harían preguntas innecesarias y, por el momento, su lealtad se mantenía incólume. Por último, tendría que tranquilizar a todos los que sentían inquietud, a todos los que después del trabajo se congregaban en torno al reloj de la estación para calcular el tiempo que había pasado desde que partió la caravana.

Istomin había contado que durante los últimos días le habían preguntado en varias ocasiones por qué las luces de la estación estaban tan bajas. En algunos casos, incluso llegaron a exigirle que volvieran a ponerlas a la intensidad habitual. Y el caso es que a nadie se le había ocurrido bajar la potencia de la corriente: la iluminación funcionaba a pleno rendimiento. No, esa penumbra no se encontraban en la estación, sino en los corazones de los hombres, y no habrían podido expulsarla ni siquiera las lámparas de mercurio más resplandecientes.

El cable telefónico que les permitía comunicarse con la Serpukhovskaya seguía en silencio. El Coronel se veía privado de una sensación muy importante, porque en el metro no era nada usual: la sensación de cercanía con otros seres humanos. Mientras las comunicaciones funcionaran, mientras las caravanas hiciesen regularmente su recorrido

y el viaje hasta la Hansa durase menos de un día, los habitantes de la estación tendrían libertad para marcharse y para quedarse. Todo el mundo sabía que cinco túneles más allá comenzaba el metro propiamente dicho, la civilización... la Humanidad.

Seguramente, los exploradores del Polo habían sentido algo semejante en los hielos árticos, cuando —fuera por interés científico, o por una elevada retribución— se habían enfrentado durante varios meses al hielo y la soledad. Habían llegado a encontrarse a varios miles de kilómetros del continente, pero nunca se alejaban del todo, porque la radio funcionaba, y una vez al mes oían el estruendo de avión que les arrojaba cajas repletas de latas de carne.

Pero la banquisa de hielo que sostenía la Sevastopolskaya se había hecho pedazos y desaparecía por instantes... en una tormenta de hielo, en un océano negro, en el vacío y la incertidumbre.

La espera se prolongaba, y la vaga preocupación del Coronel se transformó poco a poco en lúgubre certidumbre: los tres exploradores que había enviado a la Serpukhovskaya no iban a regresar jamás. No era posible retirar a otros tres soldados de los puestos exteriores y enviarlos, también a ellos, contra el ignoto peligro. No podían permitirse otras tres muertes seguras, que tampoco habrían servido para resolver la situación. Pero, de todos modos, no le parecía que hubiera llegado el momento de bajar la puerta hermética, con la que se podía cerrar el túnel meridional, y reclutar una gran fuerza de asalto. ¿Por qué había de ser precisamente él quien tuviera que tomar la decisión? Una decisión que, en cualquier caso, sería errónea.

El Coronel suspiró, entreabrió la puerta, echó una ojeada y llamó al guardia.

—¿Tienes un cigarrillo para mí? Pero que éste sea el último. La próxima vez no me des, por mucho que te insista. Y no se lo digas a nadie.

Nadya, una mujer madura, robusta y parlanchina, vestida con un chal de plumón agujereado y un delantal sucio, llegó con la olla de carne y verdura. Los centinelas se animaron. Patatas, pepinos y tomates se consideraban manjares refinados, y fuera de la Sevastopolskaya se encontraban cosas parecidas tan sólo en algunas *kabaks*³ de la Línea de Circunvalación y de la Polis. La escasez no se debía tan sólo a la complejidad de los cultivos hidropónicos que había que instalar para que germinaran las semillas, sino también a que casi no había ninguna estación que pudiera despilfarrar kilovatios con el único objetivo de dar más variedad al menú de sus soldados.

Los propios dirigentes de la estación tenían verdura sobre la mesa sólo en los días de fiesta, porque se cultivaba sobre todo para los niños. Istomin había tenido que sostener una acalorada discusión con los cocineros para convencerlos de que añadieran cien gramos de patatas hervidas y un tomate a la olla de carne de cerdo que se servía cada dos días. El objetivo era levantar la moral.

Y, así, cuando Nadya, con movimientos más bien torpes, dejó el fusil de asalto en el suelo y levantó la tapadera de la olla, los centinelas desarrugaron el entrecejo. En ese momento ninguno de ellos quiso hablar de la caravana que no regresaba ni de la fuerza de reconocimiento que se había esfumado. No querían que nada les estropeará el apetito.

Había un centinela mayor que los demás. Vestía una chaqueta acolchada con pequeñas reproducciones del emblema de la red de metro. Sonriente, revolvió las patatas de su plato y dijo:

—Hoy me voy a pasar el día entero pensando en la Komsomolskaya. Ojalá pudiera volver a verla. ¡Qué mosaicos...! Creo que era la estación más bella de Moscú.

—Por favor, Homero, cállate ya —le respondió un tipo gordo, sin afeitar, con gorra de orejeras—. Viviste allí, y es lógico que te siga gustando. Pero ¿qué me vas a decir de las vidrieras de la Novoslobodskaya? ¿Y de las majestuosas columnas y los frescos en el techo de la Mayakovskaya?

—A mí me había gustado siempre la Ploshchad Revolyutsii —confesó tímidamente un centinela de rostro serio, un francotirador, que había dejado atrás su

³ Término ruso para «posada, fonda, taberna».

primera juventud—. Ya sé que es una idiotez, pero todos aquellos marineros y pilotos de aspecto sombrío, los soldados de la frontera con los perros... cuando era niño ya me parecían formidables.

—A mí no me parece que eso sea una idiotez —le dijo Nadya mientras raspaba los restos que habían quedado pegados a la olla—. Además, entre las estatuas de esos hombres había dos que eran muy guapos. ¡Eh, brigadier! ¡Vente para aquí! ¡No querrás marcharte sin haber comido nada!

El militar corpulento y ancho de espaldas que se sentaba aparte de los demás se acercó con pasos lentos, tomó su ración y volvió a su lugar. Lo más cerca posible del túnel, lo más lejos posible de los seres humanos.

El gordo señaló con la cabeza las anchas espaldas del brigadier, que se había sumergido de nuevo en la penumbra, y preguntó en susurros:

—¿Ese se deja ver todavía por la estación?

—No, ya lleva una semana aquí —le respondió el francotirador, también en voz baja—. Pasa las noches en el saco de dormir. ¿Cómo lo soporta...? Quizá lo necesite. Hace tres días, cuando las bestias estuvieron a punto de comerse a Rinat, él las mató a todas. Sin ayuda de nadie. Tardó un cuarto de hora. Regresó con las botas llenas de sangre, y el rifle también. Se lo veía muy satisfecho.

—No es un hombre, es una máquina —observó un centinela flaco que se encargaba de una de las ametralladoras—. No querría tener que dormir a su lado. ¿Has visto cómo tiene la cara?

El viejo al que habían llamado Homero se encogió de hombros y dijo:

—Pues mira qué curioso, yo sólo me siento seguro de verdad cuando estoy con él. ¿Qué queréis? Es un buen hombre, lo que ocurre es que le sucedió algo muy malo. ¿Qué obligación tenemos de ser guapos? Que sean las estaciones las que estén bonitas. Y ya que hablamos de eso, tu Novoslobodskaya me parece el colmo del mal gusto. La vidriera esa no la puedo ni ver si no estoy borracho... ¡una vidriera... si hasta me entran ganas de reír!

—¿Y no te parece de mal gusto una estación con la mitad del techo cubierto por un mosaico que representa un *koljós*?

—¿Y cuándo has visto tu eso en la Komsomolskaya?

El gordo metió baza:

—Toda esa porquería de arte soviético tenía un único tema: ¡La vida en los *koljoses* y nuestros heroicos pilotos!

—¡Seryosha, no te metas con los pilotos! —le advirtió el francotirador.

De pronto, se oyó una voz sorda y profunda:

—La Komsomolskaya es una mierda, y la Novoslobodskaya también.

El gordo interrumpió su réplica de pura sorpresa y contempló al brigadier envuelto en la penumbra. Los demás enmudecieron también. El suboficial no tomaba parte casi nunca en sus conversaciones. Cuando le preguntaban algo, respondía, como mucho, con monosílabos.

Aún estaba sentado, de espaldas, con los ojos clavados en las fauces del túnel.

—La Komsomolskaya tiene el techo demasiado alto y las columnas demasiado esbeltas. El andén entero está como servido en bandeja. Además, no sería fácil cerrar sus pasillos con barricadas. Y en la Novoslobodskaya las paredes están cubiertas de grietas, por mucho que las rellenen. Con una sola granada se podría derrumbar toda la estación. Y las vidrieras esas de las que hablabas se hicieron añicos hace tiempo. Eran demasiado frágiles.

Las afirmaciones hechas por aquel hombre habrían sido un buen motivo de discusión, pero nadie se atrevió a levantar la voz. El brigadier calló durante un rato y luego dijo, como de paso:

—Me marcho a la estación. Homero me acompañará. El relevo llegará dentro de una hora. Que Artur se ponga al mando mientras tanto.

El francotirador se puso en pie al instante y asintió, aun cuando el brigadier no pudiera verlo. El viejo se levantó también y empezó a recoger sus cosas, aunque no había acabado de comer. Cuando el brigadier llegó a la hoguera, Homero ya tenía preparado todo su equipo, que incluía un casco y una voluminosa mochila.

—¡Mucha suerte! —dijo el francotirador.

Cuando las desiguales siluetas —el corpulento brigadier y el flaco Homero— se alejaron por el trecho de túnel al que llegaba la luz, el francotirador los siguió con la mirada. Luego, aterido, se frotó las manos y se estremeció.

—No sé por qué, me ha entrado frío. Echad más carbón a la hoguera.

Mientras iban de camino, el brigadier no malgastó las palabras. Solamente le preguntó a Homero si era verdad que había trabajado en otro tiempo como conductor de trenes auxiliares, y antes de eso como guardavía. El viejo lo miró con desconfianza, pero luego asintió. Siempre contaba a los habitantes de la Sevastopolskaya que había trabajado como conductor de metros, y ocultaba su pasado como guardavía, que consideraba humillante.

El brigadier dirigió un breve saludo a los guardias llevándose un par de dedos a la visera del casco. Estos se apartaron, y el brigadier entró sin llamar en el despacho del jefe de estación. Istomin y el Coronel se levantaron de la silla, sorprendidos, y se le acercaron. Los dos estaban desgredados, desesperados y exhaustos.

Mientras Homero se detenía tímidamente en el umbral y aguardaba con impaciencia, el brigadier se quitó el casco, lo dejó entre los papeles de Istomin y se pasó la mano sobre el cráneo rapado. A la luz de la lámpara se vio lo terriblemente desfigurado que tenía el rostro: la mejilla izquierda se le había contraído como por una quemadura, el ojo del mismo lado era tan sólo una raja, y una enorme cicatriz de color violáceo iba en zigzag desde la comisura de sus labios hasta la oreja. Homero creía conocer bien ese rostro, pero de todos modos sintió un gélido escalofrío en la espalda, como si lo hubiera visto por primera vez.

—Yo mismo iré a la Línea de Circunvalación —exclamó el brigadier. Ni siquiera había saludado.

Se hizo un profundo silencio. Homero sabía muy bien que aquel hombre era un luchador extraordinario y que, por ello, los dirigentes de la estación lo trataban con un especial respeto. Pero ése fue el primer momento en el que se dio cuenta de que el brigadier, a diferencia de los demás habitantes de la Sevastopolskaya, no acataba órdenes. No había ido a buscar la aprobación de aquellos dos hombres envejecidos y exhaustos. Al contrario: parecía que fuera él quien diese la orden, y que los otros dos tuvieran que cumplirla. Y... ¿cuántas veces lo habría hecho ya? se preguntaba Homero. ¿Quién era el brigadier?

El jefe de los puestos exteriores se volvió hacia el jefe de estación. Se le ensombreció el rostro, como si hubiera querido protestar, pero luego, con un gesto, dio a entender que no lo haría.

—Como quieras, Hunter —dijo—. De todos modos, no lograremos disuadirte.

EL RETORNO

Homero los escuchó. Hunter. Nunca había oído ese nombre en la Sevastopolskaya. Parecía un apodo igual que el suyo porque, por supuesto, él no se llamaba «Homero», sino Nikolay Ivanovich. Había sido allí, en la estación, donde, por su afición a las historias y rumores de todo tipo, habían empezado a llamarlo igual que al creador de los poemas épicos griegos.

—Éste será vuestro nuevo brigadier.

Dos meses antes, el Coronel lo había presentado con estas palabras a los centinelas del túnel meridional. Los soldados habían contemplado con una mezcla de desconfianza y curiosidad su figura de hombros anchos, oculta bajo el uniforme de kevlar y el pesado casco. Hunter, a su vez, se apartaba de ellos con indiferencia. Mostraba un interés mucho mayor por el túnel y sus fortificaciones que por las personas que le habían sido confiadas. Les estrechó la mano a todos los soldados que acudieron a presentarse, pero no les dijo ni palabra. Asentía en silencio, estampaba el sello sobre su nombre y les soplabla en la cara el humo azulado de sus cigarrillos sin filtro, como para conservar las distancias. Si llevaba el visor de su casco alzado, a la sombra de éste brillaba su ojo sin vida, desfigurado por la profunda cicatriz. Los centinelas no osaron preguntarle por su nombre, ni entonces ni después, y lo llamaban simplemente «brigadier». Comprendieron que la estación había contratado a uno de esos mercenarios tan caros que no necesitan nombre.

Hunter.

Mientras esperaba indeciso a la puerta del despacho de Istomin, Homero articuló la extraña palabra, sin emitir sonido alguno, tan sólo con los labios. No parecía un nombre apropiado para un hombre. Más bien para un perro pastor de Asia central. No logró reprimir una sonrisa. Se acordó de que, efectivamente, antaño había existido una raza con ese nombre. ¿Cómo era posible que le hubiera venido a la cabeza? Una raza peleona, de rabo cortado y orejas erguidas... sin nada superfluo.

Pero, cuanto más repetía el nombre para sí, más familiar le resultaba. ¿Dónde lo habría oído? Seguramente en su querido e inacabable torrente de leyendas y charlatanerías, y había quedado enterrado en lo más hondo de sus recuerdos. Con el tiempo se había acumulado encima una gruesa capa de cieno formada por nombres, hechos, rumores y cifras... un motón de datos inútiles sobre la vida de otros, que Homero escuchaba siempre con gran fruición y trataba de registrar concienzudamente.

Hunter... ¿sería un criminal? ¿Y si la Hansa había puesto precio a su cabeza? Homero arrojó una piedra al turbio estanque de sus recuerdos y escuchó. No. ¿Un Stalker? No cuadraba con su aspecto. ¿Un oficial de campo? Esto último parecía más verosímil. Y debía de haber entrado en las leyendas...

Homero atisbo una vez más, disimuladamente, el rostro inexpresivo, en cierta manera mutilado del brigadier. El nombre de perro le sentaba sorprendentemente bien.

—Necesitaré dos hombres más. Uno de ellos será Homero, porque conoce el túnel. —El brigadier no le preguntó al viejo si estaba de acuerdo, ni siquiera se volvió hacia él—. Al otro lo elegiréis vosotros. Un hombre que pueda correr, un correo. Partiremos hoy mismo.

Istomin asintió, pero al instante le asaltaron las dudas y se volvió hacia el Coronel. Éste, malhumorado, murmuró su aprobación, aunque llevaba días peleándose con el jefe de estación por cada uno de sus hombres. No parecía que nadie sintiera ningún interés por la opinión de Homero, pero a éste no se le ocurrió ni por asomo protestar. A pesar de su edad avanzada, no se negaba nunca a participar en semejantes misiones. Tenía sus motivos.

El brigadier recogió el casco que había dejado sobre la mesa y se dirigió a la salida. Se detuvo un momento en el umbral y, volviéndose hacia Homero, le dijo:

—Despídete de tu familia. Equipate para una larga marcha. No cojas cartuchos. Yo te los proporcionaré.

Dicho esto, se marchó.

Homero trató de seguirlo, aunque sólo fuera para hacerse una idea de qué le aguardaba en aquella expedición. Pero, cuando estuvo en el andén, vio que Hunter se encontraba a una buena distancia, alejándose con larguísimas zancadas. No lograría alcanzarlo. Homero meneó la cabeza sin dejar de mirarlo.

El brigadier, contra su costumbre, no se había cubierto la cabeza con el casco. Tal vez estuviera abstraído en sus pensamientos, o quisiera respirar con mayor comodidad. Pasó frente a unas muchachas que holgazaneaban sobre el andén. Su trabajo era vigilar a los cerdos y disfrutaban de la pausa del mediodía. De pronto, una de ellas susurró, a espaldas del militar:

—¡Niñas... mirad al zombie ese!

—¿De dónde lo has desenterrado? —preguntó Istomin. Aliviado, se dejó caer sobre la silla y agarró con sus manos rechonchas el librito de papel de fumar.

Según se contaba, la hierba que se fumaba con tan gran placer en la estación era un hallazgo de los Stalkers, que la habían encontrado en la superficie, no muy lejos del parque Bittsevsky. En cierta ocasión, el Coronel había acercado en broma un contador Géiger a un paquetito donde estaba escrito «Tabaco», y el aparato había empezado a dar señales amenazadoras. Dejó de fumar en el acto, y la tos que había padecido siempre por las noches, y que lo había atormentado como posible síntoma de un cáncer de pulmón, perdió gravedad. Istomin, en cambio, se negó a prestar mucha atención a los indicios de radiactividad. No le faltaba razón: en el metro no había prácticamente nada que, poco o mucho, no «irradiase».

—Hace una eternidad que nos conocemos —le respondió de mala gana el Coronel. Calló durante unos instantes, y añadió—: Antes no era así. Le ocurrió algo.

—A juzgar por su rostro, es evidente lo que le ocurrió. —El jefe de estación carraspeó y miró hacia la entrada, nervioso, como si temiera que Hunter hubiera oído sus palabras.

El comandante de los puestos exteriores no iba a quejarse de que el brigadier hubiera emergido de improviso de entre las brumas del pasado. Se había erigido en muy poco tiempo en el más importante puntal del puesto de guardia del sur. Pero Denis Mikhailovich no acababa de creerse el retorno de su antiguo conocido.

La noticia de la tremenda, y al mismo tiempo extraña, muerte de Hunter se había difundido un año antes por la red de metro, como un eco en los túneles. Pero, hacía dos meses, el militar se había presentado inopinadamente a la puerta del Coronel y éste, al verlo, se había santiguado. La facilidad con que el resucitado había esquivado a los centinelas de los puestos exteriores, como si hubiera pasado entre ellos sin ser visto, hizo temer a Denis Mikhailovich que hubieran actuado fuerzas oscuras.

Había distinguido por el cristal empañado de la mirilla un perfil que le había resultado familiar: la cerviz bovina, el cráneo reluciente, la nariz algo chata. Pero, por algún motivo, el visitante nocturno volvía el rostro, tenía la cabeza gacha y no trataba de poner fin al tenso silencio. El Coronel había arrojado una mirada lastimera hacia la botella de vino dulce que tenía abierta sobre la mesa, había suspirado hasta lo más hondo y, al fin, había abierto el pestillo de la puerta. Las reglas lo obligaban a socorrer a los suyos, y poco importaba que estuvieran vivos o muertos.

Al abrirse la puerta, Hunter levantó por primera vez la mirada. Entonces el Coronel entendió por qué había ocultado la mitad del rostro. Temía que el Coronel no lo reconociese. Denis Mikhailovich se había encontrado ya con casos semejantes: el mando de la guarnición de la Sevastopolskaya, en comparación con sus años salvajes, le parecía una jubilación dorada. Pero apartó igualmente el rostro, dolorido, como si se hubiera quemado. Luego se rió tímidamente, como para disculparse por su inapropiada reacción.

El invitado no se permitió ni siquiera la sombra de una sonrisa. No sonrió ni una sola vez en toda la noche. Aunque las horribles cicatrices que le desfiguraban el rostro hubieran mejorado un poco durante los meses pasados, aquel hombre no tenía casi nada en común con el Hunter que Denis Mikhailovich recordaba.

No dijo ni una palabra sobre su milagrosa supervivencia, ni sobre su larga ausencia, y no pareció que oyera las asombradas preguntas del Coronel. Es más, le ordenó a Denis Mikhailovich que no informara a nadie sobre su regreso. Si el Coronel se hubiera dejado guiar por el sentido común, habría informado de inmediato a los Ancianos. Pero tenía una vieja deuda con Hunter que aún no había saldado, y lo dejó en paz.

De todos modos, Denis Mikhailovich ordenó en secreto una investigación. Se encontró con que todo el mundo daba por muerto a su huésped. No había cometido ningún delito, ni nadie lo buscaba. No se había encontrado nunca el cadáver de Hunter, pero todo el mundo tenía por seguro que, si no hubiera muerto, habría dado señales de vida. Cada vez que se lo repetían, el Coronel asentía y decía que sí.

Hunter, o, mejor dicho, su figura desdibujada y, como es habitual en estos casos, embellecida, aparecía en una docena de leyendas y relatos medio inventados. No cabía duda de que el propio Hunter estaba satisfecho con la situación y no sacó a sus antiguos compañeros de su error, sino que permitió que lo dieran por muerto en vida.

Denis Mikhailovich tuvo en cuenta su antigua deuda e hizo lo único que podía hacer: se calló y le siguió el juego. Si estaban con otras personas, no llamaba a Hunter por su nombre. Sólo le confió la verdad a Istomin, aunque no le dio muchos detalles.

El jefe de estación no se preocupaba mucho por el asunto, porque el brigadier se ganaba de sobra su plato diario de sopa. Día y noche montaba guardia en el puesto exterior del túnel meridional. Acudía a la estación tan sólo una vez por semana para lavarse. Y la posibilidad de que se hubiera metido en aquel infierno para esconderse de unos hipotéticos perseguidores no preocupaba en absoluto a Istomin. Éste sabía valorar los servicios de los legionarios que arrastraban un pasado turbio. Su única exigencia era que lucharan, y no tenía nada que reprocharle en ese sentido.

Al principio, los centinelas se quejaron de la arrogancia de su nuevo brigadier pero, pasada la primera refriega, las quejas terminaron. Le vieron exterminar todo lo que había que exterminar, con cálculo y método, poseído, al mismo tiempo, por una especie de embriaguez inhumana y fría. Cada uno de los soldados sacó sus propias conclusiones. Nadie trató de entablar amistad con él, pero lo obedecían sin cuestionarlo. El brigadier no tuvo que levantar en ningún momento su voz sorda y quebrada. Ésta tenía algo en común con el hipnótico siseo de la serpiente. El propio jefe de estación asentía obedientemente cada vez que Hunter le hablaba y, a veces, por si acaso, antes de que hubiera terminado de hablar.

Por primera vez en mucho tiempo, la atmósfera que reinaba en el despacho de Istomin se despejó, como si una silenciosa tempestad hubiera pasado por él, y hubiera dejado tras de sí la tan deseada calma. No había motivos para discutir, porque tampoco había ningún luchador que superara a Hunter. Si, a pesar de todo, moría en el túnel, tan sólo les quedaría un último recurso...

—¿Ordeno que se prepare la operación? —preguntó Denis Mikhailovich.

—Tienes tres días. Serán suficientes. —Istomin encendió el mechero y parpadeó—. No podremos esperarlos más tiempo. ¿Cuánta gente vamos a necesitar?

—Tenemos a punto una fuerza de asalto. Puedo organizar otra con veinte hombres más. Si pasado mañana no recibimos noticias de ellos —el Coronel señaló con la cabeza hacia la puerta— tendrás que decretar la movilización general. En ese caso, lanzaríamos un ataque.

Istomin enarcó las cejas, pero no respondió. No hizo otra cosa que darle una larga calada al cigarrillo liado a mano que crujía suavemente entre sus dedos. Denis Mikhailovich agarró dos hojas de papel cubiertas de garabatos que tenía sobre la mesa y,

de acuerdo con un sistema que sólo él comprendía, se puso a trazar círculos en torno a varios nombres.

¿Un ataque? El jefe de estación levantaba la mirada por encima de la encanecida nuca del Coronel y, a través de las volutas de humo de tabaco, contemplaba el plano de la red de metro colgado en la pared. Estaba amarillento, manchado, cubierto de pequeñas anotaciones que equivalían a una crónica de la última década: las flechas indicaban expediciones de reconocimiento; los círculos, asedios; las estrellas, puestos de vigilancia, y los signos de exclamación, zonas prohibidas. Diez años enteros estaban documentados sobre aquella lámina, diez años en los que no había pasado un solo día sin derramamiento de sangre.

Bajo la Sevastopolskaya, en la Yuzhnaya, finalizaban las anotaciones. Istomin no recordaba que nadie hubiera regresado de allí. Cual raíz larga y llena de ramificaciones, la línea proseguía hacia abajo, virgen como las áreas de color blanco sobre los mapas de los conquistadores españoles que habían asaltado por primera vez las costas de las Indias Occidentales. Pero, a diferencia de éstos, los moradores de la Sevastopolskaya no tenían posibilidades de emprender una conquista. Los mayores esfuerzos de sus hombres y mujeres, debilitados por la radiación, habrían sido insuficientes.

Y por ello, las pálidas brumas de la incertidumbre envolvían ese muñón de su línea de metro olvidada por Dios, una línea que en su otra dirección conducía hacia arriba, hacia la Hansa, hacia la Humanidad. El Coronel ordenaría a los suyos, en breve, que se armaran para el combate, y no habría nadie que se negara a cumplir sus órdenes. La guerra de exterminio contra la Humanidad, que había empezado hacía más de dos décadas, no había cesado en ningún instante, por lo menos en la Sevastopolskaya y, cuando se vive un año tras otro bajo la amenaza constante de la muerte, el miedo cede ante el fatalismo y la indiferencia, y se imponen las supersticiones, los talismanes, los instintos animales. Pero ¿quién sabía lo que podía aguardarles entre la Nakhimovsky Prospekt y la Serpukhovskaya? ¿Quién sabía si podrían superar la misteriosa amenaza, y si más allá quedaría algo por lo que mereciese la pena luchar?

Istomin recordó su último viaje a la Serpukhovskaya: puestos de venta, indigentes dormidos sobre los bancos, biombos tras los que dormían y se amaban todos los que aún tenían algo. Esa estación no producía nada, no tenía invernaderos ni corrales. No: sus habitantes eran astutos y proclives al hurto. Vivían de la especulación, vendían mercancías depreciadas que habían comprado a las caravanas que no llegaban a tiempo, y prestaban a los ciudadanos de la Línea de Circunvalación algunos servicios por los que éstos, en su propia estación, habrían tenido que comparecer ante el tribunal. La Serpukhovskaya era un hongo parasitario, una excrecencia en el robusto tallo de la Hansa.

Esta última era una confederación de ricas estaciones dedicadas al comercio. Habían tenido la buena idea de bautizarla con el nombre de su modelo alemán. Era un baluarte de la civilización dentro de la red de metro, una red de metro que, por lo demás, se estaba transformando en un sumidero de pobreza y barbarie. La Hansa tenía un ejército de verdad, luz eléctrica incluso en las paradas intermedias más pobres y una hogaza de pan para todos los que conseguían el deseado sello de ciudadanía en su pasaporte. Los pasaportes con el sello de la Hansa valían una fortuna en el mercado negro, y si los guardias de la frontera descubrían uno falso mataban de inmediato a su propietario.

La Hansa debía su riqueza y su poder a la extraordinaria posición que ocupaba: la Línea de Circunvalación enlazaba el resto de líneas, ordenadas según un sistema radial, y ofrecía la posibilidad de pasar de una a otra. Tanto los comerciantes que mercadeaban con el té de la VDNKh como las dresinas que transportaban los cartuchos producidos por los armeros de la Baumanskaya depositaban su carga en la estación hanseática más cercana y regresaban luego a su hogar. Preferían vender su mercancía a un precio más bajo antes que tratar de obtener beneficios más elevados mediante largos viajes por la red de metro que fácilmente podían costarles la vida.

Podía ocurrir que la Hansa se anexionara estaciones vecinas pero, por lo general, éstas conservaban su independencia. Así se había formado un área de tolerancia en la que se realizaban todos los negocios con los que los jerarcas de la Hansa no querían

tener ninguna relación oficial. Por supuesto, dichas estaciones, llamadas radiales, estaban abarrotadas de espías de la Hansa y, desde hacía tiempo, los comerciantes de la Línea de Circunvalación se habían hecho *de facto* con el control. Pero formalmente conservaban su independencia. Ése era el caso de la Serpukhovskaya.

En uno de los túneles que los enlazaban con la Tulskaia, en *aquel* día, hacía mucho tiempo, se había detenido un tren. Istomin había marcado con una cruz latina la línea que unía ambas estaciones, porque los vagones que se encontraban en el túnel estaban habitados por sectarios. Habían transformado el tren sin vida en una especie de villa, aislada en medio de un negro desierto. Istomin no tenía nada contra los sectarios. Éstos enviaban a sus misioneros a las estaciones circundantes en busca de almas perdidas, pero los perros pastores de Dios no llegaban nunca hasta la Sevastopolskaya, ni molestaban de ninguna manera a los viajeros que transitaban por su túnel, salvo con los sermones con los que trataban de convertirlos. Las caravanas de esa zona empleaban con sumo gusto el túnel limpio y vacío que enlazaba la Tulskaia con la Serpukhovskaya.

Una vez más, Istomin recorrió la línea con su único ojo. ¿La Tulskaia? El correspondiente asentamiento mostraba los primeros signos de abandono. Sus habitantes vivían de las migajas que les dejaban los convoyes de la Sevastopolskaya que pasaban por allí y los astutos mercaderes de la Serpukhovskaya. Algunos de ellos se mantenían con la reparación de todo tipo de motores, y otros buscaban trabajos ocasionales en las fronteras de la Hansa. Se pasaban el día sentados en sus inmediaciones, hasta que se les presentaba algún capataz con maneras de traficante de esclavos. «Ellos también son pobres —pensaba Istomin—, pero por lo menos no tienen esa mirada de timador de los de la Serpukhovskaya, y en su estación impera el orden. El peligro une.»

La siguiente estación era la Nagatinskaya. Sobre el plano de Istomin, un breve trazo indicaba que estaba deshabitada. Pero se trataba de una verdad a medias: ciertamente, hacía mucho tiempo que nadie se instalaba en la estación, pero todo tipo de chusma la frecuentaba. Vivían una vida caótica, medio animal. En la absoluta oscuridad que reinaba allí, las parejas se abrazaban al abrigo de miradas extrañas. Sólo muy de vez en cuando, alguien encendía una hoguera entre las columnas y alumbraba las sombras de personajes siniestros que celebraban allí secretos conciliábulo.

Pero, durante la noche, sólo se quedaban en ella los individuos más desprevenidos, o audaces en extremo, porque no todos los visitantes que llegaban a la estación eran humanos. En la oscuridad susurrante, gelatinosa, que reinaba en la Nagatinskaya, se podían distinguir, si se miraba bien, siluetas horrorosas de verdad. Y, de vez en cuando, un chillido perforaba las tinieblas e inspiraba —por lo menos durante un rato— un miedo atroz entre el resto de indigentes. Alguna especie de criatura había arrastrado a un pobre desgraciado hasta su cueva para, una vez allí, devorarlo sin prisas.

Los vagabundos no se aventuraban más allá de la Nagatinskaya. El trecho que la separaba de las instalaciones defensivas de la Sevastopolskaya se había transformado en una especie de tierra de nadie. Este último concepto no podía emplearse sin matices, porque las dos estaciones que había entre ambas se hallaban bajo el control de ciertas criaturas. Sin embargo, los destacamentos de exploradores de la Sevastopolskaya hacían todo lo posible por no cruzarse con ellas.

A primera vista, la Sevastopolskaya habría parecido deshabitada. En el andén no había tiendas de campaña militares como las que servían de vivienda a los humanos en la mayoría de las estaciones. En vez de éstas, había montones de sacos de arena, que a la luz mortecina de las lámparas se asemejaban a oscuros hormigueros. Pero los puestos de combate estaban desiertos, y las sobrias columnas de planta angular habían quedado cubiertas por una gruesa capa de polvo. Todo estaba dispuesto para que los visitantes no deseados creyeran que la estación llevaba mucho tiempo desierta.

Pero si el intruso tenía la ocurrencia de quedarse un rato por allí, corría el riesgo de quedarse para siempre. Porque los soldados con ametralladoras y los francotiradores que cumplían servicio en la vecina Kakhovskaya durante las veinticuatro horas del día

ocuparían las instalaciones de defensa en escasos segundos, y los reflectores de mercurio sustituirían a las lámparas de baja intensidad y abrasarían las retinas de los intrusos —hombres o monstruos— que no estuvieran habituados a su fulgor.

El andén era la última, y muy bien planificada línea de defensa de la Sevastopolskaya. Los habitáculos se hallaban en el vientre de la engañosa estación: bajo el andén. Bajo las grandes baldosas de granito, oculto a ojos extraños, se encontraba un segundo espacio, no más estrecho que el propio andén, pero dividido en un gran número de celdas. Dentro de éstas había viviendas con buena iluminación, sin humedad, cálidas, con filtros de aire e instalaciones de purificación de agua que murmuraban sin cesar, invernaderos hidropónicos... los habitantes de la estación se sentían seguros tan sólo cuando se refugiaban en un subsuelo aún más profundo.

Homero sabía muy bien que la batalla de verdad no le aguardaba en el túnel, sino en la estación. Recorrió el pasillo en el que se alineaban las puertas entrecerradas de las antiguas instalaciones auxiliares donde vivían las familias de la Sevastopolskaya. Caminaba cada vez más despacio. En realidad, aún tenía que pensar su táctica, estudiarse sus respuestas. Pero el tiempo se le escurría entre las manos.

—¿Y tú qué quieres que haga? Una orden es una orden. Sabes muy bien cuál es la situación. A mí no me han preguntado lo que quería hacer. No te me pongas así... ¡no seas ridícula! No, no les he plantado cara. ¿Que si podía negarme? No, eso sería inaceptable. Sería desertión, ¿lo entiendes?

Ésas eran las palabras que iba murmurando, a veces en tono resuelto y colérico, a veces afable y suplicante.

Al llegar a la puerta de su habitáculo, repitió la perorata entera. La escena era inevitable, pero no pensaba arrugarse. Fingió una mirada lúgubre y tiró del picaporte. Estaba a punto para la pelea.

Dos de los nueve metros cuadrados y medio —un lujo que había esperado durante cuatro años mientras vivía en una tienda— estaban ocupados por una litera del Ejército Rojo, otro por una mesa cubierta con un bonito mantel y otros tres por un gigantesco montón de periódicos que llegaba hasta el techo. Si hubiera estado soltero, la montaña lo habría enterrado ya. Pero quince años antes había conocido a Helena. La mujer no se limitaba a soportar la presencia de los periódicos viejos y polvorientos dentro de la minúscula vivienda, sino que tenía la costumbre de ordenarlos con gran cuidado, y con ello impedía que el hogar se transformara en una Pompeya sepultada bajo el papel.

Era mucho lo que tenía que soportar. Un inacabable número de recortes de periódico alarmistas, con títulos como «La carrera armamentística se intensifica», «Los estadounidenses prueban un nuevo escudo antimisiles», «Nuestra defensa nuclear se refuerza», «Misiles antibalísticos por la paz», «Se agota la paciencia», empapelaban las paredes de la pequeña habitación. Y luego estaba el turno de noche que puntualmente cumplía su hombre frente a un montón de cuadernos escolares, con un bolígrafo deshecho a mordiscos en la mano, bajo la luz eléctrica. Tenían tanto papel en casa que no podían encender ni una vela. Por no hablar del apodo que le habían puesto a su marido para broma y burla; que éste llevaba con orgullo, pero que los otros pronunciaban con una sonrisa de desprecio.

Sí, la mujer soportaba muchas cosas, pero no todas. No soportaba los entusiasmos juveniles de su hombre, que siempre lo arrastraban al centro del huracán, aunque sólo fuera para ver lo que encontraría allí. ¡Con casi sesenta años! Ni la ligereza con la que aceptaba todas las misiones que le proponían sus superiores, sin pensar que en una de las últimas expediciones había estado a punto de no volver.

Por no pensar en lo que le sucedería a ella si perdía a su hombre y se veía obligada de nuevo a vivir sola.

Todas las semanas, cuando Homero se marchaba para cumplir su turno de guardia, su mujer evitaba quedarse en casa. Se iba con los vecinos para distraerse de sus aprensiones, o se unía a un turno de trabajo, aunque no le correspondiera. Todo le valía con tal de evadirse, con tal de olvidar durante un rato que el cuerpo de su hombre podía

hallarse en ese mismo instante sobre las vías, frío y sin vida. La serenidad, típicamente masculina, con que éste afrontaba la muerte, le parecía a ella estúpida, egoísta y criminal.

El azar quiso que la mujer hubiera vuelto a casa para cambiarse después del trabajo. Estaba metiendo el brazo por la manga de una chaqueta de punto remendada. Se quedó quieta sin acabar de ponérsela. Sus cabellos negros, entremezclados con canas —aún no había cumplido los cincuenta—, estaban desgredados y en sus ojos de color azul pálido brillaba el miedo.

—Kolya... ¿ha sucedido algo? ¿No tenías que estar de servicio hasta más tarde?

En un primer momento, Homero no tuvo fuerzas para entrar. Sí, desde luego, en aquella ocasión eran otros quienes habían decidido por él. Podía decir con la conciencia tranquila que lo habían obligado. Pero dudó. ¿No sería mejor tranquilizarla y luego explicárselo todo durante la cena, como si la cosa hubiera carecido de importancia?

—Sólo te pido una cosa: que no me mientas —le advirtió ella, al darse cuenta de que su hombre le rehuía la mirada.

—Lena... —empezó a decir Homero— tengo que contarte algo.

—¿Acaso alguien...? —La mujer preguntó de inmediato por lo más grave, lo más temible. Pero no llegó a pronunciar las palabras «ha muerto», porque tenía miedo de que se confirmaran sus más terribles presentimientos.

—¡No! No... —Homero negó con la cabeza, y añadió, como de pasada—: Es que me han eximido del servicio de vigilancia. Me mandan a la Serpukhovskaya. No será nada.

—Pero... —Lena se quedó sin aliento—. Pero eso es... ¿han vuelto los otros que...?

—Venga, todo eso son tonterías —se apresuró a decir Homero—. Allí no ocurre nada fuera de lo común. —La conversación estaba tomando un sesgo desagradable. En vez de capear el chaparrón de insultos, hacerse el héroe y aguardar el momento oportuno para la reconciliación, tendría que enfrentarse a una prueba mucho más dura.

Helena se volvió, se acercó a la mesa, cambió de lugar el salero y alisó una arruga del mantel.

—He tenido un sueño... —A la mujer se le enronqueció la voz, y tuvo que carraspear.

—Tú siempre tienes sueños.

—Éste era malo —repuso ella con obstinación. Luego, de improviso, sollozó.

—¿De qué se trataba? ¿Y qué puedo hacer yo...? Una orden es una orden —le replicó Homero, tartamudeando, y le acarició un dedo. Se dio cuenta de que todas las frases que había estado preparando no le servirían de nada.

—¡Que vaya en persona el tuerto aquel! —gritó la mujer con voz colérica, ahogada por las lágrimas, y apartó la mano—. ¡O el diablo ese de la boina! Pero sólo saben dar órdenes y más órdenes... ¿Qué le cuesta a él? ¡Si prácticamente está casado con su fusil! ¿Qué va a saber él?

Cuando un hombre hace llorar a una mujer y luego quiere consolarla, tiene que empezar por controlar sus propias emociones. Homero se avergonzó de sí mismo, y por eso Helena pudo hacerle daño. Pero habría sido muy fácil ceder y prometerle que se negaría a cumplir la orden, todo con tal de tranquilizarla, de secarle las lágrimas. Durante lo que le quedaba de vida, tendría que lamentarse por la oportunidad perdida. Tal vez fuera la última oportunidad que se le ofrecería durante su vida, una vida que había durado mucho.

Por ello, permaneció en silencio.

Había llegado el momento de convocar a los oficiales y darles instrucciones. Pero el Coronel aún estaba sentado en el despacho de Istomin. Apenas si notaba el humo de tabaco que tanto le había molestado en el pasado y que, al mismo tiempo, le provocaba tentaciones.

El jefe de estación trazaba rutas con el dedo sobre el viejo plano y murmuraba para sí, meditabundo. Entre tanto, Denis Mikhailovich se esforzaba por entender todo aquello: ¿Cuál era el secreto que se ocultaba tras la enigmática aparición de Hunter en la Sevastopolskaya? ¿Por qué había aparecido justamente allí, y por qué se cubría casi

siempre con el casco durante sus apariciones en público? Eso sólo podía significar que Istomin estaba en lo cierto: Hunter huía de alguien y empleaba los puestos exteriores del sur como escondrijo. Pero valía por una brigada completa y se había vuelto insustituible. No importaba ya quién pudiera exigir su deportación, ni cuál fuese el precio que se hubiera puesto a su cabeza. Ni Istomin ni el Coronel se habrían prestado a entregarlo.

El escondrijo era ideal. En la Sevastopolskaya no había forasteros, y los mercaderes locales que emprendían el camino hacia las estaciones centrales mantenían la boca cerrada, a diferencia de sus locuaces colegas en otros lugares. En aquella pequeña Esparta, que resistía sobre un minúsculo trocito de territorio en los confines del mundo, se apreciaba por encima de todo a los hombres dignos de confianza, e implacables en el campo de batalla. Allí se respetaban todavía los secretos.

Pero ¿cómo era posible, entonces, que Hunter hubiera renunciado a su escondite? ¿Por qué se presentaba voluntario para ir a la Hansa y se arriesgaba con ello a que alguien lo reconociera? Era él quien había decidido lo de la expedición. Istomin no se habría atrevido a ordenárselo. Sin duda alguna, no era el paradero de los exploradores desaparecidos lo que inquietaba al brigadier. Tampoco era el amor por la estación lo que le inducía a luchar por la Sevastopolskaya. Debía tener otros motivos que sólo él conocía.

¿Podía ser que estuviera cumpliendo una misión? Eso habría explicado muchas cosas: su aparición repentina, su secretismo, la perseverancia con que montaba guardia en el túnel y, finalmente, su resolución de emprender sin más tardanza el viaje hacia la Serpukhovskaya. Pero, entonces, ¿por qué no había querido informar a *los demás*? ¿Quién podía haberle enviado, si no ellos? ¿Quién?

No, era imposible. ¿Hunter, uno de los puntales de la *Orden*? ¿Un hombre a quien le debían la vida docenas, tal vez centenares de personas, y entre ellas el propio Denis Mikhailovich? No, ese hombre no podía haber cometido traición...

Pero ¿el Hunter que había regresado de la nada era el mismo? Y si actuaba por orden de otros, ¿podía ser que hubiera recibido algún tipo de señal? ¿Acaso la desaparición de la caravana y la del destacamento de exploración no era ninguna casualidad, sino una operación meticulosamente planeada? ¿Y qué papel representaba en ella el propio brigadier?

El Coronel meneó la cabeza, vigorosamente, como para sacudirse todas sus especulaciones. Se le aferraban como sanguijuelas y, al modo de éstas, se hinchaban cada vez más. ¿Cómo podía pensar así sobre un hombre que le había salvado la vida? Por otra parte, los servicios de Hunter a la Sevastopolskaya eran indiscutibles, y no había dado pie en ningún momento a que se dudara de él. Denis Mikhailovich se prohibió a sí mismo toda suposición de que el brigadier fuera un espía o un agente subversivo, y tomó una decisión:

—Me beberé otra taza de té y luego iré con los muchachos —dijo con fingido tono enérgico, y chasqueó los dedos.

Istomin dejó el plano y sonrió, fatigado. Se disponía a activar el disco de su viejo teléfono para llamar al ordenanza cuando, de pronto, fue el propio aparato el que sonó con fuerza. Los dos hombres se llevaron un sobresalto y se miraron. Hacía una semana que no oían aquel sonido. El encargado de comunicaciones solía llamar directamente a la puerta de su despacho cuando tenía que informar de algo, y, aparte de éste, no había nadie en la estación que tuviese conexión directa con el aparato.

—Istomin al habla —dijo con prudencia el jefe de estación.

—¡Vladimir Ivanovich! Lo llaman desde la Tulskaia —dijo atropelladamente la voz nasal del encargado de comunicaciones—. Pero se oye fatal... probablemente los nuestros... pero la conexión...

—¡Pásamelos de una vez! —bramó el jefe de estación, y aporreó la mesa con tal fuerza que el traqueteo del teléfono sonó como un quejido.

El encargado de comunicaciones enmudeció. En el auricular se oyó un clic, luego un ruido de fondo y finalmente una voz perdida en la infinita lejanía, desfigurada hasta el punto de hacerse irreconocible.

Helena había vuelto el rostro hacia la pared para esconder las lágrimas. ¿Qué podía hacer para retenerlo? ¿Cómo era posible que su hombre se agarrara siempre a la primera posibilidad de marcharse que se le presentaba? Su penoso discurso sobre las «órdenes de arriba» y la «deserción»... lo había oído un centenar de veces. ¡Qué no habría dado ella, qué no habría hecho durante los últimos quince años, con tal de poner fin a sus bobadas! Pero, una vez más, su hombre se adentraría en el túnel, como si allí pudiera encontrar algo, aparte de tinieblas, vacío y muerte. ¿Qué era lo que buscaba?

Homero sabía muy bien qué era lo que tenía en la cabeza su mujer. Igual que si se lo hubiese dicho a la cara. Se sentía mal, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Abrió la boca para decir unas palabras conciliadoras, cálidas, pero se calló, porque sabía muy bien que sólo habrían servido para avivar aún más la llama.

Sobre la cabeza de Helena lloraba Moscú. Una fotografía a color de la Tverskaya Ulitsa⁴ tras una cortina de límpida lluvia estival, recortada de un antiguo almanaque de papel brillante, cuidadosamente enmarcada, colgaba de la pared. Hacía mucho tiempo, cuando aún merodeaba por la red de metro, Homero no había tenido otras propiedades que sus ropas y aquel hallazgo. Otros hombres llevaban en el bolsillo páginas arrugadas con fotos de bellezas desnudas que habían arrancado de revistas masculinas. Pero a Homero no le servían como sucedáneo. Sin embargo, su foto de Moscú le recordaba algo de incommensurable importancia, de inexpressable belleza... algo que había perdido para siempre.

Murmuró torpemente: «Perdóname», salió al pasillo, cerró cuidadosamente la puerta a sus espaldas y, sintiendo que le faltaban las fuerzas, se acurrucó en el suelo. La puerta de los vecinos estaba abierta y en el umbral jugaban dos niños que, de puro pálidos, parecían enfermos. Un niño y una niña. Cuando vieron a Homero dejaron de jugar. El osito de peluche remendado y relleno de trapos por el que habían estado discutiendo cayó al suelo. Los niños se arrojaron sobre Homero y le gritaron:

—¡Tío Kolya! ¡Tío Kolya! ¡Cuéntanos una historia! ¡Nos habías prometido que nos contarías una historia cuando regresaras!

Homero no pudo reprimir una sonrisa. Por un instante se olvidó de la pelea con Helena, acarició el escaso cabello rubio de la niña, y, con una mirada seria, estrechó la manita del niño.

—¿Qué queréis que os cuente?

—¡Háblanos de los mutantes sin cabeza! —gritó alegremente el chiquillo.

—¡No! ¡Yo no quiero oír hablar de mutantes! —dijo la niña, aterrorizada—. ¡Son horribles, me dan miedo!

Homero suspiró.

—¿Pues tú qué quieres que te cuente, Tanyusha?

Pero el niño se adelantó a su respuesta:

—¡Entonces háblanos de los fascistas! ¡O de los partisanos!

—No. Yo quiero que nos cuente la historia de la Ciudad Esmeralda —dijo Tanya, y sonrió con sus pocos dientes.

—¡Pero si ya os la conté ayer! ¿No preferís que os hable de la guerra de la Hansa contra los rojos?

—¡De la Ciudad Esmeralda, de la Ciudad Esmeralda! —gritaron los dos.

—Bueno, está bien —les respondió Homero—. En un lugar que está muy lejos, muy lejos de aquí, al final de la Línea Sokolnicheskaya⁵, después de siete estaciones abandonadas, tres puentes que se derrumbaron, y millares y millares de traviesas, se encuentra una misteriosa ciudad subterránea. Está embrujada, y los seres humanos ordinarios no pueden entrar en ella. En su interior viven magos y sólo ellos pueden salir por las puertas de la ciudad, y también volver a entrar. Arriba, en la superficie, hay un gigantesco castillo con torres, en el que vivieron en otro tiempo esos magos tan sabios. Ese castillo se llama...

—¡Virsidad! —gritó el niño, y miró triunfante a su hermana.

⁴ Magnífica avenida comercial de Moscú.

⁵ La Línea 1 del metro de Moscú, discurre entre las estaciones Ulitsa Podbelskogo y Yugo-Sapadnaya.

—Universidad —dijo Homero, y asintió—. Cuando empezó la gran guerra y los misiles atómicos cayeron sobre la tierra, los magos se retiraron a su ciudad y embrujaron la entrada para que los hombres malos que habían empezado a combatir no pudiesen encontrarlos. Y viven... —entonces carraspeó, y enmudeció.

Helena estaba allí, apoyada en el marco de la puerta. Lo estaba escuchando. Homero no se había dado cuenta de que había salido.

—Te voy a preparar tus cosas —le dijo la mujer con voz ronca. Homero fue tras ella y la agarró de la mano. Helena lo abrazó torpemente —le avergonzaba hacerlo a la vista de los niños—, y le preguntó en voz baja:

—¿Regresarás pronto? ¿No te va a pasar nada?

Por enésima vez en su vida, Homero se maravilló de la importancia que las mujeres atribuyen a las promesas. Poco les importa que se puedan cumplir o no.

—Todo irá bien.

—Mira lo viejos que sois y todavía os besáis, como si acabarais de casaros —dijo la niña, e hizo una mueca.

Y el niño gritó con descaro:

—Papá dice que todo eso es mentira. Que la Ciudad Esmeralda no existe.

—Podría ser. —Homero se encogió de hombros—. Es un cuento. Pero ¿qué sería de nosotros si no pudiéramos contar cuentos?

La conexión era mala. Una voz pugnaba por hacerse oír entre los atroces crujidos y murmullos de fondo. Istomin alcanzó a reconocerla: se trataba, indudablemente, de uno de los exploradores que habían enviado a la Serpukhovskaya.

—En la Tulsкая... podemos... Tulsкая... —decía el hombre en un intento por hacerse oír.

—¡Comprendido! ¡Estáis en la Tulsкая! —gritó Istomin al auricular—. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no regresáis?

—...Tulsкая... aquí... no podéis... bajo ningún concepto...

Una vez más, las interferencias impedían oír las frases enteras.

—¿Qué es lo que no podemos? ¡Repite! ¿Qué es lo que no podemos?

—¡No podéis lanzar un ataque! ¡Bajo ninguna circunstancia! —se oyó entonces con nitidez en el auricular.

—¿Por qué? —respondió el jefe de estación—. ¿Qué diablos os ha ocurrido?

Pero dejó de oír la voz. El murmullo de fondo se había intensificado y, al fin, se perdió la conexión. En un primer momento, Istomin no quiso creérselo y tardó en soltar el auricular.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —murmuró.

DESPUÉS DE LA VIDA

Homero no iba a olvidar jamás la mirada del centinela que se despedía de ellos en el puesto de vigilancia meridional. Era una mirada teñida de admiración y melancolía, como por un héroe caído en cuyo honor resuenan las salvas del pelotón de honor. Como una despedida para siempre.

No era la mirada con la que se contempla a un hombre vivo. Homero se sentía como si hubiera estado subiendo por una inestable escalerilla hasta la cabina de uno de esos aviones pequeños, incapaces de aterrizar, que los ingenieros japoneses habían transformado antaño en máquinas del Infierno. La bandera imperial, con su sol naciente de rayos rojos, ondeaba al viento salobre. Los mecánicos se afanaban silenciosamente en el aeródromo, en pleno verano. Los motores empezaban a aullar. Y un rollizo General, en cuyos ojos humedecidos relampagueaba la envidia del samurái, alzaba la mano para el saludo militar...

—¿Cómo es que tienes tan buena cara? —le preguntó Ahmed, furioso, al viejo inmerso en sus sueños.

A diferencia de Homero, no ardía en deseos por averiguar lo que había ocurrido en la Serpukhovskaya. En silencio, sobre el andén, se encontraba su mujer, que llevaba de la mano izquierda a su hijo mayor, y con el otro brazo sujetaba delicadamente contra el pecho un hatillo que lloriqueaba sin cesar.

—Esto va a ser como un ataque por sorpresa, al estilo Banzái: nos alzaremos y correremos a cuerpo descubierto hacia las ametralladoras —trató de explicarle Homero—. Con el valor que brinda la desesperación. Nos aguarda el mortífero fuego enemigo...

—No me extraña que lo llamen «ataque suicida» —masculló Ahmed, y se volvió hacia la pequeña mancha de luz que brillaba al final del túnel—. Es lo más adecuado para unos locos como nosotros. Un hombre normal no se arroja contra una ametralladora. Los gestos heroicos de ese tipo no sirven de nada a nadie.

El viejo tardó un rato en responderle.

—Mira, te voy a explicar lo que ocurre. El hombre que se da cuenta de que le ha llegado su hora se pone a pensar: «¿Qué quedará de mí? ¿He logrado algo en toda mi vida?»

—Humm. Por lo que a ti respecta, no estoy seguro. Pero yo tengo a mis niños. Estoy seguro de que no me olvidarán. —Después de una pausa, Ahmed añadió—: Por lo menos el mayor.

Homero había estado buscando una respuesta insultante, pero esta última frase de Ahmed lo dejó sin palabras. Era evidente que a un hombre como él, viejo y sin hijos, le resultaba fácil poner en peligro su pellejo apolillado. Pero aquel muchacho tenía demasiada vida por delante para empezar a preguntarse por la inmortalidad.

Llegaron a la última lámpara: una bombilla dentro de un recipiente de cristal, protegido a su vez por una rejilla metálica repleta de moscas y cucarachas voladoras abrasadas. Esa masa quitinosa se agitaba ligeramente: había insectos que aún vivían y trataban de escapar, como algunas víctimas de ejecuciones masivas que, sólo malheridas y con la bala en el cuerpo tratan de escapar de la fosa común.

Homero se detuvo un instante bajo la luz trémula, mortecina, amarillenta, que brotaba penosamente de la lámpara-cementerio. Luego respiró hondo y se sumergió, en pos de los demás, en las negrísimas tinieblas que lo inundaban todo desde las fronteras de la Sevastopolskaya hasta las inmediaciones de la Tulsкая... si es que la Tulsкая aún existía.

Parecía como si la apesadumbrada mujer y sus dos críos se hubiesen quedado pegados a las baldosas de granito. No estaban solos en el andén: un hombre gordo y tuerto con hombros de luchador estaba un poco más allá, en pie, y seguía con la mirada al grupo que se alejaba. A sus espaldas estaba un anciano flaco, con chaqueta de militar, que hablaba en voz baja con un ordenanza.

—Ahora sólo nos queda esperar —concluyó Istomin, mientras jugueteaba distraídamente con la colilla apagada, empujándola de una comisura a otra de sus labios.

—Por mí puedes esperar cuanto quieras —le replicó irritado el Coronel—. Yo haré lo que tengo que hacer.

—El de la llamada era Andrey. El oficial al mando de la última troika que enviamos. —Vladimir Ivanovich creyó oír una vez más la voz en el auricular. No lograba quitársela de la cabeza.

—Sí, ¿y qué? —El Coronel levantó una ceja—. Quizá lo torturaron para obligarlo a transmitirnos ese mensaje. Existen especialistas que conocen todos los métodos.

—No lo creo. —El jefe de estación negó con la cabeza, meditabundo—. Tú mismo oíste su voz. Allí ocurre alguna otra cosa. Algo que no podemos explicar. Un ataque por sorpresa no serviría para nada...

—Yo sí puedo explicarte lo que ha ocurrido —le aseguró Denis Mikhailovich—. En la Tulskaia hay bandidos. Han ocupado la estación, han matado a una parte de los nuestros y han tomado al resto como rehenes. Naturalmente, no han cortado el suministro de energía, porque ellos también necesitan la corriente, y tampoco quieren poner nerviosa a la Hansa. Lo más probable es que hayan desconectado el teléfono, sin más. ¿De qué otra manera te explicas que unas veces funcione y otras no?

—Pero su voz sonaba tan... —murmuró Istomin, como si no hubiera escuchado al otro.

—Sí, ¿y qué? —le gritó el Coronel. El precavido ordenanza puso distancia de por medio—. ¡Que te claven alfileres bajo las uñas, ya verás cómo gritas entonces! ¡Y sólo se necesitan unas tenazas para que tu voz de bajo se convierta en una de soprano de por vida!

El Coronel tenía muy claro que había tomado la decisión correcta. Había superado todas sus dudas y por ello se sentía bien de nuevo, y las manos se le agarrotaban de ganas de empuñar el sable. Istomin podía rezongar cuanto quisiera!

Éste no le respondió de inmediato. Quería darle tiempo al acalorado Coronel para que se enfriara.

—Esperaremos —dijo por fin. Había hablado en tono conciliador, pero, al mismo tiempo, inflexible.

Denis Mikhailovich cruzó los brazos.

—Dos días.

—Dos días —confirmó Istomin.

El Coronel dio media vuelta y se marchó apresuradamente hacia el cuartel. No tenía ninguna intención de perder el tiempo. Los oficiales de los pelotones de asalto llevaban una hora larga sentados a ambos lados de una mesa de madera en el Estado Mayor. Sólo quedaban dos sillas vacías, cada una a un extremo de la mesa: la del propio Coronel, y la de Istomin. Pero esta vez empezarían la sesión sin aguardar al dirigente supremo.

Istomin no había advertido la ausencia de Denis Mikhailovich.

—Qué raro que de pronto hayamos intercambiado los papeles, ¿verdad? —dijo, pensativo.

Como no obtuvo respuesta, se volvió, y sólo se encontró con la mirada confusa del ordenanza. Le hizo un gesto con la mano para que se marchara. «El Coronel está irreconocible», pensó Istomin. Hasta aquel momento se había resistido a mandar al exterior a uno solo de sus hombres. El viejo lobo había husmeado algo. Pero ¿se podría confiar en su olfato esta vez?

A Istomin, sus instintos le aconsejaban algo muy diferente: mantener la calma. Esperar. La extraña llamada le había confirmado sus sospechas: si la infantería pesada de la Sevastopolskaya asaltaba la Tulskaia, tendría que hacer frente a un enemigo misterioso e invencible.

Vladimir Ivanovich buscó dentro de sus bolsillos, encontró el mechero y lo encendió. Mientras las desgarradas volutas de humo ascendían por el aire, clavó la mirada en las negras fauces del túnel. Miró como hipnotizado, como un conejo con los ojos clavados en el hipnótico rostro de la serpiente.

Al acabársele el cigarrillo, meneó de nuevo la cabeza y regresó a su despacho arrastrando los pies. El ordenanza salió de detrás de la columna donde se había escondido y le siguió a prudente distancia.

Se oyó un chasquido sordo, y un rayo de luz alumbró la estriada bóveda hasta un trecho de cincuenta metros. La linterna de Hunter era grande, y potente como un reflector. Homero respiró con alivio, en silencio. Durante los últimos minutos había llegado a pensar que el brigadier no encendería ninguna luz, simplemente porque sus ojos no la necesitaban.

Tan pronto como se hubieron sumergido en la penumbra, Hunter se despojó de todos los rasgos propios de un ser humano normal. Incluso podríamos decir de un ser humano. Sus movimientos eran ágiles y veloces como los de un animal. Parecía que Hunter hubiese encendido la linterna tan sólo para sus acompañantes. Él se guiaba más bien por sus otros sentidos. Se había quitado el casco y escuchaba con atención los sonidos del túnel. De vez en cuando se detenía y aspiraba el aire mohoso hasta lo más hondo... y con ello daba pábulo a las sospechas de Homero.

Hunter caminaba sin hacer ruido, siempre unos pasos por delante, sin volverse ni una sola vez hacia los otros dos. Parecía que hubiese olvidado por completo su presencia. Ahmed había servido muy raramente en el túnel meridional, y por ello no conocía las extrañas costumbres del brigadier. Asombrado, le dio un codazo al viejo: «¿Qué le ocurre a ese hombre?» Homero abrió ambos brazos en un gesto de impotencia. ¿Cómo iba a explicárselo en pocas palabras?

Pero ¿para qué los necesitaba el brigadier? Hunter parecía sentirse mucho más seguro que Homero en los túneles de esa zona. Y, sin embargo, le había confiado a este último el papel de guía. Si le hubiera preguntado al viejo, éste habría podido contarle muchas cosas sobre aquellos parajes. Leyendas, pero también hechos ciertos, que en ocasiones eran aún más terribles y extraños que las inverosímiles historias que los centinelas contaban en torno a sus hogueras para combatir el aburrimiento.

Homero retenía en la memoria su propio plano de la red de metro, y, al lado de éste, el de Istomin valía bien poco. Habría podido cubrir de marcas y anotaciones las zonas que en el plano del jefe de estación no tenían trazo alguno escrito a mano. Pozos, áreas de mantenimiento accesibles que se habían conservado en parte, túneles secundarios que enlazaban con los principales como finas hebras de telaraña. Así, por ejemplo, su plano registraba una bifurcación entre la Chertanovskaya y la Yuzhnaya, una estación más hacia el sur. Iba a parar a las gigantescas fauces de las cocheras de Varshavskoye, surcadas por docenas de vías de estacionamiento semejantes a venillas. Homero sentía un temor reverencial por los trenes, y veía las cocheras como un lugar tenebroso, y al mismo tiempo mágico, como una especie de cementerio de elefantes. Podía pasarse horas y horas hablando sobre ello, siempre que encontrara a alguien dispuesto a escuchar.

Homero consideraba que el trecho entre la Sevastopolskaya y la Nakhimovsky Prospekt era especialmente difícil. Las medidas de seguridad, y el sentido común, exigían que los viajeros caminaran siempre juntos, que avanzaran poco a poco, con precaución, y que no perdieran de vista las paredes y el suelo. También tenían que estar siempre atentos a lo que pudiera haber a sus espaldas, por más que las brigadas de albañiles de la Sevastopolskaya hubieran tapiado y sellado todas las aberturas y grietas del túnel.

Las mismas tinieblas que huían al paso de su linterna reaparecían luego a sus espaldas. El eco de sus pasos se quebraba en los innumerables cruces de los túneles, y en algún lugar, en la lejanía, aullaba un viento solitario, cautivo en un conducto de ventilación. Goterones, grandes y pesados, se espesaban en las juntas del techo y caían al suelo. Probablemente se componían tan sólo de agua, pero Homero prefería esquivarlos. Por si acaso. Por pura precaución.

En los viejos tiempos, cuando la hinchada ciudad monstruo aún vivía su vida enfebrecida, y sus infatigables habitantes no veían en la red de metro otra cosa que un medio de transporte sin alma, un jovencísimo Homero, a quien entonces todo el mundo llamaba Kolya, había recorrido sus túneles con una linterna de bolsillo y una caja metálica repleta de herramientas.

Sus accesos estaban vetados al común de los mortales. Estos últimos sólo podían entrar en unas ciento cincuenta salas marmóreas, bien lustradas para hacerlas brillar, y también en unos vagones estrechos y repletos de anuncios de colores. Aunque pudieran pasar entre dos y tres horas al día sometidos a las sacudidas de los convoyes del metro, los millones de seres humanos que los utilizaban no podían ni sospechar que tan sólo veían la décima parte de un imperio subterráneo de increíble extensión. Y para que no pudieran imaginar su verdadero tamaño, ni se preguntaran adonde podían conducir las discretas puertas y compuertas de hierro, los túneles laterales envueltos en tinieblas, los pasadizos cerrados durante meses en obras, se los despistaba con vistosos carteles, se los engañaba con eslóganes irritantes de puro estúpidos, y se los perseguía incluso por las escaleras automáticas con insípidos anuncios televisados. Ésa fue, por lo menos, la impresión que se llevó Kolya cuando empezó a conocer más de cerca con secretos de la ciudad.

El plano multicolor fijado en una pared de los vagones tenía como misión convencer a las almas curiosas de que se trataba de una instalación meramente civil. Pero, en realidad, sus líneas de alegres colores estaban entretejidas con una telaraña de túneles secretos, y de éstos crecían cual racimos de uvas, en todas las direcciones, búnkeres militares y del Gobierno. Sí, incluso algunos trechos estaban conectados a una red de catacumbas excavadas bajo la ciudad en el tiempo de los paganos.

Durante la primera juventud de Kolya, cuando su país aún era demasiado pobre para medir sus fuerzas y sus ambiciones con los demás, los búnkeres y refugios antiatómicos construidos en previsión del Juicio Final quedaron olvidados bajo gruesas capas de polvo. Pero, al mismo tiempo que el dinero, regresaron las antiguas creencias, y con ellas aparecieron también hombres de mala fe. Viejas puertas herrumbrosas, de varias toneladas de peso, se abrieron chirriando. Las provisiones de alimentos y medicinas se renovaron. Se repararon los filtros de aire y agua. Justo a tiempo.

Para Kolya, un muchacho recién llegado de otra ciudad, sin oficio ni beneficio, conseguir un empleo en el metro había sido como ingresar en una logia masónica. El, un joven estafalario, siempre en el paro, se hizo miembro de una organización poderosa, que le pagaba generosamente sus servicios más modestos y le prometía la participación en los secretos más oscuros del orden mundial. Además, el puesto de trabajo que ofrecía el anuncio le había parecido sumamente atractivo. Sobre todo, porque a los candidatos a guardavía no se les exigía ningún requisito.

Tuvo que pasar algún tiempo antes de que entendiera, a partir de las explicaciones de sus reticentes colegas, por qué la compañía que gestionaba el metro tenía que mimar a sus colaboradores con sueldos elevados y primas por trabajos de riesgo. No, no era por los malos horarios, ni por la voluntaria renuncia a contemplar la luz del día. Los riesgos que los amenazaban eran de otro tipo.

Corrían incesantes rumores sobre fenómenos diabólicos que tenían lugar en los túneles del metro, pero Kolya, hombre escéptico donde los hubiera, no les daba crédito. Cierta día, sin embargo, un amigo suyo fue a inspeccionar un túnel sin salida y no regresó. Lo más extraño fue que no se hizo ningún esfuerzo por encontrarlo. El jefe de su

unidad despachó el asunto con aire deprimido. Asimismo, desaparecieron todos los documentos que atestiguaban que aquel hombre hubiera trabajado en el metro.

Kolya, todavía joven e ingenuo, fue el único que se negó a aceptar la desaparición de su compañero. Hasta que, al fin, uno de los empleados de mayor edad se lo llevó aparte y le susurró al oído, mientras miraba sin cesar a un lado y a otro, que a su amigo se lo habían «llevado».

Entonces, Kolya comprendió que en el metro de Moscú sucedían cosas terribles. Y todo eso, mucho antes de que el Armagedón se abatiera sobre la ciudad y exterminase a toda criatura viva con su aliento abrasador.

La pérdida de su amigo y la iniciación en aquel saber prohibido habrían tenido que atemorizarlo. Debería haberse marchado, dejar ese trabajo y buscarse otro. Pero lo que había sido originalmente un matrimonio de conveniencia con la red de metro se transformó en un apasionado romance. Cuando por fin se hastió de las inacabables caminatas por los túneles, estudió para conductor de trenes y, así, obtuvo un puesto fijo en la compleja jerarquía de la Compañía de Transporte.

Cuanto más conocía aquella oculta maravilla del mundo, aquel laberinto inspirado por la nostalgia del lejano Laberinto de la Antigüedad, aquella ciudad ciclópea sin señor, aquel espejo invertido que reflejaba el mundo de la superficie en el tenebroso subsuelo de Moscú, más profundo e incondicional era el amor que le profesaba. Ese Tártaro edificado por los hombres habría sido digno de las artes poéticas de un Homero de verdad, o, por lo menos, de la grácil pluma de un Swift, y su historia habría podido impresionar a este último mucho más que la de la isla voladora de Laputa... pero el hombre que honraba en secreto a la red de metro y le cantaba torpemente era Kolya, únicamente Kolya. Nikolay Ivanovich Nikolayev. Vaya ridiculez.

No es imposible amar a la Señora de la Montaña de Cobre⁶, pero ¿cabe la posibilidad de amar a la montaña misma?

Y, en realidad, su amor sí halló respuesta, hasta el punto de suscitar celos. Le robó a Kolya su familia entera, pero lo salvó a él.

Hunter se detuvo de repente, tan de repente que Homero no tuvo tiempo de levantarse del colchón de plumas de sus recuerdos y se dio de bruces contra la espalda del brigadier. Éste, sin mediar palabra, apartó al viejo de un empujón y volvió a quedarse inmóvil. Agachó la cabeza y escuchó las profundidades del túnel con su oreja desfigurada. Igual que el ciego murciélago traza una imagen del espacio que lo rodea, Hunter parecía escuchar una frecuencia sónica inaudible para los demás.

Homero se fijó en otra cosa: en el olor de la Nakhimovsky Prospekt, un olor inconfundible. Qué breve se le había hecho la caminata por el túnel... ojalá no tuvieran que pagar un precio por haber llegado hasta allí sin encontrar oposición... Como si hubiera oído los pensamientos de Homero, Ahmed empuñó el rifle que hasta entonces había llevado al hombro y quitó el seguro.

—¿Qué son esas criaturas de allí? —murmuró Hunter, que de pronto se había vuelto hacia Homero.

El viejo se sonrió. ¿Cómo podía saber lo que les depararía el diablo? La Nakhimovsky Prospekt tenía las puertas bien abiertas, y por ellas, como por un embudo, se derramaban al interior las más inimaginables criaturas. Pero la estación también tenía unos habitantes fijos. Aunque no fueran peligrosos, inspiraban en Homero un sentimiento especial: una pegajosa mezcla de asco y temor.

—Son pequeñas... no tienen pelo —dijo el brigadier, en un intento de describirlas.

Con eso le bastó a Homero: eran ellos.

—Necrófagos—, dijo en voz baja.

⁶ Personaje que aparece en varios de los cuentos del escritor ruso Pavel Bazhov. Uno de los más conocidos es «La flor de piedra», sobre el que se hizo una película, y Prokofiev compuso un ballet. Trata de un hombre joven que está prisionero de la Señora de la Montaña de Cobre, y que al fin es liberado por su enamorada.

Entre la Sevastopolskaya y la Tulskaia, quizá también en otras regiones de la red de metro, aquella palabra, que antiguamente se había empleado como insulto en la lengua rusa, había revivido durante los últimos años con un nuevo significado: su significado literal.

—¿Se alimentan de carne? —preguntó Hunter.

—Más bien de carroña —le respondió el viejo con cierta inseguridad.

Las repugnantes criaturas —una especie de primates semejantes a arañas— no atacaban a los humanos, sino que se alimentaban de carne muerta que salían a buscar a la superficie. Y en Nakhimovsky Prospekt se habían instalado en gran número. Por ello, los túneles adyacentes rezumaban un hedor de podredumbre repugnante y dulzón. En la estación propiamente dicha, el olor era tan intenso que provocaba náuseas. Había hombres que mucho antes de llegar se ponían la máscara de gas para protegerse al menos en parte.

Homero tenía muy presente aquella peculiaridad de la Nakhimovsky. Se apresuró a sacar la máscara que llevaba en el macuto y la empleó para cubrirse la boca y la nariz. Ahmed, que había tenido que unirse a la expedición sin tiempo para proveerse del equipo necesario, miró a Homero con envidia y hundió la nariz detrás del codo. Los miasmas procedentes de la estación los envolvieron, los empujaron hacia adelante, los persiguieron.

Pero no parecía que Hunter se diera cuenta de nada.

—¿Hay alguna sustancia venenosa? ¿Esporas? —le preguntó a Homero.

—Sólo hedor —farfulló éste tras la máscara.

El brigadier miró inquisitivamente al viejo, como para convencerse de que no bromeaba. Al fin, se encogió de hombros.

—Lo habitual, entonces.

Empuñó el rifle corto de manera más cómoda, indicó a los demás que lo siguieran y avanzó con pasos silenciosos.

Unos cincuenta metros más allá, un susurro apenas audible, indescifrable, se sumó a la monstruosa fetidez. Homero se secó las gruesas gotas de sudor que le cubrían la frente y trató de echarle el freno a su propio y desbocado corazón. Les faltaba muy poco para llegar.

Al fin, la luz de la linterna encontró algo y disipó las tinieblas en las que habían estado ocultos unos faros rotos que miraban a la nada, un parabrisas resquebrajado por una telaraña de grietas, un chasis azul que parecía resistirse con toda su terquedad a la herrumbre que lo devoraba... se hallaban frente al primero de los vagones de un tren, una especie de gigantesco corcho con el que parecía haberse atragantado el túnel.

El tren llevaba mucho tiempo allí, sin esperanzas de volver a la vida. Pero Homero, cada vez que lo contemplaba, sentía el deseo infantil de subirse a la estropeada cabina del conductor, acariciar los interruptores del cuadro de mandos, e imaginarse, con los ojos cerrados, que avanzaba a toda máquina por el túnel, una vez más, arrastrando tras de sí una guirnalda de vagones resplandecientes, repletos de personas, personas que leían, que dormitaban, que miraban los anuncios de las paredes o trataban de distraerse con el aullido de los motores.

«En cuanto reciban la señal de alarma de "Ataque atómico", tienen que dirigirse a la estación más cercana. Una vez allí se detendrán. Abrirán las puertas. Prestarán ayuda a los equipos de protección civil en las tareas de evacuación de heridos y de cierre hermético de las estaciones de metro...»

Los conductores habían recibido instrucciones precisas y sencillas para el día del Juicio Final. Éstas se cumplieron en todos los lugares donde fue posible. La mayoría de los trenes se detuvo junto a un andén, y una vez allí cayeron en un sueño letárgico. A los hombres y mujeres que se salvaron de la muerte en las instalaciones del metro se les dijo que tan sólo habrían de pasar allí unas semanas. Pero tuvieron que quedarse en el subsuelo para siempre, y fueron desmontando los trenes para proveerse de equipamiento y piezas de repuesto.

En algunos lugares habían conservado los convoyes intactos y los habían empleado como habitáculo, pero Homero, que siempre había considerado que los trenes eran criaturas vivas, pensaba que aquello era como profanar un cadáver. Lo mismo que si

alguien hubiera disecado a su gato preferido. En algunas regiones deshabitadas, como la de la Nakhimovsky Prospekt, los trenes seguían en pie, aun cuando el tiempo y los vándalos hubiesen dejado su huella.

Homero no podía apartar la vista del vehículo. Los murmullos y siseos que se oían en la estación quedaron, para él, en un segundo plano, y creyó oír de nuevo las espectrales sirenas de alarma que comunicaron un mensaje que nadie había oído nunca hasta aquel día, con un toque largo y uno corto: «¡Ataque atómico!» Los frenos rechinaron, y se oyó por los altavoces una voz desconcertada:

—Señores pasajeros, por un problema técnico este tren ha tenido que detenerse...

Ni el conductor del tren que farfullaba al micrófono ni su ayudante, Homero, fueron conscientes de la desesperación que se ocultaba tras aquella fórmula.

El tenso crujido de los cierres herméticos separó de una vez para siempre el mundo de los vivos y el de los muertos. De acuerdo con los protocolos, había que cerrar las puertas, a más tardar, seis minutos después de la señal de alarma. Y no importaba cuántas personas se quedasen fuera. Había que matar a tiros a todos los que trataran de impedir el cierre de las puertas.

¿Qué haría el insignificante guardia que espantaba a los indigentes y los borrachos de la estación? Supongamos que a una mujer se le rompía el tacón del zapato y que su marido trataba de detener la gigantesca máquina de hierro para que tuviera tiempo de entrar. ¿Tendría arrestos para dispararle al vientre? ¿Y la vieja impertinente de la taquilla, la anciana uniformada, tocada con el quepis, que en sus treinta años de trabajo no había hecho otra cosa que cerrar la puerta y perseguir a los gamberros con pitidos intimidatorios? Supongamos que veía a un anciano luciendo una discreta condecoración militar, sin resuello, que trataba de llegar a la entrada. ¿Sería capaz de cerrarle el paso? Los protocolos les daban seis minutos para renunciar a su humanidad y transformarse en máquinas. O en monstruos.

Los chillidos de las mujeres y los gritos de los hombres, los alaridos que proferían los niños sin ninguna contención, el estampido de las pistolas y las ráfagas de ametralladora... por todos los altavoces se oía, metálica y fría, la llamada a la calma. La estaba leyendo alguien que no sabía nada, porque nadie que supiera lo que ocurría habría podido, con indiferencia y dominio sobre sí mismo, repetir una y otra vez: «Por favor, mantengan la calma» Lloros, súplicas... y, de nuevo, disparos.

Y, exactamente seis minutos después de la alarma, un minuto antes del Armagedón... el sordo toque de muertos de las puertas que se cerraban. El poderoso crujido de los cerrojos.

Se hizo el silencio.

Como en una tumba.

Para sortear el vagón, tenían que caminar pegados a la pared. El conductor había frenado demasiado tarde. Tal vez algún incidente acaecido en el andén lo había impulsado a seguir adelante. Subieron por una escalera de hierro y al cabo de unos instantes entraron en una sala increíblemente espaciosa. No tenía columnas, sino tan sólo un techo abovedado con nichos ovales para las lámparas. La bóveda era gigantesca, cubría tanto los andenes como las dos vías y los trenes que se encontraban en ellas. Una construcción de impensable elegancia y ligereza... sencilla y lacónica.

Pero no podían mirar hacia abajo, no podían ver lo que estaban pisando, y tampoco lo que había más adelante.

No podían ver en qué se había convertido la estación.

Un grotesco cementerio en el que nadie hallaba reposo, un tremendo mercado de carne repleto de esqueletos roídos, cuerpos putrefactos, miembros arrancados de los cadáveres. Unas repulsivas criaturas arrastraban hasta allí todo lo que habían encontrado en su extenso imperio, mucho más de lo que podían devorar en el acto, y lo almacenaban. Las provisiones se les pudrían, se descomponían. Sin embargo amontonaban cada vez más.

Las montañas de carne muerta se estremecían contra toda ley, como si respiraran, y por todas partes se oía un sonido repugnante como de pulpa desgarrada. El rayo de luz descubrió a una de esas extrañas figuras: extremidades largas y nudosas; una piel flácida y gris, sin vello alguno, que colgaba formando pliegues; la espalda encorvada. Sus ojos empañados y saltones los miraban, medio ciegos, y sus gigantescas orejas se movían como con vida propia...

La criatura lanzó un grito ronco y retrocedió poco a poco, a cuatro patas, hacia las puertas abiertas de los vagones. Los demás necrófagos empezaron a descender de sus montañas de cadáveres. Irritados, siseaban y sollozaban, enseñaban los dientes y lanzaban resoplidos a los viajeros.

Si se hubieran erguido, le habrían llegado a Homero hasta el pecho, que no era muy alto. Éste sabía que esas cobardes criaturas no osarían atacar a un hombre fuerte y sano. Pero el irracional pavor que sentía ante ellas provenía de sus pesadillas nocturnas: en éstas, se veía a sí mismo débil y abandonado en una estación solitaria, y esas bestias se le acercaban. De la misma manera que el tiburón huele una gota de sangre en el océano a varios kilómetros de distancia, aquellas criaturas detectaban la cercanía de la muerte de los extraños, y se apresuraban a ir en su busca.

«Angustias de la edad», pensó Homero, despreciándose a sí mismo. En su juventud había hojeado un buen número de libros sobre psicología aplicada. Si por lo menos le hubieran servido para algo...

A pesar de todo, los necrófagos no temían a los hombres. En la Sevastopolskaya se habría considerado un despilfarro, digno de castigo, el empleo de un único cartucho contra aquellas bestias, repulsivas, sí, pero inocuas. Las caravanas que pasaban por allí trataban de no prestarles atención, aun cuando las criaturas trataran de provocar.

En aquella estación se habían multiplicado enormemente y, a medida que la troika avanzaba —bajo sus botas se oían los horribles chasquidos de los huesecillos—, los necrófagos se alejaban de mala gana de su yantar y se arrastraban hasta sus refugios. Sus nidos se hallaban en los vagones. Y, por eso mismo, Homero los odiaba aún más.

Las puertas herméticas de la Nakhimovsky Prospekt estaban abiertas. Se decía que la dosis de radiación que podía llegar a recibir un hombre que atravesara rápidamente la estación era pequeña y que no afectaba a su salud, pero que sí era peligroso permanecer allí durante mucho tiempo. En esas condiciones los dos trenes habían podido conservarse relativamente bien. Los cristales de las ventanas aún estaban intactos. Por las puertas abiertas se alcanzaba a ver los asientos, hechos una porquería, pero enteros, y el color azul de la carrocería exterior se había conservado.

En el centro de la sala se alzaba un auténtico *kurgan*⁷, erigido con los desfigurados cadáveres de quién sabe qué criaturas. Al llegar a su lado, Hunter se detuvo de improviso. Ahmed y Homero se miraron, intranquilos, y trataron de descubrir por dónde venía el peligro. Pero el motivo por el que Hunter se había detenido era otro.

Al pie del montículo, dos necrófagos más pequeños que los demás roían un esqueleto de perro. Se oían sus mordiscos y gruñidos de placer. No se habían escondido. Quizás estuvieran abstraídos con su festín y no hubieran oído las señales de sus congéneres, o quizá los hubiera dominado la avidez por comer.

Cegados por la fulgurante luz de la linterna, pero sin dejar de masticar, empezaron a retroceder hacia el vagón más cercano. Pero entonces, ambos se desplomaron, y se oyó un golpe como de sacos de vísceras contra el suelo.

El desconcertado Homero vio que Hunter se guardaba en una pistolera que le colgaba del hombro su pesada pistola militar con silenciador largo. El rostro del brigadier se mantenía, como siempre, impenetrable e inexpresivo.

—Tenían mucha hambre —murmuró Ahmed. Presa de la repugnancia y al mismo tiempo de la curiosidad, contempló los oscuros charcos que se estaban formando bajo los cráneos pastosos de las criaturas muertas.

—Yo también —le respondió Hunter en tono vago. Al oírlo, Homero sintió escalofríos.

El brigadier siguió adelante sin volverse hacia los otros dos, y Homero tuvo la sensación de oír de nuevo los gruñidos de avidez que un momento antes habían

⁷ Término ruso que significa «túmulo funerario».

enmudecido. ¡Cuántos esfuerzos había tenido que hacer para resistirse a la tentación de tirar a matar contra esas bestias! Cuando se encontraba con ellas, se hablaba a sí mismo en tono apaciguador hasta que lograba dominarse. Sentía la necesidad de probar que era un hombre adulto, un hombre capaz de controlarse, que no se dejaba enloquecer por sus propias pesadillas. Pero Hunter no se esforzaba por reprimir sus impulsos.

Con todo, ¿qué impulsos eran éstos?

El silencioso fin de los dos necrófagos había puesto en movimiento al resto de la horda: el olor a muerte reciente alejó del andén incluso a los más atrevidos y a los más apáticos. Se metieron en ambos trenes al tiempo que proferían débiles cloqueos y gimoteos. Se agolparon contra las ventanas o se apelotonaron en las puertas, y aguardaron sin moverse.

No parecía que las criaturas sintiesen ningún tipo de cólera, ni tampoco se apreciaba ningún indicio de que quisieran vengarse, ni defenderse. Tan pronto como el grupo de humanos abandonara la estación, irían sin más demora a devorar a sus congéneres caídos. Homero pensó que la agresividad es un rasgo propio de los cazadores. Los carroñeros no la necesitan, porque no se ven obligados a matar. Todas las criaturas vivas morirán de cualquier modo, y se transformarán por sí mismas en comida. A los carroñeros les basta con esperar...

La linterna alumbraba sus repugnantes muecas tras el cristal verdoso y sucio de las ventanas, sus cuerpos encorvados, sus patas garrudas, que arañaban desde dentro el satánico acuario. Un centenar de pares de ojos empañados contemplaban en absoluto silencio a la pequeña cuadrilla, sin perderla de vista ni un solo momento. Las cabezas de las criaturas giraban todas a la vez. No querían perder de vista a los hombres. Seguramente, los pequeños abortos que se habían conservado sumergidos en formaldehído en la Cámara de Curiosidades⁸ de San Petersburgo habrían mirado del mismo modo a los visitantes del museo, si no se hubiera tenido el cuidado de coserles los párpados.

Aun cuando se le acercase la hora en la que tendría que pagar por su descreimiento, Homero no conseguía creer en Dios ni en el demonio. Aunque el fuego de la expiación hubiera existido, el viejo habría seguido en sus trece. Sísifo fue condenado a luchar contra la fuerza de la gravedad y Tántalo, sentenciado a sufrir el tormento de una sed inextinguible. Pero lo que aguardaba a Homero en la estación de su muerte era un arrugado uniforme de conductor de trenes, y ese convoy monstruoso y fantasmal, con sus repulsivos pasajeros semejantes a gárgolas medievales, mofa y escarnio de todos los dioses de la venganza. Y en cuanto el tren abandonara la estación, el túnel, como en algunas de las viejas leyendas del metro, se transformaría en una cinta de Móbius, en un dragón que se mordería la cola.

El interés de Hunter por la estación y por sus habitantes se había desvanecido. El grupo de viajeros recorrió en un instante el trecho que aún les quedaba. De repente, el brigadier aceleró el paso, y Ahmed y Homero tuvieron que apurarse para seguirlo.

El viejo sintió el deseo de volverse, y ponerse a gritar y pegar tiros para asustar a aquellos corrompidos engendros, y ahuyentar junto con ellos a sus propios y opresivos pensamientos. Pero, en cambio, siguió adelante, con pasitos cortos y la cabeza gacha, siempre atento a no pisar los restos podridos de ningún cadáver. Ahmed hizo lo mismo. Cuando, a la manera de un grupo de fugitivos, hubieron salido de la Nakhimovsky Prospekt, a ninguno de ellos se le ocurrió volverse.

El manchón de luz que brotaba de la linterna de Hunter iba de un lado para otro. Parecía que siguiera a un acróbata invisible por una siniestra carpa circense. Pero, en realidad, el brigadier había dejado de preocuparse por lo que iluminara.

Bajo la trémula luz, quedaron a la vista durante unas fracciones de segundo unos huesos recién roídos, y una calavera inequívocamente humana... y luego

⁸ En su origen fue la colección personal de curiosidades de Pedro el Grande, y luego el primer museo de Rusia. Se halla en San Petersburgo. Gozan de una especial fama sus fetos humanos y animales con anomalías anatómicas.

desaparecieron de nuevo en la penumbra. A su lado yacían, cual absurdas monedas, un casco de soldado y un chaleco antibalas.

Sobre el casco se leían unas letras de color blanco: Sevastopolskaya.

HEBRAS ENTRECruzADAS

¡Papá... papá! ¡Soy yo, Sasha!

La muchacha desató cuidadosamente la correa de debajo del hinchado mentón de su padre y le quitó el casco. Después lo agarró por los cabellos sudorosos, tiró de la goma, le quitó la máscara de gas y la arrojó bien lejos, como si fuese una de esas cabelleras que arrancaban los indios, un cuero cabelludo encogido, con el color grisáceo de la muerte.

El hombre respiraba pesadamente, arañaba las baldosas de granito y miraba a la muchacha con ojos húmedos, sin pestañear. No le respondió.

Sasha le recostó la cabeza sobre la mochila y corrió a la puerta. Apoyó con fuerza sus estrechos hombros contra el enorme batiente, respiró hondo y apretó las mandíbulas. La mole de hierro pesaba varias toneladas, pero cedió de mala gana, giró sobre sus goznes y se cerró entre chirridos. Sasha echó ruidosamente el cerrojo y se dejó caer al suelo. Necesitaba un minuto, tan sólo un minuto para recobrar el aliento... enseguida regresaría con él.

Cada una de las incursiones le restaba fuerzas a su padre. Un evidente despilfarro, a juzgar por la escasez de las ganancias. Sus expediciones le arrebatában, no sólo días, sino semanas, e incluso meses de vida. Pero la necesidad obligaba: si no tenían nada para vender, sólo les quedaría comerse la rata domesticada de Sasha, la última que seguía con vida en la inhóspita estación, y luego pegarse un tiro.

Sasha habría sustituido a su padre en la labor si éste se lo hubiera permitido. ¡En cuántas ocasiones le había pedido la máscara de gas para subir ella misma a la superficie! Pero él se mostraba siempre inflexible.

Debía de saber que ese pedazo de goma agujereada, con los filtros obstruidos desde hacía tiempo, servía de poco más que un talismán. Pero no lo reconocería delante de la muchacha. Le decía a su hija, aunque no fuera verdad, que sabía limpiar los filtros, y fingía limpiarlos cada vez que regresaba después de varias horas de incursión, y hacía como que se encontraba bien, y cuando no quería que la muchacha le viera vomitar sangre le decía que se marchara, con el pretexto de que quería estar solo.

Sasha no podía cambiar nada. Los otros les habían expulsado, a su padre y a ella, a aquel rincón desierto. Los habían dejado con vida. No por misericordia, sino por sádica curiosidad. Todo el mundo había pensado que no sobrevivirían más de una semana, pero la fuerza de voluntad y la resistencia de su padre los habían mantenido con vida a ambos durante varios años. Los otros los odiaban, los despreciaban, pero les llevaban comida de manera regular. No lo hacían a cambio de nada, por supuesto.

En los intervalos entre salida y salida, durante los escasos minutos en los que ambos podían sentarse junto a una pequeña hoguera que apenas si humeaba, su padre le hablaba de tiempos pretéritos. Hacía varios años que el hombre había visto que no tenía porvenir. Pero, aunque se viera despojado de su futuro, nadie le arrebataría su pasado.

—En otro tiempo, mis ojos tenían el mismo color que los tuyos. El color del cielo... —le decía a su hija.

Y Sasha creía recordar aquellos tiempos, los tiempos en los que el tumor de su padre aún no se había hinchado hasta transformarse en un tremendo bocio, y sus ojos aún no habían palidecido, sino que irradiaban luz como los de la joven.

Al decir «color del cielo», su padre se refería, por supuesto, al azur que perduraba en su recuerdo, no a las nubes de polvo bermejas cual rescoldos bajo las que se movía cada vez que salía a la superficie. Hacía más de diez años que no contemplaba la luz del día, y Sasha no la había visto jamás. Tan sólo había llegado a imaginársela en sueños, pero ¿cómo podía saber si su imaginación se correspondía con la realidad? ¿Qué les ocurre a los ciegos de nacimiento? ¿Sueñan en un mundo parecido al nuestro? ¿Acaso puede decirse que *ven* en sus sueños?

Los niños pequeños, al cerrar los ojos, piensan que el mundo entero ha quedado envuelto en la oscuridad. Creen que todos los que se encuentran a su alrededor se han quedado ciegos como ellos. «En los túneles, el hombre se ve igual de indefenso, es tan ingenuo como esos niños —pensó Homero—. Se imagina que tiene poder sobre la luz y la oscuridad, aunque lo único que haga sea encender y apagar la linterna. Y la oscuridad más impenetrable puede estar llena de ojos que miran». Desde el encuentro con los necrófagos, estos pensamientos no lo dejaban en paz. Pensar en otra cosa. Tenía que pensar en otra cosa.

Qué extraño que Hunter no hubiera sabido lo que encontraría en la Nakhimovsky Prospekt. Hacía dos meses, cuando el brigadier se había presentado en la Sevastopolskaya, ninguno de los centinelas había sido capaz de explicarse cómo era posible que un hombre de estatura tan imponente lograra pasar por todos los puestos de vigilancia del norte sin ser visto. Por fortuna, el Coronel no les había pedido explicaciones...

Pero ¿cómo había podido llegar hasta la Sevastopolskaya si no era por la Nakhimovsky Prospekt? Todos los demás caminos que daban a las estaciones centrales estaban cortados. ¿La abandonada Línea Kakhovskaya⁹, en cuyos túneles, por motivos bien conocidos, no se había visto ni una sola criatura viva durante varios años? Imposible. ¿La Chertanovskaya? Vaya idea más ridícula. Ni siquiera un guerrero tan hábil e implacable como Hunter habría podido pasar por la estación maldita. Por lo demás, tampoco habría podido llegar hasta allí sin pasar antes por la Sevastopolskaya.

Así pues, el norte, el sur y el este quedaban excluidos. A Homero le quedaba una sola hipótesis: el misterioso visitante había entrado desde la superficie. Por supuesto, todas las entradas y salidas de las que se tenía noticia estaban cegadas y eran objeto de vigilancia constante, pero... tal vez hubiese logrado abrir uno de los conductos de ventilación. Los habitantes de la Sevastopolskaya no contaban con que arriba, entre las ruinas abrasadas de los edificios de hormigón, hubiera alguien con la inteligencia suficiente como para desactivar sus sistemas de alarma. El tablero de ajedrez formado por los edificios de apartamentos, destrozado por las esquirlas de las cabezas atómicas, llevaba mucho tiempo deshabitado y desierto. Los últimos ajedrecistas se habían rendido hacía mucho tiempo, y las criaturas deformes y pavorosas que se arrastraban por allí estaban jugando una nueva partida de acuerdo con sus propias reglas. Los seres humanos no podían plantearse siquiera una revancha.

Se emprendían breves expediciones en busca de materiales útiles que, al cabo de veinte años, aún se pudieran aprovechar. Presurosas, sí, e incluso vergonzantes incursiones de rapiña en lo que habían sido sus propios hogares. Era lo único que aún se podían permitir. Los Stalkers salían a la superficie protegidos por sus trajes aislantes para registrar por enésima vez los esqueletos de las khrushchovskas¹⁰ de su zona, pero ninguno de ellos osaba enfrentarse a sus actuales habitantes. Como mucho, les disparaban una ráfaga de ametralladora, se replegaban a los apartamentos que las ratas habían llenado de suciedad y, tan pronto como el peligro había terminado, regresaban a toda prisa al subsuelo.

Los antiguos planos de la urbe no guardaban ya ninguna semejanza con la realidad. En las carreteras que servían para entrar o salir de la ciudad, donde antaño se habían formado colas de automóviles de varios kilómetros de longitud, tan sólo había cráteres, o impenetrables matorrales de color negro. En vez de los antiguos barrios de viviendas, había marismas, o simplemente tierra abrasada y estéril. Solo los Stalkers más temerarios osaban alejarse a más de un kilómetro del agujero por el que habían salido, y la mayoría se daban por satisfechos con mucho menos.

⁹ La Línea 11 del metro de Moscú, discurre entre las estaciones Kakhovskaya y Kashirskaya.

¹⁰ Denominación popular de los edificios de cinco pisos y mala calidad que se construyeron en gran número durante los años de Khrushchov.

Las estaciones que se encontraban más allá de la Nakhimovsky Prospekt —la Nagornaya, la Nagatinskaya y la Tulskaia— no tenían puertas abiertas al exterior, y los seres humanos que habitaban en dos de ellas no se habrían atrevido a subir. ¿Cómo era posible que un hombre vivo atravesara aquel erial? Para Homero, se trataba de un absoluto enigma. Pero, con todo, la idea de que Hunter había entrado desde la superficie cobraba fuerza en su mente.

Porque sólo se le ocurría otro camino por el que pudiera haber llegado su brigadier. Esa otra posibilidad repugnaba al viejo ateo que se esforzaba por tomar aliento y por seguir a la oscura silueta que lo precedía, y que avanzaba como si sus pies no hubiesen tocado el suelo.

De abajo...

—Tengo un mal presentimiento —dijo Ahmed, titubeante y en voz baja, pero al alcance de los oídos de Homero—. No es un buen momento para venir aquí. Créeme. He pasado muchas veces por aquí con las caravanas. En la Nagornaya se cuece algo...

Las cuadrillas de bandoleros, después de sus asaltos, trataban de alejarse tanto como podían de la Línea de Circunvalación. Pero no osaban acercarse a las caravanas de la Sevastopolskaya. Tan pronto como el rítmico estruendo de botas claveteadas anunciaba la presencia de su infantería, ponían pies en polvorosa.

No, el motivo por el que las caravanas llevaban siempre una fuerte escolta no eran las cuadrillas de bandoleros, ni los necrófagos de la Nakhimovsky Prospekt. La severísima educación que padecían los habitantes de la Sevastopolskaya, su absoluta temeridad, su capacidad de unirse en meros segundos en un puño de acero y aniquilar cualquier peligro con una tormenta de plomo, habrían bastado para transformar a los convoyes de la Sevastopolskaya en señores indiscutidos del trecho que los unía con la Serpukhovskaya... si no se hubiera interpuesto en su camino la Nagornaya.

Los terrores de la Nakhimovsky habían quedado atrás, pero ni Homero ni Ahmed sentían el más mínimo alivio. La poco vistosa, e incluso insignificante, Nagornaya había sido la estación final de muchos viajeros que habían entrado en ella sin tomar las precauciones necesarias. Los pobres diablos que iban a parar por casualidad a la vecina Nagatinskaya se alejaban tanto como podían de las hambrientas fauces del túnel meridional que conducía a la Nagornaya. Como si eso les hubiera protegido de algo. Como si las criaturas que salían arrastrándose del túnel en busca de su botín hubieran sido demasiado perezosas para arrastrarse un poco más allá en busca de una víctima a su gusto...

Todo el mundo que entraba en la Nagornaya tenía que fiarse de su suerte, porque era una estación imprevisible. A veces cabía la posibilidad de atravesarla en silencio, mientras los viajeros, horrorizados, contemplaban las manchas de sangre en las paredes, y alguna columna llena de arañazos que hacía pensar que alguien, en un último momento de desesperación, había tratado de subir por ella. Pero, minutos más tarde, la misma estación podía depararle a otra cuadrilla un recibimiento tal que la supervivencia de la mitad del grupo se consideraría una victoria.

Era insaciable. No sentía predilección por nadie. No se dejaba explorar. Para los habitantes de las estaciones vecinas, la Nagornaya encarnaba la arbitrariedad del destino. Era el obstáculo más difícil para quienes recorrían el camino desde la Línea de Circunvalación hasta la Sevastopolskaya, y viceversa.

—Han desaparecido tantos... no me creo que haya sido siempre la Nagornaya. —Ahmed, como muchos habitantes de la Sevastopolskaya, era supersticioso, y hablaba de la estación como si se tratara de un ser vivo.

Homero comprendía muy bien lo que Ahmed quería decir. El viejo también había pensado en varias ocasiones que no era posible que la

Nagornaya hubiera engullido a tantas caravanas y a las subsiguientes expediciones de reconocimiento. Asintió, pero luego añadió:

—Y si ha sido ella, ojalá se atragante y se muera...

—Pero ¿qué dices? —le susurró Ahmed, enfurecido. Una mano se le contrajo de pura cólera, como si hubiese querido arrearle un sopapo al viejo parlanchín, pero se contuvo—. ¡No hay peligro de que se atragante contigo!

Homero toleró el insulto en silencio. No creía que la Nagornaya los escuchara, ni que pudiera enfurecerse por sus palabras. Por lo menos, a tanta distancia...

¡Superstición, y nada más que superstición! Los ídolos de aquel mundo subterráneo eran incontables. Habría sido imposible no ofender a ninguno. Hacía mucho tiempo que Homero había dejado de preocuparse por ello, pero Ahmed no parecía compartir su opinión.

El muchacho se sacó del bolsillo de la chaqueta una especie de rosario que en vez de cuentas tenía cartuchos de pistola Makarov, y empezó a pasar los pequeños ídolos de plomo con sus dedos mugrientos. Al mismo tiempo, movía los labios: estaba diciendo algo en su lengua. Probablemente le pedía perdón a la Nagornaya por los pecados de Homero.

El sobrenatural olfato de Hunter había detectado algo. Les hizo una señal con la mano, se detuvo, y se agachó con extraordinaria agilidad.

—Más adelante hay niebla —dijo, y aspiró profundamente por la nariz—. ¿De qué se trata?

Homero y Ahmed se miraron. Ambos sabían muy bien lo que significaba: la cacería había empezado. Necesitarían una suerte enorme para llegar vivos a la frontera septentrional de la Nagornaya.

—¿Cómo podría decírtelo? —le respondió Ahmed, reticente—. Es su aliento...

—¿El aliento de quién? —preguntó el brigadier, sin mostrarse impresionado en lo más mínimo, y dejó la mochila en el suelo para buscar el calibre más adecuado en su arsenal.

Ahmed susurró:

—Es el aliento de la Nagornaya.

—Vamos a verlo —le dijo Hunter con una mueca de desprecio. Homero tuvo la impresión de que el desfigurado rostro del brigadier había vuelto a la vida. En realidad seguía inmóvil, como siempre. Lo único que había ocurrido era que la luz había caído sobre él desde una dirección distinta.

Los otros dos lo vieron también, unos cien metros más allá: un vapor espeso, de un color blanco mortecino, se arrastró hacia ellos por el suelo, les envolvió primero las botas, ascendió luego hasta la rodilla, y por fin inundó todo el túnel y los cubrió hasta la cintura... como si se hubieran sumergido en un mar espectral, frío y hostil, como si hubieran avanzado paso a paso por aguas cada vez más profundas y tuviese que llegar el momento en el que esas turbias aguas les sumergieran por completo.

Apenas si veían nada. Los rayos de luz de sus linternas quedaban presos en la extraña niebla cual moscas en una telaraña. Aun cuando lograran llegar unos pasos más allá, quedaban atrapados en el vacío, pálidos y sin fuerza. Los sonidos llegaban amortiguados a los oídos de los dos hombres, como a través de una almohada de plumas, y cada uno de los movimientos que hacían les costaba un esfuerzo indecible, como si no caminaran sobre las traviesas de las vías, sino que chapotearan por un espeso lodazal.

También les resultaba cada vez más difícil respirar. No por la humedad, sino por el desacostumbrado sabor amargo del aire. Tenían que forzarse a sí mismos a respirarlo. No lograban librarse de la sensación de que, en realidad, estaban tragándose el aliento de una criatura gigantesca y extraña, una criatura que había absorbido todo el oxígeno del aire y lo había sustituido por sus propios vapores ponzoñosos.

Homero, por lo que pudiera suceder, se había puesto de nuevo la máscara de gas. Hunter lo miró, metió la mano dentro de su macuto de tela y sacó una máscara nueva, de goma, que se puso sobre la que ya llevaba. Ahmed fue el único que se quedó sin protección.

El brigadier se quedó quieto y volvió su oreja destrozada hacia la Nagornaya, pero el espeso caldo de color blanco le impedía descifrar los retazos de sonidos que llegaban desde la estación y hacerse una idea del conjunto. No muy lejos de ellos, se había oído como un peso que caía al suelo, y a continuación un sollozo prolongado, en un

tono demasiado grave para provenir de la garganta de un hombre. Demasiado grave para provenir de la garganta de un ser vivo. Después se oyó el histérico chirrido de un objeto metálico, como si una fuerte mano hubiera agarrado una de las gruesas tuberías de la pared y la hubiese doblado para hacer un nudo.

Hunter movió enérgicamente la cabeza, como si hubiera querido sacudirse alguna especie de broza y, en lugar del subfusil corto, empuñó un Kalashnikov con doble cargador y lanzagranadas montado bajo el cañón.

—Por fin— murmuró.

Tardaron en darse cuenta de que habían llegado a la estación: las brumas de la Nagornaya eran espesas como leche de cerda. Homero miraba por los cristales ahumados de la máscara de gas y se sentía como un buzo entre los pecios de un viejo barco de vapor transoceánico.

Contribuían a ello los relieves de las paredes que, ocasionalmente, quedaban a la vista y volvían a desaparecer cuando nuevos jirones de niebla los cubrían: gaviotas impresas sobre metal con toscos moldes soviéticos. Se asemejaban a las impresiones de fósiles que quedan al descubierto al quebrarse las rocas. «La petrificación —pensó de repente Homero— es el destino del hombre y de sus creaciones. Pero ¿quién nos desenterrará a nosotros?»

Los vapores que los envolvían estaban vivos, fluían en direcciones diversas, se agitaban. A la vez, emergían de las brumas unos oscuros coágulos: primero, un vagón abollado con su cabina de conducción herrumbrosa, después un cuerpo cubierto de escamas, o la cabeza de un monstruo mítico. Homero se preguntó quién habría vivido en el habitáculo de la tripulación e inspeccionado los camarotes de primera durante las décadas que habían pasado desde la catástrofe. Y sintió pavor. Había oído hablar varias veces de lo que ocurría en la Nagornaya, pero nunca se había visto cara a cara con...

—¡Está allí! ¡A la derecha! —bramó Ahmed, y le dio un tirón en la manga al viejo. El silenciador que él mismo se había construido amortiguó el sonido de un disparo.

Homero se volvió con una ligereza que nadie habría creído posible en su cuerpo reumático, pero la escasa potencia de su linterna alumbró tan sólo parte de una columna estriada y revestida de metal.

—¡Detrás! ¡Allí! ¡Detrás!

Ahmed disparó otra ráfaga. Pero las balas no hicieron más que destrozar los restos de las planchas de mármol que en otro tiempo habían adornado la estación. Lo que fuera que había visto bajo la luz difusa y crepuscular de la linterna había desaparecido bajo esa misma luz y, obviamente, no había sufrido ningún daño.

«Lleva demasiado tiempo respirando esto», pensó Homero. Pero entonces alcanzó a ver algo con el rabillo del ojo... una criatura gigantesca que avanzaba encorvada —los cuatro metros de altura a los que se hallaba el techo no le bastaban—, y que, a pesar de su tamaño descomunal, se movía con sorprendente agilidad. Sólo emergió de la niebla por unos instantes, en los límites de su área de visión, y luego desapareció de nuevo entre las brumas, antes de que el viejo hubiera tenido tiempo de empuñar su rifle de asalto.

Homero, en su desesperación, buscó con los ojos al brigadier.

Había desaparecido.

—To... todo va bien. No te preocupes. —El padre de la muchacha tenía que detenerse una y otra vez para tomar aliento, al tiempo, trataba de tranquilizarla—. Sabes... hay personas en el metro que están mucho peor... —Trató de sonreír, pero sólo le salió una terrible mueca, como si la mandíbula inferior se le hubiera desprendido del cráneo.

Sasha le devolvió la sonrisa, pero una salada gota de rocío le bajaba por la mejilla demacrada y sucia de hollín. Al menos, su padre volvía en sí tras sus largas horas de inconsciencia. Suficientes horas para que la muchacha hubiera podido meditar sobre todas las cosas.

—Esta vez no he encontrado nada —farfulló el hombre—. ¡Perdóname! Al final he ido a los garajes. Estaban más lejos de lo que pensaba. Pero he descubierto uno que seguía intacto. El cerrojo era de acero inoxidable y aún estaba engrasado. No he logrado entrar, y por eso le he puesto una cápsula explosiva, la última. He pensado que dentro habría un coche, piezas de recambio, y todo eso. He hecho estallar la carga y he entrado: estaba vacío. No había nada. Entonces ¿por qué lo habían cerrado esos hijos de puta? Tanto estruendo... he rezado por que nadie lo hubiera oído. Pero, al salir del garaje, había por todas partes una especie de perros. He pensado que había llegado... que había llegado mi... —Cerró los párpados y enmudeció.

Sasha, inquieta, lo tomó de la mano, pero él negó con la cabeza, con un movimiento casi imperceptible, sin abrir los ojos: «No tengas miedo, todo irá bien». No le quedaban fuerzas para hablar, pero quería contárselo todo. Tenía que explicarle sin falta por qué había vuelto con las manos vacías, por qué tendrían que pasar hambre durante una semana hasta que él pudiera ponerse de nuevo en pie. Pero, sin haber logrado decirle nada, cayó en un sueño profundo.

Sasha examinó la venda que le cubría la herida de la pierna. Como estaba empapada en sangre, se la quitó y le puso una nueva. Luego se levantó, fue hasta la jaula de la rata y abrió la portezuela. El animal miró afuera con desconfianza. Al principio pareció que quisiera esconderse, pero al fin obedeció a Sasha y saltó al andén para estirar las patas. El olfato de las ratas era digno de confianza: en el túnel no acechaba ningún peligro. La joven, más tranquila, se volvió hacia el camastro.

—Claro que te vas a curar. Caminarás de nuevo —le susurró a su padre—. Y encontrarás un garaje en el que habrá un coche en buen estado. Y nos meteremos dentro y nos marcharemos muy lejos de aquí. Diez, o quince estaciones más allá. A un lugar donde nadie sabrá quiénes somos. Seremos unos perfectos desconocidos. Nadie nos odiará. Si es que existe un lugar así...

En ese momento era la joven quien le contaba a su padre los mismos cuentos de hadas que éste le relataba con tanta frecuencia. Le repetía palabra por palabra su vieja cantinela, y al repetirla se la creía cien veces más. Ella lo cuidaría, ella lo curaría. En alguna parte del mundo tendría que haber un lugar donde fueran iguales que los demás.

Un lugar donde pudieran ser felices.

—¡Allí está! ¡Me mira a mí!

Ahmed chilló como si la bestia ya lo hubiese capturado. Nunca había gritado de ese modo. Disparó una nueva ráfaga con el rifle de asalto, pero entonces se le encasquilló. Ahmed perdió la sangre fría que aún le quedaba: tembloroso, trató de introducir un nuevo cargador.

—Me ha mirado a mí... a mí...

De repente, se oyeron muy cerca de ellos las ráfagas de una segunda arma automática. Enmudecieron por unos instantes, y acto seguido empezaron de nuevo, esta vez de manera casi inaudible, con ráfagas breves, de tres disparos cada una. Así pues, Hunter aún vivía, aún había esperanza. Los disparos se alejaron y luego se acercaron otra vez, pero no se sabía si las balas habían alcanzado su objetivo. Homero esperaba el bramido de rabia de un monstruo herido. Pero un lúgubre silencio envolvió la estación. Sus enigmáticos habitantes no debían de tener cuerpo, o, si lo tenían, eran invulnerables.

El brigadier continuaba enfrascado en su extraño combate al otro extremo del andén. La estela de los proyectiles incandescentes llameaba una y otra vez y al momento, se extinguía. Embriagado por la lucha contra los espectros, había abandonado a los mismos hombres a quienes tenía que proteger.

Homero respiró hondo y echó la cabeza para atrás. Hacía largos instantes que sentía una inquietud, había adivinado la presencia de una mirada fría y opresiva. La sentía en la piel, en la coronilla, en los pelillos de la nuca. Ya no podía negar esa realidad.

Bajo el techo, muy por encima de ellos, se mecía entre las densas brumas una cabeza. Y era tan descomunal que Homero, al principio, no supo muy bien lo que veía. El tronco del gigante quedaba oculto en la penumbra, y su monstruoso rostro se cernía

sobre los diminutos hombrecillos que trataban de defenderse con sus inútiles armas. No tenía prisa por cargar contra ellos. Abrigaba la intención de concederles un breve período de gracia.

Homero cayó de rodillas, enmudecido por el horror. El rifle se le escapó de las manos y rebotó estrepitosamente sobre las vías. Ahmed aulló como un condenado. La criatura empezó a avanzar, sin prisas y, así, su oscuro cuerpo, gigantesco como una montaña, se apoderó de todo el espacio visual que les quedaba. Homero cerró los ojos y se preparó. Se despidió. Tenía una sola cosa en la cabeza, un pensamiento dolorido y amargo le perforaba la conciencia: «No lo he conseguido...»

Pero entonces el lanzagranadas de Hunter vomitó fuego. La onda de choque los ensordeció, y dejó tras de sí un silbido débil y prolongado. Los jirones de carne requemada volaron en todas las direcciones. Ahmed fue el primero que recuperó el sentido. Agarró a Homero por el cuello de la camisa, lo obligó a ponerse en pie y lo arrastró tras de sí.

Corrieron, tropezaron con las traviesas, lograron mantenerse en equilibrio, sin enterarse del dolor que sentían. Se mantenían agarrados el uno al otro, porque en aquella sopa blancuzca no se veía absolutamente nada. Corrieron, como si no los amenazara tan sólo la muerte, sino algo mucho más terrible: la desintegración final e irreversible, la aniquilación absoluta, tanto física como espiritual.

Invisibles, casi inaudibles, pero siempre tras sus espaldas, los demonios los perseguían, les seguían el paso, pero sin atacarlos. Parecía que jugaran con ellos, y que les permitieran creer que podrían salvarse.

Entonces, de repente, en vez de las paredes agrietadas de mármol, los dos hombres se encontraron con la boca de un túnel. ¡Habían logrado escapar de la Nagornaya! Homero y Ahmed retrocedieron, como si los sujetaran unas cadenas que por fin se habían estirado al máximo. Pero aún no era momento para detenerse. Ahmed corría el primero, con una mano pegada a las tuberías de la pared, y tiraba del viejo, que una y otra vez se caía y pugnaba por levantarse.

—¿Qué ha pasado con el brigadier? —gritó Homero, que se había arrancado la sofocante máscara de gas.

—Cuando hayamos salido de la niebla, pararemos y la esperaremos. Seguro que ya falta poco, como máximo doscientos metros... Antes que nada tenemos que salir de la niebla —repetía Ahmed, como un conjuro—. Voy a contar las zancadas...

Pero al cabo de doscientos pasos seguían envueltos en vapores, y también al cabo de trescientos. ¿Qué pasaría, se preguntó Homero, si la niebla se había extendido hasta la Nagatinskaya? ¿Y si había engullido también la Tulskaia y la Nakhimovsky?

—No puede ser... seguro que ya falta... sólo un poco más... —murmuró Ahmed por enésima vez, y de pronto se quedó inmóvil.

Homero se estrelló contra sus espaldas, y ambos rodaron por el suelo.

—La pared ya no está. —El perplejo Ahmed palpó las traviesas, los raíles, el húmedo suelo de hormigón, como si hubiera temido que la tierra desapareciera a traición bajo sus pies.

—La pared está en el mismo sitio que antes. ¿Qué te ocurre? —Homero había encontrado un saliente en la pared del túnel y, apoyándose en él, con precaución, se puso en pie.

—Disculpa. —Ahmed reflexionó en silencio por unos momentos—. ¿Sabes? Allí, en esa estación... he llegado a pensar que no saldría. Me ha mirado de una manera... me ha mirado a mí, ¿lo entiendes? Había decidido cogerme a *mí*. He pensado que me quedaría allí para siempre. Y que no tendría un entierro digno.

Hablaba lentamente, y era obvio que se avergonzaba de su chillido. Lo consideraba más propio de una mujer y trataba de justificarse, aun cuando sabía que no se le pedían explicaciones.

Homero negó con la cabeza.

—No pienses más en eso. Yo mismo me he ensuciado los pantalones. ¿Qué más da? Ahora seguro que nos falta poco.

La persecución había terminado y pudieron recobrar el aliento. De todos modos, no habrían tenido fuerzas para correr más. Por ello, siguieron adelante poco a poco,

medio a ciegas, todavía con las manos en la pared, paso a paso hacia la salvación. Lo peor había quedado atrás. Aunque la niebla aún no se disolviera, las corrientes de aire que soplaban en el túnel la dispersarían y la harían desaparecer por los conductos de ventilación. No tardarían en encontrar seres humanos, y entonces aguardarían al brigadier.

Llegaron antes de lo que habían pensado. ¿Sería posible que, en el interior de la niebla, el espacio y el tiempo se contrajeran? Había una escalera de hierro junto a la pared del túnel. Era la que servía para subir al andén.

El túnel trazaba una curva que terminaba en ángulo recto, y al lado de las vías alcanzaron a divisar el burladero que en otro tiempo había salvado la vida a los pasajeros que caían en ellas.

—Mira —susurró Homero—. Esto parece una estación. ¡Una estación!

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? —gritó Ahmed con todas sus fuerzas—. ¡Hermanos! ¿Hay alguien ahí? —Y prorrumpió en una absurda carcajada triunfal.

La luz de su linterna, amarillenta y ya casi agotada, les reveló, en la lúgubre penumbra, unas planchas de mármol que adornaban las paredes. El tiempo y los hombres habían pasado por ellas, no sin causar estragos. No se había conservado ninguno de los mosaicos de colores que en otro tiempo habían sido el orgullo de la Nagatinskaya. ¿Y qué había sido del revestimiento de mármol de las columnas? ¿Acaso...?

Aunque no obtenía respuesta alguna, Ahmed seguía pegando gritos y se reía sin cansarse. ¡Claro!, se habían asustado de la niebla y habían huido como locos, pero eso había dejado de preocuparle. Homero, en cambio, estaba intranquilo, y buscaba por la pared con la luz de la linterna, cada vez más tenue. Sus sospechas le producían escalofríos.

Finalmente lo encontró. Eran unas letras de hierro atornilladas a los mármoles rotos.

NAGORNAYA.

Nunca vuelve uno a ningún sitio por casualidad.

Eso era lo que le había dicho siempre su padre. Uno vuelve para cambiar algo, para reparar un error. A veces el buen Dios nos agarra por el cuello de la camisa y nos obliga a regresar al sitio donde Él nos había perdido de vista. Y lo hace para ejecutar su sentencia contra nosotros... o para darnos una segunda oportunidad.

Por ello —le había dicho su padre—, le era imposible poner fin a su exilio y regresar a su estación de origen. No le quedaban fuerzas para vengarse, para luchar, para demostrar nada. Y hacía mucho tiempo que tampoco anhelaba la reconciliación. Era una vieja historia por la que había perdido su antigua vida, y había estado a punto de perder la vida misma. Pero abrigaba la convicción de que, al final, cada uno tendría lo que se mereciera.

Y así vivían en perpetuo exilio, porque el padre de Sasha no tenía nada por reparar, y el Buen Dios no volvía sus ojos hacia aquella estación.

Su plan de fuga —encontrar en la superficie un automóvil que no se hubiera oxidado en varias décadas, repararlo, llenarlo de gasolina y escapar del círculo infernal en el que los había encerrado el destino— se había transformado desde hacía tiempo en una historia que se contaban a la hora de ir dormir.

Con todo, Sasha tenía otra posibilidad de regresar a las estaciones centrales. Ciertos días fijados de antemano, se dirigía al puente cargada de aparatos a medio reparar, bisutería vieja y libros mohosos, para intercambiarlos por provisiones y unos pocos cartuchos. Pero, con frecuencia, los mercaderes le ofrecían algo más.

Iluminaban su cuerpo joven, algo anguloso, con los faros de la dresina. Se guiñaban los ojos entre ellos, chasqueaban la lengua, la llamaban y le hacían todas las promesas imaginables. La muchacha causaba una impresión sensacional. Ella los miraba en silencio, con desconfianza, y con un puñal oculto tras la espalda. Su holgado abrigo masculino no ocultaba las formas de su cuerpo. La mugre y el aceite de máquina que ensuciaban el rostro de la joven resaltaban aún más el brillo de sus ojos azules. Eran tan

luminosos que había quien apartaba la mirada. Sus cabellos rubios, mal cortados con el mismo cuchillo que tenía en la mano derecha, le cubrían las orejas. Sus labios, excoriados de tanto mordérselos, no sonreían jamás.

Los hombres que solían acudir en la dresina comprendieron enseguida que las migajas no bastarían para domar a aquella loba, y empezaron a tentarla con la libertad. La joven nunca les respondía. Llegaron a pensar que estaba muda, y eso les ponía las cosas aún más fáciles. Pero había algo que Sasha sabía muy bien: hiciera lo que hiciese, no lograría comprar dos asientos en la dresina. Aquellos hombres tenían demasiadas cuentas pendientes con su padre, y la muchacha no bastaría para saldarlas.

Esos hombres que se plantaban ante ella, sin rostro, con la voz que sonaba gangosa a través de la máscara de gas de color negro del Ejército Rojo, no eran simples enemigos. La joven no distinguía en ellos ni un solo rasgo humano, nada en lo que hubiera podido soñar, de noche, cuando dormía.

Así, dejaba siempre los teléfonos, tablas de planchar y teteras sobre las traviesas, daba diez pasos hacia atrás y esperaba a que los mercaderes los hubiesen cogido. A continuación, ellos le arrojaban un par de paquetes de cecina y un puñado de cartuchos sobre la vía. Los arrojaban para que la muchacha tuviese que recogerlos a cuatro patas y poder mirarla a placer. Y luego la dresina se alejaba lentamente y desaparecía, de camino hacia el mundo de verdad. Sasha daba media vuelta y regresaba a su hogar, donde la aguardaban una montaña de aparatos averiados, un destornillador, un soplete y una bicicleta que había transformado en dinamo. Montaba sobre el sillín, cerraba los ojos y pedaleaba, lejos, muy lejos de allí. A menudo olvidaba que en realidad no se movía. Y el mismo hecho de haber rechazado la oferta de salvación aún le daba más fuerzas.

¿Qué diablos...? ¿Cómo era posible que hubieran vuelto allí? Homero se estrujaba las meninges en busca de una explicación.

De pronto, Ahmed enmudeció. Se había fijado en lo que Homero alumbraba con su linterna.

—No me deja marchar... —dijo con voz apagada, casi inaudible.

Los vapores se habían espesado de tal modo que los dos hombres casi no se veían el uno al otro. Al marcharse los seres humanos, la Nagornaya había caído en una especie de letargo. Pero entonces cobró nueva vida: la opresiva atmósfera respondió a sus palabras con imperceptibles alteraciones, sombras indistintas que se agitaban en la oscuridad. Y ni rastro de Hunter... una criatura de carne y hueso no podía triunfar en la lucha contra los espectros. En cuanto se hartara de jugar con ellos, la estación los envolvería con su corrosivo aliento y digeriría sus cuerpos aún con vida.

—Márchate —le insistía Ahmed—. Me quiere a mí. Tú no entiendes estas cosas. No has venido suficientes veces hasta aquí.

—¡Basta ya de tonterías! —le ladró Homero, sorprendiéndose él mismo de la potencia de su voz—. Nos hemos perdido en la niebla, y ya está. ¡Volvamos atrás!

—No podremos marcharnos. Corre cuanto quieras. Si te quedas conmigo, regresarás aquí una y otra vez. Si te marchas tú solo, lo conseguirás. Vete, te lo ruego.

—¡Cállate! —Homero agarró a Ahmed de la mano y tiró de él en dirección al túnel—. ¡Dentro de una hora estarás de rodillas dándome las gracias!

—Dile a mi mujer que...

Una fuerza increíble y monstruosa arrancó la mano de Ahmed de la de Homero. El muchacho desapareció en lo alto, en la niebla, en la nada. No tuvo tiempo de chillar, sino que desapareció sin más, como si en un instante sus átomos se hubieran disgregado, como si no hubiera existido jamás.

Homero se puso a aullar, a dar vueltas sobre sí mismo como un demente, y, cargador tras cargador, despilfarró sus valiosos cartuchos.

Entonces, de pronto, sintió un violento golpe en la cerviz, un golpe que solo podía haberle asestado uno de los demonios que poblaban la estación, y el Universo entero se vino abajo.

5

RECUERDOS

Sasha corrió a la ventana y subió la persiana de un tirón. Entraron aire fresco y una luz suave. El alféizar de madera daba directamente a un barranco desde el que ascendía una ligera niebla matutina. Aclararía con los primeros rayos del sol, y entonces Sasha alcanzaría a ver desde su ventana no solo la cañada, sino también, a lo lejos, las estribaciones cubiertas de pinares y, a medio camino, los prados verdes, las casitas del valle, pequeñas como cajitas de fósforos, y los campanarios en forma de vaina.

La primera hora de la mañana era el momento del día que más le gustaba. Presentía la inminente salida del sol y se levantaba con media hora de antelación para poder subir a tiempo a la montaña. Por detrás de las cabañas menudas y sencillas, pero limpias hasta deslumbrar, cálidas y confortables, serpenteaba junto al barranco un sendero orlado con flores de color amarillo. La gravilla cedía bajo sus pies, y Sasha, en los escasos minutos que duraba el ascenso hasta la cumbre, se caía varias veces y se lastimaba las rodillas.

La muchacha, pensativa, secaba con la manga el alféizar que aún estaba húmedo del aliento de la noche. Había soñado con algo lúgubre y siniestro que arruinaba su despreocupada vida, pero los últimos restos de sus agitadas visiones se habían desvanecido en cuanto el viento fresco le había acariciado la piel. No le quedaban ganas de pensar en lo que la había atormentado tanto en sueños. Tenía que apurarse para llegar a tiempo a la cumbre y saludar al sol, y luego bajar a toda prisa para preparar el desayuno, despertar a su padre y tenerle lista la comida que se llevaría para el camino.

Y entonces, mientras su padre salía a cazar, Sasha pasaría el día entero a su aire, y hasta la hora de la cena perseguiría a las lentas libélulas y las cucarachas voladoras entre las flores del prado, tan amarillas como los revestimientos de lincrusta¹¹ de los trenes.

Pasó de puntillas sobre el chirriante entarimado, abrió la puerta y se rió, procurando no hacer ruido.

Hacía muchos años que el padre de Sasha no veía una sonrisa como aquélla en el rostro de su hija. No quería despertarla a ningún precio. El hombre tenía un pie hinchado y entumecido, y no dejaba de sangrar. Decían que el mordisco de un perro vagabundo no se cura...

¿Tenía que despertarla? Pero habían pasado más de veinticuatro horas desde que el hombre había salido de casa porque, antes de forzar la entrada del garaje, había registrado un edificio de apartamentos —uno de los que antaño se solían llamar «termiteros», a dos manzanas de la estación—, había subido hasta el decimoquinto piso y, una vez allí, había quedado inconsciente durante un buen rato. Seguramente, Sasha no había dormido durante todo ese tiempo. Su hija no conciliaba el sueño cuando él estaba de expedición... «Tiene que descansar —pensó—. Eso que cuentan es mentira. No me va a pasar nada.»

¡Qué no habría dado por saber con qué soñaba su hija! Él mismo no conseguía desconectarse de la realidad en sus sueños. Tan sólo en contadas ocasiones, su inconsciente le permitía revivir durante un par de horas su despreocupada juventud. Pero lo más normal era que, también en sueños, deambulara entre las casas muertas que conocía bien y por sus interiores deteriorados, y un buen sueño era el que le permitía

¹¹ Papel gofrado que se emplea en el recubrimiento de paredes. Su uso fue frecuente en las casas distinguidas de finales del siglo xix y principios del xx. También se utilizó en los interiores de los vagones de los trenes.

entrar en un apartamento intacto, lleno de electrodomésticos y libros en un excelente estado de conservación.

Siempre se dormía con la esperanza de poder trasladarse al pasado. A los tiempos en los que había conocido a la madre de Sasha. A los tiempos en que, tan sólo con veinte años, había estado al mando de las fuerzas armadas de la estación. En aquellos tiempos, los habitantes del metro aún pensaban que su vida bajo tierra era provisional. No se habían dado cuenta de que habitaban los barracones de un campo de trabajos forzados con el que tendrían que cumplir sentencia de por vida.

Pero, en cambio, soñaba en el pasado reciente. Y nada menos que con los acontecimientos que habían tenido lugar cinco años atrás. Cierta día que decidió su destino y, peor aún, el de su hija...

Se vio de nuevo al frente de sus soldados. Empuñaba un Kalashnikov, a punto para disparar. En aquel momento, la Makarov que le correspondía como oficial le habría servido para poco más que dispararse un tiro en la sien. Aparte de las dos docenas de guardias con subfusiles que lo seguían, no quedaba ninguna otra persona en la estación que le fuera leal.

La multitud estaba furiosa, se crecía, golpeaba la barrera con docenas de manos. El barullo de voces, caótico al principio, se transformó gradualmente, como guiado por un invisible director, en un coro que repetía rítmicamente una frase. Sólo pedían su dimisión, pero faltaba poco para que pidiesen también su vida.

La manifestación no era espontánea. Habían intervenido provocadores enviados desde el exterior. Al principio habría sido posible tratar de identificarlos y matarlos de uno en uno, pero en aquel momento era demasiado tarde. Sólo le quedaba una posibilidad de cerrarle el paso a la sublevación y mantenerse en el poder: abrir fuego contra la multitud. Para eso no era demasiado tarde...

Sus manos se aferraron a una empuñadura invisible, sus pupilas danzaron nerviosamente de un lado para otro bajo sus párpados inflamados, los labios se le movieron, pronunciando órdenes inaudibles. El charco negruzco sobre el que estaba tumbado se ensanchaba por momentos. Y cuanto más grande se volvía, más se le escapaba la vida.

—¿Dónde están?

Hubo algo que sacó a Homero del tenebroso lago de la inconsciencia. El viejo se agitó como una perca clavada en el anzuelo, jadeó convulsivamente y miró al brigadier con ojos de loco. Los siniestros y ciclópeos colosos, los guardianes de la Nagornaya, aún se erguían frente a él y trataban de agarrarlo con sus dedos largos y llenos de articulaciones. No tendrían dificultad alguna para arrancarle las piernas, ni para aplastarle las costillas. Rodeaban a Homero cada vez que éste cerraba los ojos, y se alejaban lentamente, de mala gana, cuando los abría.

Trató de ponerse en pie de un salto, pero la mano desconocida que momentos antes le había tocado suavemente el hombro lo agarró de nuevo, igual que el anzuelo de hierro que lo había sacado de su pesadilla. Poco a poco logró respirar con mayor tranquilidad, y se concentró en el rostro arrugado, en aquellos ojos oscuros que brillaban como grasa para máquinas... ¡Hunter! ¿Estaba vivo? Siempre con gran precaución, Homero volvió la cabeza hacia la izquierda, y luego hacia la derecha. ¿Se encontraban todavía en la estación embrujada?

No, estaban en un túnel vacío, y limpio. La niebla que había ocultado los accesos de la Nagornaya apenas si llegaba hasta allí. Hunter debía de haberlo llevado, por lo menos, a medio kilómetro de distancia. El aliviado Homero se dejó caer de nuevo al suelo. Pero, para estar seguro, volvió a preguntar:

—¿Dónde están?

—Aquí no hay nadie. No corres ningún peligro.

—Esas criaturas... ¿me dejaron sin conocimiento? —Homero arrugó la frente y se acarició una hinchazón que le escocía en la nuca.

—He sido yo. He tenido que derribarte porque, si no, no habría habido manera de dominar tu pánico. Habrías podido herirme.

Por fin, Hunter, que hasta entonces lo había sujetado cual tenaza de hierro, lo soltó. Luego se puso en pie con el cuerpo envarado y deslizó la mano sobre su ancho cinturón. Llevaba una Stechkin¹² en la pistolera. Al otro lado del cinturón había un estuche de cuero cuya función era difícil de definir. El brigadier desabrochó el botón y sacó una cantimplora plana de hojalata. La agitó, le quitó el tapón y bebió un largo trago, sin ofrecerle a Homero. Cerró los ojos, y entonces el viejo sintió un escalofrío. El ojo izquierdo del brigadier no había llegado a cerrarse del todo.

—¿Dónde está Ahmed? ¿Qué ha sido de él? —Homero pensó en todo lo que había ocurrido y tuvo un nuevo escalofrío.

—Ha muerto —le respondió el brigadier con indiferencia.

—Muerto... —repitió mecánicamente el viejo.

En el momento en que el monstruo le arrebató la mano de su compañero, lo había entendido: no había criatura viviente que pudiera liberarse de esas garras. Homero había tenido suerte, simplemente, de que la Nagornaya no lo eligiese a él. El viejo miró de nuevo alrededor. No acababa de creerse que Ahmed hubiera desaparecido para siempre. Contempló su propia mano: estaba llena de rasguños y ensangrentada. No había logrado retenerlo. Sus fuerzas no le habían bastado.

—Ahmed sabía que iba a morir —dijo en voz baja—. ¿Por qué se lo han llevado a él, y no a mí?

—En su cuerpo aún había mucha vida —le respondió el brigadier—. Se alimentan de vida humana.

Homero negó con la cabeza.

—Es injusto. Tiene niños pequeños. Y muchas otras cosas que lo retienen en este mundo. Que lo retenían... y yo, en cambio, siempre busco...

—¿Preferirías haberte ido al otro barrio tú? —lo interrumpió Hunter, y así puso fin a la conversación. Acto seguido tiró de Homero para ponerlo en pie—. Venga, en marcha. Ya vamos con retraso.

Homero corría detrás de Hunter. Entre tanto, se estrujaba las meninges, preguntándose cómo era posible que ellos dos hubieran regresado a la Nagornaya. La estación, cual orquídea carnívora, les había arrebatado el entendimiento con sus miasmas y los había obligado a volver atrás. Pero no se habían dado la vuelta ni una sola vez. Homero estaba totalmente seguro. Empezó a creer en la contracción del espacio de la que él mismo había hablado a su crédulo compañero. Pero la explicación era mucho más sencilla. Se golpeó la frente. ¡El túnel de enlace! Unos cientos de metros más allá de la Nagornaya, un ramal de una sola vía que en otro tiempo se había empleado para desviar los trenes enlazaba los túneles derecho e izquierdo. Cortaba los túneles en ángulo recto, y por ello, al seguir a ciegas la pared, habían regresado por la vía paralela, y luego, al acabarse súbitamente esa misma pared, habían seguido adelante, por error, hasta llegar de nuevo a la estación. ¡Ese había sido el único hechizo!

Pero quedaba algo por aclarar.

—¡Espera! —le gritó a Hunter. Pero éste seguía adelante, como sordo, y el viejo tuvo que perseguirlo entre resoplidos. Cuando le hubo dado alcance, trató de mirarlo a los ojos y exclamó:

—¿Por qué nos dejaste solos?

—¿Yo? ¿A vosotros?

La voz inexpresiva y metálica de Hunter tenía cierto deje burlón. Homero se mordió la lengua. Era verdad. Habían sido Ahmed y él quienes habían huido de la estación y habían dejado sólo al brigadier con los demonios...

Cuanto más pensaba en la locura y en la desesperación con que Hunter había peleado en la Nagornaya, mejor comprendía Homero que las criaturas que la habitaban hubiesen rehuido el combate con el brigadier. ¿Por miedo? ¿O porque habían reconocido un alma afín?

Homero hizo acopio de valor. Le quedaba tan sólo una pregunta, la más difícil.

¹² Stechkin APB, una pistola ametralladora con silenciador, de alta precisión y muy poco retroceso.

—Allá, en la Nagornaya... ¿cómo es que a ti no te han hecho nada?

Pasaron varios minutos. Homero no se atrevió a repetir la pregunta. Entonces, con voz apenas audible, Hunter le dio una respuesta breve y malhumorada:

—¿Tú comerías carne podrida?

Su padre le había dicho siempre, en broma, que la belleza redimiría al mundo.

Y siempre que lo decía, Sasha se ruborizaba, y se apresuraba a esconder en un bolsillo del peto de su mono de trabajo un paquetito de té decorado con una ilustración. Era una bolsita rectangular de plástico, que había conservado un ligero aroma a té verde, y que era su mayor tesoro. Y también un testimonio de que el Universo no terminaba en la estación y en sus cuatro muñones de túnel, a veinte metros bajo el cementerio llamado Moscú. El paquetito era una especie de portal mágico que tenía el poder de transportar a Sasha varias décadas y millares de kilómetros más allá. Y también algo más, de incomparable importancia.

La humedad del subsuelo estropeaba enseguida el papel. Pero la podredumbre y el moho no devoraban tan sólo libros y revistas, sino que, con ellos, aniquilaban todo el pasado. Sin imágenes ni crónicas, la memoria humana, ya coja, se derrumbaría y quedaría indefensa como un hombre sin muletas.

Pero la bolsa de té estaba hecha de una sustancia artificial contra la que nada podían los hongos ni el tiempo. Su padre le había dicho en cierta ocasión que pasarían varios milenios hasta que empezase a deteriorarse. La muchacha pensaba que sus hijos podrían llegar aquel tesoro a sus propios hijos.

Representaba —aunque fuese en miniatura— una imagen de otra realidad. Un contorno brillante, tan brillante como el día en que el paquetito había salido de la cadena de producción, enmarcaba una estampa que dejaba a Sasha sin aliento: paredes rocosas muy empinadas que desaparecían entre brumas de ensueño; pinos que se sostenían sobre escarpados casi verticales; tumultuosos saltos de agua que se precipitaban al abismo desde lo más alto; un fulgor purpúreo que anunciaba la salida del sol... Sasha no había visto nada tan hermoso en su vida.

Podía pasarse ratos muy largos sentada con la bolsita en la mano, contemplándola. La neblina del alba que envolvía las montañas lejanas le había hechizado los ojos con su mágico poder. Aun cuando devorase todos los libros que su padre traía de las expediciones antes de venderlos, las palabras que leía no lograban describir los sentimientos que le inspiraban esas montañas de un centímetro de altura, y el aroma de los pinares dibujados. La increíble atracción que ejercía ese mundo nacía de su misma irrealidad... el dulce anhelo y la eterna espera de la salida del sol... la continua pregunta por lo que pudiera haber tras las letras de la marca de té: ¿Un árbol poco común? ¿Un nido de águilas? ¿Una casita construida junto al barranco en la que iría a vivir con su padre?

Era él quien le había regalado la bolsita a su hija cuando aún no tenía cinco años. Por aquel entonces aún conservaba su contenido: algo muy raro. Había querido sorprenderla con té de verdad, y la muchacha hizo acopio de valor y se lo bebió como una medicina. Pero la bolsita de plástico le había producido, desde el principio, una extraña fascinación. Su padre había tenido que explicarle qué pretendía representar la mediocre ilustración que la adornaba: un paisaje de montaña totalmente convencional, situado en una provincia china, tolerable como adorno para un paquetito de té. Pero diez años más tarde Sasha aún lo contemplaba con la misma fascinación del día en el que se lo habían regalado.

Su padre, en cambio, pensaba que Sasha había tomado el paquetito como un pobre sucedáneo de todo un mundo. Y cada vez que la muchacha recaía en el mismo éxtasis y se sumía en la contemplación de aquella fantasía mal dibujada, se lo tomaba como un mudo reproche por la vida amputada y gris que la joven había tenido que vivir. Siempre trataba de despertarla de sus ensoñaciones, pero no lo conseguía. Con ira mal disimulada, le preguntaba por enésima vez qué podía parecerle tan magnífico en un paquetito estropeado que en otro tiempo había contenido un gramo de migajas de té.

Y, por enésima vez, la muchacha escondía su pequeña obra maestra en el bolsillo delantero de su peto y le respondía avergonzada:
—¡Papá... es que lo encuentro tan bonito...!

De no haber sido por Hunter, que no se detuvo ni un instante hasta llegar a la Nagatinskaya, Homero habría tardado el triple en recorrer el camino. No le habría sido posible caminar por el túnel con tanta decisión y confianza en sí mismo.

Habían tenido que pagar un elevado precio por atravesar la Nagornaya pero, de todas maneras, dos de los tres seguían con vida. Y habrían podido sobrevivir los tres si no se hubieran perdido en la niebla. El tributo no era más elevado de lo habitual: no habían encontrado nada en la Nakhimovsky Prospekt ni en la Nagornaya que no hubiese aparecido allí en otras ocasiones.

¿No iban a encontrar nada más hasta llegar a la Tulsкая? En esos momentos reinaba la calma, pero el silencio era desagradable, tenso.

Sin duda alguna, Hunter percibía los peligros a cientos de metros de distancia. Incluso en una estación desconocida presentía lo que se iba a encontrar. Pero ¿no podía ocurrir que, allí, su intuición lo abandonara? Eso les había ocurrido a, por lo menos, una docena de luchadores bien bregados.

Tal vez la solución del enigma se encontrara en la Nagatinskaya, la estación a la que se dirigían... Homero tenía que hacer muchos esfuerzos para seguir el hilo de sus propios pensamientos. Iban demasiado rápido. Pero trató de imaginarse lo que podría esperar en esa estación que tanto había amado antaño. El viejo recopilador de mitos se imaginaba que la legendaria «Embajada de Satán» habría aparecido en la Nagatinskaya, o que sus habitantes habrían muerto devorados por las ratas que recorrían la red de metro en busca de comida por túneles inaccesibles para los humanos.

Aunque se hubiese quedado solo, Homero no habría vuelto por nada del mundo sobre sus pasos. Durante los años que llevaba en la Sevastopolskaya había olvidado el temor a la muerte. Y se había incorporado a esta expedición con la clara consciencia de que tal vez fuera su última aventura. Estaba dispuesto a sacrificar el tiempo de vida que aún le pudiera quedar.

Media hora después del encuentro con los monstruos en la Nagornaya, los terrores empezaron a desvanecerse de su memoria. Es más: al escuchar dentro de sí, advirtió, en lo más hondo de su alma, una vaga y tímida agitación. En lo más profundo tomaba cuerpo, o despertaba, lo que tanto había esperado, lo que había anhelado. Lo que había buscado en el curso de sus peligrosas expediciones, lo que jamás había hallado en su hogar...

Por fin había encontrado un motivo importante para emplear todas sus fuerzas en retrasar la muerte. Sólo podría permitírsela cuando hubiera acabado su labor.

La última guerra había sido más violenta que todas las anteriores, y por ello había durado sólo unos días. Habían pasado tres generaciones desde la segunda guerra mundial, los últimos veteranos de ésta habían muerto, y los vivos no conocían el temor a los conflictos bélicos. La locura colectiva que en otro tiempo había robado a millones de seres humanos su misma humanidad se transformó de nuevo en herramienta política de uso habitual.

El fatídico juego había ganado cada vez mayor aceptación y, cuando llegó la hora decisiva, era demasiado tarde para enderezar el rumbo. El ardor guerrero enterró la prohibición de emplear armas nucleares. Durante el primer acto del drama habían colgado el arma en la pared, y durante el penúltimo la habían empleado. Y ya no importaba quién hubiera sido el primero en apretar el gatillo.

Todas las grandes ciudades de la Tierra se transformaron simultáneamente en escombros y cenizas. Incluso las pocas que contaban con un escudo antimisiles se vinieron abajo. Aunque pudiera parecer que habían quedado intactas, la radiación, los

agentes químicos y las armas biológicas exterminaron en unos instantes a la mayoría de su población. La frágil comunicación por radio que mantenían los escasos supervivientes cesó al cabo de pocos años. Desde entonces, el mundo en el que vivían los habitantes de la red de metro tuvo como frontera las últimas estaciones transitables.

En otro tiempo, los seres humanos habían explorado y colonizado la Tierra hasta su último rincón. Pero el mundo se transformó de nuevo en el inacabable océano de caos y olvido que habían conocido los hombres de la Antigüedad. Y las diminutas islas de civilización se hundían una tras otra en sus profundidades, porque la humanidad, privada de petróleo y de electricidad, regresaba aceleradamente a la barbarie.

Había empezado un tiempo de desdichas.

A lo largo de los siglos, los sabios habían tratado de tejer la urdimbre de la Historia con jirones de antiquísimos papiros y rollos de pergamino, códices y tomos en folio destrozados. Con la invención de la tipografía y la publicación de los primeros periódicos, las imprentas habían espesado la trama. Apenas si quedaba ningún hueco en las crónicas de los últimos dos siglos: prácticamente todos los gestos, todas las exclamaciones de los hombres y mujeres que regían los destinos del mundo habían quedado meticulosamente consignados.

Pero, de golpe, las imprentas del mundo entero habían desaparecido, o habían quedado abandonadas. Los telares de la historia se habían detenido. En un mundo sin futuro no tenían ninguna función. Una hebra muy fina mantenía unidos los últimos jirones de la urdimbre...

Durante los primeros años después de la catástrofe, el desesperado Nikolay Ivanovich había recorrido las superpobladas estaciones en busca de su familia. Hacía tiempo que había abandonado toda esperanza pero, presa de la soledad y el abandono, recorrió las tinieblas del metro, porque habría sido incapaz de hacer nada para sí mismo en aquella especie de más allá. El ovillo de Ariadna —el sentido de la vida— que habría podido mostrarle el camino correcto por el interminable laberinto de túneles, se le escapó de la mano.

Llevado por su añoranza de los tiempos pretéritos, empezó a acumular periódicos, para recordar, para soñar. Y estudiaba las páginas de noticias y las de opinión, en un intento por descubrir si habría sido posible impedir el Apocalipsis. Más adelante empezó a anotar todo lo que había ocurrido en las estaciones que visitaba, en un estilo que trataba de imitar el de las noticias de los periódicos.

Y así fue como Nikolay Ivanovich encontró una nueva hebra para el taller de la Historia, en sustitución de la que se había perdido: decidió hacerse cronista del metro, escritor de la historia reciente, desde el fin del mundo hasta su propio fin. Su colección desordenada y sin criterio acabaría por tener sentido: restaurar con laborioso afán la urdimbre de la historia y seguir tejiéndola con sus propias manos.

Los demás pensaban que aquella pasión de Nikolay Ivanovich era una chifladura inofensiva. Podía llegar a sacrificar las provisiones que llevaba para el camino a cambio de periódicos antiguos, y no importaba dónde viviese: siempre tenía un verdadero archivo en su rinconcito. Se presentaba voluntario para el servicio de guardia, porque allí, junto a la hoguera del metro 300, los aventureros contaban historias disparatadas a la manera de los muchachos jóvenes, historias de las que siempre lograba extraer una pizca de información creíble sobre las otras regiones del metro. A partir de miríadas de rumores, filtraba los hechos verdaderos y los anotaba con gran rigor en sus cuadernos escolares.

Aunque su labor le sirviera como distracción, sabía muy bien que la realizaba en vano. Una vez que hubiera muerto, todas las noticias que había mantenido con vida en el herbario de sus cuadernos quedarían reducidas a polvo por falta de cuidados. A partir del mismo día en el que no regresara de un acto de servicio, sus periódicos y sus crónicas se emplearían para encender hogueras y nadie se preocuparía de conservarlos.

El papel amarillento se transformaría en humo y cenizas, sus átomos establecerían nuevas conexiones, adoptarían nuevas formas. En pocas palabras: la materia no se podría destruir, pero todo lo que él había querido preservar, todo lo inasible, efímero que había quedado escrito en aquellas páginas, se perdería para siempre, sin posibilidad de recuperación.

Así funcionaba el ser humano: lo que estaba escrito en los libros escolares permanecía en la memoria tan sólo hasta que se aprobaba el examen de final de curso. Y luego, cuando se olvidaba todo lo aprendido, se olvidaba con genuina sensación de alivio. La memoria de los hombres —pensaba Nikolay Ivanovich— era como las arenas del desierto. Los números, las fechas y los nombres de las personas de segundo rango desaparecen sin dejar rastro, como si alguien los hubiera escrito con un bastón sobre un montículo de arena.

Sólo se conserva lo que se adueña de la fantasía del hombre, lo que le acelera el pulso, aquello que lo mueve a añadir algo nuevo a sus pensamientos, aquello que le hace sentir. Una historia conmovedora sobre un gran héroe y su amor sobrevivirá a una civilización entera, porque se asienta en el alma del hombre y se transmite a lo largo de los siglos, de generación en generación.

En cuanto lo hubo comprendido, Nikolay Ivanovich se transmutó de aprendiz de científico en alquimista, y así se transformó en Homero. Desde aquel día, no volvió a pasar las noches atareado con la elaboración de sus crónicas, sino ocupado en la búsqueda de una fórmula de la inmortalidad. En busca de un relato que perdurase tanto tiempo como el de Gilgamesh, tan imborrable como el de Ulises. Homero entretejería con su hebra todos los saberes que había estado recopilando. Y, en un mundo donde el papel se convertía en calor, donde el pasado, en un mero instante, se sacrificaba con ligereza por el presente, la leyenda del héroe se adueñaría de los corazones de los hombres y los redimiría de su amnesia colectiva.

Pero la anhelada fórmula se hizo esperar. El héroe se negaba a salir a escena. A base de copiar artículos de periódico, Homero no había aprendido a crear mitos, a insuflar vida a un gólem, ni a conseguir que una historia inventada fuese más atractiva que la realidad. Le parecía que su mesa de trabajo era una especie de laboratorio del doctor Frankenstein: por todas partes había hojas arrugadas con los fragmentos del primer capítulo de una saga cuyos personajes no resultaban convincentes, unos personajes que no serían capaces de sobrevivir. Lo único que sacaba de sus largas noches en vela eran bolsas oscuras bajo los ojos y labios magullados a fuerza de tanto mordérselos.

Y, con todo, Homero no se resignaba a abandonar su empresa. Le horrorizaba la sospecha de no ser la persona adecuada, de carecer del talento necesario para crear un mundo.

Se decía a sí mismo que sólo tenía que aguardar a que le viniera la inspiración... ¿Y cómo podía encontrarla en la sofocante atmósfera de la estación donde vivía? ¿Entre el ritual del té que siempre cumplían en su casa y su turno de trabajo en los cultivos? ¿O en las guardias, que se le confiaban cada vez con menor frecuencia a causa de su edad? No, lo que necesitaba eran emociones, aventuras, el tumulto de la pasión. Tal vez entonces se vendrían abajo las presas que aislaban su conciencia y podría dar inicio a su labor creadora...

La Nagatinskaya no había quedado nunca totalmente desierta, ni siquiera en sus peores épocas. Indudablemente no era el sitio ideal para vivir: allí no crecía nada, y las salidas al exterior estaban cerradas. Pero de vez en cuando alguien se dirigía a ella para desaparecer por un tiempo, o para una cita íntima con su amada.

Y, sin embargo, la encontraron vacía.

Hunter subió por la escalera a toda velocidad, sin hacer ningún ruido, y se detuvo al llegar al andén. Homero lo siguió, jadeante, y miró nervioso en todas direcciones. La estación estaba a oscuras. Lo único que brillaba a la luz de sus linternas era el polvo suspendido en el aire. Los escasos montones de andrajos y cartón sobre los que solían acomodarse los ocasionales huéspedes de la Nagatinskaya estaban deshechos.

Homero apoyó la espalda en una columna y se dejó resbalar hasta sentarse en el suelo. Antaño, la Nagatinskaya, con sus elegantes mosaicos de mármol policromados, había sido una de sus estaciones favoritas. Pero en ese momento estaba tan oscura y muerta que apenas si conservaba nada de lo que había sido; como el retrato de un

muerto grabado sobre una lápida mortuoria, realizado a partir de una vieja foto de carné en la que el retratado no tenía idea de que su mirada no se dirigía tan sólo al objetivo de la cámara, sino a la eternidad.

—No hay ni un alma —dijo Homero, vacilante, confuso.

—Sólo una —respondió el brigadier, y señaló al viejo con un gesto de cabeza.

—Yo quería decir... —replicó éste, pero Hunter le hizo un ademán con la mano para que se callara.

Al otro extremo de la estación, en el lugar donde terminaba la hilera de columnas, y que no alcanzaba a iluminar ni siquiera la linterna del brigadier, había algo que se arrastraba lentamente sobre el andén...

Homero se cayó de costado, se sostuvo sobre ambos brazos y se incorporó con torpeza. La linterna de Hunter se había apagado, y el brigadier había desaparecido. El viejo sintió tanto miedo que el cuerpo se le cubrió de sudor. Buscó el seguro del arma y, tembloroso, apoyó la culata en el hombro. Oyó a lo lejos dos disparos amortiguados por un silenciador. Entonces, se envalentonó, se asomó por detrás de la columna y corrió hacia el lugar.

Hunter estaba de pie en medio del andén. A sus pies se retorció una figura difícil de identificar, flaca y lastimosa. Parecía un monigote hecho con cartones y jirones de tela. Se asemejaba vagamente a un ser humano. Pero eso es lo que era. Su edad y sexo no se distinguían a primera vista... en su rostro cubierto de sangre sólo se reconocían los ojos. Emitía sonidos incomprensibles, como una especie de sollozo, y trataba de alejarse a rastras del brigadier, que se erguía frente a él. Por lo que se veía, éste le había disparado en ambas piernas.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Por qué no hay nadie? —Hunter sujetaba con la bota el montón de andrajos raídos y malolientes que el indigente arrastraba tras de sí.

—Se han marchado todos... me han dejado solo. Me he quedado solo —lloriqueaba éste. Agitaba las manos sobre el granito, pero no conseguía moverse.

—¿Adonde se han marchado?

—A la Tuls kaya...

Homero estaba ya junto a ellos e intervino en la conversación:

—¿Qué sucede allí?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —El indigente hizo una mueca—. Todos los que han ido hasta allí han muerto. Pregúntaselo a ellos. A mí ya no me quedan fuerzas para meterme por los túneles. Prefiero morir aquí.

El brigadier no lo soltaba.

—¿Por qué se marcharon?

—Tenían miedo, jefe. La estación se estaba vaciando. Decidieron que se irían todos. No ha regresado nadie.

—¿Absolutamente nadie? —Hunter levantó el cañón de la pistola.

—Nadie. Sólo uno —se corrigió el hombre. Al darse cuenta de que la boca de la pistola se volvía hacia él, se retorció como una hormiga bajo una lupa que enfocara hacia ella los rayos del sol—. Uno que se fue hacia la Nagornaya... Me había dormido... Quizá me lo haya imaginado.

—¿Cuándo?

El indigente meneó la cabeza.

—No tengo reloj. Quizá fuera ayer, quizás haga una semana.

No hubo más preguntas, pero el cañón de la pistola se acercaba cada vez más a la frente del interrogado. Hunter permanecía en silencio, como si se le hubiera estropeado un mecanismo. Su respiración se había vuelto extrañamente pesada. Parecía como si la conversación con el vagabundo le hubiera consumido demasiadas energías.

—¿Puedo...? —empezó a decirle el indigente.

—¡Trágate esto! —exclamó el brigadier y, antes de que Homero hubiese podido comprender lo que ocurría, tiró dos veces del gatillo. La negra sangre brotó de la frente perforada e inundó los dos ojos, que el desgraciado aún tenía abiertos como platos. Se desplomó, y cobró una vez más la apariencia de un montón de andrajos y cartones. Sin levantar la mirada, Hunter metió otros cuatro cartuchos en el cargador de su Stechkin y saltó a la vía.

—Será mejor que vayamos enseguida a investigarlo —le gritó al viejo.

Aunque tuviera que sobreponerse a su repulsión, Homero se inclinó sobre el cadáver del indigente, tomó un trozo de tela y lo empleó para cubrir su cabeza destrozada. Las manos aún le temblaban.

—¿Por qué lo has matado? —dijo en voz baja.

—Pregúntatelo a ti mismo —le respondió Hunter con voz apagada.

Aun cuando hiciera acopio de todas sus fuerzas, no conseguía nada más que abrir y cerrar los ojos. Qué extraño que hubiera despertado de nuevo... debía de haber pasado una hora inconsciente, y durante ese tiempo el entumecimiento había engullido su cuerpo como una capa de hielo. Tenía la lengua seca y pegada al paladar, y sentía en el pecho un peso abrumador. No podría ni siquiera despedirse de su hija, y eso era lo único por lo que habría merecido la pena volver en sí una vez más y aplazar de nuevo el final de su eterna lucha por la vida.

Sasha había dejado de sonreír. Debía de tener una pesadilla. Estaba hecha un ovillo sobre el camastro, con ambos brazos pegados al cuerpo y la frente arrugada. Desde que era niña, su padre había tenido por costumbre despertarla cada vez que una pesadilla la atormentaba. Pero en aquel momento el hombre sólo tenía fuerzas para mover los párpados.

Al final, también esto último le resultó demasiado dificultoso.

Si quería mantenerse consciente hasta que Sasha despertara, tendría que luchar. Su lucha había durado más de veinte años. Cada día. Cada minuto. Y estaba francamente cansado. Cansado de esconderse, cansado de emprender persecuciones. De demostrar, de esperar, de mentir.

Mientras se le nublaba la conciencia, sintió todavía dos deseos: mirar una vez más a los ojos de Sasha y, finalmente, hallar el reposo. Pero no lo lograba. Las imágenes del pasado tomaban forma una y otra vez ante su ojo interior y se mezclaban con la realidad. Debía tomar una decisión. Destrozar a sus enemigos, o permitir que lo destrozaran a él. Castigar, o sufrir el castigo...

Los soldados de la guardia cerraron filas. Se habían confiado a él en cuerpo y alma. Estaban dispuestos a morir en ese mismo momento y lugar, a dejarse descuartizar por la turba, a disparar contra personas desarmadas. Él era el jefe de la última estación de metro que se mantenía incólume, presidente de una confederación que había dejado de existir. Entre aquellos soldados no se discutía su autoridad, lo tenían por infalible, y todas sus órdenes se cumplían al instante, sin pensar. Él asumiría la responsabilidad por todo lo que ocurriera, igual que la había asumido siempre.

Si se rendía, la estación sería presa del caos y se apoderaría de ella un Imperio Rojo en plena efervescencia, que se había desbordado de sus fronteras originales y se anexionaba continuamente nuevos territorios en su seno. Si ordenaba a sus hombres que abrieran fuego contra la multitud, conservaría el poder... al menos por algún tiempo. Y si no tenía escrúpulos en recurrir a las ejecuciones masivas y a la tortura, quizá lo conservaría para siempre.

Empuñó el rifle de asalto. Al instante, la unidad entera lo imitó.

Estaban allí, rabiosos: no eran unos centenares de manifestantes, sino una masa humana gigantesca, una masa sin rostro. Los dientes al descubierto, los ojos a punto de salirseles de las órbitas, los puños cerrados.

Quitó el seguro. La unidad entera respondió con el mismo gesto.

Había llegado la hora de imponerse al destino.

Apuntó a lo alto y apretó el gatillo. Del techo cayeron trozos de cal. La muchedumbre enmudeció por unos instantes. Hizo una señal a sus soldados para que bajaran las armas y dio un paso adelante. Se había decidido.

Y entonces, por fin, logró escapar de sus recuerdos.

Sasha aún dormía. Su padre tomó aliento por última vez, por última vez trató de verla, pero no le quedaban fuerzas para abrir los párpados... y, sin embargo, en vez de la

eterna e impenetrable oscuridad, vio ante sí un cielo increíblemente azul... claro y brillante como los ojos de su niña.

—¡Alto!

De pura sorpresa, Homero estuvo a punto de pegar un salto y levantar las manos, pero logró contenerse. La voz gangosa, indudablemente amplificadas por un megáfono desde las profundidades del túnel, lo había sobresaltado. El brigadier ni se inmutó. Tenso como una cobra antes del ataque, con movimientos a duras penas perceptibles, empuñó el rifle automático que llevaba al hombro.

Hunter no se había contentado con no responder a la última pregunta del viejo, sino que desde entonces no había vuelto a hablarle. El kilómetro y medio entre la Nagatinskaya y la Tuskaya se le había hecho a Homero tan inacabable como el camino del Gólgota. Tenía miedo de que la muerte le aguardase al final del túnel, y seguirle el paso a Hunter le resultaba cada vez más difícil.

Por lo menos había tenido tiempo para prepararse, y por ello se había puesto a pensar en tiempos pasados. Pensó en Helena, se reprochó a sí mismo su egoísmo, le pidió perdón. Contempló de nuevo, bajo una luz suave y triste, un mágico día de verano, algo lluvioso, que había vivido hacía mucho tiempo en la Tverskaya. Se dio cuenta, con gran desolación, de que antes de ponerse en marcha no se había preocupado por lo que pudiera suceder con sus periódicos.

Estaba preparado para morir: destrozado por monstruos, devorado por ratas gigantescas, envenenado por algún gas... ¿Qué otra explicación podía encontrarse a que la Tuskaya se hubiera transformado en un agujero negro que tragaba todo lo que tenía alrededor y sin dejar que volviera a salir?

Pero llegó a la estación envuelta en el misterio y oyó aquella voz humana tan normal, y entonces no supo ya qué pensar. ¿Podía ser que la Tuskaya hubiera sufrido una simple invasión? Pero ¿quién podía haber eliminado a un par de destacamentos armados de la Sevastopolskaya? ¿Quién podía haber exterminado sistemáticamente a todos los vagabundos que se habían dirigido hacia ella, sin perdonar a mujeres ni ancianos?

—¡Treinta pasos al frente! —les dijo la voz desde la lejanía.

A Homero le resultaba sorprendentemente familiar, y, si hubiera tenido tiempo para pensarlo, habría adivinado a quién pertenecía. ¿No era de alguien de la Sevastopolskaya?

Hunter sostuvo el Kalashnikov con un brazo y contó obedientemente los pasos. Homero tuvo que dar unos cincuenta para seguir las zancadas del brigadier. Alcanzaron a distinguir, en la oscuridad, los contornos de una barricada, que parecía que se hubiera hecho con trastos amontonados sin orden ni concierto. ¡Qué extraño! Sus defensores no tenían ningún medio de iluminación...

—¡Apagad las linternas! —les ordenó alguien desde detrás de los cachivaches—. Que uno de los dos se acerque veinte pasos más.

Hunter quitó el seguro del arma y siguió adelante. Una vez más, Homero se quedó solo. No se atrevió a desobedecer la orden. Aun envuelto en negras tinieblas, se atrevió a sentarse, con grandes precauciones, sobre una traviesa de la vía. Cuando hubo tanteado la pared con ambas manos, se recostó en ella.

En cuanto el brigadier se halló a la distancia ordenada, sus pasos dejaron de oírse. Alguien le hizo una pregunta que Homero no oyó bien, y Hunter masculló una respuesta. Entonces la situación se complicó: en lugar de las voces algo tímidas, pero tensas, se oyeron maldiciones y amenazas. Era obvio que Hunter les exigía algo a los invisibles centinelas, y que éstos se lo negaban.

Llegó un momento en el que prácticamente gritaban, y Homero creyó distinguir algunas palabras aisladas... pero sólo entendió bien la última:

—¡Castigo!

Al instante, una ráfaga de Kalashnikov puso fin a la conversación, y la pesada descarga de una ametralladora Pecheneg¹³ le respondió. Homero se arrojó al suelo y

¹³ Ametralladora de 7,62 mm y muy altas prestaciones.

quitó el seguro de su arma, sin saber si tenía que disparar o no, ni a quién. Pero, antes de que pudiera hacer nada, todo terminó.

Durante los breves intervalos entre las entrecortadas señales morse de las armas, se oyó un chirrido prolongado en las entrañas del túnel. Homero habría sido incapaz de confundir ese sonido con ningún otro.

¡La puerta hermética se estaba cerrando! Toneladas de acero encajaron violentamente en una ranura. Los gritos y el fuego de ametralladora enmudecieron.

La única vía de acceso a las estaciones centrales se había cerrado.

Ya no le quedaba ninguna esperanza a la Sevastopolskaya.

DESDE EL OTRO LADO

Al cabo de tan sólo un instante, Homero llegó a pensar que se lo había imaginado todo: los contornos imprecisos de la barricada al final del túnel, la voz familiar distorsionada por el megáfono... cuando desapareció la luz, los sonidos se extinguieron también, y el viejo se sintió como un condenado a muerte con el saco en la cabeza, camino de la ejecución. En la absoluta oscuridad y el súbito silencio, parecía que el mundo entero se hubiese desvanecido. Homero se palpó el rostro para convencerse de que él mismo no se había disuelto en la cósmica negrura.

Pero a continuación puso orden en sus pensamientos, encendió la linterna y enfocó el rayo de luz hacia delante, hacia el lugar donde unos momentos antes se había producido la invisible confrontación. El túnel terminaba de repente, a unos treinta metros del lugar donde el viejo se había resguardado mientras los otros luchaban. Una puerta de acero, cual hoja de guillotina, lo había dividido en dos mitades.

Sí, no había oído mal: alguien había activado el cierre de la puerta hermética. Homero sabía de la existencia de dicha puerta, pero hasta entonces no había creído que aún pudiera funcionar. Por lo visto, se hallaba en perfecto estado.

Sus ojos, deteriorados por las muchas horas de lectura, tardaron en descubrir a la figura humana pegada a la plancha de acero. El viejo apuntó con el rifle y dio un paso hacia atrás. Primero pensó que uno de los hombres del otro lado se había quedado en éste al cerrarse la puerta. Pero entonces lo vio bien: era Hunter.

El brigadier no se movía. La piel de Homero quedó perlada de sudor. El viejo, aunque dubitativo, se acercó a Hunter. Pensaba que hallaría un rastro de sangre sobre el metal herrumbroso... pero no. Aunque lo hubieran acribillado con una ametralladora en un túnel vacío, estaba completamente ileso. El brigadier apoyaba su oreja destrozada contra el metal y escuchaba sonidos que, indudablemente, sólo él era capaz de oír.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó tímidamente Homero mientras se acercaba.

El brigadier no le prestó atención. Susurraba algo, pero para sí mismo. Daba la impresión de repetir unas palabras que alguien decía al otro lado de la puerta. Tuvieron que pasar unos minutos para que se apartara de ésta y se volviese hacia Homero.

—Vamos a regresar.

—¿Qué ha sucedido?

—Eran bandidos. Necesitamos refuerzos.

—¿Bandidos? —preguntó el viejo, presa de la confusión—. A mí me había parecido que esa voz era...

—La Tulskeya ha caído en manos enemigas. Tendremos que tomarla por asalto. Necesitaremos soldados de refuerzo con lanzallamas.

—¿Y por qué? —Homero estaba atónito.

—Por seguridad. Vamos a regresar. —Hunter dio media vuelta y se puso en marcha.

Antes de correr tras él, Homero observó con detenimiento la puerta, e incluso acercó el oído al frío metal, con la esperanza de oír algún retazo de conversación. Pero no oyó nada, salvo el silencio.

Y de pronto, Homero se encontró con que no se creía lo que le había dicho el brigadier. En cualquier caso, el presunto enemigo que se había apoderado de la estación actuaba de una manera totalmente incomprensible. ¿Por qué habían cerrado la puerta hermética? ¿Para protegerse de dos hombres? ¿Qué clase de bandidos podían ser esos que se enfrascaban en negociaciones con dos hombres armados, en vez de matarlos antes de que se les acercaran demasiado?

Y, finalmente: ¿Qué significaba la siniestra palabra «castigo» que habían empleado los misteriosos centinelas?

El padre de Sasha había dicho siempre que no existía nada tan valioso como la vida humana.

En su caso, no se trataba de palabras huecas, ni de una perogrullada. En otro tiempo había pensado de manera totalmente distinta. No en vano se trataba del jefe de estación más joven de su línea.

A los veinte años no se suele dedicar mucho tiempo a reflexionar sobre matar y morir. La vida entera parece un juego que, en el peor de los casos, se puede empezar de nuevo. No era casualidad que los ejércitos de todo el mundo reclutasen a jóvenes que en algunos casos ni siquiera habían llegado a la universidad. Y una sola persona decidía sobre esos muchachos que jugaban a la guerra, una sola persona para quien los millares que luchaban y morían eran tan sólo flechas azules y rojas sobre un mapa. Una persona que sacrificaba compañías, y regimientos, sin pararse a pensar en piernas amputadas, intestinos al aire y cráneos reventados.

En otro tiempo, su padre había despreciado al enemigo tanto como a sí mismo. Había aceptado con insólita ligereza misiones en las que tenía que arriesgar su propia piel. No se lanzaba a ellas sin pensar, sino que procedía siempre de acuerdo con una rigurosa planificación. Inteligente, esforzado e indiferente ante la muerte: no percibía la realidad de ésta, no malgastaba pensamientos en las consecuencias de sus actos, no sentía remordimientos de conciencia. No, no había disparado nunca contra mujeres y niños, pero sí que había ejecutado a desertores con sus propias manos, y era siempre el primero en marchar contra las posiciones de tiro del enemigo. El dolor apenas le importaba. En general, todo le daba lo mismo.

Hasta que conoció a la madre de Sasha.

A él, que estaba acostumbrado a la victoria, lo fascinó con su indiferencia. Su única debilidad, la que lo había empujado a enfrentarse a las ametralladoras, era el amor propio. Y ese amor propio lo indujo a un nuevo y desesperado asalto que, inesperadamente, se transformó en prolongado asedio.

Durante mucho tiempo no había tenido que esforzarse en sus amoríos: las mujeres le habían rendido siempre los estandartes a sus pies. Corrompido por tanta facilidad, satisfacía siempre sus deseos con nuevas amigas, sin llegar a enamorarse. Perdía todo interés por la seducida después de la primera noche. Su impetuoso carácter y su reputación cegaban a las muchachas, y apenas se encontraba con ninguna que emplease la vieja estrategia de hacer esperar al hombre para conocerlo mejor.

Pero la madre de Sasha, en un primer momento, no había demostrado ningún interés por él. No se había dejado impresionar ni por sus condecoraciones, ni por su rango, ni por sus triunfos en el campo de batalla y en el del amor. Cuando lo veía, no reaccionaba de ningún modo, y meneaba la cabeza como única respuesta a sus ocurrencias. El militar se planteó la conquista de la joven como un verdadero reto. Un reto más serio que la captura de las estaciones vecinas.

Al principio no había tenido otro propósito que ganar una nueva muesca en la culata de su rifle. Pero no tardó en darse cuenta de la verdad: cuanto más difícil se le ponía la muchacha, más importante se volvía para él. La joven se comportaba de tal manera, que pasar aunque sólo fuera una hora al día con ella le parecía un triunfo. Y, cuando accedía, parecía que lo hiciese únicamente para torturarlo durante un rato. Ponía en duda sus méritos, se burlaba de sus principios. Lo insultaba por su dureza de corazón, hacía que se conmovieran sus certezas, y llegó al punto de hacerle dudar de sus fuerzas y de sus objetivos.

El hombre lo soportaba con paciencia. En realidad, le gustaba. Al lado de la muchacha empezó a reflexionar. A titubear. Y, por fin, a sentir. Sintió impotencia, porque no sabía cómo acercarse a ella. Tristeza, por todos los minutos que no podía pasar con ella. E incluso, miedo de perderla, antes de haberla conseguido. Amor. Y por ello la muchacha lo recompensó con un anillo de plata.

No cedió hasta que el hombre se vio incapaz de vivir sin ella.

Un año más tarde, Sasha vino al mundo.

No podía dejarlas en la estacada, y por eso mismo ya no podía morir.

Un hombre que a los veinticinco años comanda el ejército más poderoso de la única porción de tierra que conoce no se librará fácilmente de la idea de que el planeta dejaría de girar a una orden suya. Pero, en realidad, no se necesita un gran poder para matar. Resucitar a los muertos, en cambio, no está al alcance de nadie.

Tuvo que aprenderlo por experiencia propia: la tuberculosis se llevó a su mujer y no pudo hacer nada para salvarla. Ese fue el momento en el que se le rompió algo por dentro.

En aquellos días, Sasha no pasaba de los cuatro años. Pero la muchacha recordaba bien a su madre. Conservaba también un preciso recuerdo del terrorífico vacío que se hizo en el túnel después de que muriera. La cercanía de la muerte irrumpió en su pequeño mundo como un abismo sin fondo, y la muchacha lo contemplaba con frecuencia. Los márgenes de ese abismo tardaron mucho tiempo en juntarse. Tuvieron que pasar dos o tres años para que Sasha dejara de llamar a su madre en sueños.

Su padre no dejaría de hacerlo jamás.

¿Podía ser que Homero no siguiese el camino adecuado? Si el héroe de su epopeya no quería aparecer, ¿por qué no empezar con su futura amada? ¿Y si la joven, con su belleza y juventud, lograba que el héroe apareciera?

Si Homero empezaba a trazar, con precaución, el perfil de la muchacha... ¿tal vez su héroe emergería de la nada? Para que su amor fuera perfecto, las dos figuras tenían que complementarse de manera ideal. Así, el héroe del poema de Homero aparecería como un personaje acabado y completo.

Los pensamientos y complejidades de ambos encajarían como dos esquirlas de las destrozadas vidrieras de la Novoslobodskaya. Porque en otro tiempo habían constituido una sola entidad y estaban predestinados a unirse de nuevo... Homero no vio nada malo en robarles a los viejos clásicos un argumento tan logrado.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Homero no se veía capaz de dar forma a una muchacha con tinta y papel. Tampoco estaba seguro de saber describir sentimientos de manera convincente.

El afecto y la ternura lo unían a Helena, pero se habían conocido cuando ya eran demasiado mayores para amarse sin reservas. A su edad, no les quedaban pasiones por apaciguar. Se habían decidido a compartir su vida para dejar atrás las sombras del pasado y atenuar la soledad que los embargaba a ambos.

El único y verdadero amor de Nikolay Ivanovich se había quedado allí arriba. Pero la riqueza de sus facetas había palidecido con el paso de los años, hasta el punto de no servirle como modelo para su novela. Y, por otra parte, su relación con su esposa no había tenido nada de heroico.

En el mismo día en el que la tormenta atómica se abatió sobre Moscú, le habían propuesto que ocupara el puesto de Serov, un conductor de trenes que estaba a punto de jubilarse. Con ello habría doblado su salario. Le dieron unos días libres antes de empezar en su nuevo trabajo. Había llamado a su mujer. Ésta le había dicho que cocinaría una *sharlottka*¹⁴ para celebrarlo, y que luego saldría de casa para comprar vino espumoso y pasear con los niños.

Pero antes de tomarse esas vacaciones tenía que cumplir con un último turno de trabajo.

Nikolay Ivanovich entró en la cabina de conducción del convoy, convencido de que en el futuro sería su capitán, un capitán felizmente casado, a la entrada de un túnel que lo conduciría a un futuro luminoso y magnífico. Media hora más tarde, había envejecido veinte años. El

Nikolay que llegó a la estación final era un hombre destrozado, pobre, solitario. Quizá por ese motivo, cada vez que se encontraba con uno de los trenes que, como por un milagro, se habían conservado, sentía un extraño anhelo: tomar asiento en la cabina del conductor, reservada para él. Pasar los dedos por el cuadro de mandos como si se

¹⁴ Tarta de manzana muy sencilla típicamente rusa.

hubiera tratado de un gesto cotidiano. Contemplar las juntas del túnel desde el otro lado del cristal. Imaginarse que el tren aún podía arrancar...

Para regresar al pasado.

Habríase dicho que el brigadier engendraba a su alrededor una especie de campo de fuerza que alejaba los peligros. Y parecía que él mismo lo supiera. No tardaron ni una hora en llegar a la Nagornaya. En esta ocasión, la línea no les opuso ni un solo obstáculo.

Homero lo había notado desde siempre: tanto si se trataba de los exploradores y comerciantes de la Sevastopolskaya como de cualesquiera otros humanos ordinarios, la red de metro los reconocía como organismos invasores tan pronto como entraban en sus túneles. Como microbios que se habían introducido en su flujo sanguíneo. Apenas habían dejado atrás su estación, el aire se inflamaba a su alrededor, la realidad se agrietaba y, de pronto, emergían de la nada las criaturas más increíbles que el metro pudiera enviar contra los hombres.

Hunter, por el contrario, no era un cuerpo extraño en aquellos trechos a oscuras. No parecía que molestase al leviatán cuyo sistema sanguíneo atravesaba. En ocasiones apagaba la linterna, para transformarse él mismo en un grumo de tinieblas como las que inundaban el túnel. Entonces parecía que se adueñaran de él corrientes invisibles, y avanzaba a doble velocidad. Aun cuando empleara todas sus fuerzas para seguirlo, Homero no lograba darle alcance, y tenía que llamarlo para que el otro se diese cuenta y lo esperara.

Pasaron de vuelta por la Nagornaya sin hallar problema alguno. La niebla había desaparecido, la estación dormía. Se veía bien desde un extremo a otro. ¿Dónde se habría escondido el fantasmagórico gigante? Era un absoluto enigma. Se encontraban en una típica estación abandonada. El techo estaba húmedo y tenía depósitos de sal. Se había formado una capa de polvo sobre el andén. Aquí y allá había obscenidades escritas sobre las paredes tiznadas. Era necesaria una segunda mirada para distinguir los extraños trazos en el suelo —parecían el rastro de una danza salvaje—, y las manchas secas de color marrón en las columnas y en el estuco, un estuco roto y desconchado, como si alguien se hubiera frotado contra él.

Pero la Nagornaya apareció tan sólo unos instantes a la luz mortecina de sus linternas, y luego quedó atrás. Siguieron adelante a toda marcha. En tanto que Homero siguiera los pasos del brigadier, parecía que la mágica esfera protectora lo envolviese también a él. El viejo se sorprendía de sí mismo: ¿De dónde sacaba las fuerzas para caminar a tanta velocidad?

Pero no le quedaba aliento para hablar, y Hunter tampoco le habría respondido. Por segunda vez durante ese largo día, Homero se preguntó cómo podía confiar en el taciturno e implacable brigadier que una y otra vez parecía olvidarse de él.

El insoportable hedor de la Nakhimovsky Prospekt estaba cada vez más cerca. Homero habría preferido dejarla atrás lo antes posible, pero el brigadier aminoró la marcha. A pesar de la máscara de gas, el viejo casi no podía soportar el olor. Pero Hunter se puso a husmear, como si hubiera sido capaz de distinguir matices en la opresiva y sofocante podredumbre.

Una vez más, los necrófagos se apartaron respetuosamente al verlos. Soltaron sus huesos a medio roer y escupieron migajas de carne al suelo. Hunter trepó por el montículo que se había formado en el centro de la estación —se hundió hasta los tobillos en los restos de cadáveres— y echó una larga mirada en derredor. Indudablemente, no encontró lo que buscaba: hizo un gesto de insatisfacción y se puso de nuevo en marcha.

Homero, por su parte, realizó un descubrimiento. Resbaló, se cayó al suelo, y espantó a un joven necrófago que en ese momento desgarraba un chaleco antibalas empapado. Homero se fijó en que un casco de la Sevastopolskaya había rodado a un lado. Los visores de la máscara se le empañaron. El cuerpo se le cubrió de un sudor frío.

Mientras hacía desesperados esfuerzos por no vomitar, se arrastró hasta los huesos y buscó entre ellos algo que le permitiese averiguar de quién se trataba. Pero sólo

encontró un bloc de notas pequeño y repleto de manchas de color rojo oscuro. Empezó por la última página, donde estaba anotado: «No lanzar un asalto bajo ninguna circunstancia».

Su padre le había enseñado desde pequeña a no llorar. Pero no le quedaba ninguna otra cosa que pudiera oponer al destino. Las lágrimas afloraron a su rostro como por voluntad propia, y un gemido débil y doliente le brotó del pecho. Comprendió enseguida lo que había ocurrido, pero durante varias horas tuvo que esforzarse para aceptarlo.

¿La habría llamado para pedirle ayuda? ¿Habría querido decirle algo importante antes de morir? La muchacha no sabía cuándo se había dormido, y tampoco estaba segura de haber despertado. Tal vez existiera un mundo en el que su padre aún vivía. En el que ella no lo hubiera matado por dormirse, por su debilidad, por su egoísmo.

Sasha sujetó la mano fría, pero todavía blanda, de su padre, como para darle calor y habló, tanto para él como para sí misma:

—Encontrarás un automóvil. Saldremos a la superficie, nos meteremos en el coche y nos marcharemos. Te reirás igual que aquel día en el que me trajiste el reproductor con los cedés de música...

Su padre había muerto sentado, recostado contra una columna, con la barbilla apoyada en el pecho. Un observador casual habría podido pensar que dormía. Pero luego el tronco fue resbalando hacia el suelo, sobre el charco de sangre, como si se hubiera cansado de hacerse el vivo, como si no hubiera querido engañar más a Sasha.

Las arrugas que desde siempre le habían surcado el rostro se habían alisado casi por completo.

La muchacha le soltó la mano, lo tumbó y lo cubrió de la cabeza a los pies con una colcha llena de desgarrones. No podía darle ninguna otra sepultura. Por supuesto, habría podido dejarlo en la superficie, para que contemplase el cielo, si es que algún día el cielo llegaba a despejarse. Pero las criaturas que merodeaban por allí habrían devorado su cadáver antes de que llegara ese día.

En su estación, en cambio, no habría nadie que lo tocara. No había ningún peligro que temer de los abandonados túneles del sur. Lo único que aún vivía allí eran las cucarachas voladoras. Por el norte, el túnel terminaba al aire libre, en un puente herrumbroso y a medio caer. Más allá del puente sí había seres humanos, pero nadie lo atravesaría por pura curiosidad. Todo el mundo sabía que allí no había nada, salvo un abrasado erial. Y en los confines de ese erial, la estación secundaria donde habían vivido dos proscritos abandonados a la muerte.

Su padre no habría querido que se quedara allí sola, y de hecho tampoco habría tenido ningún sentido que lo hiciera. Por otra parte, Sasha sabía muy bien que no importaba adonde fuera, que no importaba la desesperación con la que tratara de escapar de su condenada mazmorra: ya no podría liberarse de verdad jamás. Ya no.

—Papá... perdóname, por favor —dijo entre sollozos. No tenía ninguna manera de ganarse su perdón.

Le quitó el anillo de plata y se lo guardó en uno de los bolsillos del mono. Luego agarró la jaula de la rata —que no se había inmutado lo más mínimo— y echó a andar, paso a paso, hacia el norte. Sólo dejó tras de sí unas manchas de sangre sobre el granito polvoriento.

Había bajado ya a las vías y se encontraba en el túnel cuando en la estación vacía, que en esos momentos se asemejaba al barco de un funeral vikingo, ocurrió algo sorprendente. Una lengua de fuego surgió de la entrada del otro túnel y pareció que avanzara hacia el cadáver de su padre. Pero no llegó a alcanzarlo, sino que se retrajo de mala gana hacia las negras profundidades, como para respetar su derecho al reposo final.

—¡Han vuelto! ¡Han vuelto! —se oyó en el teléfono.

Istomin apartó el auricular de la oreja y lo contempló con incredulidad.

—¿Quiénes han vuelto? —Denis Mikhailovich se levantó de la silla con tanto ímpetu que se echó por encima el té de la taza. Una mancha oscura apareció sobre sus pantalones. Echó pestes del té y repitió la pregunta.

—¿Quiénes han vuelto? —repitió mecánicamente Istomin.

—El brigadier y Homero —se oyó entre crepitaciones—. Ahmed ha muerto.

Vladimir Ivanovich se arregló las patillas con un pañuelo y se enjugó las sienes a la altura de la tira negra que le sostenía el parche de pirata. Siempre que un soldado moría, su obligación era informar a sus familiares.

Colgó el teléfono, se asomó a la puerta y le gritó al ordenanza:

—¡Que se personen ahora mismo esos dos! ¡Y que alguien me arregle la mesa!

Enderezó sin motivo aparente las fotos que colgaban de la pared, se detuvo frente al plano de la red de metro, murmuró algo para sí y se volvió hacia Denis Mikhailovich. El Coronel tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de oreja a oreja.

—Volodya, te comportas como una muchacha antes de salir a encontrarse con su amante —le dijo Denis Mikhailovich en tono de burla.

—Ah, sí, claro, y tú no estás nervioso, ¿verdad? —le espetó el jefe de estación, y señaló con un ademán de la cabeza sus pantalones mojados.

—Pero ¿qué dices? Yo estoy listo. Las dos fuerzas de asalto están a punto. Un día más y nos pondremos en marcha. —Denis Mikhailovich acarició la boina azul que tenía sobre la mesa, se puso en pie y se la colocó sobre la cabeza. Así tendría un aire más oficial.

Se oyeron pasos apresurados en la antesala, y el ordenanza, con mirada dubitativa, les tendió por el hueco de la puerta entornada una botella de cristal oscuro que contenía una bebida alcohólica. Istomin la rechazó: «¡Luego, luego!».

Después, por fin, oyeron una voz sorda que conocían bien, la puerta se abrió bruscamente, y una figura de anchas espaldas apareció en el umbral. Detrás de éstas, el viejo cuentacuentos trataba de hacer notar su presencia. Por el motivo que fuera, Hunter le había ordenado que lo acompañase.

—¡Saludos! —Istomin se sentó en un sillón, se levantó y volvió a sentarse.

—Y bien, ¿qué habéis descubierto? —preguntó el Coronel con afilada voz.

El brigadier los miró con ojos severos, primero a uno y después al otro, y finalmente se volvió hacia el jefe de estación.

—Una cuadrilla de bandoleros sin sede fija se ha adueñado de la Tulskeya. Han matado a todo el mundo.

Denis Mikhailovich frunció su poblado entrecejo.

—¿También a nuestros hombres?

—Parece que sí. Hemos llegado hasta la puerta de la estación. Una vez allí, hemos luchado, y ellos han aislado la estación.

—¿Con la puerta hermética? —Istomin clavó las uñas en el canto de la mesa y se puso en pie—. ¿Y qué podemos hacer ahora?

—Tomar la Tulskeya por asalto —exclamaron al unísono el brigadier y el Coronel.

—¡No, no podemos lanzar un asalto!

Era Homero, que de pronto había alzado la voz desde atrás.

Tenía que esperar a que llegara el momento. Si no se había confundido en el cómputo de los días, la dresina aparecería muy pronto entre las húmedas neblinas de la oscuridad. Cada minuto que pasara allí, en el declive donde el túnel se abría al reino terrestre como una vena abierta, le costaría un día de su vida. Pero ya no podía hacer nada, salvo esperar. Al otro extremo del inacabable puente había una puerta hermética, sellada, que sólo se abría desde dentro. Una vez por semana, en el día de las transacciones comerciales.

Aquel día Sasha no tenía nada que ofrecer y, sin embargo, iba a comprar lo más valioso que adquiriría en su vida. Pero no le importaba lo que pudieran exigirle los hombres de la dresina como precio por su entrada en el mundo de los vivos. La frialdad de la tumba y la indiferencia del cadáver de su padre se habían apoderado de ella.

¡Cuántas veces había soñado con que llegaría a otra estación, donde compartiría su vida con otras personas, encontraría amigos, conocería a alguien especial...! Había tenido por costumbre preguntarle a su padre por su juventud, no sólo como un medio para regresar a aquella niñez repleta de luz, sino, también, porque en su fuero interno se imaginaba a sí misma en el lugar de su madre, y la difuminada estampa de un hombre joven y apuesto en el de su padre, y así se labraba su propia e ingenua idea de lo que sería el amor. Tenía una preocupación: si algún día regresaban de verdad a las estaciones centrales, ¿habría olvidado cómo tratar con otras personas? ¿De qué querrían hablar con ella?

Pero en esos instantes, a pocas horas, tal vez a pocos minutos, de la llegada de su trasbordador, no le importaban para nada los demás, ni hombres ni mujeres. La misma idea de una existencia digna de un ser humano le parecía una traición a su padre. Sin dudarlo ni un segundo, se habría avenido a pasar el resto de sus días en aquella estación con tal de devolverle la vida.

Cuando el cabo de la vela que aún ardía en el tarro de cristal empezó a apagarse, lo empleó para encender otro. Su padre había regresado de una de sus expediciones con una caja repleta de velas de cera. Sasha llevaba siempre algunas en los holgados bolsillos del mono. A la muchacha le gustaba pensar que los cuerpos de los seres humanos eran como velas, y que ella había recibido dentro de sí una chispa de la vida de su padre después de que ésta se extinguiera.

Se preguntó si las personas que viajaban en la dresina reconocerían su señal en la niebla.

Hasta ese momento sólo había salido de vez en cuando para echar una ojeada. Quería pasar el mínimo tiempo posible en el espacio abierto. Su padre se lo había prohibido, y el hinchado bocio de éste había sido suficiente advertencia. Sasha se sentía mal, como un topo aprisionado, cada vez que se asomaba a la pendiente. Miraba intranquila a su alrededor y sólo en contadas ocasiones se atrevía a llegar hasta los primeros pilares del puente para contemplar desde allí el negro río que avanzaba bajo sus pies.

Pero en ese momento el tiempo le sobraba. Encorvada y temblorosa bajo el viento húmedo y frío, dio unos pasos adelante. Entre los troncos nudosos de los árboles, a media luz, alcanzaba a distinguir los edificios en ruinas. Una gigantesca criatura chapoteaba en las aguas alquitranadas y pegajosas del río. En la lejanía, alguna especie de monstruo se hacía oír con gimoteos casi humanos.

De súbito, un chirrido prolongado y lastimero se mezcló con los otros sonidos.

Sasha se puso en pie y sostuvo en alto el tarro con la vela. Una luz furtiva le respondió desde el puente. Una dresina vieja y estropeada se acercaba, se abría paso esforzadamente por aquella niebla que parecía de algodón. El débil fulgor de su faro hendía la noche cual una cuña. Sasha retrocedió: no era la dresina habitual. Se movía trabajosamente, como si cada uno de los giros que daban sus ruedas les costara un enorme esfuerzo a los hombres que manejaban las palancas.

Al fin, se detuvo a unos diez pasos de Sasha. Un hombre grueso y fornido, cubierto con un tosco traje aislante, saltó del borde de la dresina y aterrizó pesadamente sobre el balasto. En los visores de su máscara de gas se reflejaba la diabólica danza de la llama que aún ardía en la vela de Sasha, y por ello la joven no logró verle los ojos. El hombre llevaba en la mano un Kalashnikov con culata de madera.

—Quiero marcharme de aquí —le explicó Sasha, y levantó enérgicamente la cabeza.

—Ahhh, quieres marcharte de aquí —repitió su grotesco interlocutor, con un «ahhh» que era a la vez de sorpresa y de burla—. ¿Y qué me ofreces a cambio?

—No tengo nada. —La muchacha le sostuvo aquella mirada en la que se reflejaba su llama a pesar de los visores.

—Todo el mundo tiene algo que ofrecer. Especialmente las mujeres. —El hombre de la dresina gruñó, pero luego pareció dudar—. ¿Vas a dejar solo a tu padre?

—No tengo nada —repitió Sasha, y miró al suelo.

—Entonces, ¿ha muerto? —dijo la voz que hablaba bajo la máscara, en un tono mitad de alivio y mitad de decepción—. Mejor así. Esto no le habría gustado.

El cañón del rifle se introdujo en la anilla de la cremallera del mono de Sasha y descendió poco a poco.

—¡Déjame! —le gritó ella con voz ronca, y dio un salto hacia atrás.

El tarro con la vela cayó sobre la vía y se hizo añicos, y en un instante la oscuridad devoró las llamas.

—Desde aquí no se puede regresar. ¿Todavía no lo has entendido? —El grotesco personaje la miraba con indiferencia por sus opacos e inexpressivos visores—. Tu cuerpo no bastará para pagar este viaje. Quizá baste para compensarme por lo que me debe tu padre.

El rifle de asalto giró en sus manos. La culata se volvió hacia adelante.

Sasha sintió un golpe muy fuerte en la sien. Su propia consciencia se apiadó de ella, y la muchacha se desvaneció.

Desde que habían pasado por la Nakhimovsky Prospekt, Hunter no había perdido de vista en ningún momento a Homero. Por ello, el viejo no había podido examinar el bloc de notas. De repente, el brigadier se había mostrado respetuoso, sí, e incluso compasivo. No sólo había procurado que el viejo no se quedara atrás, sino que había hecho un gran esfuerzo de contención para ajustar su paso al de éste. De vez en cuando se detenía y miraba a sus espaldas, aparentemente para asegurarse de que nadie los seguía. Pero la intensa luz de su linterna iba a parar siempre al rostro de Homero. En algún momento, el viejo se sintió como si lo estuvieran sometiendo a un interrogatorio. Decía palabrotas, parpadeaba, trataba de no quedarse aturdido, y tenía la sensación de que la penetrante mirada del brigadier le recorría todo el cuerpo, que lo palpaba, en busca del objeto que Homero había encontrado en la Nakhimovsky.

¡Pero eso era absurdo! Hunter no había podido ver nada, porque en aquel momento se encontraba demasiado lejos. Quizá se hubiera dado cuenta de que la actitud de Homero había cambiado y sospechara algo. Sea como fuere, cada vez que sus miradas se encontraban, el viejo quedaba empapado de sudor. Lo poco que había leído le bastaba para dudar de las intenciones del brigadier.

Se trataba de un diario.

Varias de sus páginas se habían quedado pegadas por culpa de la sangre reseca. Homero no las había tocado. Sus manos fatigadas y entumecidas tan sólo habrían logrado desgarrarlas. Las anotaciones de las primeras páginas eran confusas. El autor no había logrado escribir con orden, y sus pensamientos habían galopado con tal frenesí que a duras penas se podían seguir.

Hemos pasado la Nagornaya sin sufrir bajas —revelaba el bloc de notas, y luego hacía un salto adelante—: *En la Tulskaia reina el caos. No se puede pasar hacia el interior, la Hansa no deja pasar a nadie. Tampoco podremos regresar.*

Homero pasó más páginas. Con el rabillo del ojo, vio que el brigadier bajaba del kurgan y se le acercaba. Antes de guardarse el bloc en la mochila, llegó a leer: *Tienen la situación bajo control. Han sellado la estación y la han puesto bajo la autoridad de un comandante.* —Y seguidamente—: *¿Quién será el próximo en irse al otro barrio?*

Y después, junto a la pregunta retórica, había incluso una fecha rodeada con un círculo. Las páginas amarillentas del bloc hacían pensar que los acontecimientos se habían producido una década antes, pero no cabía duda de que las anotaciones tenían tan sólo unos días.

El esclerotizado cerebro del viejo encajó las piezas del mosaico con una facilidad que él mismo creía haber perdido ya. El enigmático viajero que el desdichado indigente de la Nagatinskaya creía haber visto. La voz del centinela que le había parecido conocida. La frase: « *Tampoco podremos regresar* ». Mentalmente, emprendió la

reconstrucción de lo ocurrido. ¿Acaso los garabatos escritos en aquellas páginas pegadas entre sí le permitirían adivinar el sentido de aquella serie de extraños acontecimientos?

Estaba totalmente seguro, por lo menos, de que nadie había ocupado la Tuls kaya. Allí había ocurrido algo mucho más complejo y enigmático. Y Hunter, que había interrogado durante un cuarto de hora a los centinelas a la entrada de la estación, lo sabía igual de bien que Homero.

Por ello, no podía enseñarle el bloc al brigadier.

Y también por ello se había atrevido a contradecirlo abiertamente en el despacho de Istomin.

—No podemos tomarla por asalto —repitió.

Hunter volvió la cabeza hacia él, lentamente, como un buque de guerra que alinea su cañón principal para disparar. Al otro lado de la mesa, Istomin echó para atrás el sillón y rodeó su mesa. El fatigado Coronel hizo una mueca.

—No podremos volar la puerta —siguió diciendo Homero—, porque encima de ella hay aguas subterráneas e inundaríamos la línea entera. La Tuls kaya ha padecido desde siempre ese problema. Se despiertan cada día con la esperanza de que las aguas no irruman en la estación. Vosotros mismos sabéis que hace ya diez años que el túnel paralelo. ...

—¿Qué quieres, que llamemos a la puerta y esperemos a que nos abran? —lo interrumpió Denis Mikhailovich.

—Sería posible dar un rodeo hasta allí —observó Istomin.

De pura sorpresa, el Coronel padeció un ataque de tos. Luego, enfurecido, inició una diatriba contra el jefe de estación. Lo culpó de haber dejado tullidos a sus mejores hombres y de querer llevarlos a la tumba. Pero entonces intervino el brigadier:

—Hay que limpiar la Tuls kaya. Esta situación exige la aniquilación de todos los que se encuentren en ella. Ninguno de los vuestros ha sobrevivido. Todos han muerto. Si queréis evitar que haya más bajas, no tenéis alternativa. Sé muy bien de qué hablo. Dispongo de toda la información necesaria.

Las últimas palabras se dirigían de manera inequívoca a Homero.

El viejo se sintió como un perrillo insolente cuando lo agarran por la nuca y lo sacuden para que aprenda a comportarse.

Istomin se ajustó la chaqueta del uniforme.

—Si el túnel está bloqueado por ahí, sólo tenemos otra manera de llegar a la Tuls kaya. Por el otro lado, a través de la Hansa. Aunque eso significa que no podremos ir con hombres armados. Esa posibilidad queda totalmente excluida.

Hunter lo negó con un gesto.

—Yo los conseguiré.

El Coronel se sobresaltó.

—Pero si queremos dar la vuelta por la Hansa, habrá que pasar por dos estaciones de la Línea Kakhovskaya, hasta la Kashirskaya —dijo el jefe de estación, y se encerró luego en un expresivo silencio.

El brigadier se cruzó de brazos.

—¿Y?

—La radiactividad es muy elevada en los túneles cercanos a la Kashirskaya —explicó el Coronel—. Un fragmento de una cabeza explosiva cayó no muy lejos de allí. No se produjo ninguna detonación, pero los niveles de radiactividad son peligrosos. La mitad de los que se irradian en esa zona mueren antes de que haya pasado un mes. Es lo que ocurre siempre.

Se hizo el silencio. Homero aprovechó la pausa para emprender una retirada —táctica, por supuesto— desde el despacho de Istomin. Al final, Vladimir Ivanovich tomó la palabra. Sin duda, temía que el incontrolable brigadier intentara de todos modos hacer explotar la puerta hermética de la Tuls kaya, y por ello añadió:

—Disponemos de trajes aislantes. Dos en total. Puedes llevarte a uno de nuestros mejores soldados. Os esperaremos. —Se volvió hacia Denis Mikhailovich—. ¿Quién podría ir?

El Coronel suspiró.

—Vamos a ver a los muchachos. Hablaremos de esto, y luego Hunter elegirá a su compañero.

—No hará falta. —dijo Hunter mientras negaba con la cabeza—. Quiero que me acompañe Homero.

FRONTERAS

La dresina atravesó un tramo pintado, de color amarillo muy vivo. El conductor no pudo seguir fingiendo que no oía el tictac cada vez más acelerado del contador Géiger. Agarró la empuñadura del freno y murmuró, a modo de disculpa:

—Mi Coronel... no podremos seguir adelante sin protección...

—Sólo cien metros más —le ordenó Denis Mikhailovich—. Por esta misión tan difícil vas a tener una semana libre. Esos dos, con sus trajes aislantes, tardarían media hora en recorrer este trecho a pie. Con la dresina lo cubriremos en dos minutos.

—Ese tramo amarillo que hemos atravesado era la última frontera, mi Coronel —murmuró el conductor, pero no se atrevió a aminorar la marcha.

—Frena —le ordenó Hunter—. Seguiremos a pie. Los niveles de radiactividad son demasiado altos.

Los frenos chirriaron, el faro que colgaba del chasis se balanceó de un lado para otro y la dresina se detuvo. El brigadier y Homero estaban sentados en el borde, con los pies colgando por fuera. Saltaron a las vías. Sus pesados trajes aislantes, revestidos de plomo, les daban un aspecto como de astronautas.

Los trajes como éstos eran extraordinariamente escasos y caros. En toda la red de metro debía de haber, a lo sumo, unas pocas docenas. En la Sevastopolskaya no se empleaban prácticamente nunca. Los guardaban para situaciones excepcionales. Soportaban las radiaciones más intensas, pero moverse con ellos exigía penosos esfuerzos. Ése era, por lo menos, el caso de Homero.

Denis Mikhailovich bajó también de la dresina y los acompañó durante unos minutos. Intercambió unas palabras con Hunter: frases deliberadamente fragmentarias y difíciles, para que Homero no las entendiese.

—¿De dónde los sacarás? —preguntaba el malhumorado Coronel.

—Ellos me darán. Es lo único que les sobra —respondió el otro con voz sorda, sin dejar de mirar al frente.

—Nadie te espera. Te creen muerto. Muerto, ¿me entiendes?

Hunter se detuvo un instante y habló en voz baja, no tanto para el oficial como para sí mismo.

—Ese es el menor de nuestros problemas...

—Desertar de la Orden es aún más terrible que la muerte —masculló Denis Mikhailovich.

El brigadier levantó bruscamente la mano, en apariencia para saludar militarmente al Coronel pero, también, para soltar una amarra invisible. Denis Mikhailovich comprendió el gesto y se quedó en el muelle, mientras los otros dos se alejaban de la orilla, poco a poco, como contra la corriente, y emprendían su gran periplo por los mares de las tinieblas.

El Coronel bajó la mano que había levantado hasta la sien y le hizo una señal al conductor de la dresina para que encendiese el motor. Se sentía vacío por dentro: no había nadie a quien pudiera enviarle un ultimátum, nadie contra quien luchar. Comandaba los ejércitos de una isla aislada en medio del océano, y su única esperanza era que ese minúsculo cuerpo expedicionario no naufragase, sino que regresara algún día por el otro lado, y que con ello demostrara, en cierto modo, que la Tierra era redonda.

El último puesto de vigilancia que habían dejado atrás se encontraba antes de llegar a la Kakhovskaya, y estaba casi vacío. Homero no recordaba que los habitantes de la Sevastopolskaya hubieran sufrido nunca un ataque desde el este.

El tramo pintado de amarillo no le parecía una mera división arbitraria entre dos trechos de un mismo túnel de hormigón, por el contrario, le había dado la sensación de

que conectaba, cual ascensor sideral, dos planetas separados por centenares de años luz. Más allá de ese tramo, la Tierra habitada se transformaba, casi sin solución de continuidad, en un árido paisaje lunar. La semejanza entre ambos territorios era engañosa. Al tiempo que se concentraba en no dar un traspié con sus botas de varios kilos y respiraba con esfuerzo a través del complejo sistema de tubos y filtros, Homero gustaba de imaginarse a sí mismo como un astronauta que hubiera llegado a uno de los satélites de una estrella lejana. Se perdonó su fantasía infantil, porque con ella le resultaba más fácil moverse dentro del pesado traje. La fuerza gravitatoria del satélite donde se encontraban era muy poderosa. El viejo se entretenía, además, con la idea de que ellos dos eran los únicos seres vivos en varios kilómetros a la redonda.

Homero pensó que ni la ciencia ni la ciencia ficción habían logrado prever el futuro. En su niñez le habían prometido que para el año 2034 el hombre habría conquistado media galaxia o, por lo menos, su propio sistema solar. Pero tanto los escritores de novelas futuristas como los científicos habían partido de la idea de que la Humanidad se comportaría de manera racional y consecuente. Como si, en vez de unos pocos miles de millones de hombres y mujeres holgazanes, frívolos y amantes del placer, se hubiera tratado de una especie de colmena, dotada de un raciocinio colectivo y de una fuerza de voluntad equilibrada. Como si la conquista del espacio hubiera perseguido objetivos serios. Pero no era así: la Humanidad se hartó de ese juego y lo dejó a la mitad, para consagrarse primero a la informática, y luego a la biotecnología, sin aspiraciones de gran calado en ninguno de esos ámbitos. Tal vez sí las tuviera en física nuclear.

Y allí estaba él, un astronauta venido a menos, capaz de sobrevivir tan sólo gracias a su voluminosa escafandra, extranjero en su propio planeta, dispuesto a conquistar el túnel que unía la Kakhovskaya con la Kashirskaya. Él, y todos los supervivientes, tenían que olvidarse de todo lo demás. Ni siquiera podían contemplar las estrellas.

Qué extraño: en ese lugar, más allá del tramo amarillo, su cuerpo sufría bajo la fuerza de la gravedad, pero su corazón se sentía ligero. Unos días antes, al despedirse de Helena para emprender la primera expedición a la Tulskaia, aún contaba con que regresaría. Pero, cuando Hunter lo eligió por segunda vez como acompañante, se dio cuenta de que la cosa iba en serio. Había rogado con frecuencia que se le sometiera a una prueba, a una iluminación. Y, por fin, sus ruegos habían hallado respuesta. Escurrir el bulto habría sido estúpido e indigno.

Sabía muy bien que la misión de una vida no se satisface como quien realiza un trabajo a tiempo parcial. El destino no se podía dejar para más adelante con frases como: «Seguro que ocurrirá, pero quizá más tarde, quizá la próxima vez...». Probablemente no habría una próxima vez, y si desertaba entonces, ¿para qué viviría luego? ¿Acaso quería consumir el tiempo que le quedaba hasta su muerte viviendo la vida oscura de Nikolay Ivanovich, el tonto de la estación, el cuentacuentos senil, el parlanchín de sonrisas absurdas?

Pero si pretendía dejar de ser una caricatura de Homero y transformarse en su sucesor, si no quería limitarse a amar los mitos, sino crearlos, si aspiraba a alzarse de las cenizas como un hombre nuevo, tendría que entregar a las llamas su antiguo yo. Estaba firmemente convencido de que si dudaba de sí mismo, si cedía a la nostalgia por su casa y su mujer, si miraba de nuevo al pasado, dejaría escapar algo de gran importancia que le estaba aguardando. Tenía que cortar sus ataduras.

Aun cuando sobreviviera a aquella expedición, no volvería ileso. Lo sentía por Helena, desde luego. Al principio, su mujer no quería creerse que regresaría sano y salvo de sus misiones. Y había tratado, sin éxito, de impedirle que iniciara su viaje a la nada. Cuando, una vez más, se despidió de él bañada en lágrimas, Homero no le prometió nada. Había llegado la hora de marcharse. Homero lo sabía muy bien: diez años de vida no se amputan así como así. Sabía que después de las amputaciones se sienten dolores fantasma en el miembro desaparecido.

Había pensado que miraría atrás sin cesar. Pero, cuando estuvo al otro lado del tramo amarillo, se sintió como si hubiera muerto y su alma se hubiese liberado de los dos pesados y rígidos caparazones que la cubrían, y se hubiera elevado a lo alto. Era libre.

No parecía que Hunter tuviese que hacer grandes esfuerzos para moverse con el traje aislante. La holgada prenda había transformado su cuerpo musculoso y lobuno en una mole informe, pero no le había restado movilidad. No dejaba atrás al viejo de respiración entrecortada, pero simplemente porque no había querido perderlo de vista ni un solo instante desde que habían salido de la Nakhimovsky Prospekt.

Después de todo lo que había visto en la Nagatinskaya, la Nagornaya y la Tulsкая, Homero habría preferido no tener que emprender un nuevo viaje con Hunter. Pero luego cambió de opinión: la presencia del brigadier había desatado en él una metamorfosis anhelada durante mucho tiempo, una metamorfosis que le prometía un renacer. Poco le importaban al viejo los motivos por los que Hunter hubiese querido llevarlo consigo, fuera como guía, o como almuerzo para el camino. Lo que le importaba de verdad era no salir del estado en el que se encontraba, aprovecharlo mientras durara, tener ideas, escribir algo...

Por otra parte, cuando Hunter había solicitado su presencia, llegó a pensar que el brigadier lo quería para algo en concreto. Y no creía que se tratara de guiarle por los túneles, ni de advertirlo de posibles peligros. Cabía la posibilidad de que el brigadier le hubiera dado al viejo lo que éste deseaba, para, a cambio, arrebatarse algo sin tener que pedírselo.

Pero ¿qué podía necesitar Hunter?

Homero había dejado de engañarse con su aparente frialdad. Bajo el caparazón de su rostro desfigurado bullía un magma que de vez en cuando emergía por sus ojos eternamente abiertos. Su inquietud era evidente. Hunter también andaba en busca de algo.

El brigadier parecía idóneo para el papel de héroe épico en el futuro libro de Homero. Al principio, el viejo había tenido sus dudas, pero, tras pensarlo varias veces, se había decidido por él. Aunque había muchos rasgos en la personalidad del brigadier — pasión por matar, laconismo y escasa gestualidad— que no le convencían. Hunter parecía uno de esos asesinos que dejan mensajes cifrados para que la policía los descubra. Homero no sabía si el brigadier veía en él a un padre confesor, un biógrafo o un proveedor de quién sabe qué, pero sí intuía que la extraña dependencia que los unía era recíproca. Y que los lazos que los ataban no tardarían en volverse más fuertes que su angustia.

De hecho, Homero había tenido en todo momento la sensación de que Hunter estaba retrasando el inicio de una conversación de extrema importancia. Una y otra vez, el brigadier se volvía hacia él, como para preguntarle algo, pero nunca decía nada. Acaso el viejo confundiera una vez más sus deseos con la realidad, y no tuviera en aquella historia otro papel que el de testigo innecesario. Quizá Hunter le retorciera el pescuezo en algún tramo del túnel. Hunter echaba miradas cada vez más frecuentes a la mochila del viejo, donde estaba escondido el fatídico diario. Parecía como si intuyera que los pensamientos de Homero daban vueltas en torno a algún objeto que llevaba allí dentro, y se acercaba, lentamente, pero con constancia. Homero hacía terribles esfuerzos por no pensar en el bloc de notas, pero fueron en vano.

Apenas si había tenido tiempo para preparar sus cosas, y, por eso mismo, sólo había podido quedarse unos minutos a solas con el diario. Por supuesto, no había tenido tiempo para humedecer todas las páginas pegadas con sangre y separarlas, pero había logrado hojear algunas. Estaban cubiertas de notas apresuradas y fragmentarias. No seguían ninguna secuencia, como si su autor se hubiera visto desbordado con las palabras y hubiese tenido que esforzarse para consignarlas. Homero tuvo que buscarles un orden para que cobraran algún sentido.

Ningún contacto. El teléfono está mudo. Probablemente sabotaje. ¿Alguno de los desterrados, por venganza? Aún no lo sabemos.

La situación es desesperada. No tenemos posibilidades de recibir ayuda. Si se la pedimos a la Sevastopolskaya, condenaremos a nuestra propia gente. Tan sólo podemos aguantar aquí... ¿durante cuánto tiempo?

No me dejan marchar. Se han vuelto locos. ¿Quién lo hará, si no yo? Tengo que huir.

Y entonces descubrió otra cosa. Después de las últimas palabras, las que advertían contra todo intento de capturar la Tulskaia por asalto, había una firma. Una firma borrosa, sellada con la mancha pardusca de unos dedos sanguinolentos. Homero conocía ese nombre, y lo había pronunciado a menudo.

El diario pertenecía al operador de comunicaciones que una semana antes habían enviado a la Tulskaia con la caravana.

Pasaron frente a la entrada de un ramal por el que se accedía a una de las cocheras. De no ser por los elevados niveles de radiactividad, los habitantes del metro la habrían saqueado hacía mucho tiempo. El oscuro túnel que conducía hasta ellas estaba cerrado con una reja que, aparentemente, alguien había improvisado con piezas de acero. Sobre una lámina de hojalata, sujeta con alambre a uno de los barrotes, sonreía el dibujo de una calavera, y debajo de ésta se distinguían aún los restos de un rótulo de advertencia en color rojo. Se había des pintado con el paso del tiempo, o tal vez alguien lo hubiera raspado a propósito.

La galería cerrada por la reja capturó la mirada de Homero como un hechizo. El viejo tuvo que hacer grandes esfuerzos para seguir adelante. Cuando, por fin, volvió en sí, se le ocurrió que aquella línea no estaba tan desierta como se creía en la Sevastopolskaia.

Luego pasaron por la Varshavskaya, una estación horrenda, cubierta de hollín y moho. Se parecía a un cadáver humano putrefacto bajo el agua. Las paredes exudaban un líquido turbio entre los azulejos, y por los huecos que habían dejado las puertas herméticas entornadas se colaba un viento frío procedente de la superficie, como si una gigantesca criatura hubiera tratado de insuflarle aliento desde fuera a una estación que llevaba mucho tiempo pudriéndose. La histérica señal del contador Géiger les aconsejó que se marcharan de allí cuanto antes.

Cuando les faltaba poco para llegar a la Kashirskaya, uno de los contadores exhaló su último aliento, y la aguja del otro quedó encallada en el extremo superior de la escala. Homero sintió un sabor amargo en la lengua.

—¿Dónde tuvo lugar el impacto? —le preguntó Hunter.

Homero oía mal la voz del brigadier, como si tuviera la cabeza metida bajo el agua de una bañera. Se detuvo —por fin se le presentaba la oportunidad de hacer una breve, pero bienvenida pausa—, y con la mano enguantada señaló al sudeste.

—En la Kantemirovskaya. Suponemos que el techo de uno de los accesos se vino abajo. O tal vez un conducto de ventilación. No hay nadie que lo sepa con certeza.

—Entonces, ¿la Kantemirovskaya está abandonada?

—Desde siempre. A partir de la Kolomenskaya no hay ni un alma humana.

—A mí me habían dicho... —empezó a decir Hunter, pero luego enmudeció, y le indicó por señas a Homero que hablase en voz baja. Parecía como si hubiera captado unas ondas casi imperceptibles. Al fin, preguntó—: ¿Alguien sabe cuál es la situación en la Kashirskaya?

—¿Y cómo lo vamos a saber? —Homero se preguntó si su tono irónico habría atravesado los filtros de respiración.

—Entonces te lo diré yo. La radiactividad que hay allí es tan fuerte que nos abrasaría a los dos en pocos minutos. El traje aislante no nos protegería. Vamos a regresar.

—¿Regresamos? ¿A la Sevastopolskaia?

—Sí. Una vez allí, saldré a la superficie. Quizá pueda llegar por arriba —dijo Hunter, en tono pensativo. Parecía como si ya tuviera la ruta planeada.

Homero vaciló.

—¿Quieres ir tú solo?

—No puedo pasarme el camino entero preocupándome por ti. Ya tendré bastante con proteger mi propia vida. Si fuéramos los dos, no llegaríamos. Tampoco está nada claro que yo solo pueda conseguirlo.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Tengo que ir contigo! ¡Quiero...!

Homero buscaba desesperadamente un motivo, un pretexto.

—¿...quieres hacer algo importante antes de morir? —añadió el brigadier. Parecía que hablara con voz inexpresiva, pero Homero sabía bien que los filtros de la máscara de gas eliminaban todas las impurezas. Sólo entraba por ellos aire insípido y de ellos estéril, y sólo salían voces mecánicas y sin alma.

El viejo cerró los ojos, e hizo un esfuerzo desesperado por recordar todo lo que sabía sobre el breve trecho de la Línea Kakhovskaya, sobre el último e irradiado tramo de la Línea Samoskvoretskaya¹⁵, sobre el camino que llevaba de la Sevastopolskaya a la Serpukhovskaya... lo que fuera con tal de no volver, de no regresar a aquella vida miserable que no tenía nada que ofrecerle, salvo falsas esperanzas de escribir una gran novela y de inventarse una leyenda inmortal.

—¡Sígueme! —gritó de pronto, y se puso en marcha con una agilidad que lo sorprendió a él mismo. Hacia el este, hacia la Kashirskaya, hacia el Infierno.

La muchacha soñó que estaba cortando con una lima el grillete de metal que la retenía junto a la pared. La herramienta rechinaba y se le caía de las manos una y otra vez. De poco le servía haber abierto una hendidura de medio milímetro en el metal: tan pronto como se detenía, aunque sólo fuese un momento, la ligerísima, casi invisible muesca se cerraba una vez más.

Pero Sasha no se rendía: tomaba una vez más la lima con sus manos despellejadas y sanguinolentas, y trabajaba de nuevo en el inflexible metal. El ritmo de sus movimientos estaba rigurosamente calculado. Sobre todo, no soltar la lima, no mostrar ninguna debilidad, no cejar en sus esfuerzos.

Le habían encadenado los tobillos y los tenía hinchados y entumecidos. Aun cuando lograra romper el hierro, no podría huir, porque las piernas no le obedecerían...

Despertó y, con un gran esfuerzo, abrió los párpados.

Las cadenas no eran ningún sueño: Sasha tenía las muñecas sujetas con grilletes. Estaba tumbada sobre la mugrienta superficie de carga de la vieja dresina de mineros. El vehículo avanzaba entre monótonos chirridos, con insufrible lentitud. La muchacha tenía un trapo sucio dentro de la boca, y las sienes le dolían y le sangraban.

«No me ha matado —pensó—. ¿Por qué?»

Tumbada como estaba sobre la superficie de carga, alcanzaba a ver sólo una mínima fracción de la bóveda del túnel. En sus juntas temblaba un rayo de luz desigual. De repente, la bóveda desapareció, y la sustituyó un color blanco desconchado. ¿Qué clase de estación podía ser aquella?

Era un lugar siniestro: no simplemente tranquilo, sino silencioso como la muerte; no simplemente despoblado, sino desprovisto de toda vida, y, además, tremendamente oscuro. La muchacha había imaginado desde siempre que las estaciones que se hallaban al otro extremo del puente estarían abarrotadas, y que reinaría en ellas un barullo ensordecedor. ¿Acaso había estado siempre equivocada?

El techo dejó de moverse. Entre saltos y maldiciones, su captor trepó hasta el andén y se dio la vuelta. Los remaches de sus botas rechinaron. Parecía que estuviese oteando los alrededores. Debía de haberse quitado la máscara de gas, porque la muchacha lo oyó murmurar con voz desdenosa:

—Ah, estás ahí. Cuánto tiempo ha pasado, ¿verdad?

El hombre respiró aliviado, y luego pateó... no, más bien pisoteó un bulto sin vida, una cosa pesada. ¿Tal vez un saco lleno?

¹⁵ La Línea 2 del metro de Moscú, discurre entre las estaciones Rechnoy Vokzal y Krasnogvardeyskaya.

Entonces, la certeza atravesó a Sasha como un rayo. Trató de ocultar el rostro entre sus sucios harapos y se puso a sollozar. Por fin sabía adónde la había llevado el gordo del traje aislante, y comprendió con quién estaba hablando.

La mera idea de dejar atrás a Hunter había sido absurda. El brigadier dio alcance a Homero con un par de saltos de animal de presa, lo agarró por el hombro y lo sacudió violentamente.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Vayamos sólo un poco más allá —farfulló el viejo—. Se me ha ocurrido algo. Existe un corredor que va directo hasta la Línea Samoskvoretskaya. Se encuentra antes de llegar a la Kashirskaya. Si vamos por ese corredor, saldremos al túnel sin necesidad de pasar por la estación. Así podremos evitarla y pasar directamente por la Kolomenskaya. No puede estar muy lejos. Por favor...

Homero aprovechó el momento de vacilación de Hunter para zafarse de éste, pero se enredó con los holgados pantalones del traje aislante y se cayó sobre la vía. Se puso en pie como pudo y siguió caminando tozudamente. Hunter lo agarró con la misma facilidad con que hubiera atrapado a una rata y lo obligó a darse la vuelta para que lo mirara de frente. Agachó el rostro hacia él hasta que los visores de sus máscaras quedaron a la misma altura. Aguardó unos segundos con la mirada fija en Homero y luego le soltó.

—Está bien... —rezongó.

A partir de entonces, el brigadier arrastró a Homero tras de sí sin detenerse ni un solo instante. A este último le latía la sangre en las sienes con tal fuerza que no alcanzaba a oír el contador Géiger. Sus rígidas piernas apenas lo obedecían. Parecía que los pulmones le fueran a estallar por el esfuerzo.

Poco faltó para que pasara por alto la angosta entrada del corredor, un manchón negro como la brea. Lograron meterse dentro y anduvieron largos minutos hasta que salieron a otro túnel. El brigadier echó una ojeada, se metió de nuevo en el corredor y riñó al viejo:

—Pero ¿dónde me has traído? ¿Habías estado aquí alguna vez?

A unos treinta metros a la izquierda, en la misma dirección que tenían que seguir, el túnel estaba obstruido en su totalidad por algo que recordaba vagamente a una telaraña.

Homero no tenía resuello para decir nada y se limitó a negar con la cabeza. Era la pura verdad: nunca había estado allí. Sí había oído historias sobre ese lugar, pero sería mejor no contárselas a Hunter.

El brigadier empuñó el rifle de asalto con la mano izquierda, sacó de la mochila una especie de machete de fabricación propia e hizo un corte en aquella gasa blanca y pegajosa. Los caparazones resacos de las cucarachas voladoras que se habían quedado adheridas vibraron y repiquetearon como campanillas oxidadas. Al instante, los bordes rotos de la telaraña empezaron a juntarse, como si cicatrizara.

El brigadier arrancó un trozo de telaraña medio transparente, metió la linterna por el agujero e iluminó el ramal. Necesitarían varias horas para abrirse paso: las pegajosas hebras se entretejían en varias capas. El rayo de luz no llegaba al otro lado.

Hunter echó una ojeada al contador Géiger, emitió un extraño sonido gutural y se lanzó, como loco, a desgarrar el tejido que colgaba entre las paredes. Las telarañas no cedían fácilmente y eso les robó más tiempo del que disponían. No lograron más que avanzar unos treinta metros en diez minutos y, para empeorarlo, la maraña se volvía cada vez más densa. Parecía que obturase el túnel como una bola de algodón.

Cuando por fin llegaron al pie de un pozo de ventilación lleno de hebras, con un feo esqueleto bicéfalo atrapado en la entrada, el brigadier arrojó su cuchillo al suelo.

Estaban presos en la telaraña exactamente igual que las cucarachas, y, aunque la criatura que había tejido la gigantesca red pudiera estar muerta, la radiación daría buena cuenta de ellos en poco tiempo.

Mientras Hunter buscaba una salida, Homero se acordó súbitamente de algo que le habían contado sobre aquel lugar. Apoyó una rodilla en el suelo, sacó un par de cartuchos de su cargador de reserva, los abrió con la navaja y recogió la pólvora en la mano.

Hunter lo comprendió al instante. Al cabo de poco se encontraban de nuevo al inicio del túnel de enlace. Habían preparado un montoncito de pólvora, basta y gris, sobre un poco de algodón, y le acercaron un mechero.

La pólvora siseó, se puso a humear y, de repente, sucedió lo impensable: la pequeña llama creció simultáneamente en todas las direcciones, subió por las paredes, llegó hasta el techo y, al fin, se extendió por la totalidad del túnel.

Devoró la telaraña con avidez y se propagó rápidamente hacia el fondo. Avanzó imparable cual tumultuoso anillo de fuego, iluminó las mugrientas juntas del túnel y sólo dejó, aquí y allá, puntas de hebra abrasadas en el techo. En el camino hacia la Kolomenskaya, el círculo de fuego se estrechó a ojos vista, y, lo mismo que un gigantesco émbolo, succionó todo el aire. Al fin, la llama desapareció tras un recodo y quedó fuera del alcance de sus ojos, aun cuando dejó tras de sí un trémulo rastro de color purpúreo.

A Homero le pareció oír en la lejanía, entremezclado con el constante fragor de la llama, un chillido inhumano, desesperado, y un ronco siseo. Pero el viejo había quedado tan hipnotizado con el espectáculo que no confiaba en sus propias percepciones.

Hunter se guardó el cuchillo en la mochila y sacó de ésta dos filtros nuevos, aún sellados, para la máscara de gas.

—Los había traído para el viaje de vuelta. —Se cambió el filtro y le dio a Homero el otro—. Pero ahora, después de este incendio, la radiación habrá alcanzado niveles semejantes a los de aquellos días.

El viejo asintió con la cabeza. La llama había esparcido el polvillo radiactivo que a lo largo de los años se había asentado sobre la telaraña y estaba incrustado en sus hebras. En el negro vacío del túnel debían de revolotear millones de moléculas venenosas. Un número incalculable de minúsculas minas flotaba en el vacío y les cerraba el camino. Y no había manera de esquivarlas.

Tendrían que pasar entre ellas.

—Si ahora te viera tu papaíto... —le reprochaba burlonamente el gordo.

Sasha estaba sentada frente al cadáver de su padre, tendido de bruces sobre su propia sangre.

El raptor le había bajado el mono hasta el pecho. Debajo de este llevaba una camiseta con un dibujo medio borrado de un animalito sonriente y alegre. Cada vez que levantaba los ojos, su raptor la enfocaba con la linterna, para que la muchacha no le viera el rostro. Le había quitado la mordaza, pero Sasha no tenía ninguna intención de suplicar.

—No te pareces en nada a tu madre. Qué lástima, yo tenía la esperanza de que sí... —Sus piernas de elefante, embutidas en botas de goma altas y manchadas de color rojo oscuro, empezaron a dar una nueva vuelta en torno a la columna en la que Sasha estaba recostada. Su voz se oyó desde el otro lado—: Tu papaíto debía de pensar que esto ya estaba olvidado. Pero algunos crímenes no prescriben... por ejemplo, la calumnia. La traición. —El contorno borroso de su cuerpo emergió de la oscuridad por el otro lado de la columna. Se detuvo frente al cadáver del padre de Sasha, lo pisoteó y le arrojó un grueso escupitajo—. Qué pena que el viejo haya estirado la pata sin que yo pudiera contribuir. —El gordo recorrió con su linterna la estación tenebrosa y gélida, en la que yacían, esparcidos por aquí y por allá, montones de inútil botín. Se detuvo ante un cuadro de bicicleta, sin las ruedas—. Qué lugar más cómodo para vivir. Creo que tu papaíto se habría ahorcado hace mucho tiempo si tú no hubieras estado con él.

Mientras el gordo paseaba la luz de la linterna por la estación, Sasha trató de escapar arrastrándose por el suelo, pero al cabo de un segundo la linterna la alumbró.

—Y lo entiendo. —El raptor sólo tuvo que dar un paso para ponerse a su lado—. Tenía a mano a una chica guapa. Pero, lo que te decía, lástima que la niña no se pareciera a su madre. Seguramente eso le sabía mal. ¡Ah!, pero qué más da. —Le arreó con la punta de la bota en las costillas, para obligarla a darse la vuelta—. De todos modos, he tenido que atravesar la red de metro entera para llegar hasta aquí.

Sasha se estremeció, y empezó a mover la cabeza de un lado para otro.

—¿Lo ves, Petya? Qué fácil es predecir el futuro. —Se había vuelto de nuevo hacia el padre de Sasha—. En otro tiempo llevabas a los otros pretendientes de tu mujer ante el tribunal. ¡Y muchas gracias por el destierro de por vida en lugar de la ejecución! Ah, la vida es larga de verdad, y las circunstancias cambian. Y no siempre como querría uno. He vuelto, aunque me haya costado diez años más de los que imaginaba.

—Nunca vuelve uno a ningún sitio por casualidad —susurró Sasha. Las palabras de su padre.

—Ciertamente —le respondió el gordo, burlón—. Eh, ¿quién anda ahí?

Al otro extremo del andén sonó un crujido, y algo pesado cayó al suelo. Se oyó una especie de siseo, y un sonido como el de las patas de un animal grande que se moviera con sigilo. El silencio que se hizo luego era engañoso y frágil, y tanto Sasha como su captor se percataron de que alguna criatura había salido del túnel.

El gordo quitó ruidosamente el seguro del arma, se apostó al lado de la muchacha con una rodilla en el suelo, apoyó la culata en el hombro y proyectó una trémula mancha de luz entre las columnas. El túnel meridional llevaba décadas vacío, y que algo se moviera en él era tan extraño como que las estatuas de una de las estaciones centrales cobraran vida.

Una sombra borrosa apareció por breves instantes en el camino de la mancha de luz. Desde luego, ni su figura ni su agilidad eran los propios de un ser humano. Pero, cuando el rayo de luz retrocedió sobre el trecho recorrido, la enigmática criatura había desaparecido sin dejar rastro. El círculo de luz empezó a moverse de un lado para otro, arrastrado por el pánico, y durante breves segundos volvió a encontrarla, a sólo veinte pasos de ellos dos.

—¿Un oso? —susurró el gordo sin creérselo, y apretó el gatillo.

Las balas volaron hacia las columnas, se incrustaron en las paredes, pero el animal se había esfumado y ninguno de los disparos alcanzó su objetivo. De pronto, el gordo abandonó su absurdo tiroteo, dejó caer al suelo el Kalashnikov y se apretó el vientre con ambas manos. La linterna rodó a un lado. La luz siguió brillando desde el suelo e iluminó la encorvada mole de su cuerpo.

Un hombre se acercaba a ellos sin prisa alguna, a la media luz, con andares sorprendentemente suaves, casi inaudibles, a pesar de que calzaba botas muy pesadas. El traje aislante era demasiado holgado, incluso para su enorme corpulencia. Desde lejos, en efecto, habría sido posible confundirlo con un oso.

No llevaba máscara de gas. Su cabeza rapada y llena de cicatrices guardaba cierta semejanza con un desierto agostado. Una parte de su rostro tenía rasgos de hombre valeroso, aunque rudo y severo. Se le habría podido calificar de hermoso. Pero la rigidez cadavérica de sus facciones hizo estremecerse a Sasha en cuanto lo vio. En cualquier caso, la otra mitad de su cara era simplemente monstruosa: una compleja maraña de cicatrices la transformaba en una máscara de perfecta fealdad. Pero su aspecto habría resultado más repulsivo que temible de no ser por sus ojos. Una mirada que se volvía incesantemente hacia todos los lados, una mirada de hombre medio enloquecido, era lo único que insuflaba vida a su rostro inmóvil. Una vida sin alma.

El gordo trató de ponerse en pie, pero se desplomó una vez más y chilló de dolor. El gigante se agachó a su lado, le apoyó contra la nuca una pistola con silenciador y apretó el gatillo. El chillido se interrumpió, pero su eco resonó por unos instantes en la bóveda, cual criatura perdida a la que le hubieran arrebatado el cuerpo.

El disparo le había reventado el mentón. Sasha contempló el rostro de su captor: un agujero rojo y viscoso. La muchacha apartó la cabeza y sollozó en silencio. El terrible personaje volvió hacia ella el cañón del arma, poco a poco, como sumido en sus propios pensamientos.

Entonces miró en torno de sí y cambió de opinión. Volvió a meter el arma en la pistolera que le colgaba del hombro y se apartó, como si hubiera querido distanciarse de su acción. Abrió una cantimplora y se la llevó a los labios.

A continuación apareció en el pequeño escenario un nuevo personaje, iluminado por la luz cada vez más débil de la linterna del gordo: un viejo. Respiraba pesadamente y se apretaba las costillas con la mano. Vestía un traje aislante idéntico al del asesino, pero, a diferencia de éste, se movía con suma torpeza. Tan pronto como hubo dado alcance a su compañero, se dejó caer en el suelo, exhausto. No se había dado cuenta de que todo estaba lleno de sangre. Hubo que esperar a que recuperase aliento y abriera los ojos para que viera los dos cadáveres. Y, entre ambos, a la muchacha silenciosa y aterrada.

El corazón del viejo acababa de apaciguarse. Pero se puso a latir de nuevo con fuerza. Aun antes de encontrar las palabras para expresarlo, Homero lo supo: la había encontrado. Después de todos sus vanos intentos por lograr que la heroína de su novela se le apareciera una noche ante su ojo espiritual, por inventarse sus labios y sus manos, su vestido, su olor, sus movimientos y pensamientos, había hallado, de pronto a una persona de carne y hueso que se correspondía a la perfección con sus ideas.

Pero, no, en realidad se la había imaginado de otra manera: más elegante, mejor proporcionada... y, probablemente, con más edad. Aquella muchacha tenía demasiados ángulos y aristas, y Homero no veía en sus ojos dos lánguidas y cálidas flores, sino dos trozos de hielo compacto. Pero sabía muy bien que era él quien se había equivocado. No había sido capaz de adivinar cómo sería la joven.

Su mirada de criatura acorralada, sus rasgos preñados de angustia, sus manos encadenadas... todo ello lo fascinaba. Sin duda, Homero sabía contar bien una historia, pero sus habilidades no alcanzaban a escribir una tragedia como la que debía de haber vivido aquella joven. La indefensión de la muchacha, su impotencia, su milagrosa salvación, y la manera en que su destino se había entrelazado con la historia de Hunter y la del propio Homero... todo eso sólo podía significar que el viejo había emprendido el camino adecuado.

Creyó en lo que ella le diría antes de que le hubiese dicho una sola palabra. Porque la muchacha, aparte de los cabellos rubios mal cortados y revueltos, las orejas puntiagudas, las mejillas tiznadas, los hombros frágiles, desnudos, sorprendentemente blancos, y el labio inferior destrozado por sus propios mordiscos, tenía una belleza peculiar. Se ganó la curiosidad y la compasión del viejo, así como su espontánea y cariñosa simpatía.

Homero se le acercó y se agachó a su lado. La muchacha se encogió y cerró los ojos. «Una niña asilvestrada», pensó el hombre. Como no se le ocurrió nada que le pudiera decir, se contentó con darle unas suaves palmadas en el hombro.

—Tenemos que seguir adelante —masculló Hunter.

—¿Y qué pasará con...? —Homero señaló a la muchacha con una mirada interrogadora.

—Nada. A nosotros no nos interesa para nada.

—¡No podemos dejarla sola aquí!

—Pues entonces le pegaremos un tiro —fue la áspera respuesta del brigadier.

—No quiero ir con vosotros —dijo la muchacha con voz sorprendentemente clara—. Me bastará con que me quitéis las esposas. Seguramente las llaves las tiene él. —Señaló al cadáver que yacía de bruces sobre el suelo.

Hunter registró rápidamente al difunto y le sacó de un bolsillo interior un manojo de llaves. Se las arrojó a la muchacha, se volvió hacia Homero y le preguntó:

—¿Estás satisfecho?

El viejo trató de ganar tiempo.

—¿Qué te ha hecho ese cerdo? —le preguntó a la pequeña.

—Nada —respondió ella, a la vez que, con gran esfuerzo, hacía girar la llave dentro del cerrojo—. No tuvo tiempo para hacer nada. No era un monstruo. Era un ser humano normal y corriente. Cruel, imbécil y rencoroso. Igual que todos los demás.

—No todos —le objetó el viejo, pero su voz no delataba una gran convicción.

—Sí, todos —repitió la muchacha. Hizo una mueca de dolor, pero logró sostenerse sobre sus pies hinchados—. Qué más da. No siempre es fácil seguir siendo humano.

¡Con qué rapidez se había despojado de su miedo! No tenía ya los ojos vueltos hacia el suelo, sino que arrojaba a los dos hombres una mirada severa y desafiante. Se agachó sobre uno de los cadáveres, lo volvió hacia arriba con gran delicadeza, le puso bien los brazos, y besó la frente del muerto. Luego se volvió hacia Hunter y parpadeó. Se le contrajo una de las comisuras de los labios.

—Gracias.

No tomó ningún arma, ni nada. Bajó a la vía y se marchó, cojeando ligeramente, hacia el túnel.

El brigadier la miró con ojos sombríos. Se acariciaba el cinturón, sin acabar de decidirse entre el cuchillo y la cantimplora. Al fin, eligió entre las dos opciones, se enderezó y le gritó:

—¡Espera!

MÁSCARAS

La jaula estaba en el mismo lugar donde el gordo había dejado a Sasha. La puertecilla estaba abierta, la rata se había marchado... «Ya está bien así», pensó la muchacha. Las ratas también tienen derecho a la libertad.

No había manera de evitarlo: Sasha tendría que ponerse la máscara de gas de su raptor. Creyó sentir todavía un resto de su pútrido aliento, pero de todas maneras podía dar gracias de que el gordo no la hubiera llevado puesta en el momento de recibir el disparo.

De pronto, a la mitad del puente, los niveles de radiactividad volvieron a subir.

Era como un milagro que la joven pudiera moverse con aquel gigantesco traje aislante. La muchacha temblaba como una larva de cucaracha dentro del capullo. La máscara se había dilatado sobre la gruesa cara del gordo, pero encajaba bien en su rostro. Sasha espiraba con todas sus fuerzas para expulsar por los filtros y conducciones el aire previsto para el muerto. Pero, cuando miraba por los cristales redondos y empañados de los visores, la asaltaba la sensación de hallarse atrapada dentro de un cuerpo ajeno. Hacía tan sólo una hora que aquel horrendo demonio se había metido en ese mismo traje. Y si quería pasar el puente tendría que meterse dentro de él y contemplar el mundo con sus ojos.

Con sus ojos, y con los de los hombres que los habían desterrado a ella y a su padre a la Kolomenskaya, que les habían dejado vivir tantos años sólo porque su codicia había sido más fuerte que su odio. Para perderse entre la masa de humanos, ¿tendría que seguir llevando esa máscara de goma negra? ¿Debería hacerse pasar por otra persona? ¿Por una persona sin rostro ni sentimientos? ¡Si eso la ayudara, por lo menos, a transformarse por dentro! ¡A olvidarse de todo lo que había sufrido, y a creer con firmeza que podría volver a empezar desde el principio!

Sasha sentía el deseo de que los dos hombres no la hubieran recogido por casualidad, sino que hubieran ido hasta allí tan sólo por ella. Pero sabía muy bien que no era así. No comprendía por qué se la habían llevado: si por placer, por piedad, o para demostrarse algo el uno al otro. En las pocas palabras que le había dicho el viejo alentaba cierta compasión, pero éste tenía siempre en cuenta a su compañero en todo lo que hacía, hablaba poco, y parecía preocupado por no aparentar excesiva humanidad.

El otro, por su parte, la había autorizado a acompañarlos hasta la siguiente estación habitada, pero luego no se había dignado a mirarla ni una sola vez. Sasha se había quedado atrás a propósito para, al menos, poder contemplarlo desde atrás sin que se diera cuenta. Pero el hombre debió de advertirlo, porque al instante se crispó y movió la cabeza. Con todo, no se volvió, quizá porque la curiosidad de la joven lo complacía o, quizá, para no demostrarle ningún tipo de atención.

La poderosa constitución del calvo y su comportamiento animal, los mismos que habían dado ocasión a que el gordo lo confundiera con un oso, lo marcaban como un guerrero solitario. Pero esa imagen no se debía tan sólo a la fuerza física. Emanaba de él un vigor que habría sido el mismo aun cuando se hubiera tratado de un sujeto pequeño y flaco. Era uno de esos hombres que se hacen obedecer, y que habría matado sin vacilaciones a todo el que osara oponerse a sus dictados.

Y mucho antes de que hubiese logrado controlar el temor que le inspiraba, mucho antes, incluso, de que tuviera claras sus respectivas posiciones, Sasha oyó una voz interior que aún no conocía, la voz de la mujer que moraba dentro de ella, y que le decía que iba a seguir a aquel hombre.

La dresina avanzaba con sorprendente velocidad. Homero no halló casi ninguna resistencia en la barra, porque era el brigadier quien hacía todo el trabajo. El viejo subía y bajaba los brazos al ritmo del otro, pero no tenía que hacer casi ningún esfuerzo.

El achaparrado puente reposaba sobre un gran número de pilastras. Vadeaba aguas viscosas y oscuras. El recubrimiento de hormigón se había desprendido del esqueleto de hierro por varios puntos, y las pilastras se habían torcido de tal manera que una de las dos vías se había roto y venido abajo.

Era un puente meramente funcional, un modelo estándar, de vida breve, como todas las construcciones nuevas de aquella zona y todos los suburbios de la capital que en otro tiempo se habían diseñado sobre el papel. No tenía ningún elemento, absolutamente ninguno, que se hubiera concebido con finalidades estéticas. Y, sin embargo, Homero miraba en todas direcciones con entusiasmo, y se acordaba de los mágicos puentes levadizos de San Petersburgo, y del elegante Puente de Crimea ¹⁶ y sus cadenas de hierro colado.

Durante sus más de veinte años de vida dentro del metro, Homero había salido a la superficie sólo tres veces. En cada ocasión había tratado de ver todo lo que le permitiera su breve recorrido. Para avivar el recuerdo, para fijar en la ciudad, cual sendas lentes, sus ojos cada vez más débiles, y tirar del gatillo, ya oxidado, de su memoria visual. Para recoger, en la medida de lo posible, impresiones que pudiera legar al futuro. Tal vez no tuviera nunca más la oportunidad de ascender a lugares tan bellos como la Kolomenskaya, la Rechnoy Vokzal y la Tyoply Stan: tres estaciones periféricas que él mismo, igual que muchos otros moscovitas, había menospreciado antaño.

Moscú envejecía a ojos vista un año tras otro, se desmoronaba, se pudría. Homero sentía la necesidad de tocar los puentes que poco a poco se venían abajo, igual que la joven se había sentido obligada a acariciar por última vez al otro cadáver. Los puentes, los saledizos grises de los edificios de las fábricas, las colmenas abandonadas que habían sido edificios de apartamentos. Disfrutar de su visión. Tocarlos, para sentir que existían de verdad, que no fueron un sueño. Y para despedirse de ellos... por si acaso.

No se veía bien. La luz plateada de la luna no lograba atravesar la gruesa capa de nubes. El viejo, más que contemplar lo que tenía en derredor, lo adivinaba. Pero le daba igual: estaba acostumbrado a suplantar la realidad con la imaginación.

Y, con todo, Homero tenía los pensamientos puestos tan sólo en lo que en ese momento se encontraba ante sus ojos. Olvidadas quedaban las leyendas que se había propuesto crear. Había olvidado también el misterioso diario que durante las últimas horas había mantenido ocupada a su fantasía. Se sentía como un niño en una excursión escolar: sorbía las imágenes que le brindaban las siluetas desdibujadas de los edificios, volvía la cabeza de un lado para otro sin cesar y hablaba consigo mismo en voz alta.

Los otros dos gozaron mucho menos del viaje. El brigadier miraba al frente. Sólo de vez en cuando se detenía para mirar hacia abajo, cuando se oía algún ruido. Por lo demás, estaba pendiente del punto lejano, invisible para los otros dos, en el que las vías se enterraban de nuevo en el subsuelo.

La muchacha estaba sentada detrás de él y se sujetaba con ambas manos la máscara robada. Era evidente que allí arriba no se sentía muy bien. En el túnel, Homero había llegado a verla grande pero, tan pronto como salieron, se volvió pequeña, como si se hubiera acurrucado dentro de una invisible concha de caracol. Ni siquiera el holgado traje aislante que le habían quitado al cadáver le prestaba mayor volumen. No parecía que le interesaran las fascinantes figuras que alcanzaban a ver desde el puente. Apenas si hacía nada más que mirar al suelo.

Dejaron atrás las ruinas de la estación Tekhnopark. La habían terminado a toda prisa poco antes de la guerra, y su lamentable estado no se debía tanto a los bombardeos como a los estragos del tiempo. Entonces, por fin, llegaron al túnel.

En contraste con la pálida oscuridad de la noche, la entrada del túnel parecía cubierta por la más absoluta negrura. Homero se imaginó que su traje aislante era una

¹⁶ Krymsky Most. «Puente de Crimea», de 671 metros de longitud. Es el único puente colgante de Moscú, se alza sobre el río Moskva.

armadura de verdad, y que él mismo venía a ser un caballero de la Edad Media, a la entrada de una cueva de dragón envuelta en leyendas.

Los sonidos nocturnos de la ciudad se quedaron en el umbral, en el mismo lugar donde Hunter les hizo bajar de la dresina. Lo único que se oyó entonces fueron las cautelosas pisadas de los tres, así como sus lacónicas palabras y los ecos de éstas en los segmentos del túnel. Los ecos eran extraños allí. Homero percibió con nitidez que se trataba de un espacio cerrado. Como si hubieran avanzado por el cuello de una botella hasta llegar a su interior.

—Esto está cerrado.

Parecía que Hunter quisiera confirmar sus temores. La luz de su linterna fue la primera en encontrar el obstáculo: se alzaba ante ellos una puerta hermética, cual impenetrable pared. En el lugar donde la puerta tocaba a las vías, éstas tenían cierto brillo. Por las gigantescas bisagras brotaban grumos parduscos de grasa. Había por allí un montón de viejos tablones, ramas secas y leña carbonizada, como si alguien hubiese encendido una hoguera poco antes. Indudablemente, la puerta estaba en uso, pero se accionaba desde dentro. No se veían trazas de ningún timbre, ni de otro medio para llamar.

El brigadier se volvió hacia la muchacha:

—¿Esto está siempre así?

—A veces alguno de ellos sale y se dirige a la otra orilla, donde estábamos nosotros. Para comerciar. Yo pensaba que hoy... —Parecía que quisiera justificarse. ¿Era posible que hubiera sabido que no podrían entrar por allí y que se lo hubiera ocultado a los dos hombres?

Hunter golpeó la puerta con el puño del machete, como si hubiera querido hacer sonar un gigantesco gong de metal. Pero el acero era demasiado grueso, y en vez de un sonido fuerte y estentóreo se oyó un apagado eco. Difícilmente los oirían desde el otro lado, si es que había alguien con vida.

No hubo respuesta. El milagro no se produjo.

Sasha, contra toda esperanza racional, había confiado en que los dos hombres sabrían abrir la puerta. No los había advertido de que el acceso estaba cerrado, por miedo a que se marchasen por otro camino y la abandonaran.

Pero no les aguardaba nadie, y era imposible descerrajar la puerta. El calvo buscó puntos débiles y cerrojos ocultos, pero Sasha sabía que no existía ningún mecanismo que la abriera desde aquel lado. La puerta se abría tan sólo desde dentro.

—Vosotros dos os quedaréis aquí —les dijo torvamente Hunter—. Yo iré a mirar si el túnel de al lado está cerrado, y si hay conductos de ventilación. —Calló por unos breves instantes, y añadió—: Volveré.

Y acto seguido se marchó.

El viejo recogió ramas y tablones, y logró encender una patética hoguera. Luego se sentó sobre las traviesas de la vía y se puso a buscar algo dentro de la mochila. Sasha se sentó a su lado y lo miró por el rabillo del ojo. Homero daba un raro espectáculo, quizá para la muchacha, pero quizá también para sí mismo.

Sacó de la mochila un bloc de notas estropeado y lleno de manchas. Entonces miró a Sasha con desconfianza, se apartó de ella y encorvó el cuerpo sobre las páginas del bloc. A continuación, se levantó con sorprendente agilidad y se cercioró de que el calvo no se hubiera quedado en las cercanías. Dio un total de diez pasos, muy lentos, hasta la salida del túnel, y no se quedó satisfecho hasta que se hubo asegurado de que allí no había nadie. Se recostó contra la puerta, interpuso la mochila entre Sasha y él, y se abstrajo en la lectura.

Leía intranquilo. Murmuraba para sí palabras incomprensibles. Se quitó los guantes, agarró la cantimplora y vertió unas gotas de agua sobre el cuadernillo. Luego siguió leyendo. Al poco empezó a secarse el sudor de las manos con las perneras del pantalón, a golpearse la frente, a tocarse, por el motivo que fuera, la máscara de gas. Y siguió leyendo con afán. Sasha se contagió de su agitación, se olvidó de sus propios

pensamientos y se acercó a Homero. El viejo estaba demasiado concentrado para darse cuenta.

Los visores de la máscara de gas no ocultaban el fulgor enfebrecido que brillaba en sus ojos de color verde claro. La luz de la hoguera se reflejaba en ellos. De vez en cuando, se ponía en pie, con visible esfuerzo, como para tomar aire. Abandonaba la lectura, contemplaba angustiado el círculo de cielo que se divisaba al final del túnel. Pero todo seguía igual: la cabeza rapada había desaparecido de verdad. Y entonces, el bloc de notas absorbía de nuevo toda su atención.

Al fin, la muchacha comprendió por qué Homero había rociado el papel con agua: trataba de separar las páginas que se habían quedado pegadas. Se notaba que no lo conseguía del todo, y hubo un momento en el que gritó como si se hubiera hecho un corte: una de las páginas se había rasgado. Echó pestes, se insultó a sí mismo... y sólo entonces se dio cuenta de que la muchacha lo miraba con suma atención. Avergonzado, volvió a ponerse bien la máscara de gas, pero no le dijo ni una sola palabra a la joven hasta que hubo terminado de leer.

Luego se acercó a la hoguera y arrojó el bloc de notas al fuego. No miró a Sasha, y ella lo entendió: no habría tenido ningún sentido hacerle preguntas. El viejo le habría mentado, o simplemente no le habría contestado. Había otras cosas que preocupaban mucho más a la joven. De acuerdo con sus cálculos, haría una hora que el calvo se había ido. ¿Y si los consideraba un lastre inútil y los había abandonado? Sasha se sentó junto al viejo y le susurró:

—El otro túnel también está cerrado. Y todos los conductos de ventilación que se encuentran en los alrededores están tapiados. La única entrada es ésta.

El hombre la contempló distraídamente. Se notaba que tenía que hacer un esfuerzo para concentrarse en lo que la joven le había dicho.

—Encontrará un camino. Lo descubrirá con su olfato. —Calló durante un minuto, y luego le preguntó, más que nada por cortesía—: ¿Cómo te llamas?

—Alexandra —le respondió ella, muy seria—. ¿Y tú?

—Nikolay... —empezó a decir el viejo, y alargó la mano hacia ella, pero luego la apartó bruscamente sin haber llegado a tocarla. Parecía que se lo hubiera pensado por segunda vez—. Homero. Me llamo Homero.

—Homero. Qué apodo más raro —le respondió Sasha, pensativa.

—Es así como me llamo —insistió Homero.

La muchacha se preguntaba si debía explicarles que, mientras estuvieran con ella, encontrarían todas las puertas cerradas. Si los dos hombres hubieran estado solos, quizás habrían encontrado la puerta abierta.

La Kolomenskaya no permitiría que Sasha se marchara. La castigaba por lo que había hecho su padre. La joven había tratado de huir, pero la cadena se había tensado hasta el límite, y no le sería posible romperla. La estación la había obligado a regresar en una ocasión, y sin duda lo haría por segunda vez.

La joven trataba de sacudirse estos pensamientos e imágenes, como si fueran sanguijuelas. Pero siempre volvían, la acorralaban una y otra vez, se le metían por los oídos y por los ojos.

El viejo le hizo otra pregunta a Sasha, pero ella no le respondió. Un velo de lágrimas le había cubierto los ojos, y una vez más oyó la voz de su padre que le decía: «No hay nada tan valioso como la vida humana».

Sólo en ese momento empezó a comprender lo que había querido decirle.

Para Homero, los sucesos de la Tuskaya habían dejado de ser un misterio. La explicación era más sencilla, y más terrible de lo que había pensado el viejo. Y, tras descifrar las anotaciones del bloc de notas, empezaba una historia todavía mucho peor. Homero había descubierto que el diario era una señal del desastre. Lo encaminaba hacia un viaje sin retorno. Por haberlo sostenido entre las manos, no podría librarse ya de él. Daba igual cuántas veces se propusiera quemarlo.

Por otra parte, nuevos indicios, indicios de mucho peso, innegables, habían avivado su desconfianza respecto a Hunter, aun cuando Homero no tuviese la más mínima idea de cómo descifrarlos. Lo que había leído en el diario se contradecía de plano con las afirmaciones del brigadier. Hunter había mentido, y con total deliberación. Homero tenía que descubrir qué pretendía con esas mentiras, si es que de verdad tenían algún sentido. De ello dependía que siguiera con Hunter, y que su aventura terminara en epopeya, o en un baño de sangre del que no podría sobrevivir ningún testigo.

Las primeras anotaciones del diario databan del día en el que la caravana había pasado sin incidentes por la Nagornaya y se había acercado a la Tulskeya sin hallar oposición alguna.

Pronto llegaremos a la Tulskeya. Los túneles están tranquilos y vacíos —había escrito el operador de comunicaciones—. Vamos rápidos. Es una buena señal. El comandante calcula que como muy tarde habremos regresado mañana. Unas horas más tarde había escrito, con evidente preocupación: *La Tulskeya no está vigilada. Hemos mandado a un explorador. Ha desaparecido. El comandante ha decidido que vayamos en bloque a la estación. Hemos hecho preparativos para un asalto.* Luego, más tarde: *Cuesta entender lo que ocurre ahí... hemos hablado con gentes del lugar. Esto está muy mal. Parece que por culpa de una enfermedad.* Más adelante, una explicación más clara: *Algunos miembros de la estación se han muerto no se sabe por qué... una enfermedad desconocida...* Quedaba claro que, por lo menos al principio, los viajeros que iban con la caravana habían tratado de ayudar a los enfermos: *El ayudante médico no sabe cómo tratarlo. Dice que es una enfermedad parecida a la rabia... dolores tremendos, las personas enloquecen y atacan a los demás.* Y, a continuación: *Tan pronto como la enfermedad los debilita, se vuelven más o menos inofensivos. Pero lo terrible es que...* Las páginas siguientes estaban pegadas y Homero tuvo que humedecerlas para poder separarlas. *Miedo a la luz. Náuseas. Sangre en la boca. Tos. Luego se hinchan y se transforman en...* La palabra estaba cuidadosamente tachada. *No está nada claro cómo se contagia. ¿Por el aire? ¿Por contacto?* Esta anotación era del día siguiente. El retorno del grupo se había demorado.

«¿Por qué no informaron?», se preguntaba Homero. De repente se le ocurrió que había leído la respuesta en otra parte. Pasó algunas páginas hacia atrás... *Ningún contacto. El teléfono está mudo. Probablemente sabotaje. ¿Alguno de los desterrados, por venganza? Habían descubierto la plaga antes de nuestra llegada. Al principio obligaron a los enfermos a marcharse por los túneles. ¿Puede ser que uno de ellos nos haya cortado el cable?*

Al llegar a aquel renglón, Homero apartó los ojos de las anotaciones y miró al vacío y las tinieblas, sin ver nada. «Supongamos que alguien les había cortado el cable. Entonces, ¿por qué no regresaron a la Sevastopolskaya?»

Aún peor. Tarda una semana en declararse. ¿Y si pudiera tardar aún más...? Pueden pasar una o dos semanas más hasta que llega la muerte. Nadie sabe quién está enfermo y quién sano. No existe ningún medicamento. Esta enfermedad es la muerte sin remedio. Al día siguiente, el operador de comunicaciones había hecho una nueva anotación, que Homero ya conocía: *En la Tulskeya reina el caos. No se puede pasar hacia el interior, la Hansa no deja pasar a nadie. Tampoco podremos regresar.* Dos páginas más adelante proseguía: *«Los sanos matan a tiros a los enfermos, sobre todo a los agresivos. Están encerrando a todos los infectados... ellos se resisten, quieren salir.* Y luego lo más espantoso: *Se descuartizan entre sí...*

El operador de comunicaciones también había tenido miedo, pero la estricta disciplina de grupo había impedido que se dejara llevar por el pánico. Aun en medio de una mortífera epidemia, la brigada de la Sevastopolskaya se mantenía firme.

Tienen la situación bajo control. Han sellado la estación y la han puesto bajo la autoridad de un comandante —leyó Homero—. Por ahora estamos todos bien, pero aún ha pasado muy poco tiempo.»

El destacamento de exploración enviado por la Sevastopolskaya había llegado a la Tulsкая, pero, por supuesto, no habían podido salir de allí.

Se nos ha ordenado que permanezcamos aquí hasta que termine el período de incubación, para que no haya ningún peligro de... o para siempre. —Ésta era la siniestra anotación del operador de comunicaciones—. La situación es desesperada. No tenemos posibilidades de recibir ayuda. Si se la pedimos a la Sevastopolskaya, condenaremos a nuestra propia gente. Tan sólo podemos aguantar aquí... ¿durante cuánto tiempo?

Así pues, la misteriosa guarnición que defendía la puerta hermética de la Tulsкая estaba constituida por soldados de la propia Sevastopolskaya. No era extraño que las voces le hubieran resultado familiares a Homero. ¡Eran de personas con las que unas semanas antes había estado exterminando monstruos en el túnel de la Chertanovskaya! Habían renunciado voluntariamente a regresar para que la peste no llegara a su estación...

Sobre todo se transmite de una persona a otra, pero está claro que también por el aire. Parece que algunos sean inmunes. Empezó hará unas semanas, y sin embargo hay muchos que no han enfermado... pero de todos modos son cada vez más. Estamos vivos en medio de un cementerio. ¿Quién será el próximo en irse al otro barrio? En aquel punto, la apresurada caligrafía se transformaba en un chillido histérico. Pero, con todo, el operador de comunicaciones había logrado tranquilizarse y había seguido escribiendo con letra legible: Tenemos que hacer algo. Advertir a los demás. Me voy a presentar voluntario. No iré hasta la Sevastopolskaya, sino que buscaré el lugar donde el cable ha quedado dañado. Tenemos que hablar con ellos como sea.

Pasó otro día, en el que, aparentemente, el autor se había peleado con el comandante de la caravana y había discutido con sus compañeros. Un día en el que su desesperación se había vuelto aún más aguda. Después de tranquilizarse, el operador de comunicaciones había escrito en su diario lo mismo que había tratado de hacer comprender a sus compañeros: *¡No lo entienden! El bloqueo ha durado ya una semana entera. La Sevastopolskaya enviará una nueva troika¹⁷, y ésta tampoco podrá regresar. Entonces se movilizarán y lanzarán un gran asalto. Pero todos los que entren en la Tulsкая se encontrarán al instante en una zona de riesgo. Seguro que alguien se contagiará y volverá a casa. Y eso será el final. ¡Tenemos que impedir que tomen por asalto esta estación! ¿Por qué no lo comprenden...?*

Un nuevo intento de convencer a los dirigentes de la estación tuvo el mismo resultado que todos los anteriores:

No me dejan marchar. Se han vuelto locos. ¿Quién lo hará, si no yo? Tengo que huir.

He fingido que estoy de acuerdo en seguir esperando aquí—escribía un día más tarde—. Y luego he conseguido que me pusieran de centinela en la puerta. En un determinado momento he dicho que quería buscar el sitio donde el cable se había estropeado, y he echado a correr. Me han disparado en la espalda. Todavía llevo la bala. —Homero pasó página—. No lo hago por mí. Lo hago por Natasha y por Seryoshka. Había llegado a pensar que no podría escapar de allí. Pero ellos tienen que vivir. Para que Seryoshka. .. En ese punto, la pluma se escurría de la mano debilitada de su autor. Podía ser que hubiera añadido estas últimas palabras más tarde, porque no le quedaba otro sitio, o porque no le importaba ya dónde escribiera. Luego volvía a la sucesión cronológica: ¡En la Nagornaya me han dejado pasar, muchas gracias! Ya no tengo fuerzas. Camino y camino. No me quedan fuerzas. ¿Cuánto rato he dormido? No lo sé. ¿Sangre en los pulmones? ¿Por la bala? ¿O es que estoy enfermo? Yo La última letra se prolongaba en una línea recta, como el encefalograma plano de un moribundo. Pero luego había logrado recobrase y había terminado la frase: ...no encuentro la avería.

Las palabras siguientes, entremezcladas con coágulos de sangre pegados al papel, perdían progresivamente coherencia.

La Nakhimovsky. Estoy aquí. Sé dónde está el teléfono. Voy a avisarlos. ¡De ningún modo! Salvarlos... estoy sin... he contactado. ¿Lo habrán oído? Esto se acaba pronto. Qué raro. Estoy cansado. No me quedan cartuchos. Quiero dormir antes de que estos... están allí esperando. Aún estoy vivo... ¡largaos!

¹⁷ Expresión rusa que designa a cualquier grupo de tres.

Al final del bloc, con escritura solemne y firme, repetía la advertencia de no lanzar un asalto contra la Tulskaia y había añadido su nombre, el soldado que había sacrificado su propia vida en un intento de impedir ese asalto.

Pero Homero lo tenía claro: lo último que el operador de comunicaciones había escrito antes de que su señal quedara muda para siempre era esta frase: *Aún estoy vivo... ilargaos!*

Un pesado silencio envolvía a las dos personas acurrucadas junto a la hoguera. Homero había dejado de esforzarse por hacer hablar a la muchacha. Sin decir palabra, revolvía con un palo las cenizas donde el húmedo bloc de notas se abrasaba como un hereje, y aguardaba a que la tormenta que arreciaba en su pecho amainara.

El destino se burlaba de él. ¡Cuánto había deseado resolver el misterio de la Tulskaia! ¡Qué orgullo había sentido al descubrir el diario, cuán grandes habían sido sus esperanzas de desenmarañar por sí mismo las hebras que se entrelazaban en aquella historia! ¿Y? Cuando por fin conocía todas las respuestas, se maldijo a sí mismo por su curiosidad.

Sí, desde luego, en el momento de coger el diario en la Nakhimovsky llevaba la máscara puesta, y hasta el momento no se había quitado el traje protector. ¡Pero nadie sabía cuál era el medio por el que se difundía la enfermedad!

¡Qué idiota había tenido que ser para convencerse de que no le quedaba mucho tiempo! Sí, ciertamente, ésa era la idea que le había dado ímpetu, la que le había ayudado a sobreponerse a la desidia y al miedo. Pero quien decidía de verdad era la muerte, y ésta no aceptaba de buen grado que se jugara con ella. Y el diario le había revelado un plazo concreto: desde la infección hasta la muerte pasaban sólo unas semanas. ¡Aunque llegara a sobrevivir un mes entero: cuántas cosas tendría que resolver en treinta miserables días!

¿Qué haría? ¿Confesarles a sus compañeros que estaba enfermo y regresar a la Kolomenskaya para morir allí? De ese modo, si la plaga no lo mataba antes, el hambre y la radiación acabarían con él. Por otra parte, si de verdad se había contagiado de la terrible enfermedad, Hunter y la muchacha se habrían infectado también, porque habían respirado el mismo aire que él. Sobre todo el brigadier. Este, al fin y al cabo, había hablado con los centinelas de la Tulskaia, y para hacerlo había tenido que acercarse mucho.

¿O tendría que contentarse con la esperanza de que la enfermedad no lo alcanzara? ¿Tenía que callarse lo que sabía y esperar? No porque sí, desde luego, sino para poder reanudar el viaje en compañía de Hunter. Para que el torbellino de acontecimientos que lo arrastraba no lo soltara, y pudiera por fin dar forma a su inspiración.

Yasí, cuando Nikolay Ivanovich, el viejo e inútil habitante de la Sevastopolskaya, antiguo conductor del metro, gusano condenado a arrastrarse por la tierra por la fuerza de la gravedad, muriese por haber descubierto el diario maldito, Homero, el cronista y creador de mitos, resplandecería cual mariposa, de vida breve, pero magnífica. Quizá le había llegado por fin una tragedia digna de la pluma de un grande, y estaba en sus manos el que cobrara vida sobre el papel durante los treinta días de vida que le quedaban.

¿Tenía derecho a menospreciar aquella oportunidad? ¿Tenía derecho a transformarse en eremita, a olvidar sus propias leyendas, a renunciar a la verdadera inmortalidad y arrebatársela así a todos sus congéneres? ¿Cuál era el mayor de los crímenes, cuál era la mayor estupidez: ondear la antorcha de la peste por media red de metro, o quemar los manuscritos y quemarse a sí mismo con ellos?

Homero, deseoso de gloria y cobarde como era, había tomado ya su decisión, y en aquellos momentos sólo trataba de justificarla. ¿De qué habría servido hacerse momificar vivo en la Kolomenskaya, como en una cripta, junto a los dos cadáveres? No había nacido para tales heroicidades. Si los soldados de la Sevastopolskaya se obcecaban

en ir a buscar una muerte segura en la Tulskeya, que fuese por elección propia. Ellos, al menos, no morirían solos.

Y además, ¿qué sentido tendría el sacrificio de Homero? No le valdría para frenar a Hunter. El viejo había cargado con la peste sin saber lo que hacía. Hunter, en cambio, lo sabía muy bien desde su visita a la Tulskeya. No era extraño que quisiera provocar el exterminio de todos los habitantes de la estación, incluidos los que habían ido hasta allí con la caravana de la Sevastopolskaya. Y tampoco era sorprendente que quisiera ir con lanzallamas.

Pero si los dos hombres se habían infectado, el contagio de la epidemia en la Sevastopolskaya era ya un hecho irreversible. En primer lugar, entre las personas a las que se habían acercado. Helena. El jefe de estación. El oficial al mando de los puestos exteriores. Los ordenanzas. La estación se quedaría sin dirigentes en unas tres semanas, se hundiría en el caos, y, al final, la plaga acabaría también con todos los demás.

Pero ¿cuál era el motivo por el que Hunter había regresado a la Sevastopolskaya si sabía que tal vez se habría contagiado también? Homero empezó a darse cuenta de que el brigadier no se habría guiado por su intuición, sino que había seguido un plan. Pero no había previsto la intervención del viejo... Entonces, ¿la Sevastopolskaya estaba condenada a desaparecer, y la expedición que habían emprendido carecía de todo sentido? Homero no habría podido volver a casa y morir junto a Helena aunque hubiese querido. El trecho que llevaba desde la Kakhovskaya hasta la Kashirskaya había bastado para inutilizarles las máscaras, y también tendrían que quitarse en cuanto pudieran los trajes aislantes. Éstos habían sufrido un bombardeo de decenas, quizá centenares de roentgens. ¿Qué camino tenía que seguir?

La joven estaba hecha un ovillo y dormía. La hoguera había consumido por fin el bloc de notas infectado, y también las últimas ramas, y se extinguió. Con tal de no malgastar la batería de la linterna, Homero decidió aguantar todo lo que pudiese en la oscuridad.

¡No! ¡Seguiría adelante con el brigadier! A fin de reducir el riesgo de contagio, evitaría el contacto con otras personas, dejaría allí la mochila con sus cosas, destruiría la ropa, abrigaría la esperanza de que el destino fuera clemente. Pero tendría siempre presente la cuenta atrás de treinta días. Durante cada uno de esos días trabajaría en el libro. Se repetía a sí mismo que su situación se resolvería de algún modo. Lo principal era seguir a Hunter.

Si es que éste aparecía de nuevo.

Hacía más de una hora que se había metido por la oscura boca del túnel. Homero le había hablado a la muchacha para tranquilizarla, pero tampoco estaba convencido de que el brigadier regresara.

Cuanto más sabía Homero sobre Hunter, menos lo comprendía. Era tan imposible dudar del brigadier como confiar en él. No encajaba en ningún molde, no manifestaba los impulsos habituales en los seres humanos. Quien se confiara a él, se entregaba a una fuerza de la naturaleza. Pero, en el caso de Homero, no tenía sentido darle más vueltas a esa cuestión. Ya se había confiado a él. De nada serviría lamentarse.

No le parecía que en la penumbra reinara un absoluto silencio. Como a través de una cortina oía una y otra vez un extraño murmullo, un aullido lejano, un roce... Homero creyó reconocer los torpes movimientos de los necrófagos, luego el deslizarse de los gigantescos espectros de la Nagornaya, y, al fin, los chillidos de los moribundos. Al cabo de menos de diez minutos se rindió.

Encendió la linterna y se llevó un sobresalto.

Hunter se encontraba a dos pasos de él. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y contemplaba a la joven dormida. Se cubrió los ojos con una mano para protegerlos del rayo de luz y dijo con sosiego:

—Van a abrir enseguida.

Sasha soñaba... estaba de nuevo sola en la Kolomenskaya y aguardaba a que su padre volviera de una de sus expediciones. Era tarde, pero tenía que esperarlo sin

falta, ayudarlo a quitarse el traje aislante y la máscara de gas. Darle de comer. Hacía mucho rato que había puesto la mesa, no sabía qué más podía hacer. Habría querido alejarse de la puerta por la que se salía a la superficie, pero ¿y si su padre regresaba cuando ella no estuviera? ¿Quién le abriría? Y se quedaba sentada sobre el gélido suelo, junto a la salida, y las horas pasaban, días enteros, y él no venía, no venía, pero la muchacha no pensaba abandonar su puesto hasta que la puerta...

El estruendo de los cerrojos la despertó. Era igual que en la Kolomenskaya. Se despertó con una sonrisa: su padre había regresado. Entonces vio dónde estaba y se acordó de todo.

La única realidad de su sueño fugaz había sido el rechinar de las pesadas válvulas que abrían la puerta de hierro. En unos instantes, la gigantesca plancha de metal se puso a vibrar y se desplazó lentamente hacia un lado. Un rayo de luz se coló por el resquicio y se ensanchó cada vez más. Olía a gasóleo quemado. El acceso a las estaciones centrales...

La puerta había desaparecido silenciosamente en el interior de la pared. Quedó a la vista el túnel que conducía a la Avtozavodskaya y, más allá de ésta, a la Línea de Circunvalación. Sobre las vías había una dresina con un motor que echaba humo, un faro al frente y una tripulación de varios hombres. Éstos contemplaban por la mira de las ametralladoras a dos vagabundos que bizqueaban y trataban de cubrirse los ojos.

—¡Quiero veros bien las manos! —ordenó alguien.

Sasha siguió obedientemente el ejemplo del viejo y levantó ambos brazos. Era la misma dresina que desde siempre había ido a buscarla en el puente los días de trueque. Esos hombres sabían muy bien quién era Sasha. Había llegado el momento en el que el viejo de nombre extraño lamentaría haber recogido a la muchacha encadenada sin preguntarle cómo había llegado a esa estación olvidada por Dios.

—¡Quitaos las máscaras antigás! ¡Documentación! —ordenó uno de los que iban en la dresina.

En el momento de descubrirse el rostro, Sasha se maldijo a sí misma por su estupidez. No había nadie que pudiese liberarla. La sentencia que se había pronunciado contra su padre —y también contra ella— seguía vigente. ¿Cómo era posible que su ingenuidad hubiera llegado hasta el punto de creer que aquellos dos lograrían colarla en el metro? ¿Y que nadie la reconocería cuando llegase a la frontera?

Los hombres la reconocieron al instante.

—¡Eh, tú no puedes entrar! Tienes diez segundos para largarte. ¿Y quién es ese? ¿Es tu...?

—¿Qué ocurre? —preguntó el viejo, confuso.

—¡Dejadlo en paz! ¡No es él! —gritó Sasha.

—¡Largaos! —La voz del hombre que sostenía el rifle de asalto era fría como el hielo—. O si no...

—¿A la muchacha? —preguntó una segunda voz, como insegura.

—Eh, ¿es que no oyes bien?

Se oyó con nitidez cómo quitaban el seguro del arma. Sasha retrocedió y apretó los párpados. Por tercera vez en pocas horas se enfrentaba cara a cara con la muerte. Oyó un silbido breve y ligero. En el silencio que siguió, aguardó en vano a que se cumpliera la orden final. Al final, no pudo soportarlo más y abrió los ojos.

El motor aún echaba humo. Nubes de color gris azulado se mecían en la blanca luz del faro, que por algún motivo se había vuelto hacia arriba. Como había dejado de deslumbrarla, Sasha reconoció a las personas que se encontraban en la dresina.

Estaban tiradas sobre la máquina, o por las vías, como muñecos rotos. Brazos que colgaban inertes, cuellos imposiblemente retorcidos, cuerpos doblados.

Sasha se volvió. Detrás de ella se encontraba el calvo. Había bajado la metralleta y miraba con atención la dresina, que se había transformado en un matadero. Luego levantó una vez más el cañón y apretó nuevamente el gatillo.

—Ya está —dijo con voz sorda, pero satisfecha—. Quitadles los uniformes y las máscaras antigás.

—¿Por qué? —El rostro del viejo tenía un rictus de horror.

—Tenemos que cambiarnos de ropa. Emplearemos su dresina para pasar por la Avtozavodskaya.

Sasha tenía los ojos clavados en el asesino. En su pecho se enfrentaban el miedo y el entusiasmo. La repugnancia se mezclaba con la gratitud. Acababa de dar muerte a tres hombres él solo, con absoluta indiferencia, y había violado con ello el más importante de los mandatos que le había legado su padre. Pero lo había hecho para salvarle la vida a ella —y también al viejo, por supuesto—. ¿Acaso era casualidad que lo hubiera hecho por segunda vez en poco tiempo? ¿Tal vez la muchacha confundía la crueldad con el rigor?

Había algo que sí sabía muy bien: la osadía de aquel hombre le había hecho olvidar su fealdad...

El calvo se subió a la dresina antes que los demás y les arrancó a los enemigos caídos sus rostros de goma como si les arrancara la cabellera. De súbito, retrocedió con un grito ahogado como si hubiera visto al diablo, se cubrió el rostro con ambas manos, y repitió varias veces: —¡Un negro!

9

EL AIRE

El miedo y el horror son dos emociones totalmente distintas. El miedo estimula, empuja a la acción, despierta el ingenio. El horror mutila el cuerpo y el pensamiento, le arrebató al ser humano toda su humanidad. Homero había vivido lo suficiente para aprender la diferencia entre ambos.

El brigadier no conocía el miedo, pero en ese momento se había hecho evidente que sí podía sentir horror. No era eso lo que asombraba a Homero, sino más bien el motivo que lo había suscitado.

Ciertamente, el rostro que habían encontrado al retirar la máscara de gas se salía de lo común. Habían descubierto bajo la goma negra una piel oscura y brillante, labios gruesos, una nariz ancha y tirando a chata. Homero no había visto seres humanos de piel oscura desde que había desaparecido la televisión con sus canales musicales — esto es, desde hacía más de veinte años—. Pero había identificado enseguida al muerto como afroamericano. Un caso excepcional, sin duda alguna. Pero ¿por qué había aterrorizado de esa manera a Hunter?

El brigadier había recobrado el control sobre sí mismo. Su extraño trastorno no había durado ni un minuto. Enfocó la linterna hacia los rasgos chatos del difunto, masculló unas palabras incomprensibles y se puso a desnudar con suma violencia al sorprendente cadáver. Homero habría jurado que oyó que se le rompían los huesos de varios dedos.

—Quieren burlarse de mí... me mandan su saludos, ¿eh? Y esto de aquí, ¿es humano? Qué castigo... —murmuraba Hunter.

¿Habría confundido el cadáver con el de otra persona? ¿Maltrataba al cadáver como venganza por la humillación que acababa de sufrir? ¿O quería saldar una cuenta más antigua y de mayor enjundia? Homero reprimió su propia repugnancia y desnudó al otro muerto, en el que no se apreciaba nada inusual. Pero en todo momento le dirigió miradas furtivas al brigadier.

La muchacha no participó en esa rapiña, y Hunter la dejó en paz. Se quedó sentada sobre las vías, a cierta distancia de ellos, ocultándose el rostro con las manos. Homero creyó oír que lloraba.

Finalmente, Hunter amontonó los cadáveres en el exterior, frente a la puerta. En menos de veinticuatro horas habrían desaparecido. Durante las horas de luz, la ciudad quedaba bajo el poder de unas criaturas tan espantosas que los terribles depredadores de la noche se escondían en sus cuevas y aguardaban, sin quejarse, a que volviese su hora.

La sangre ajena, pero todavía fresca, apenas si era visible sobre el oscuro uniforme. Pero estaba fría y se pegaba al vientre y al pecho, como si hubiese querido volver a entrar en un organismo vivo. Producía una repulsiva irritación en la piel, y también en el entendimiento.

Homero se preguntó si esa mascarada era necesaria de verdad. Para consolarse, pensó que así, al menos, evitarían nuevas víctimas en la Avtozavodskaya. Si las previsiones de Hunter se cumplían, los dejarían pasar, los tomarían por habitantes de la estación... pero, y si no, ¿qué les iba a ocurrir? ¿Se atenía Hunter al principio de evitar bajas innecesarias?

La sed de sangre del brigadier asqueaba a Homero, pero también lo fascinaba. A duras penas habría podido justificar un tercio de sus asesinatos como actos de autodefensa pero, de todos modos, se ocultaba en ellos algo más que el típico sadismo. Había una cuestión que atormentaba al viejo por encima de todas las demás: ¿Y si Hunter se había puesto en camino hacia la Tulsкая sólo para saciar esa sed de sangre?

Los desgraciados que habían quedado atrapados en la estación no debían de haber descubierto ningún remedio contra la misteriosa fiebre. ¡Pero eso no significaba que ese remedio no existiera! Allí, en el subsuelo, había lugares donde el pensamiento

científico florecía de nuevo, donde se investigaba y se desarrollaban nuevos medicamentos, se preparaban sueros. Por ejemplo, en la Polis, el corazón del metro, donde convergían cuatro arterias. La Polis era lo más parecido a una ciudad que aún pudiera encontrarse. Se extendía por el laberinto de pasillos que unía las estaciones Arbatskaya, Borovitskaya, Alexandrovsky Sad y Biblioteka imeni Lenina, y era el lugar donde se había instalado un mayor número de médicos y científicos. También había que contar con el gigantesco búnker cercano a la Taganskaya¹⁸, la secreta Ciudad de la Ciencia fundada por la Hansa.

Por otra parte, la Tuskaya no debía de ser la primera estación en la que había estallado la epidemia. ¿Y si en algún otro lugar habían logrado derrotarla? ¿Cómo se podía desesperar tan fácilmente de toda esperanza de salvación? Por supuesto que Homero, que llevaba dentro de sí la bomba de tiempo de la enfermedad, tenía intereses egoístas en ello. Su entendimiento se había reconciliado casi por completo con la inevitable muerte, pero sus instintos, en cambio, la rechazaban, y le exigían que buscara una solución. Si descubría alguna posibilidad de salvar a la Tuskaya, también podría impedir que su propia estación desapareciera, y tal vez salvaría incluso su propia vida...

Era obvio que Hunter, por el contrario, se negaba a creer que la enfermedad pudiera tener remedio. Le habían bastado las pocas palabras que intercambió con los centinelas de la Tuskaya para condenar a muerte a todos sus habitantes y nombrarse a sí mismo ejecutor de la sentencia que él mismo había dictado. En primer lugar, había engañado a los dirigentes de la Sevastopolskaya con su historia sobre las cuadrillas de bandoleros, luego les había impuesto sus decisiones y, al fin, se disponía a ejecutarlas: la Tuskaya tenía que perecer bajo el fuego.

Pero ¿y si sabía algo que lo empujaba a actuar de aquel modo? Algo que nadie más supiera... ni Homero, ni tampoco el hombre que había dejado su diario en la Nakhimovsky Prospekt...

En cuanto hubieron terminado con los cadáveres, el brigadier tomó la cantimplora que llevaba al cinto y apuró lo poco que quedaba en ella. ¿Qué contendría? ¿Una bebida alcohólica? ¿Se lo tomaba para refrescarse, o quizá trataba de borrar un sabor que se le había quedado pegado a la garganta? ¿Disfrutaba del momento? ¿Trataba de olvidar? ¿O tal vez tomaba alcohol para matar algo que llevaba dentro de sí?

A ojos de Sasha, la vieja y humeante dresina se asemejaba a la máquina del tiempo que aparecía en un cuento que algunas veces le había contado su padre. No sólo la llevaba desde la Kolomenskaya hasta la Avtozavodskaya, también la transportaba del presente al pasado. Aunque la vida que había vivido metida en aquel saco de piedra, en aquel apéndice vermiforme más allá del espacio y del tiempo, difícilmente pudiera llamarse «presente».

Recordaba muy bien el viaje hasta la Kolomenskaya. Su padre había sido sentado junto a ella, cargado de cadenas, con una venda en los ojos y una mordaza en la boca. Sasha aún era muy niña y había llorado durante todo el trayecto, y uno de los soldados del pelotón de ejecución le había hecho figuritas de animales con los dedos. Las sombras de éstas habían danzado sobre la pequeña plataforma de color amarillo que parecía correr a la vez que la dresina por la parte superior del túnel.

Una vez estuvieron en el otro lado, le leyeron la sentencia a su padre: el tribunal revolucionario lo había indultado. Le conmutaba la pena de muerte por la de exilio a perpetuidad. Lo arrojaron sobre las vías, le dieron un cuchillo, un rifle de asalto con un cargador de recambio y una máscara de gas vieja, e hicieron bajar también a Sasha. El soldado que le había hecho las sombras de un caballo y un perro le guiñó el ojo. ¿Y si ese mismo soldado era uno de los que Hunter acababa de matar?

Sasha se había puesto la negra máscara de uno de los muertos, y desde entonces la sensación de estar respirando aire ajeno se le había agudizado. Cada nuevo

¹⁸ En 1951, Stalin ordenó la construcción de este búnker, con la denominación GO-42. En caso de guerra atómica, acogería en sus instalaciones al ministerio de Telecomunicaciones. Se compone de casi treinta salas, a sesenta metros de profundidad, con una superficie de siete mil metros cuadrados. Su capacidad máxima es de cinco mil personas.

trecho que avanzaba en su camino costaba vidas humanas. El calvo los habría matado de todas maneras, sí, pero Sasha, con su mera presencia, se transformaba en cómplice.

Su padre no había querido regresar a su patria, y no sólo porque estuviera fatigado de tanto luchar. En cierta ocasión le había dicho que todas sus humillaciones y privaciones no valían tanto como una única vida humana, y que prefería sufrirlas antes que causar sufrimiento a otros. Sasha había sabido desde siempre que numerosas muertes pesaban sobre la conciencia de su padre, y que éste trataba de equilibrar la balanza.

El calvo habría podido intervenir de otra forma. Habría podido imponerse con su mera presencia a los hombres que viajaban en la dresina. Los habría podido desarmar sin un solo disparo. Sasha estaba convencida de ello. Ninguno de los muertos habría sido capaz de desafiarlo.

¿Por qué actuaba de aquella manera?

La estación donde había pasado su infancia se encontraba más cerca de lo que creía. No habían pasado ni diez minutos cuando divisaron el centelleo de sus luces. El acceso a la Avtozavodskaya no estaba vigilado. Era obvio que sus habitantes confiaban en la puerta hermética. A unos cincuenta metros del andén, el calvo redujo la marcha, ordenó al viejo que guiara la máquina, y se apostó junto a la ametralladora.

La dresina entró en la estación muy lentamente, casi sin hacer ruido. Quizá el propio tiempo se ralentizaba para Sasha, para que en unos pocos instantes pudiera verlo todo y recordar.

Aquel día, su padre le había ordenado al ordenanza que la escondiera hasta que todo hubiese terminado. El hombre la había llevado hasta unas instalaciones de mantenimiento que se encontraban en las entrañas de la estación, pero también desde allí se oían los cientos de gargantas que gritaban al unísono, y su acompañante la dejó al momento para volver al lado de su superior. Sasha había corrido tras él por los pasillos desiertos y había salido de nuevo a la sala principal de la estación...

Mientras avanzaban a lo largo del andén, Sasha contempló las grandes tiendas que alojaban a familias enteras y los vagones que se habían transformado en despachos, niños que jugaban a perseguirse, ancianos que cuchicheaban en corrillo, mujeres malhumoradas que sacaban lustre al armamento... y vio a su padre, y detrás de él a un grupo de hombres, en parte rabiosos, en parte atemorizados. Trataban de mantener a raya a una multitud sin cuento, una multitud furiosa. Corrió hacia él y se abrazó a sus hombros. Su padre, desconcertado, se volvió, se la quitó de encima y le propinó una bofetada al ordenanza, que había llegado momentos antes que ella. Pero algo se había transformado en su interior. Se dirigió a la formación que, armas en ristre, aguardaba la orden de disparar, y ordenó que las bajarán. Sólo se oyó un disparo al techo. Su padre anunció que negociaría la entrega pacífica de la estación a los revolucionarios.

Su padre había estado siempre convencido de que el destino nos envía señales. Sólo hay que saber reconocerlas e interpretarlas bien.

El tiempo se había ralentizado, pero no únicamente para que Sasha pudiera revivir el último día de su infancia. Fue la primera en fijarse en los hombres armados que se ponían en pie para detener la dresina. Vio cómo el calvo, con un ágil movimiento, se ponía detrás de la ametralladora y apuntaba el pesado cañón de metal bruñido contra los estupefactos centinelas.

Oyó, como un latigazo en el oído, la orden de detener la dresina. Y comprendió que, en escasos segundos, morirían tantos seres humanos que la sensación de respirar aire ajeno iba a acompañarla hasta el último de sus días.

Sasha aún estaba a tiempo de impedir el baño de sangre, aún podía salvar a aquellas gentes, a sí misma, y también a otra persona, de un horror inexpressable.

Los centinelas habían quitado el seguro de sus rifles de asalto, pero perdieron demasiado tiempo en ello... el calvo les llevaba unos segundos de ventaja...

Sasha hizo lo primero que le vino a la cabeza.

Se puso en pie de un salto y se agarró a los hombros de Hunter, toscos y duros como el acero, se abrazó a él por detrás y cruzó los brazos sobre su pecho inmóvil, ese pecho que no parecía respirar. El calvo se sobresaltó como si lo hubieran golpeado, y vaciló. Los soldados que estaban frente a él, dispuestos a disparar, se quedaron también inmóviles.

El viejo lo entendió al instante.

La dresina levantó negras nubes de polvo y se lanzó a toda velocidad, y la Avtozavodskaya quedó atrás.

En el pasado.

Nadie dijo ni palabra durante el camino hacia la Paveletskaya. Hunter se había librado del imprevisto abrazo de la muchacha. Había separado sus brazos por la fuerza, como si fuesen un brazalete de acero que lo apretara demasiado.

Pasaron a toda velocidad junto a un único puesto de vigilancia. El fuego racheado que retumbó a sus espaldas fue a parar al techo, sobre sus cabezas. El brigadier aún tuvo tiempo de empuñar la metralleta y, a modo de respuesta, disparar tres silenciosas balas. Alcanzaron a ver que había matado a uno de los centinelas, y que los otros se apretujaban detrás de los estrechos saledizos del túnel. Fue eso lo que les salvó.

«No lo comprendo», pensaba Homero, y miraba una y otra vez a la muchacha acurrucada en el suelo. Había tenido la esperanza de que, tras la aparición de la protagonista femenina, empezara una historia de amor. Pero el desarrollo argumental le parecía demasiado acelerado. No lograba entenderlo todo, y aún menos escribirlo.

No aminoraron la marcha hasta que hubieron llegado a la Paveletskaya.

El viejo ya la conocía. Parecía salida de una novela de terror. Así como las bóvedas de las estaciones más nuevas de la periferia reposaban sobre columnas sencillas, la de la Paveletskaya se sostenía sobre unos arcos esbeltos que superaban toda medida humana. Y, como es habitual en las novelas de terror, la Paveletskaya sufría una extraña maldición: a las ocho horas en punto, la estación, hasta entonces bulliciosa, se transformaba en un desierto espectral. De entre todos sus industrioses y astutos moradores, tan sólo unos pocos valientes se quedaban en el andén. Todos los demás desaparecían, junto con los niños, el ajuar, la bolsas repletas de mercancías. No dejaban ni siquiera las banquetas y los camastros.

Se arrastraban hasta su búnker, un corredor de casi un kilómetro de longitud que los conectaba con la Línea de Circunvalación, y pasaban allí la noche entera, temblorosos, mientras que en la superficie, en la Estación de Pavel, unas criaturas monstruosas despertaban y hacían de las suyas. Al parecer, reinaban sobre la estación y sus alrededores, y ninguna otra criatura osaba entrar en ella, ni siquiera cuando dormían. Los habitantes de la Paveletskaya se veían indefensos ante ellas, porque no disponían de barreras como las que en otras estaciones impedían el acceso desde las escaleras automáticas, y el camino que llevaba hasta la superficie estaba siempre abierto.

Homero pensaba que no podía haber un lugar menos adecuado para pasar la noche, pero Hunter no lo vio así. Detuvo la dresina al final de la estación, se quitó la máscara de gas y señaló al andén.

—Nos quedaremos aquí hasta la mañana. Buscaos un sitio para dormir.

Luego los dejó. La muchacha lo siguió con la mirada y después se acurrucó sobre la dura plataforma de la dresina. Homero también se acomodó todo lo bien que pudo, cerró los ojos y trató de dormir. Fue en vano: una vez más lo atormentaba el pensamiento de que sería él quien propagase la peste por todas las estaciones sanas. La muchacha también seguía despierta.

—Gracias —dijo de pronto la joven—. Al principio había pensado que serías igual que él.

—No creo que haya ninguna otra persona que sea como él —le respondió Homero.

—¿Sois amigos?

—Como el tiburón y el pez piloto. —El viejo sonrió tristemente y pensó que la imagen era muy adecuada: Hunter mataba sin cesar, pero el viejo compartía los despojos sanguinolentos que el otro dejaba a su paso.

Se incorporó.

—¿Qué quieres decir?

—Allá donde él vaya, también voy yo. Creo que no podría sobrevivir sin él, y él... ah, tal vez piense que de algún modo le lavo las manchas de sangre. Pero en realidad nadie sabe lo que puede pensar ese hombre.

La muchacha se colocó más cerca del viejo.

—¿Y qué esperas tú de él?

—Tengo el presentimiento de que, mientras lo acompañe... la inspiración no me abandonará.

—¿Qué significa «inspiración»?

—Tener ideas. En realidad, significa tomar aire.

—¿Y para qué quieres tomar aire? ¿Para qué te sirve eso?

Homero se encogió de hombros.

—No se trata del aire que tomemos nosotros. Se trata, más bien, del que nos insuflan en los pulmones desde fuera.

La muchacha señaló con el dedo a algo que se encontraba sobre la sucia plataforma de la dresina.

—Mientras respires la muerte, no habrá nadie que quiera rozar tus labios. Todo el mundo se asustará del olor a cadáver.

—Cuando contemplamos la muerte empezamos a reflexionar —fue la concisa respuesta de Homero.

—Eso no significa que cada vez que hayas de reflexionar tengas derecho a llamar a la muerte —objetó la muchacha.

—No es que la llame —se justificó el viejo—. Tan sólo permanezco a su lado. Pero lo que me interesa no es la muerte. No sólo la muerte. Yo querría que ocurriese algo en mi vida, que empezara una nueva espiral, que todo cambiara. Que una sacudida me despertara, que la cabeza se me aclarase.

—¿Has tenido una vida difícil? —le dijo la muchacha, llena de compasión.

—Una vida aburrida. Si todos los días son iguales, van pasando tan rápido que te quedas con la impresión de que el último se te acerca a toda velocidad —trató de explicarle Homero—. Tienes miedo de que no te quede tiempo para resolver tus cuestiones. Y todos los días están abarrotados con mil insignificancias. En cuanto has resuelto una, contienes brevemente el aliento y te lanzas a por otra. Al final no te quedan fuerzas, ni tiempo, para hacer algo importante de verdad. Uno siempre piensa: «Es verdad, voy a empezar mañana mismo». Pero ese mañana no llega jamás, y vivimos siempre en un inacabable hoy.

—¿Has estado en muchas estaciones? —Se notaba que la joven había escuchado.

—No lo sé —respondió el sorprendido Homero—. Probablemente en todas.

—Yo sólo he estado en dos —suspiró la joven—. Al principio, mi padre y yo vivíamos en la Avtozavodskaya, pero luego nos expulsaron y tuvimos que irnos a la Kolomenskaya. Siempre había deseado poder ver otra. Pero ésta es tan rara... —Recorrió las hileras de arcos con los ojos—. Como si tuviera mil entradas y ninguna pared que las separara. Ahora están todas abiertas, pero no quiero cruzarlas. Tengo miedo.

—El otro... ¿era tu padre? —Homero vaciló—. ¿Lo asesinaron?

La muchacha se escondió de nuevo en su caparazón, y calló durante largo rato antes de responder: —Sí.

Homero respiró hondo.

—Quédate con nosotros. Hablaré con Hunter. No se opondrá. Le diré que te quiero para... —Abrió ambos brazos. No sabía cómo explicarle a la muchacha que desde aquel momento iba a adoptarla como musa.

—Dile que es él quien me necesita. —Saltó al andén y se alejó de la dresina. No apartaba los ojos de cada una de las columnas que se encontraba en su camino.

Carecía de todo atisbo de coquetería, y tampoco jugaba. Igual que no le interesaban para nada las armas de fuego, también parecía desprovista del arsenal de miradas insinuantes y gestos seductores habitual en una mujer. No tenía ni idea de que un parpadeo pudiera despertar un huracán, ni de que algunos hombres fueran capaces de sacrificarse, o de matar, por la mera sugestión de una sonrisa. ¿O quizá todo se debía, simplemente, a que aún no había aprendido a utilizar bien esos recursos?

En realidad, no necesitaba semejante arsenal. Su mirada cortante y directa había obligado a Hunter a cambiar de opinión. Con un solo movimiento, lo había capturado en su red y le había privado de matar. ¿Acaso había perforado su coraza? ¿Había descubierto algo de ternura en su interior? ¿O el brigadier la necesitaba para algo? Debía de ser más bien esto último: la mera imaginación de que el brigadier tuviera puntos débiles, que le hicieran, aunque no vulnerable, sí sensible, le parecía a Homero pura extravagancia.

El viejo no lograba dormirse. Aunque hubiera cambiado la pegajosa máscara de gas por un simple filtro, le costaba cada vez más tomar aliento, y se sentía como si un torno le hubiera atravesado la cabeza.

Homero había abandonado todas sus viejas posesiones en el túnel. Se había lavado las manos con un trozo de jabón gris, se había aseado con el agua estancada y algosa de un bidón, y se había decidido a llevar puesto en todo momento algún tipo de filtro en el rostro. ¿Qué más podía hacer para proteger a las personas que lo rodeaban?

Nada. En verdad, no podía hacer nada más. No habría servido para nada, ni siquiera, que se metiera en el túnel y se transformara él mismo en un montón de andrajos. Pero, al verse tan cerca de la muerte, retrocedía en su imaginación más de veinte años, hasta el momento en el que había perdido a todos los seres humanos a quienes amaba. Y ese recuerdo prestaba un nuevo y genuino sentido a sus planes.

Si hubiera podido, Homero les habría erigido un verdadero monumento. Pero, como mínimo, se habrían merecido una lápida ordinaria. Habían nacido con décadas de diferencia, pero todos ellos habían muerto el mismo día: su mujer, sus hijos y sus padres.

Y también sus compañeros de la escuela, y sus amigos del instituto de formación profesional. Los actores y músicos por los que tanta admiración había sentido. Todos los que ese día se encontraban en el trabajo, o habían vuelto a casa, o durante el retorno se habían quedado atrapados en un atasco.

Los que murieron al instante, y los que trataron de sobrevivir durante largos días en la capital irradiada y medio destruida, y arañaron sin fuerza las puertas de seguridad del metro, ya selladas. Los que al instante quedaron pulverizados, y los que se hincharon y vieron pudrirse su propio cuerpo en vida, devorados por la enfermedad que les provocó la radiación.

Los primeros exploradores que por aquel entonces salieron a la superficie no pudieron conciliar el sueño durante muchos días después de regresar. Homero había conocido a algunos en una estación de enlace, en torno a una hoguera. Vio en sus ojos la impresión indeleble que la ciudad había dejado en ellos: unos ojos que parecían ríos helados y repletos de peces muertos. Miles de automóviles destrozados, con sus pasajeros sin vida, abarrotaban las avenidas y carreteras de Moscú. Cadáveres por todas partes. Fue imposible retirarlos. Hasta que, por fin, unas criaturas de otra especie se adueñaron de la ciudad.

Deseosos de preservar su cordura, los exploradores evitaban las escuelas y jardines de infancia. Pero, para perder el entendimiento, bastaba con cazar al vuelo, por pura casualidad, una mirada inmóvil en el asiento trasero de un coche familiar.

Miríadas de vidas perecieron de golpe. Miríadas de palabras quedaron sin decir, miríadas de sueños sin realizar, miríadas de ofensas sin perdonar. El hijo pequeño de Nikolay llevaba tiempo pidiéndole a su padre un estuche de rotuladores, su hija tenía miedo de la clase de patinaje artístico sobre hielo, y su mujer, antes de irse a dormir la noche anterior, le había hablado de las vacaciones que iban a pasar los dos en la costa...

Cuando se dio cuenta de que estos insignificantes deseos y sentimientos habían sido los últimos de su mujer, le pareció que estaban revestidos de una importancia extraordinaria.

Homero habría querido grabar una lápida para cada uno de ellos, pero, de todos modos, valdría la pena aunque sólo fuera escribir una única inscripción sobre la gigantesca fosa común donde estaba sepultada la Humanidad. Y en el poco tiempo que le quedaba de vida creía poder encontrar las palabras adecuadas.

No sabía en qué sucesión ordenarlas, cómo afianzarlas, de qué manera adornarlas, pero tenía una intuición: en la historia que se estaba desarrollando ante sus ojos habría cabida para todas las almas inquietas, todos los sentimientos, todas las migajas de conocimiento que había reunido con tanto rigor, y, en definitiva, también para él mismo. Difícilmente habría podido encontrar mejor argumento para su relato.

Tan pronto como en la superficie se hiciera de día, y los mercaderes entrasen de nuevo en la estación, trataría de hacerse con un bloc de notas en blanco y un bolígrafo. Tenía que darse prisa: los contornos de su futura novela empezaban a tomar forma cual espejismo en la lejanía, y si no se apresuraba a consignarlos sobre el papel podían disolverse en el aire, y entonces, ¿quién sabía el tiempo que tendría que pasar sobre las dunas, oteando el horizonte, con la esperanza de que su particular torre de marfil emergiera de nuevo de los diminutos granos de arena y se alzara en el aire atravesado por una luz trémula?

Tal vez no le quedara tiempo suficiente para esa labor.

Con una sonrisa de ironía en los labios, Homero pensó que no importaba lo que dijera la muchacha. Era la mirada a las vacías órbitas de la calavera de la Eternidad lo que le empujaba a actuar. Se acordó entonces de la joven, de sus cejas arqueadas, de los dos relámpagos que brillaban en su rostro oscuro y sucio, de sus labios agrietados a mordiscos, de su cabello desgredado, de color pajizo... y sonrió de nuevo.

«Mañana, a la hora del mercado, tendré que buscar también otra cosa», pensó Homero mientras se dormía.

En la Paveletskaya no había noches tranquilas. El fulgor de las apestosas antorchas temblaba sobre las paredes cubiertas de hollín. La respiración de los túneles era agitada. Tan sólo al pie de las escaleras mecánicas se distinguían unas pocas siluetas que hablaban con voz casi inaudible. La estación estaba como muerta. Todo el mundo abrigaba la esperanza de que las criaturas de la superficie no estuvieran hambrientas.

Pero, de tiempo en tiempo, las más curiosas entre ellas descubrían el corredor que se adentraba en las profundidades y husmeaban sudor fresco, oían el rítmico latido de los corazones humanos, percibían que por sus venas circulaba cálida sangre. Y, a veces, bajaban.

A Homero le había vencido por fin el sueño, y las agitadas voces que se oían al otro lado del andén se adentraban tan sólo fatigosamente y con esfuerzo en su conciencia. Pero entonces, de pronto, una ráfaga de ametralladora lo arrancó de su letargo. El viejo se levantó de un salto y, a tientas, buscó su arma sobre la plataforma de la dresina.

Las ensordecedoras ráfagas de las ametralladoras se mezclaron al instante con los disparos de varios rifles de asalto. Los gritos de los centinelas no transmitían ya mero nerviosismo, sino también horror. Estaban empleando todos los calibres a su disposición contra alguna criatura y, fuera ésta lo que fuese, no parecía que le hicieran el menor daño. No se trataba de una defensa organizada contra un enemigo móvil. Todo el mundo disparaba en desorden y pensaba tan sólo en salvar su propio pellejo.

Por fin, Homero encontró su Kalashnikov, pero no se atrevió a subir al andén. Se resistió igualmente a la tentación de encender el motor y largarse de allí, sin importar adonde. Se quedó en la dresina y torció el pescuezo en un intento de contemplar el campo de batalla por entre las columnas.

De súbito, un penetrante alarido, sorprendentemente cercano, interrumpió los gritos y las maldiciones de los centinelas. La ametralladora enmudeció. Alguien chilló de

manera espantosa y calló al instante, como si le hubieran arrancado la cabeza. Los rifles de asalto crepitaron de nuevo, pero esta vez con disparos aislados, y por poco tiempo. El alarido se oyó otra vez. Parecía que se hubiera alejado un poco... e, inesperadamente, un eco respondió a la criatura que había proferido aquella voz. Un eco que se oyó junto a la dresina.

Homero contó hasta diez y luego, con manos temblorosas, encendió el motor. Sus compañeros regresarían en cualquier momento, y entonces se marcharían todos juntos. Estaba esperando por ellos, no por sí mismo... La dresina vibró, empezó a echar humo, el motor se calentó, y entonces, entre las columnas, vio pasar como un relámpago una figura inconcebiblemente veloz. También como un relámpago, se alejó hasta perderse de vista. Homero no llegó a hacerse una idea de la forma que tenía.

El viejo se agarró a la barandilla, apoyó un pie en el acelerador y respiró hondo. Si no aparecían en diez segundos, lo dejaría todo atrás y... Sin comprender él mismo por qué, puso un pie sobre el andén y empuñó su inútil rifle de asalto. Sólo quería asegurarse de que realmente no podía ayudar a los suyos.

Se parapetó tras una de las columnas y echó una mirada a la plataforma central del andén...

Quiso gritar, pero le faltó el aliento.

Sasha había sabido desde siempre que el mundo no consistía tan sólo en las dos estaciones en las que había vivido. Pero, de todos modos, nunca había pensado que ese mundo pudiera ser tan bello. Incluso la tediosa y desolada Kolomenskaya había llegado a parecerle un comfortable hogar. Le había sido familiar hasta el último rincón. La Avtosavodskaya, espaciosa, pero fría, los había expulsado a su padre y a ella con desdén, los había rechazado, y la muchacha no podría olvidarlo jamás.

Su relación con la Paveletskaya, por el contrario, no estaba lastrada por ningún resentimiento, y la joven sentía por instantes que iba a enamorarse de ella. De sus columnas ligeras y airovas, de sus arcos amplios y acogedores, de su mármol noble, cuyas finísimas venas hacían que la pared se asemejara al suave cutis de un ser humano... así como la Kolomenskaya era miserable, y la Avtozavodskaya siniestra, la Paveletskaya tenía maneras de mujer: su talante despreocupado y juguetón recordaba todavía, al cabo de las décadas, su antigua belleza.

«Los que viven aquí no pueden ser crueles ni malvados», pensaba Sasha. Ella y su padre habrían tenido que atravesar tan sólo una estación hostil para llegar a ese mágico lugar... habría bastado con que su padre viviera un día más para escapar del destierro y recobrar la libertad... seguro que habría convencido al calvo para que los llevara a ambos...

A lo lejos refulgía una hoguera. Los centinelas estaban apiñados en torno a ella. El chorro de luz de un reflector recorría el lejano techo, pero Sasha no se les acercó. ¡Cuántos años había vivido en la creencia de que, con sólo escapar de la Kolomenskaya y encontrar a otros seres humanos, sería feliz! Pero en ese momento sentía anhelo de una única persona, para compartir con ella su entusiasmo, su asombro de que la tierra fuera como mínimo un tercio más grande, y su esperanza de reparar los males del pasado. Pero ¿quién era esa persona, la persona por la que Sasha tenía ese interés? No había nadie que pudiera sentir interés por ella. De nada servía que tratara de convencerse de lo contrario, o de convencer al viejo.

Y así, la muchacha siguió caminando en la dirección opuesta, hasta un tren muy deteriorado, con las ventanas reventadas y las puertas abiertas, medio oculto en el túnel de la derecha. Entró en él, brincó de un vagón a otro. Inspeccionó el primero, el segundo, y luego el tercero. En el último, descubrió un asiento acolchado, largo, que por algún milagro se había mantenido intacto, y se tendió sobre él. Miró en derredor y trató de imaginarse que el tren se ponía en marcha y que la llevaba a otras estaciones, estaciones iluminadas, animadas por un barullo de voces humanas. Pero le faltaron tanto la fe como la fantasía necesarias para desplazar tantas toneladas de chatarra. Le había resultado mucho más fácil con la bicicleta.

Entonces, de repente, el juego del escondite llegó a su fin: los sonidos de lucha pasaron de vagón en vagón y al fin dieron alcance a Sasha.

¿Otra vez?

Se puso en pie y salió al andén, el único sitio donde podría hacer algo.

Los cadáveres descuartizados de los centinelas se encontraban junto a la cabina de cristal, con el reflector ya inactivo, y también sobre la hoguera apagada, y en el centro de la sala. Al parecer, los otros soldados habían abandonado enseguida todo conato de resistencia y habían corrido a refugiarse en el pasillo, pero la muerte les había dado alcance a medio camino.

Sobre uno de los cuerpos se encorvaba una figura siniestra y antinatural. A pesar de que era casi imposible verla a tanta distancia, Homero vislumbró una piel tersa y blanca, una cresta descomunal y vibrante, y unas patas con muchas articulaciones que se movían con nerviosismo.

La batalla estaba perdida.

¿Dónde estaba Hunter? Homero se asomó una vez más a la plataforma central y sintió que se le helaba el cuerpo... unos diez metros más allá, tras una de las columnas, se asomaba una de las criaturas, igual que Homero, tal vez para atraerlo o para jugar con él. Su rostro pavoroso y deforme se alzaba a más de dos metros del suelo. Le caían gotas rojas del labio inferior, y sus pesadas mandíbulas masticaban sin parar un horrible pedazo de carne. Bajo su frente plana no había nada, porque la criatura no tenía ojos, pero eso no le impedía detectar a otros seres, moverse y atacar.

Homero se apostó para disparar y apretó el gatillo, pero el rifle no funcionó. La monstruosidad profirió un grito prolongado, ensordecedor, y saltó al centro de la sala. Homero, presa del pánico, manipulaba el obturador, pese a que sabía que de nada le iba a servir...

Pero, de repente, pareció que el monstruo hubiera perdido todo interés en él. Volvió su atención hacia los márgenes del andén. Homero siguió con rapidez la ciega mirada de la criatura, y al instante se le paró el corazón.

Estaba allí, mirando angustiada en derredor. La muchacha.

—¡Corre! —le gritó Homero, y la voz se le ahogó en un doloroso gorgoteo.

La blanca monstruosidad dio una zancada de varios metros y se plantó frente a la joven. Esta sacó un cuchillo que como mucho le habría servido para cocinar e hizo un gesto amenazante.

A modo de respuesta, la criatura la golpeó con una de sus patas delanteras. La muchacha se cayó al suelo y su cuchillo saltó por los aires.

Homero estaba en pie sobre la dresina, pero no pensaba en huir. Entre jadeos, le dio la vuelta a la ametralladora y trató de poner la blanca silueta en la mira. No sirvió de nada: el monstruo estaba demasiado cerca de la joven. Había descuartizado en escasos minutos a los centinelas, que en cierta medida habrían podido defenderse, y en ese momento, tras acorralarlos a ellos dos, a un pobre viejo y una muchacha, dos indefensas criaturas, parecía que quisiera jugar con ellas antes de matarlas.

El viejo perdió de vista a Sasha porque el cuerpo encorvado de la criatura la ocultaba. ¿Habría empezado a devorar a su víctima?

Pero entonces el monstruo se sobresaltó, retrocedió, se arañó con las garras una mancha que se estaba extendiendo sobre su espalda y se volvió, aullante, dispuesto a devorar a su enemigo.

Hunter, tambaleante, se acercaba a la criatura. Una de sus manos sostenía un rifle automático y la otra colgaba a un lado inerte, y era obvio que cada uno de sus movimientos le dolía.

El brigadier disparó una nueva salva contra el monstruo, pero éste tenía la piel asombrosamente dura. Se tambaleó un instante, recobró en seguida el equilibrio y siguió avanzando. Hunter se había quedado sin cartuchos, pero con un sorprendente movimiento giratorio se arrojó sobre la bestia y le clavó el machete hasta la empuñadura.

La monstruosidad se derrumbó sobre él, lo enterró bajo su cuerpo, trató de asfixiarlo con su peso.

Como para acabar con toda esperanza que pudiera quedarles, apareció una segunda criatura. Se detuvo sobre el cuerpo convulso de su congénere, clavó una garra en su piel blanca como para despertarlo, y luego volvió lentamente hacia Homero su rostro deforme desprovisto de ojos...

Este no dejó escapar la ocasión. El grueso calibre de su arma desgarró el torso de la monstruosidad, le partió el cráneo, y después de que el animal se desplomara, las balas redujeron a polvo y esquirlas varias superficies de mármol. Homero necesitó algún tiempo para que el corazón se le tranquilizara, y para volver a mover su dedo agarrotado.

Luego cerró los ojos, se quitó la máscara y respiró hondo el aire helado, impregnado del olor a sangre fresca.

Todos los héroes habían caído. Sólo él seguía vivo en el campo de batalla.

Su libro había terminado antes de empezar.

DESPUÉS DE LA MUERTE

¿Qué queda de los muertos? ¿Qué queda de cada uno de nosotros? Las lápidas funerarias se hacen pedazos, el musgo las recubre y al cabo de pocos decenios sus inscripciones son ilegibles.

En tiempos pretéritos se adjudicaba un sepulcro a cada uno de los muertos, y no había nadie que se ocupara de él. Por lo general, tan sólo los hijos, o los padres, visitaban al muerto. Los nietos ya no lo hacían tan a menudo, y los biznietos casi nunca.

Lo que antaño se llamaba «descanso eterno» duraba, en las grandes ciudades, únicamente medio siglo, y luego se molestaba a los esqueletos porque había que instalar tumbas nuevas sobre las antiguas, o desplazar el cementerio entero para construir en su lugar edificios de viviendas. La tierra se había vuelto demasiado pequeña tanto para los vivos como para los muertos.

¡Medio siglo!, un lujo que sólo habían podido permitirse los que murieron antes del fin del mundo. Pero ¿quién se va a preocupar ahora por un único cadáver, cuando el planeta entero agoniza? Ninguno de los habitantes del metro ha gozado nunca del honor de un funeral, y nadie tiene la esperanza de que las ratas se abstengan de su cadáver.

Antiguamente, los restos mortales de los seres humanos tenían el derecho a la existencia garantizado durante todo el tiempo en el que los vivos los recordaran. El ser humano guarda el recuerdo de sus parientes, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo. Pero la memoria no va más allá de tres generaciones. Poco más de cincuenta años.

Con la misma ligereza con la que nos desasimos del recuerdo de nuestro abuelo, o de un compañero de escuela, habrá también alguien, algún día, que nos abandone a la nada más absoluta. La memoria de un hombre puede tener una existencia más larga que sus huesos pero, tan pronto como se vaya el último que nos recordó, desapareceremos también, como ellos, en las corrientes del tiempo.

Fotografías... ¿quién las hace hoy en día? ¿Y cuántas se conservaban en los tiempos en que todo el mundo fotografiaba? En otras épocas se encontraba siempre, en las últimas páginas del grueso álbum familiar, un reducido espacio para las fotos viejas y amarillentas, pero casi ninguno de los que las hojeaban habría sabido decir con seguridad cuál de sus familiares era el que figuraba en esas imágenes descoloridas. Además, las fotografías de los muertos se tienen que interpretar como una especie de máscara funeraria, y no como la impresión del alma viva.

Y, al final, las reproducciones fotográficas se estropean también. Sólo tardan un poco más que los cuerpos representados en ellas.

¿Qué queda, entonces?

¿Los hijos?

Homero acarició la llama de la vela con el dedo. La respuesta se le había ocurrido en seguida, porque las palabras de Ahmed aún le dolían. Se veía condenado a no tener niños, incapaz de prolongar su estirpe, y por lo tanto estaba privado de ese camino a la inmortalidad.

Agarró de nuevo el lápiz.

Tal vez se parezcan a nosotros. En sus rasgos se reflejan los nuestros, unidos, como por un prodigio, a los de las personas que hemos amado. En sus gestos, en su mímica, nos reconocemos a nosotros mismos con deleite, y a veces también con angustia. Los amigos nos confirman que nuestros hijos e hijas parecen hechos según el modelo de nuestro rostro. Todo esto nos garantiza cierta prolongación de nosotros mismos cuando ya no estemos.

Pero nosotros no somos el modelo a partir del que se han elaborado las copias ulteriores, sino tan sólo una quimera, construida a medias con los rasgos interiores y exteriores de nuestros padres y madres, quienes a su vez lo fueron a partir de sus respectivos progenitores. ¿No es verdad, entonces, que no tenemos nada que nos sea

propio, que somos el resultado de una interminable mezcla de piezas de mosaico que existen con independencia de nosotros y que se combinan en una miríada de estampas casuales que, a su vez, tampoco poseen ningún valor propio y al instante se vuelven a descomponer?

¿Merece la pena, pues, que nos sintamos orgullosos cada vez que descubrimos en nuestros hijos un lunar o un hoyuelo que consideramos nuestro, pero que en realidad ha viajado por millares de cuerpos a lo largo de medio millón de años?

¿Qué va a quedar de mí?

Homero lo había tenido más difícil que los demás. Siempre había envidiado a los que creían en una vida ultraterrena. Cada vez que la conversación giraba en torno a la muerte, sus pensamientos se volvían hacia la Nakhimovsky Prospekt y los repulsivos carroñeros que la poblaban. Con todo, tal vez fuera cierto que su ser no se componía tan sólo de la carne y de la sangre que los necrófagos, tarde o temprano, iban a masticar y digerir. Pero, aunque pudiese haber algo más en su interior, no le cabía ninguna duda de que ese algo no sobreviviría a su cuerpo.

¿Qué ha quedado de los faraones? ¿Qué, de los héroes de Grecia? ¿De los artistas del Renacimiento? ¿Acaso ha quedado algo de ellos... existen todavía en las obras que nos legaron?

¿Qué especie de inmortalidad le queda, entonces, al ser humano?

Homero leyó una vez más lo que había escrito, meditó brevemente sobre ello, y luego arrancó las páginas del cuaderno, hizo una bola de papel con ellas, la colocó sobre un plato de hierro y le prendió fuego. Al cabo de un minuto, lo único que quedaba del trabajo en el que había invertido las últimas tres horas era un puñado de cenizas.

La muchacha había muerto.

Así era como Sasha se había imaginado desde siempre la muerte: se apagaba el último rayo de luz, todos los sonidos enmudecían, el cuerpo dejaba de sentir, no quedaba nada, salvo una eterna negrura. La negrura y el silencio de donde emergen los seres humanos y adonde, ineludiblemente, tendrán que regresar. Sasha conocía todas esas historias sobre el Paraíso y el Infierno, pero el inframundo le parecía inocuo. Una eternidad en absoluta ceguera y sordera, en total inactividad, le parecía mil veces más terrible que un caldero repleto de aceite hirviendo.

Pero entonces tembló ante sus ojos una minúscula llama. Sasha trató de acercarse a ella, pero no logró alcanzarla: la mancha de luz, trémula y danzarina, se le escapaba, se le acercaba de nuevo, la seducía, se alejaba nuevamente, juguetona y tentadora. La joven supo enseguida de qué se trataba: de un túnel de luz.

Su padre le había contado que, cada vez que uno de los habitantes del metro moría, su alma se perdía por un oscuro laberinto de túneles que no llevaban a ninguna parte. El alma no comprende que ya no está atada a su cuerpo, que su vida terrena ha terminado, y que deberá errar hasta que vislumbre, en la lejanía, el fulgor de una llama fantasmal. Entonces tendrá que perseguirla, porque ese fuego es el que le habrán enviado para guiar al alma hasta un sitio donde encontrará la paz. Puede ocurrir, sin embargo, que ese fuego se apiade del alma y la guíe de nuevo hasta su antiguo cuerpo. De tales personas se dice que han vuelto del más allá. Pero sería más acertado decir que las tinieblas les han devuelto la libertad.

La luz del túnel tentaba a Sasha y sin cesar, y, por fin, la muchacha se rindió y se dejó llevar por ella. No sentía las piernas, pero tampoco le hacía falta: para seguir la mancha de luz que se alejaba, bastaba con no perderla de vista, con que pusiera toda su atención en ella, como si hubiera querido atraérsela, como si hubiese querido amansarla.

Sasha había capturado la luz con la mirada, y la luz la guió a ella por la impenetrable oscuridad, por el laberinto de túneles del que la muchacha no habría podido salir por sí misma, hacia la estación final de la línea de su vida. Y entonces vio algo: le pareció que su guía esbozaba los contornos de una habitación lejana donde alguien la esperaba.

—¡Sasha! —le gritó una voz.

La joven, estupefacta, se dio cuenta de que era una voz conocida, y al mismo tiempo no lograba recordar a quién pertenecía. Le había transmitido confianza y cariño.

—¿Papá? —preguntó con incredulidad.

Habían llegado. El fantasmagórico fuego del túnel se detuvo, se transformó en una llama ordinaria, saltó sobre una mecha que coronaba una vela a medio fundir y se acomodó allí, como un gato que regresa de una correría...

Una mano fría y callosa reposaba sobre la suya. Sasha, dubitativa, apartó los ojos de la llama. Tenía miedo de caerse de nuevo al suelo. Apenas se hubo despertado, sintió un dolor lacerante en el antebrazo y las sienes le empezaron a palpar. Emergieron de la oscuridad los borrosos contornos de varios muebles sencillos: sillas, una mesita de noche... la muchacha estaba tendida sobre un camastro, un camastro tan blando que no se sentía la espalda. Era como si estuviera recobrando su propio cuerpo de manera gradual, por etapas.

—¿Sasha? —repitió la voz.

Volvió los ojos hacia la persona que le había hablado y, entonces, apartó bruscamente la mano. Al lado de su cama estaba sentado el viejo con el que había viajado en la dresina. La manera como la había tocado no había tenido nada de especial: ni había sido desagradable, ni lúbrica. Se había apartado de él por vergüenza y decepción: ¿Cómo era posible que hubiera confundido la voz de un extraño con la de su propio padre? ¿Cuál era el motivo por el que la luz del túnel la había guiado precisamente hasta allí?

El viejo le sonreía amablemente. Parecía que se diera por satisfecho con que la joven hubiese despertado. Entonces, por primera vez, Sasha descubrió en sus ojos un cálido fulgor que hasta aquel día sólo había conocido en un hombre. Por eso mismo se había confundido... y por eso sentía vergüenza.

—Perdóname —le dijo. Al instante, se acordó de los últimos minutos que había pasado en la Paveletskaya. Se incorporó bruscamente—. ¿Qué ha sido de tu amigo?

La muchacha parecía tan incapaz de llorar como de reír. Pero quizá sólo fuera porque le faltaban las fuerzas.

Por fortuna, las afiladas zarpas de la monstruosidad no la habían herido. La bestia la había golpeado tan sólo con la planta de la pata. Pero, con todo, había pasado un día entero inconsciente. El médico le había asegurado a Homero que su vida se hallaba fuera de peligro. El viejo no le había contado sus propios problemas de salud.

Sasha —durante el tiempo que llevaba inconsciente, Homero se había acostumbrado a llamarla así— recostó de nuevo la cabeza sobre la almohada. El viejo volvió a la mesilla, donde le aguardaba un bloc de notas con noventa y seis páginas, abierto. Agarró el lápiz con la mano y reanudó su redacción en el mismo lugar donde antes se había interrumpido para velar por la muchacha gemebunda y enfebrecida.

«... Pero, entonces, una caravana se retrasó. Y tardaba tanto que sólo era posible una explicación: habían sufrido un imprevisto, un percance terrible, contra el que nada habían podido los escoltas, a despecho de su pesado armamento y su experiencia en el combate, ni tampoco las buenas relaciones con la Hansa que tanto mimaban.

La intranquilidad no habría sido tan grande si hubieran dispuesto de algún medio de comunicación. Pero la línea telefónica que los conectaba con la Hansa, también había sufrido algún problema, no habían podido hablar con ellos desde el lunes anterior, y el destacamento que habían enviado en busca de la avería había regresado sin encontrar nada.»

Homero levantó los ojos y se sobresaltó. La muchacha estaba detrás de él y miraba sus garabatos por encima del hombro. Daba la impresión de que la curiosidad fuera lo único que le permitía sostenerse sobre sus piernas.

El viejo, avergonzado, cerró el bloc con la cubierta hacia arriba.

—¿Estás esperando la inspiración? —le dijo la joven.

—Estoy en el comienzo —murmuró Homero.

—¿Y qué sucedió con la caravana?

—No lo sé. —Empezó a dibujar, con mucho esmero, un marco para el título—. Aún falta mucho para que la historia termine. Acuéstate, tienes que descansar.

—Pero ¿serás tú quien decida cómo termina el libro? —le respondió ella, sin moverse de donde estaba.

—En este libro no se cuenta nada que dependa de mí. —Homero dejó el lápiz sobre la mesilla—. Yo no pienso lo que tiene que ocurrir. Simplemente voy escribiendo lo que sucede.

—Entonces, lo que depende de ti es mucho más todavía —dijo la joven, pensativa—. ¿Yo también salgo?

Homero sonrió.

—Iba a pedirte permiso.

—Lo pensaré —le respondió ella, muy seria—. ¿Para qué escribes ese libro?

Homero se puso en pie para poder hablarle cara a cara. Desde su última conversación con Sasha, había tenido claro que la juventud y la falta de experiencia de la muchacha producían una impresión equivocada. Parecía que en la extraña estación de donde la habían recogido cada año contara por dos. La joven no respondía tanto a las preguntas que el viejo le formulaba en voz alta como a todas las cuestiones que éste no llegaba a expresar. Y en todo momento le planteaba cuestiones que él no sabía responder.

Por otra parte, Homero pensaba lo siguiente: si tenía que contar con la sinceridad de la muchacha —¿cómo, si no, habría podido elegirla como heroína?—, sería indispensable que él también le hablara con franqueza, que no la tratase como a una niña, que no se protegiera con el silencio. No podía ocultarle ninguna de las cosas que se confesaba a sí mismo.

El viejo carraspeó, y dijo:

—Quiero que los hombres se acuerden de mí. De mí, y de quienes estuvieron a mi lado. Que sepan cómo era el mundo que yo amé. Que conozcan lo más importante entre todo lo que he vivido y he comprendido. Que mi vida no haya sido en vano. Que quede algo de mí.

—¿También vas a poner tu alma ahí dentro? —La muchacha torció la cabeza—. ¡Pero si sólo es un bloc de notas! Podría quemarse, o perderse.

—Un depósito nada fiable para el alma, ¿verdad? —Homero suspiró—. No, solo necesito este bloc para ordenar mis ideas. Y para no olvidar nada importante hasta que la historia termine. En cuanto la tenga terminada, bastará con que se la cuente a unas pocas personas. Creo que luego podrá difundirse sin necesidad de papel, ni de un cuerpo humano que sea siempre el mismo.

—Sin duda, habrás visto muchas cosas que no habría que olvidar. —La muchacha se encogió de hombros—. Yo no tengo nada que merezca la pena escribir. No me pongas en el libro. No malgastes papel en mí.

—Pero tú tienes toda una vida por delante... —empezó a decirle Homero, y entonces se le ocurrió que él no estaría allí para verlo.

La muchacha no reaccionó, y Homero tuvo miedo de que se le cerrara en banda. Buscó las palabras adecuadas para reanudar la conversación, pero sus dudas lo atenazaban una y otra vez.

—¿Qué es lo más hermoso que recuerdas? —le preguntó ella de pronto—. ¿Lo más hermoso de todo?

Homero dudó. Se le hacía extraño confiar sus pensamientos más íntimos a una persona a la que había conocido dos días antes. No se los había confiado ni siquiera a Helena. La mujer sólo sabía que de la pared de su habitación colgaba la estampa de un paisaje urbano ordinario. ¿Podría una joven que se había pasado toda la vida en el subsuelo comprender lo que él le contara?

Se decidió a correr el riesgo.

—La lluvia en un día de verano —le dijo.

Sasha arrugó la frente de una manera curiosa.

—¿Qué tiene de hermoso?

—¿Alguna vez has visto llover?

—No. —La muchacha negó con la cabeza—. Mi padre no me dejaba salir a la superficie. De todos modos, me encaramé hasta arriba en dos o tres ocasiones, pero lo que vi no me gustó. Esa sensación de no tener paredes alrededor es horrible. —Luego añadió, por si acaso—: Decimos que llueve cuando cae agua desde arriba, ¿no?

Homero no la escuchaba ya. De nuevo se le apareció aquel día tan lejano. Igual que un médium ofrece su cuerpo a un espíritu que ha invocado, volvió su mirada hacia el vacío y empezó a hablar sin un momento de respiro...

—Habíamos pasado un mes cálido y seco. Mi mujer estaba embarazada, había tenido desde siempre problemas de respiración, y entonces ese calor... en toda la maternidad había un único ventilador, y ella se quejaba siempre del bochorno. A mí también me costaba respirar, de lo mucho que lo sentía por ella. Era terrible: durante muchos años habíamos querido tener niños y nunca lo habíamos conseguido, y los médicos nos habían estado asustando porque decían que quizá nacería muerto. La tenían bajo observación, pero habría estado mejor en casa. Había pasado ya el día en el que se suponía que iba a dar a luz, pero los dolores del parto no habían ni empezado. Y yo no podía faltar tantos días al trabajo. Alguien me había dicho que si el niño tarda en nacer, el peligro de que nazca muerto aumenta. Yo ya no sabía lo que me hacía. En cuanto salía del trabajo, corría hacia la clínica y montaba guardia junto a su ventana. En los túneles no había cobertura, así que en cada estación tenía que controlar si me habían llamado. Y entonces, por fin, la llamada del médico: «Póngase en contacto con nosotros de inmediato». Estuve buscando un lugar tranquilo, y durante todo el camino di por muertos a mi mujer y a mi hijo. Qué idiota y qué aprensivo soy. Marqué el número...

Homero calló y escuchó la señal, y aguardó a que alguien descolgara el teléfono. La muchacha no lo interrumpió. Se guardó sus preguntas para más tarde.

—Entonces, una voz desconocida me dijo: «¡Enhorabuena! Es un niño». Parecían unas palabras tan sencillas... «Es un niño.» Acababan de hacer regresar a mi mujer de entre los muertos, y entonces ese milagro... salí corriendo a la calle... y llovía. Una lluvia fresca. El aire se había vuelto tan liviano, tan transparente... Como si antes la ciudad hubiera estado cubierta con un plástico, y entonces, de repente, alguien se lo hubiera sacado. Las hojas de los árboles brillaban, el cielo había cobrado vida una vez más, y las casas transmitían de nuevo una impresión de frescura. Fui corriendo de un extremo a otro de la Tverskaya, hasta el puesto de flores, y lloré de alegría. Llevaba un paraguas, pero no lo abrí, quería mojarme, quería sentir la lluvia. No puedo explicarlo de verdad... era como si hubiese nacido de nuevo y viera el mundo por primera vez. Y también el mundo transmitía frescura y novedad, como si le hubieran acabado de cortar el cordón umbilical y le estuvieran dando el primer baño. Como si todo fuera nuevo, y hubiera sido posible dejar atrás todo lo malo, todo lo que se había torcido. En aquel momento tenía dos vidas: lo que yo no pudiera alcanzar, lo alcanzaría mi hijo. Teníamos toda una vida por delante. Todos nosotros teníamos una vida por delante...

Homero calló. Vio difuminarse los edificios de diez pisos de la época de Stalin en el color rosado de las brumas vespertinas, se sumergió en el bullicio de la Tverskaya, aspiró el aire dulzón contaminado por los tubos de escape, cerró los ojos y dejó que el aguacero le mojase la cara. Cuando volvió en sí, las gotitas de lluvia le brillaban todavía en las mejillas y en el rabillo de los ojos.

Se secó precipitadamente con la manga.

—¿Sabes? —le dijo la muchacha, no menos desconcertada—. Quizá la lluvia sea hermosa. Yo no puedo recordarla. ¿Me contarás más cosas sobre ella? Si quieres —prosiguió, sonriente— puedes ponerme en tu libro. Alguien tendrá que hacerse responsable del final de esta historia.

—Aún es demasiado pronto —le respondió con severidad el médico.

Sasha no sabía cómo explicarle a aquel burócrata la importancia de lo que acababa de pedirle. Tomó aliento para otro asalto, pero al final se contentó con hacerle un gesto poco amable con la mano que tenía sana y se volvió.

—Tendrá que armarse de paciencia. Pero, visto que se sostiene en pie, y que se siente bien, la autorizo a dar un paseo. —El médico recogió el instrumental en una pequeña bolsa de plástico y le tendió la mano a Homero—. Volveré dentro de unas horas. El gobierno de la estación ha ordenado que llevemos su caso con especial cuidado. En cualquier caso, estamos en deuda con usted.

Homero le arrojó a Sasha una chaqueta de soldado llena de manchas. La joven salió, siguió al médico por las otras secciones del hospital militar, por una serie de salas y habitaciones repletas de mesas y camastros, y luego bajaron dos trechos de escaleras, y, por una puerta pequeña y discreta, salieron a una gigantesca estancia. Sasha se quedó petrificada en el umbral, incapaz de ir más allá. Nunca había visto nada semejante. La presencia de tantas personas vivas en un mismo lugar sobrepasaba su imaginación.

¡Millares de rostros sin máscara! Y tan distintos: los había de todas las edades, desde frágiles ancianos hasta bebés. Los hombres eran incontables: barbudos, afeitados, altos y enanos, exhaustos y llenos de vigor, demacrados y musculosos. Unos habían quedado mutilados en el combate, otros tenían defectos de nacimiento. Algunos eran de una belleza radiante, otros, a pesar de su escaso atractivo físico, irradiaban un secreto magnetismo. Y no menos mujeres: las había de nalgas anchas, rubicundas verduleras con pañuelos en la cabeza y chaquetas acolchadas, pero también muchachas pálidas, de formas estilizadas, con vestidos de muchos colores y collares entrelazados.

¿Se iban a dar cuenta de que Sasha era distinta? ¿Lograría confundirse entre ellos? ¿Hacer como si fuera uno de ellos? ¿O se arrojarían sobre ella y la descuartizarían, igual que las hordas de ratas descuartizan a una foránea albina? Al principio le pareció que todos los ojos se habían vuelto hacia ella, y cada vez que descubría una mirada se sentía hervir por dentro. Pero, al cabo de un cuarto de hora, se había acostumbrado: unos la miraban con hostilidad, otros con interés, y otros, incluso, con excesiva insistencia. Pero la gran mayoría no le prestaba ninguna atención. Sus ojos se deslizaban sobre Sasha con indiferencia y seguían más allá, sin hacerle ningún caso.

Se le ocurrió que aquellas miradas distraídas, nada perspicaces, debían de ser el aceite de engrasar con el que se untaban las ruedas dentadas de aquel febril mecanismo. Si todos los que estaban allí se hubieran prestado mutuamente atención, el roce habría sido tan fuerte que la máquina entera se habría detenido al instante.

Para fundirse con aquella masa no iba a necesitar vestidos, ni un peinado nuevo. Le bastaría con no mirar a lo más profundo de los ojos de los demás, sino apartar la mirada después de un breve encuentro, un encuentro siempre glacial. Si se camuflaba en su fingida indiferencia, no le costaría nada pasar sin detenerse entre los habitantes de la estación, siempre en movimiento, siempre unidos en un gran engranaje.

Durante los primeros minutos, aquel caldo hirviente de olores humanos le había aturrido también el sentido del olfato, pero enseguida se acostumbró, aprendió a filtrar la información relevante y prescindir de todo lo demás. A través de la repulsiva fetidez de los cuerpos sin lavar, percibió también aromas juveniles, atractivos y, de vez en cuando, una fragancia que avanzaba sobre la multitud como una ola en el mar: una mujer perfumada que había pasado cerca. Se le añadían el olor de la carne asada y el hedor de los contenedores de basuras. En una palabra: Sasha pensó que el pasillo entre las dos estaciones Paveletskaya olía a vida, y cuanto más fuerza cobraba el olor que la aturdía, más dulce lo encontraba.

Probablemente habría necesitado un mes para explorar aquel pasillo que parecía no tener fin. Todo era tan abrumador...

Había puestos donde se vendían joyas montadas con docenas de trocitos amarillentos de metal decorados con impresiones. Sasha habría podido pasarse horas enteras mirándolas. Y también había gigantescos anaqueles repletos de libros, en los que se ocultaban saberes secretos que en toda su vida no podría llegar a conocer.

Un vendedor llamaba a voces a los transeúntes a su puesto, donde estaba escrito: flores. Ofrecía un amplio surtido de tarjetas de felicitación con ramos de flores dibujados. ¡Sasha recordaba que le habían regalado alguna tarjeta como ésas cuando era niña, pero nunca había visto tantas juntas!

Vio bebés en el pecho de su madre, y niños más grandes, que jugaban con gatos de verdad. Parejitas que se acariciaban con los ojos y otras que lo hacían con las manos.

Los hombres trataban de abordarla. La muchacha habría podido interpretar su atención y su interés como mera manifestación de hospitalidad, o como un intento de venderle alguna cosa. Pero había algo en el tono de su voz que le resultaba incómodo, e incluso le inspiraba asco. ¿Qué querían de ella? ¿Acaso no había allí bastantes mujeres? Había visto verdaderas bellezas. Envueltas en vestidos de colores, se asemejaban a los capullos de flor recién abiertos de las tarjetas de felicitación. Sasha se imaginó que los hombres no hacían otra cosa que burlarse de ella.

Pero ¿acaso podía despertar la curiosidad de un hombre? De pronto, una duda que no había conocido hasta entonces empezó a corroerla. Tal vez lo hubiera entendido todo mal... pero ¿por qué no podían ser las cosas como ella se las imaginaba? Algo en su interior empezó a agitarse dolorosamente, allí, bajo las costillas, en la suave hondonada de su cuerpo... pero aún más hondo. En aquellas regiones cuya existencia había descubierto veinticuatro horas antes.

Para liberarse de su inquietud, paseó de nuevo a lo largo de los puestos. En ellos se encontraban todas las mercancías imaginables: chalecos antibalas y adornos para la casa, vestidos y aparatos. Pero apenas si le interesaban. Su voz interior había dejado en un segundo plano a la bulliciosa muchedumbre, y las estampas que su imaginación estaba dibujando tenían formas más definidas que los seres vivos que la rodeaban.

¿Merecía que arriesgara su vida por ella? ¿Podría condenarlo después de lo que había ocurrido? Y, por encima de todo: ¿Qué sentido podían tener los estúpidos pensamientos de la joven? En esos momentos en los que ya no podía hacer nada por él...

De súbito, antes de que Sasha comprendiera el porqué, desaparecieron todas sus dudas, y su corazón se apaciguó. Escuchó dentro de sí, y oyó... el eco de una melodía lejana, una melodía que venía de fuera y fluía junto al coro de la multitud, sin mezclarse con éste.

La música, para Sasha, significaba en primer lugar —como para todo el mundo— las canciones de cuna de su madre. Pero durante muchos años había tenido que contentarse con ellas: su padre no había tenido nunca inclinaciones musicales y cantaba de mala gana. Y, además, no le había gustado nunca recibir a músicos ambulantes y otros saltimbanquis en la Avtozavodskaya. Y los centinelas que graznaban sus canciones militares en torno a las hogueras, unas veces melancólicas, y otras ardientes, no habían logrado nunca afinar de verdad sus guitarras de madera, ni las tensas cuerdas que se hallaban en el interior de Sasha.

Pero lo que estaba oyendo no era una aburrida cantinela. Se parecía, sobre todo, a la voz suave y burbujeante de una mujer joven, de una muchacha, pero su tono era demasiado agudo para una garganta humana, y, al mismo tiempo, tenía una potencia inusual. ¿Con qué podía comparar esa maravilla?

El cántico del desconocido instrumento embrujaba a todos los presentes, los elevaba a las alturas y los transportaba a una inacabable lejanía, a mundos que los que habían nacido en el metro desconocían, cuyas posibilidades no alcanzaban a presentir. Esa música hacía soñar e infundía la creencia de que los sueños podían volverse realidad. Despertaba en todo el mundo una incomprensible nostalgia y les prometía, al mismo tiempo, que la podrían saciar. E inspiró en Sasha el sentimiento de haber hallado una linterna en una estación por la que había deambulado durante mucho tiempo sin encontrar el camino, una linterna que le revelaba la salida con su luz.

Se detuvo ante la tienda de un herrero. En un tablón de madera se exponían cuchillos de varios tipos: desde navajas de bolsillo hasta puñales de asesino, largos como una mano de hombre. Sasha contempló las armas blancas en absoluta inmovilidad, como alhelada.

Una lucha salvaje rugía en su interior. Una idea simple y seductora se estaba formando en su pecho. El viejo le había dado un puñado de cartuchos, suficientes para comprar un cuchillo negro de hoja dentada, ancho y bien afilado, idóneo para su plan.

Sasha tardó un minuto en decidirse y en superar sus propias dudas. Escondió su compra en un bolsillo del mono, tan cerca como pudo del lugar que le dolía, y cuyo dolor pretendía combatir. Cuando regresó al hospital, no sentía ya el peso de la chaqueta de soldado, ni el rumor en las sienes.

La multitud impedía que la muchacha pudiera ver a su alrededor, y el músico que producía los maravillosos sonidos en la lejanía le era invisible. Parecía, sin embargo, que la melodía la capturase, que la indujese a volver atrás, que quisiera disuadirla de sus propósitos.

Fue en vano.

Llamaron de nuevo a la puerta.

Homero estaba en cuclillas, pero se levantó entre gruñidos, se secó los labios con la manga y tiró de la cadena. Le había quedado un rastro pardusco sobre la tela verde y sucia de la chaqueta. Vomitaba por quinta vez en un solo día, aunque no hubiera comido nada.

«Estos síntomas pueden deberse a causas muy variadas», se decía. ¿Por qué tenía que imaginarse que se trataba de un desarrollo acelerado de la enfermedad? Tal vez se tratara de...

—¿Va a terminar de una vez? —le chillaba una impaciente voz de mujer.

¡Santo cielo! ¿Sería que, con las prisas, no había visto bien el cartel de la puerta? Homero se secó el sudor del rostro con la manga, trató de aparentar indiferencia y abrió el pestillo.

—¡El típico borracho! —Una mujerona muy acicalada lo empujó a un lado y cerró la puerta tras de sí.

«Pues vaya», pensó Homero. Resultaba que tenía pinta de beodo. Se plantó frente al espejo del lavabo y acercó la frente. Poco a poco recobró el aliento, se miró en el espejo y se estremeció: el filtro que le cubría la boca se había corrido hacia abajo y le colgaba bajo el mentón. Se apresuró a volver a colocárselo sobre el rostro y cerró los ojos. No, no podía pasarse todo el día pensando que condenaba a muerte a todos los seres humanos con los que se encontraba. De nada le habría valido marcharse: si de verdad estaba infectado —y no se confundía con los síntomas—, la estación entera estaba destinada a morir. Empezando por esa mujer, que no había cometido otro delito que tener que ir al servicio. ¿Qué iba a hacer si Homero le decía que, como mucho, le quedaba un mes de vida?

«¡Qué estúpido es esto!», pensó Homero. Estúpido e idiota. Habría querido llevar la inmortalidad a todos los que se cruzaban en el camino de su vida. Pero su destino era el de un ángel de la muerte, un ángel de la muerte palurdo, alopécico, desnortado. Se sentía como si le hubieran cortado las alas y le hubiesen puesto una argolla en el pescuezo, una argolla donde le habían grabado un plazo de treinta días. Ése era todo el tiempo que tenía para actuar.

¿Sería el castigo por su engreimiento y su soberbia?

No, no podía callar más. Y sólo había una persona con quien pudiera sincerarse. De todos modos, no podría engañarlo durante mucho tiempo y, sin duda, todo sería más fácil para los dos si jugaba con las cartas a la vista.

Con pasos inseguros, se dirigió al hospital.

La habitación se encontraba al final del pasillo. Normalmente había una enfermera sentada a la puerta, pero en esta ocasión la silla estaba vacía. Por el hueco de la puerta entornada se oía un lloriqueo entrecortado. Homero alcanzó a comprender palabras sueltas, pero, aunque pasó un buen rato a la escucha, sin moverse, no logró reconstruir frases enteras.

—Más fuerte... luchar... es necesario... aún tiene sentido... resistencia... recordar... aún es posible... error... condena...

Las palabras parecían gruñidos, como si el dolor hubiera sido insoportable y hubiese impedido a la persona sujetar sus pensamientos, que deambulaban sin rumbo fijo. Homero entró en la habitación.

Hunter yacía inconsciente sobre unas sábanas húmedas y revueltas. La venda que oprimía el cráneo del brigadier se había corrido hasta cubrirle los ojos, sus mejillas demacradas estaban perladas de gotitas de sudor. La mandíbula inferior, con barba de varios días, colgaba inerte. Su ancho pecho subía y bajaba con dificultad, como si se hubiera tratado del fuelle de un herrero, un herrero que tan sólo a costa de enormes esfuerzos lograba mantener viva la llama dentro de un cuerpo demasiado grande.

La muchacha estaba sentada junto a la cabecera de la cama, de espaldas a Homero, con sus delgadas manos entrelazadas por detrás. Aunque en un primer momento no se dio cuenta, el viejo distinguió, al fijarse bien, el cuchillo negro sobre la tela oscura del mono de trabajo. La muchacha aferraba con desesperación su empuñadura.

La señal sonora.

Una vez más. Y otra.

Mil doscientas treinta y cinco. Mil doscientas treinta y seis. Mil doscientas treinta y siete.

Artyom no contaba los tonos porque quisiera justificarse ante el comandante. Los contaba porque quería percibir alguna especie de movimiento. A medida que se alejaba del momento en el que había empezado a contar, se acercaba también, cada vez que sonaba la señal, al instante en el que terminaría aquella locura.

¿Autoengaño? Sí, probablemente. Pero escuchar esa señal y saber que no iba a terminar jamás era insoportable. Aun cuando al principio, cuando sonó por primera vez, le hubiera gustado: igual que un metrónomo, aquel monótono sonido había puesto orden en el barullo de sus pensamientos, le había vaciado la cabeza, había dado calma a su corazón desbocado.

Pero los minutos que la señal cortaba como rodajas se parecían tanto entre sí que Artyom se sentía como en una ratonera del tiempo. No podría escapar de ella hasta que todo terminara. En la Edad Media había existido una tortura semejante: se desnudaba al criminal y se le ponía dentro de un barril. Una vez allí, le iban cayendo inacabables gotitas de agua sobre su cabeza. Como consecuencia, el infortunado perdía gradualmente la razón. Donde el potro fracasaba, algo tan simple como el agua obtenía magníficos resultados...

Artyom tenía que estar pendiente del teléfono y no se atrevía a alejarse de él ni un segundo. Había tratado de pasarse el turno entero sin beber, para que las necesidades fisiológicas no lo apartasen del aparato. El día anterior no había podido contenerse, se había escabullido de la habitación, había corrido hasta el retrete y había vuelto a toda prisa. Aguzó el oído cuando aún se encontraba en el umbral, y lo recorrió un escalofrío: la frecuencia no era la misma, la señal se había acelerado, no era tan pausada como antes. Sólo podía significar una cosa: el instante que había esperado durante tanto tiempo había llegado mientras él estaba fuera. Angustiado, miró hacia la puerta por si alguien lo veía, marcó de nuevo el número y pegó el oído al auricular.

Se oyó un clic en el aparato, y la señal empezó de nuevo, con el ritmo habitual. La de línea ocupada no volvió a sonar, ni hubo nadie que descolgara el teléfono. Pero Artyom no se atrevió a colgar de nuevo, y tan sólo de vez en cuando, al sentirse una oreja demasiado caliente, pasaba el auricular a la otra, haciendo un tremendo esfuerzo para no descontarse.

No informó a su superior del incidente, y él mismo no estaba seguro de haber oído de verdad algo que se apartara de aquel ritmo eternamente igual. Sus órdenes eran: llamar. Y hacía una semana que vivía sólo para cumplir ese deber. Cualquier negligencia lo llevaría ante un tribunal, y éste no distinguiría entre un error y un sabotaje.

Por otra parte, el teléfono le ayudaba a calcular cuánto tiempo debería pasarse todavía allí sentado. Artyom no tenía reloj, pero se había fijado en el del comandante que le había dado las instrucciones, y lo había empleado para constatar que la señal se repetía cada cinco segundos. Así pues, doce tonos equivalían a un minuto, 720 a una hora, 13.680 a un turno entero. Se asemejaban a diminutos granos de arena que fueran

cayendo desde un recipiente de cristal a un segundo recipiente sin fondo. Y en el estrecho cuello que los unía estaba Artyom, encogido, escuchando el transcurrir del tiempo.

No soltaba el receptor porque en cualquier momento podía presentarse el comandante para ver lo que hacía. Por otra parte... nada de lo que pudiera hacerse allí tenía ningún sentido. Era evidente que al otro extremo de la línea no quedaba nadie con vida. Siempre que cerraba los ojos, Artyom veía la misma imagen...

Veía el despacho del jefe de estación, bloqueado desde dentro, y a éste con la cara sobre la mesa, y la Makarov todavía en la mano. El disparo le había atravesado los oídos, y no podía oír ya la señal del teléfono. Los que estaban fuera no habían logrado derribar la puerta, pero el desesperado rumor del viejo aparato se colaba por el ojo de la cerradura y el resquicio de la puerta, se arrastraba por el andén sobre el que yacían todos los cadáveres hinchados... durante un rato había sido imposible oír el teléfono por culpa del griterío de la multitud, el roce de los pies, el llanto de los niños. Pero no quedaba ya ningún sonido que turbara el descanso de los muertos. Sólo brillaba la luz roja intermitente de los equipos electrógenos de emergencia, que poco a poco se morían.

La señal sonora.

Una vez más.

Mil quinientas sesenta y tres. Mil quinientas sesenta y cuatro.

No hallaba respuesta.

11

OBSEQUIOS

¡Reporte!

Fuera como fuese, el comandante siempre lograba sorprender. En la guarnición se contaban leyendas sobre él. En otro tiempo había sido mercenario, famoso por su destreza con las armas cortantes y punzantes, tristemente célebre por su habilidad para actuar sin ser visto. En otro tiempo, antes de instalarse en la Sevastopolskaya, había masacrado sin la ayuda de nadie destacamentos enteros en los puestos de vigilancia de las guarniciones enemigas, porque sabía aprovechar sus más mínimos deslices.

Artyom se puso en pie, sosteniendo el receptor entre el hombro y la oreja. Saludó militarmente y, no sin cierto disgusto, dejó de contar los tonos. El comandante se acercó al plan de servicio, consultó el reloj, apuntó las cifras «9:22» junto a la fecha —3 de noviembre—, firmó y se volvió hacia Artyom.

—¡Sin novedad! Esto es, no ha llamado nadie.

—¿Absoluto silencio? —El comandante movió las mandíbulas e hizo crujir los músculos de su nuca para relajarlos—. No me lo puedo creer.

—¿El qué? —le preguntó Artyom, intranquilo.

—Que haya acabado también con la Dobryninskaya. ¿Es posible que la peste haya llegado hasta la Hansa? ¿Entiende en qué situación nos encontraríamos si se contagiara por la Línea de Circunvalación?

—Pero no tenemos información precisa —le respondió Artyom, inseguro—. Puede ser que haya empezado. No disponemos de ningún contacto.

—¿Y qué sucederá si la línea está dañada? —El comandante se inclinó sobre la mesa y se puso a golpetear con los dedos.

—Pero entonces estaría igual que la línea que nos conectaba con la base. —Artyom señaló con la cabeza al túnel que llevaba hasta la Sevastopolskaya—. Y esa está muerta del todo. Aquí, por lo menos, nos llega la señal de la línea. Eso significa que el sistema funciona.

—El caso es que la base no parece necesitarnos —dijo el comandante con voz tranquila—. No ha venido nadie más desde allí. De hecho, es posible que la base haya dejado de existir. Y también la Dobryninskaya. Escuche, Popov, si allí no queda nadie con vida, pronto estiraremos la pata también nosotros, y todos los demás. Nadie vendrá en nuestra ayuda. ¿De qué nos sirve la cuarentena, entonces? Podríamos pasar ya de todo esto, ¿no cree? —Una vez más, movió las mandíbulas en silencio.

Artyom sintió pavor. ¡Aquellas palabras eran una herejía! Sin poder evitarlo, recordó la costumbre que tenía el comandante de dispararles al vientre a los desertores antes de leerles la sentencia.

—No, mi comandante, la cuarentena es necesaria.

—Sí... hoy se han puesto enfermos otros tres. Dos de aquí, y uno de los nuestros. Y Akopov ha muerto.

—¿Akopov? —Artyom tragó saliva y parpadeó. Sintió la boca seca.

—Se ha suicidado partiéndose la cabeza contra las vías —siguió explicándole el comandante con la misma tranquilidad en la voz—. Yo pensaba que no iban a soportar el sufrimiento. No es el primer caso. Debe de doler como mil diablos para que un hombre se pase media hora de rodillas tratando de abrirse el cráneo a golpes, ¿no cree?

—Desde luego. —Artyom apartó la cara.

—¿Y usted? ¿Tiene náuseas? ¿Se siente débil? —Le preguntó el comandante, preocupado, y le iluminó el rostro con una pequeña linterna de bolsillo—. Abra la boca. Diga «Ahhh». Estupendo. Escuche, Popov, tiene que conseguir que alguien responda. Al final tendrá que responder alguien, Popov, habrá alguien en la Dobryninskaya que le responda, y que le diga que en la Hansa han inventado una vacuna y que sus equipos sanitarios están en camino hacia aquí. Y que se llevarán a los sanos. Y que curarán a los enfermos. Y que no nos vamos a quedar para siempre en este infierno. Que volveremos

a casa, con nuestras mujeres. Usted, con su Galya, y yo con Alyona y Vera. ¿Comprendido?

—Desde luego —Artyom asintió con gesto forzado.

—¡Soldado... descanse!

Su largo cuchillo no había podido con el peso de la criatura que se abatía sobre él, y se había roto junto a la empuñadura. La hoja se había clavado tan profundamente en su tronco que ni siquiera habrían tratado de extraérsela. El calvo, con todo el cuerpo lleno de heridas de garras, había pasado tres días inconsciente.

Sasha no podía ayudarle, pero tenía que verlo. Por lo menos para darle las gracias, aunque él no pudiera oírla. Pero los médicos no le permitían entrar en su habitación. Le decían que el herido, ante todo, necesitaba reposo.

Sasha no sabía bien cuáles eran los motivos por los que el calvo había matado a todos los hombres que iban en la dresina. Pero si los hubiera matado para salvarla a ella, la muchacha lo habría considerado justificación suficiente. Sasha trataba de creérselo, pero no lo conseguía. Debía de haber otra explicación: en vez de rogar, Hunter prefería matar.

En la Paveletskaya, sin embargo, todo había sido distinto: había seguido a Sasha y se había mostrado dispuesto a morir por ella. Así pues, la joven no se había equivocado. ¿Existiría de verdad un vínculo entre ambos?

En la Kolomenskaya, cuando Hunter la había llamado, Sasha había esperado una bala, y no una invitación a marcharse con ellos. Pero, al darse la vuelta, la muchacha había percibido una transformación en él, a pesar de que su terrorífico rostro mantenía su inalterable rigidez. Lo había visto en sus ojos: de repente, otro hombre la había mirado por sus inmóviles pupilas negras. Un hombre que sentía interés por ella.

Un hombre a quien le debía la vida.

¿Tenía que darle su anillo de plata, con el mismo significado con que su madre se lo había dado a su padre? ¿Y si el calvo no comprendía ese signo? Pero, si no, ¿cómo podría manifestarle su agradecimiento?

Regalarle un cuchillo en sustitución del que había perdido por ella ya era algo. Cuando, iluminada por aquel sencillo pensamiento, se había detenido ante la tienda del herrero y había pensado en cómo hacerle llegar el arma, cómo lo entendería él, qué le diría, se olvidó por completo de que estaba a punto de regalarle a un asesino un nuevo instrumento con el que rajaría gargantas y abriría estómagos.

No, en ese instante no veía en él a un bandido, sino a un héroe, no a un asesino, sino a un guerrero. Y, por encima de todo, a un hombre. Y le había venido a la cabeza un pensamiento confuso, más bien un presentimiento: como se le había roto el arma, no quería despertar. Quizá si volvía a tener un cuchillo entero... como un amuleto... y así, al fin, se lo había comprado.

Y en ese momento, Sasha, al lado de su cama, con el regalo oculto tras la espalda, albergaba la esperanza de que Hunter reaccionara, o de que, por lo menos, sintiese la cercanía del puñal. El calvo se agitaba una y otra vez, farfullaba, gimoteaba palabras aisladas, pero no despertaba. La oscuridad lo tenía preso.

Hasta aquel momento, Sasha no había dicho su nombre ni una sola vez, ni en voz alta, ni para sí misma. Pero entonces lo susurró, como para probar, y luego dijo en voz alta: «Hunter».

El calvo calló. Pareció que la escuchase, como si se hubiera hallado a una distancia inimaginable y la voz de la muchacha le hubiese llegado a los oídos como un eco a duras penas audible. Pero no le respondió. Sasha lo repitió una vez más, con más fuerza y más ahínco. No pensaba rendirse hasta que abriera los ojos. Quería ser su luz en el túnel.

En el pasillo se oyó un grito de sorpresa. Reconoció el sonido de unas botas. Sasha se agachó al instante y depositó el puñal sobre la mesilla, junto a la cabecera de la cama.

—Esto es para ti —dijo.

De repente, unos dedos de hierro le apretujaron la mano. Habrían podido romperle todos los huesecillos. Los ojos del herido estaban abiertos, pero tenían la mirada perdida.

—Gracias —murmuró.

La muchacha no hizo ningún intento por liberarse de su cepo.

—¿Qué haces ahí? —Un joven larguirucho, vestido con una bata blanca y manchada, le clavó una jeringa en el brazo a Hunter y éste, al instante, se relajó. Entonces, el enfermero agarró a Sasha y le susurró entre dientes—: ¿Es que no lo entiendes? Su estado... el médico ha prohibido...

—¡Eres tú el que no entiende nada! Necesita algo a lo que pueda aferrarse. Vuestras jeringas lo único que hacen es debilitarle todavía más las manos...

El enfermero iba a empujar a Sasha hasta la salida, pero ésta se le adelantó, se volvió y lo miró con los ojos llenos de cólera.

—¡Que no vuelva a verte por aquí! ¿Y qué es eso? —Había visto el cuchillo.

—Es... es suyo —balbuceó Sasha—. Se lo había traído. Si no fuera por él... esos animales me habrían hecho pedazos.

—¡Y a mí me hará pedazos el médico como se entere de esto! —exclamó el enfermero—. ¡Lárgate de aquí!

Sasha tuvo un instante de vacilación, se volvió de nuevo hacia Hunter, que dormía un sueño profundo, y terminó de decirle lo que le había querido decir:

—Gracias. Me has salvado.

Entonces, cuando salía de la habitación, se oyó una voz ronca:

—Yo sólo quería... matar al monstruo...

La puerta se cerró ante la cara de la muchacha, y la llave sonó en la cerradura.

No había empuñado el cuchillo para eso. Homero se dio cuenta enseguida, al oír cómo la muchacha decía el nombre del enfebrecido brigadier: con voz exigente, suave y quejumbrosa a un tiempo. En un primer momento había pensado en intervenir, pero luego se lo pensó y se contuvo. No había necesidad de proteger a nadie. Todo lo que podía hacer era retirarse lo antes posible para no molestar a Sasha.

Tal vez la muchacha tuviera razón. En la Nagornaya, Hunter había olvidado a sus compañeros, los había abandonado a las fauces del fantasmagórico cíclope. Pero en esa última lucha... ¿podía ser que la muchacha significara algo para el brigadier?

Homero anduvo sin prisas, meditabundo, hasta su habitación en el hospital. Un enfermero le salió al paso y tropezó con él, pero el viejo ni se enteró.

Había llegado el momento de entregarle a Sasha lo que le había comprado. Todo apuntaba a que no tardaría en necesitarlo.

Sacó un paquetito del cajón y se entretuvo jugueteando con él. Al cabo de unos minutos la muchacha irrumpió en la habitación, nerviosa, confundida y airada. Se sentó sobre su cama, recogió las piernas y se quedó mirando a un rincón. Homero aguardó a que la tempestad amainara, o pasara de largo. Sasha callaba, y empezó a morderse las uñas. Había llegado el momento de actuar.

—Tengo un regalo para ti. —El viejo se acercó a ella y dejó el paquete sobre la colcha, al lado de la muchacha.

—¿Por qué? —le espetó la joven, sin salir de su concha de caracol.

—¿Por qué se hacen los regalos normalmente?

—A cambio de algo bueno —le respondió Sasha con convicción—. A cambio de algo bueno que te han hecho, o que esperas que te hagan.

—Entonces diremos que este regalo es a cambio de algo bueno que me has dado. —Homero sonrió—. No te voy a pedir más.

—Yo no te he dado nada —replicó la joven.

—Pues entonces ¿cómo es que sales en mi libro? —Homero hizo una jocosa mueca de dignidad ofendida—. Ya te he puesto en él. Por lo tanto, tenemos que pasar cuentas. No me gusta estar en deuda. Bueno, venga, desenvuélvelo.

—A mí tampoco me gusta estar en deuda —dijo Sasha, y abrió el paquete—. ¿Qué es esto? ¡Oh!

Tenía en las manos como un estuche plano, de plástico rojo, con dos mitades plegables. En otro tiempo había sido una polvera, pero sus dos recipientes —para los

polvos y para el carmín— llevaban mucho tiempo vacíos. En cambio, el espejito de debajo de la tapa se había conservado bien.

—Aquí me veo mejor que en un charco. —Sasha, con los ojos como platos, contempló su propia imagen en el espejo. Se veía rara—. ¿Para qué me lo has dado?

—A veces merece la pena poder verse —le dijo Homero, sonriendo satisfecho—. Entonces se comprenden muchas cosas sobre uno mismo.

—¿Qué tengo que comprender sobre mí misma? —Sasha le hablaba de nuevo con cierta prevención.

—Hay personas que en toda su vida no se han visto en un espejo, y por eso se confunden a sí mismas con otro. A veces, verse a uno mismo es difícil, y no tenemos a nadie que nos lo pueda explicar. Esas personas viven durante mucho tiempo en su error, hasta que un día, por casualidad, tropiezan con un espejo. Y sucede a menudo que, cuando contemplan su propia imagen, no pueden creer que se estén viendo a sí mismas.

—¿Y a quién estoy viendo yo?

—Eso dímelo tú. —El viejo cruzó ambos brazos ante el pecho.

—A mí misma. Bueno... a una muchacha. —Para asegurarse, se puso el espejo frente a una de sus mejillas, y luego frente a la otra.

—Una mujer joven—le corrigió Homero—. Y la verdad es que no muy arreglada.

La muchacha se volvió varias veces hacia uno y otro lado, y luego le lanzó una mirada a Homero como si hubiese querido preguntarle algo. Cambió de idea, aguardó unos instantes en silencio, hizo acopio de valor y al fin exclamó:

—¿Soy fea?

El viejo carraspeó. Tuvo que hacer esfuerzos para controlar las comisuras de sus labios.

—Eso me cuesta decirlo. Estás tan sucia que no te veo bien.

Sasha enarcó las cejas.

—¿Cuál es el problema? ¿Es que los hombres no se enteran de si una mujer es guapa o no? ¿Hay que enseñároslo y explicároslo todo?

—Eso parece. Y las mujeres lo hacen a menudo para engañarnos. —Homero no pudo evitar una carcajada—. Un poco de maquillaje puede hacer maravillas con un rostro de mujer. Pero en tu caso no se trata de mejorar el retrato, sino de desenterrarlo. Cuando una estatua antigua está enterrada y lo único que sobresale al aire libre es el talón, difícilmente podemos saber cómo es el resto. —Y luego añadió en tono conciliador—: Aunque muy probablemente sea hermosísimo.

—¿Qué significa «antigua»? —le preguntó Sasha con suspicacia.

—Vieja —Homero se divertía cada vez más.

—¡Yo sólo tengo diecisiete años!

—Eso lo veremos luego. Después de desenterrarte.

El viejo abrió el bloc de notas por la última página escrita y se puso a leer de nuevo sus anotaciones. Poco a poco, su rostro se ensombreció.

Si algún día los desenterraran... a la muchacha, a Homero, y a todos los demás... En otro tiempo lo había pensado a menudo: ¿Qué pasaría si miles de años más tarde los arqueólogos investigaban en las ruinas de la antigua Moscú, cuando ya se hubiera olvidado su nombre, y encontraban un acceso al laberinto subterráneo? Seguramente pensarían que habían descubierto una gigantesca fosa común. Difícilmente se creería nadie que en aquellas oscuras catacumbas habían vivido seres humanos. Llegarían a la conclusión de que aquella cultura tan avanzada había padecido una fuerte degradación durante las últimas etapas de su existencia: habían enterrado a sus líderes en una cripta con todo su ajuar, sus armas, sus servidores y sus concubinas.

Su bloc aún tenía más de ochenta páginas en blanco. ¿Bastaría para unir a los dos mundos? ¿El de la superficie y el que se hallaba en la red de metro?

—¿No me escuchas? —La muchacha le tiró del brazo.

—¿Qué? Disculpa, me había perdido en mis pensamientos. —Se secó la frente.

—¿Las estatuas antiguas son bonitas de verdad? O sea, quiero decir, ¿las personas de hoy en día encuentran bonito lo mismo que les parecía bonito a los de antes?

El viejo se encogió de hombros. —Sí.

—¿Y en el futuro lo seguirán encontrando bonito?

—Supongo que sí. Siempre que quede alguien para juzgarlo.

Sasha enmudeció y se puso a reflexionar. Homero no prosiguió con la conversación, sino que se encerró de nuevo en sus cavilaciones.

Finalmente, la joven le preguntó, estupefacta:

—¿Eso quiere decir que si no hay personas tampoco habrá ninguna belleza?

—Probablemente no —le respondió él, distraído—. Si no hay nadie que la vea... los animales no la distinguen...

—Pero si los animales se distinguen de las personas en que no saben diferenciar lo que es bonito y lo que es feo, ¿pueden existir las personas si no hay belleza?

El viejo meneó la cabeza.

—Sí, desde luego. Hay muchas que no la necesitan.

Entonces, la muchacha se sacó un extraño objeto del bolsillo: un sobrecito cuadrado, de plástico, con figuras impresas. Tímida y orgullosa a un tiempo, como si hubiera mostrado un gran tesoro, se lo ofreció a Homero.

—¿Qué es esto?

—Dímelo tú. —Una sonrisa astuta le afloró al rostro.

—Ah, sí. —Se acercó precavidamente el cuadrado de plástico a los ojos, leyó las letras y se lo devolvió a la muchacha—. Es un paquete de té. Con un dibujito.

—Un dibujo —le corrigió ella, y añadió—: Un dibujo hermoso. Si no llego a tenerlo, me habría... me habría transformado en un animal.

Homero la contempló. Se dio cuenta de que los ojos se le llenaban de lágrimas y que la respiración se le volvía más pesada. «Ildiota sentimental!», se reprochó a sí mismo. Carraspeó y suspiró.

—¿No has subido nunca a la superficie? ¿A la ciudad? Aparte de esta única vez.

—¿Qué importa eso? —Sasha se guardó de nuevo el sobrecito—. ¿Me vas a decir que lo de arriba no es como el dibujo de este sobrecito? ¿Que no existen lugares como ése? Eso ya lo sé. Sé muy bien cómo es la ciudad. Las casas, el puente, el río. Todo vacío y desierto.

—En absoluto —le respondió Homero—. Yo nunca he visto una cosa tan bella. Lo que dices es como juzgar el metro entero por un único andén. ¿Cómo puedo describírtela? Edificios más altos que las rocas más encumbradas. Calles grandes en las que las gentes burbujearan como en un río de montaña. Un cielo que no se apagaba nunca, nieblas refulgentes... una ciudad ambiciosa, de vida breve, igual que cada uno de sus millones de habitantes. Demencial, caótica. Marcada por el intento de unificar lo que no era unificable, construida sin ningún plan. No era eterna, porque la eternidad es fría y carece de movimiento. ¡Pero estaba tan viva...! —Cerró los puños, y luego meneó la cabeza—. Tú no puedes entenderlo. Habrías tenido que verla con tus propios ojos... —En aquel instante, estaba convencido de que Sasha tenía que salir a la superficie para que viese todo lo que acababa de describirle. No se le había ocurrido que la muchacha no podría ver jamás la ciudad tal cual había sido en otros tiempos, cuando estaba viva.

Homero habló con alguien y consiguió que la llevaran —bajo vigilancia, como para una ejecución— al otro lado de las fortificaciones de la Hansa y la guiaran por la otra estación hasta las antiguas áreas de mantenimiento donde se hallaban las instalaciones de baño.

Lo único que tenían en común las dos estaciones Paveletskaya era el nombre. Parecía como si dos hermanas se hubieran separado al nacer, y una de ellas hubiese crecido en el seno de una familia rica y la otra, por el contrario, en una miserable estación de tránsito, o incluso en el túnel. La estación radial estaba sucia y decadente pero, de todos modos, también era amena y espaciosa. La que pertenecía a la Línea de Circunvalación parecía tener el techo demasiado bajo y las esquinas demasiado angulosas, pero estaba bien iluminada y brillaba como los chorros del oro. Esto último podía deberse a su carácter impersonal, incluso repelente. En aquel momento no se veía

a casi nadie. Al parecer, los que no trabajaban preferían el barullo de la estación radial al rigor y la seriedad de la Hansa.

Sasha se quedó sola en el vestuario. Vio azulejos amarillos en la pared y baldosas hexagonales en el suelo, muchas de ellas agrietadas. Había también taquillas de hierro pintado para los zapatos y la ropa, una bombilla que colgaba de un cable medio pelado, dos bancos recubiertos de cuero sintético repleto de cortes... la muchacha no se hartaba de mirar y mirar.

Una mujer flaca, la encargada de los baños, le entregó una toalla increíblemente blanca, así como una pastilla cuadrada de jabón, pesada, de color gris. E incluso le permitió, que cerrara la ducha por dentro.

La toalla pequeña y cuadrada, el olor algo mareante del jabón... todo ello pertenecía a un pasado, muy, muy remoto, en los tiempos en los que Sasha aún era la hija amada y protegida del jefe de estación. La muchacha había olvidado que todo aquello seguía existiendo en algún lugar.

Se quitó el mono, rígido de puro sucio, se quitó la camiseta por la cabeza, dejó que las bragas se deslizaran hacia el suelo y brincó hasta el tubo herrumbroso y la improvisada cubeta. Con mucho esfuerzo, hizo girar la válvula, y poco le faltó para quemarse los dedos. ¡El agua hervía! Apretó el cuerpo contra la pared mientras rebajaba el agua caliente y abría el otro grifo. Por fin consiguió la mezcla adecuada y oyó danzar... el agua la muchacha se disolvió bajo el chorro.

Las espumosas aguas arrastraron hasta el desagüe el polvo, las cenizas, el aceite de engrasar máquina y la sangre —tanto la suya como la de otros—, el cansancio y la desesperación, la culpa y las preocupaciones. Hubo que esperar un rato para que el arroyuelo se volviera transparente.

¿Sería suficiente para que el viejo no volviese a burlarse de ella? Sasha se miró los pies rosados, reblandecidos, como si no fuesen los suyos. Luego contempló sus manos, de un desacostumbrado color blanco. ¿Sería suficiente para que los hombres vieran su belleza?

Quizás Homero tuviese razón, y hubiera sido una idiotez visitar al herido sin arreglarse. Seguramente aún tenía mucho que aprender sobre esas cosas.

¿Podía ser que Homero no advirtiese la transformación de Sasha? La muchacha cerró el grifo, regresó al vestuario, abrió su espejito... ¡No, habría sido imposible no darse cuenta!

El agua caliente la había relajado y liberado de todas sus dudas. Lo que el calvo había dicho sobre el monstruo no se dirigía a ella, sino que formaba parte de una discusión que sostenía en sueños. No la había rechazado. La muchacha tendría que esperar, simplemente, a que volviera en sí. Hunter lo entendería todo al instante si la muchacha se encontraba a su lado en el momento del despertar. Y luego ¿qué? ¿Qué necesidad había de pensarlo en aquel momento? El hombre tenía sobrada experiencia, y la muchacha podría confiarse a él.

Se acordó de cómo se había agitado el calvo cuando era presa de la fiebre. Sabía, sin poder explicarlo, que Hunter la buscaba a ella. La muchacha le daría paz, le proporcionaría alivio, le ayudaría a encontrar un equilibrio. Sentía dentro de sí una calidez que crecía cuanto más pensaba en él.

Se le había quedado el mono cubierto de manchas y le habían dicho que se lo iban a lavar. Le entregaron unos pantalones vaqueros de color azul claro, muy gastados, y un jersey de cuello de cisne con agujeros. Su nueva ropa le venía pequeña. Cuando atravesó los puestos fronterizos, de vuelta hacia el hospital militar, todos los hombres le clavaron la mirada. Sasha llegó a su habitación con la sensación de tener que ducharse de nuevo.

El viejo no estaba, pero de todos modos no tuvo que pasar mucho tiempo sola. Al cabo de pocos minutos, se abrió la puerta, y el médico se asomó.

—Puede ir usted a visitarlo —le dijo—. Ha despertado.

—¿Qué fecha es hoy?

El brigadier se había incorporado con el codo apoyado sobre la cama, movía pesadamente la cabeza de un lado para otro y miraba fijamente a Homero. Éste, por puro reflejo, acercó la muñeca a los ojos, aunque hacía tiempo que no llevaba ningún reloj, y al darse cuenta de ello abrió ambos brazos.

—Día dos. De noviembre. —dijo el enfermero.

—Tres días. —Hunter se dejó caer de nuevo sobre la almohada—. Llevo tres días en la cama. Tenemos que ponernos en marcha. Si no, llegaremos demasiado tarde.

—Ahora mismo no llegarías muy lejos —le dijo el enfermero—. A duras penas te quedaba sangre en el cuerpo.

—Tenemos que ponernos en marcha —repitió el brigadier—. Nos queda muy poco tiempo... los bandidos... —De pronto, titubeó—: ¿Para qué necesitas el filtro de aire?

Homero se había preparado para la pregunta. Había dispuesto de tres días para disponer las líneas de defensa y organizar el contraataque. La inconsciencia de Hunter lo había librado de confesiones innecesarias. Tenía a punto una mentira bien meditada.

Se inclinó sobre el lecho del herido y le susurró:

—Esos bandidos no existen. Mientras estabas en la cama con fiebre... has hablado sin cesar. Lo sé todo.

—¿Qué sabes? —Hunter lo agarró por el cuello y tiró de él hacia sí.

—Sé que hay una epidemia en la Tulskeya... No ocurre nada —Homero le hizo señas al enfermero, que iba a auxiliarlo—. Déjelo en mis manos. Tengo que hablar con él. ¿Sería usted tan amable...?

El enfermero accedió de mala gana, volvió a colocar el tapón en la cánula y salió.

—En la Tulskeya... —Hunter clavó en Homero sus ojos inflamados, sus ojos de loco, pero su mano de hierro se fue abriendo lentamente—. ¿Y nada más?

—Tan sólo que en la estación ha estallado una epidemia incontrolable. Que se contagia por el aire. Y que los nuestros se han puesto en cuarentena y esperan ayuda.

—Bueno. Está bien... —El brigadier lo soltó—. Sí, hay una epidemia. ¿Y tienes miedo de haberte contagiado?

—Hombre prevenido vale por dos —le respondió Homero.

—Sí, sí. No pasa nada... yo no llegué a acercarme, y el chorro de ventilación iba hacia ellos... no pudimos contagiarnos.

Homero hizo acopio de valor.

—¿Por qué nos contaste esa historia de los bandidos? ¿Qué pretendes?

—Primero, ir hasta la Dobryninskaya y llegar a un acuerdo. Luego, descontaminar la Tulskeya. Tendremos que emplear lanzallamas. No nos queda ninguna otra solución...

—¿Quieres abrasar la estación entera? ¿Y qué será de los nuestros? —Homero tenía la esperanza de que las palabras del brigadier fuesen una nueva mentira, igual que todas las que había contado a los dirigentes de la Sevastopolskaya.

—Ahora ya sólo son cadáveres vivientes. No existe ninguna posibilidad de que se salven. Todas las personas que tuvieron contacto con los habitantes de la Tulskeya están infectadas. Todo el aire. Yo ya había oído hablar de esa enfermedad... —Hunter cerró los ojos y se lamió los labios agrietados—. No hay ningún antídoto. Hace algunos años hubo un primer brote. Dos mil muertos.

—Pero ¿la enfermedad dejó de contagiarse luego?

—Hubo un asedio. Lanzallamas. —El brigadier volvió hacia Homero su rostro desfigurado—. No existe ninguna otra solución. Si la enfermedad sale de allí, si una única persona contagiada logra escapar... será la muerte de todos nosotros. Sí, mi historia sobre bandidos era mentira. Si no, Istomin no habría dado la autorización para matarlos a todos. Es demasiado blando. Yo reuniré a gente que no hará preguntas.

—Pero seguramente existen personas inmunes a la infección. ¿Qué sucederá si quedan personas sanas? Yo... has dicho... quizás aún pudiéramos salvar a alguien.

—No existe ningún tipo de inmunidad —le replicó acaloradamente el brigadier—. Todos los que entran en contacto con la enfermedad se contagian. En esa estación no queda ninguna persona sana, tan sólo algunas que tienen más resistencia. Y para ellos

también va a ser cada vez más duro. Tendrán que sufrir durante más tiempo. Créeme, lo mejor para ellos será que les... lo mejor será que mueran.

—¿Y a ti qué te aporta eso? —Homero se apartó del camastro de Hunter. El brigadier, fatigado, cerró los párpados, y Homero se fijó, una vez más, en que el ojo que se encontraba en la parte desfigurada de su rostro no se cerraba del todo. Hunter tardó tanto en responderle que el viejo estuvo a punto de llamar al médico.

Pero entonces el brigadier le habló lentamente, alargando las palabras, apretando las mandíbulas, como si un hipnotizador le hubiese ordenado que buscara recuerdos extraviados en un pasado infinitamente lejano.

—Tengo que hacerlo. Proteger a los seres humanos. Eliminar todos los peligros. Sólo vivo para eso.

¿Habría encontrado el cuchillo? ¿Habría comprendido que se lo ofrecía ella? ¿Y si no lo adivinaba, o si no reconocía en ello ninguna promesa? ¿Entonces, qué? Había corrido de un extremo a otro del pasillo mientras ahuyentaba tales pensamientos. No tenía ni idea de cómo iba a decírselo... que lástima no haber estado junto a su cama cuando él despertó...

Sasha había oído casi toda la conversación. Había escuchado en silencio desde el umbral y se había estremecido al oírle hablar de la matanza. Por supuesto, no lo había entendido todo, pero tampoco le hacía falta. Había oído lo más importante. No tenía ningún motivo para escuchar más, y por ello llamó con fuerza a la puerta.

El viejo se volvió hacia ella con la desesperación en el rostro. Apenas se había movido, como si le hubieran inyectado un calmante que hubiese extinguido el fuego de sus ojos. Al ver a Sasha, asintió con la cabeza, pero sin energía. Tenía un aspecto como de condenado a la horca en el momento en el que la soga lo arrastra hacia arriba.

La muchacha se sentó sobre el borde del taburete, se mordió los labios y contuvo el aliento. Entonces, entró en un túnel nuevo e inexplorado.

—¿Te gusta mi cuchillo?

—¿De qué cuchillo me hablas? —El calvo miró alrededor y descubrió el puñal de empuñadura negra. No lo tocó, sino que miró a Sasha con desconfianza—. ¿A qué viene esto?

Fue como si alguien hubiera golpeado a la muchacha en la cara.

—Es para ti. El tuyo se rompió. Cuando... gracias...

Por unos instantes, se hizo un incómodo silencio en la habitación. Luego, el calvo dijo:

—Qué regalo más raro. No lo aceptaría de manos de nadie.

La muchacha creyó reconocer en sus palabras una especie de alusión, una ambigüedad, un sentido no expresado. Siguió con el juego sin comprender muy bien las reglas, y empezó a buscar las palabras idóneas. Las que le salieron fueron torpes, inadecuadas, pero es que la lengua de Sasha no estaba acostumbrada a describir lo que en aquel momento ocurría en su interior.

—¿Tú también percibes que llevo en mí un trozo de ti? El trozo que te arrancaron... que estabas buscando... que yo te puedo devolver...

—Pero ¿qué dices?

Fue como si le hubiera echado un cubo de agua fría. Sasha se quedó helada, pero no cedió.

—Sí que lo percibes. Que a mi lado estarás entero de nuevo. Que puedo y debo estar a tu lado. Si no, ¿por qué me sacaste de allí?

—Lo hice para darle gusto a mi camarada. —Hablaba con voz inexpresiva y hueca.

—¿Por qué me protegiste de los hombres que viajaban en la dresina?

—Los habría matado igualmente.

—Entonces, ¿por qué me salvaste también de la bestia?

—Tenía que acabar con todas ellas.

—¡Habría sido mejor que me devorara!

—¿No estás contenta de seguir con vida? —le preguntó él, asombrado—. Entonces lo único que tienes que hacer es subir por la escalera automática. Aún quedan muchas otras bestias como esas.

—Yo... quieres que yo...

—No, no quiero nada de ti.

—¡Te ayudaré a poner fin a esto!

—Te pegas a mí como una lapa.

—Pero ¿no sientes que...?

—Yo no siento nada. —Sus palabras sabían a aguas enmohecidas.

Ni siquiera las terribles zarpas del pálido monstruo habrían podido lastimar de tal manera a la joven. Sasha, herida, se puso en pie y se marchó corriendo.

Por fortuna, su habitación estaba vacía. Se arrojó en un rincón y se quedó allí, acurrucada. Metió la mano en el bolsillo y buscó el espejito para arrojarlo al suelo, pero no lo encontró. Debía de habersele caído mientras estaba en la habitación del calvo.

Cuando se le hubieron secado las lágrimas, entendió lo que tenía que hacer. No necesitaría mucho tiempo para recoger sus cosas. El viejo le perdonaría que se llevara su Kalashnikov. Se lo perdonaría todo. En una habitación contigua encontró su traje aislante, colgado de un gancho. Lo habían lavado y descontaminado. Como si un mago hubiera vaciado el cadáver de aquel gordo y lo hubiera condenado a seguir eternamente a Sasha y a cumplir su voluntad.

Se embutió en el traje, salió corriendo al pasillo y subió hasta el andén. Por el camino oyó de nuevo, cual soplo fugaz, la música hechicera cuyo origen no había alcanzado a descubrir. Tampoco en aquel momento tendría tiempo para buscarlo. Se detuvo tan sólo un instante... pero luego consiguió sobreponerse a la tentación y siguió hacia su meta.

De día, las escaleras mecánicas estaban guardadas por un único centinela. Mientras la luz brillase, las criaturas de la superficie no atacarían la estación.

Sasha no necesitó ni cinco minutos para verlo claro: el camino hacia la superficie estaba siempre abierto. En cambio, era imposible bajar por las escaleras mecánicas. Le entregó al bonachón del centinela un cargador de subfusil medio vacío y puso el pie sobre el primero de los escalones que subían al cielo.

A continuación, se recogió las perneras de los pantalones, demasiado holgadas, e inició el ascenso.

SEÑALES

En su hogar, la Kolomenskaya, el camino hasta la superficie era corto: exactamente cincuenta y seis escalones bajos. Pero la Paveletskaya se encontraba a mayor profundidad. Sasha no veía el final de las chirriantes escaleras por las que subía, unas escaleras perforadas por ráfagas de ametralladora. Su linterna tenía potencia suficiente como para iluminar las lámparas destrozadas y los carteles torcidos en los que aparecían rostros cubiertos de suciedad y rótulos grandes e incomprensibles.

¿Para qué quería salir al exterior? ¿De qué le serviría morir?

Pero, por otra parte, ¿quién la necesitaba allí abajo? ¿Quién la necesitaba de verdad? Como persona, no como personaje de un libro aún por escribir.

Para qué quería hacerse más ilusiones...

Al abandonar el cadáver de su padre en la desierta Kolomenskaya, Sasha había pensado que lograría llevar a término el plan de fuga que ambos habían abrigado durante tanto tiempo. Mientras llevara dentro de sí una parte de su padre —pensaba la muchacha—, estaría ayudando también a éste a alcanzar la libertad. Pero desde entonces no se le había aparecido en sueños ni una sola vez, y cuando la joven trataba de conjurar su imagen con la imaginación para compartir con él todo lo que había visto y vivido, se le aparecía siempre una figura muda, de contornos difuminados.

Así pues, su padre no podía perdonarla, ni quería que lo salvara de aquel modo.

Entre los libros que de vez en cuando traía su padre, y que la muchacha, siempre que le fuera posible, leía o por lo menos hojeaba antes de intercambiarlos por comida o por cartuchos, le había llamado la atención un viejo manual de botánica. Las ilustraciones no eran artísticas: tan sólo fotografías en blanco y negro, amarillentas, y dibujos a lápiz. Pero en los otros libros que habían llegado a sus manos no había ilustraciones de ningún tipo. Entre todas las plantas, las que más le habían gustado eran las enredaderas. O, mejor dicho: se sentía cercana a ellas, se sentía emparentada anímicamente con ellas. La muchacha, igual que las enredaderas, necesitaba algo que la sostuviera. Para poder crecer hacia arriba. Para salir a la luz.

Así, en aquel momento habría necesitado un tronco fuerte sobre el que pudiera apoyarse, un tronco al que abrazarse. No para nutrirse de la savia de un cuerpo ajeno, ni para robarle luz y calor, no. Sino porque su propio tallo era demasiado débil, demasiado flexible. No tenía firmeza suficiente para sostenerse por sí misma. Si se veía abandonada a sus propias fuerzas, tendría que arrastrarse por el suelo.

Su padre le había dicho siempre que no dependiera ni confiara en nadie. En aquella estación de mala muerte no había nadie más aparte de ellos dos, y su padre había sabido que no viviría por siempre. Habría preferido que la muchacha no creciera como una hiedra, sino como la quilla de un barco. Pero había olvidado que esto último era incompatible con la condición femenina.

Sasha habría podido sobrevivir sin él. También sin Hunter. Pero la unión con otro ser humano era su único motivo para pensar en el futuro. Cuando había abrazado al brigadier sobre la dresina que avanzaba a toda velocidad, su vida había hallado un nuevo sostén. La muchacha recordaba que era peligroso fiarse de los demás, e indigno depender de ellos. Por eso mismo, había tenido que violentarse a sí misma para declararles sus sentimientos a Hunter.

Sasha habría querido apoyarse en él, pero el brigadier se había llevado la impresión de que la joven no hacía otra cosa que aferrársele a las botas. Y entonces, ella, como no tenía nadie que la apoyara y se había visto pisoteada en el fango, juzgó que habría sido indigno buscar más. Hunter la había echado, le había dicho que saliera arriba. Pues bien, eso es lo que iba a hacer. Si una vez allí le ocurría algo, sería por culpa del brigadier. Sólo él habría podido conducirla en otra dirección.

Por fin, los escalones terminaron. Sasha se hallaba a la entrada de una gran sala con paredes de mármol. El techo era estriado, de metal, con varios boquetes. Por

éstos entraban, a cierta distancia, deslumbrantes rayos de luz. Eran de un color asombroso, blanco grisáceo, y sus salpicaduras llegaban hasta el rincón donde se encontraba la muchacha.

Sasha apagó la linterna, contuvo el aliento y siguió adelante sin hacer ruido.

Los orificios de bala y resquebrajaduras que se distinguían en las paredes indicaban que allí había habido seres humanos. Pero unos pasos más allá de la escalera automática reinaban otras criaturas. Los montones de estiércol seco, y los huesos y jirones de piel que se encontraban por todas partes le dieron a entender a Sasha que se encontraba en una madriguera de animales salvajes.

Se cubrió los ojos para protegerlos de la abrasadora luz y se dirigió a la salida. Cuanto más se acercaba a la fuente de luz, más impenetrables se volvían las tinieblas en los lejanos rincones de la gigantesca sala. La muchacha se acostumbraba gradualmente a la luz y al mismo tiempo, le resultaba cada vez más difícil ver en la oscuridad.

Las salas adyacentes estaban llenas de quioscos destrozados, montones de inconcebible porquería y viejas máquinas destripadas. Sin duda, los seres humanos habían empleado las salas de la Paveletskaya como centro de aprovisionamiento, y se habían estado llevando todo lo que pudiera resultarles útil, hasta que, cierto día, unas criaturas más fuertes los habían expulsado de allí.

Entonces, Sasha creyó descubrir un movimiento apenas perceptible en las oscuras esquinas, pero lo atribuyó a su creciente ceguera. Las tinieblas que anidaban en los rincones eran ya demasiado opacas para que la muchacha hubiera podido descubrir siluetas de monstruos dormidos en las montañas de basura.

El monótono rumor de una corriente de aire le había impedido a Sasha oír una pesada respiración, pero la muchacha no se dio cuenta hasta que pasó al lado de un montón de desechos que se agitaba suavemente. Se quedó inmóvil, escuchó con atención y clavó la mirada en un quiosco que se había venido abajo. Allí, entre sus restos, descubrió una extraña corcova... y se quedó como helada.

El montículo que había sido un puesto de venta respiraba. Casi todos los otros montículos que se encontraban alrededor se agitaron también. Para asegurarse, Sasha encendió de nuevo la linterna e iluminó uno de los bultos. El pálido rayo de luz encontró una piel blanca y llena de pliegues, recorrió un gigantesco cuerpo y murió en la oscuridad sin haber alcanzado su otro extremo. Era un congénere de la monstruosidad que había estado a punto de matarla, pero más grande.

Las criaturas se hallaban en una peculiar parálisis y no parecían haberse dado cuenta de la presencia de la muchacha. De repente, una de las bestias gruñó, respiró ruidosamente por las oblicuas rajas que le servían de ollares y empezó a moverse... Sasha se apresuró a esconder la linterna y echó a correr. A cada paso que daba por la siniestra guarida, tenía que hacer esfuerzos tremendos para dominarse: cuanto más se alejaba de la entrada del metro, mayor era el número de bestias, y más difícil le resultaba encontrar un camino que no pasara demasiado cerca de sus cuerpos.

Pero era demasiado tarde para dar media vuelta. Y en ese momento Sasha no tenía ningún interés por saber cómo regresaría al metro. Lo único que quería era pasar entre las criaturas sin sufrir ningún daño, salir afuera, mirar, emplear sus sentidos... ojalá las bestias no despertaran, ojalá la dejaran marchar... no necesitaría.

Apenas se atrevía a tomar aire, se esforzaba por no pensar —quizá esas bestias oyeran también los pensamientos—, y así se fue acercando a la salida. Una baldosa destrozada crujió, delatora, bajo sus botas. Un paso en falso, un crujido más fuerte, y las criaturas despertarían y la harían pedazos de inmediato.

Sasha no lograba liberarse de la idea de que hacía poco tiempo, tal vez un día antes, o incluso ese mismo día, había errado también entre monstruos dormidos. Por lo menos, la sensación le resultaba familiar. De repente, se detuvo.

Sasha estaba segura. A veces, las miradas ajenas se sienten en la nuca. Aunque las criaturas no tuviesen ojos, los instrumentos con los que exploraban el espacio circundante tenían una presencia mucho más poderosa que la más penetrante de las miradas.

No le hacía falta volverse para saber que una de las criaturas que se hallaban a sus espaldas había despertado, y que su pesada cabeza giraba hacia ella.

Pero lo hizo. Se volvió.

La muchacha había desaparecido, pero a Homero no le quedaban ganas de buscarla. En realidad, todo le daba lo mismo.

Aun cuando el diario del operador de comunicaciones le hubiese permitido abrigar, todavía, un destello de esperanza de que la enfermedad no iba a matarlo, Hunter había pisoteado sin misericordia ese destello. Homero había iniciado una conversación con el brigadier, una conversación que había preparado meticulosamente, como una especie de apelación contra la condena a muerte. Pero Hunter no había querido indultado, y tampoco habría podido. Homero, y nadie más que Homero, era responsable de su propio e inevitable destino.

Le quedaban tan sólo unas semanas, quizá menos. Diez páginas en el bloc de cubiertas de plástico.

Aún tenía muchas cosas por decir. Homero no se lo tomaba tan sólo como un deseo, sino como una obligación, sobre todo porque su involuntario descanso parecía acercarse a su fin.

Alisó el papel para retomar el relato en el mismo punto donde el médico le había obligado a dejarlo. Pero su mano una vez más, escribió: «¿Qué quedará de mí?»

¿Y qué quedaría de todos los infortunados que no habían podido salir de la Tuskaya? Quizás hubieran perdido toda esperanza, pero también podía ser que aún esperasen auxilio. En cualquier caso, les aguardaba un horrible final. ¿El recuerdo? Son tan pocos los humanos que dejan algún recuerdo...

Y, por otra parte, los recuerdos no tienen la solidez de un mausoleo. Seguramente Homero abandonaría la vida en un futuro no muy lejano, pero también desaparecerían con él todas las personas a las que había conocido. Y su personal visión de Moscú se desvanecería en la nada.

¿Dónde se encontraba en aquel momento? ¿En la Paveletskaya? Del Anillo de los Jardines sólo quedaba un paraje desolado y sin vida. Durante las últimas horas, un pesado aparato militar la había evacuado para dejar vía libre a los servicios médicos y escoltas policiales. A un lado y otro lado de la calle se erguían las torres destruidas, como dientes podridos y rotos... Homero se imaginaba muy bien el paisaje que encontraría si salía a la superficie, aunque nunca hubiera subido a aquella zona.

Antes de la guerra sí había estado allí a menudo. Se había citado con su novia en un café al lado de la estación de metro, y luego habían ido juntos a ver una película en la sesión de la tarde. Se acordaba de que muy cerca de allí se había hecho una revisión médica para el carné de conducir, una revisión de pago, chapucera y negligente. Además, se había reunido muchas veces con sus amigos en aquella estación para ir al bosque, a hacer una barbacoa...

De repente, le pareció ver, sobre el papel cuadriculado de su bloc de notas, la salida de la estación envuelta en la bruma de otoño, y dos rascacielos medio ocultos por la niebla: un nuevo y pretencioso edificio de oficinas en la Autopista de Circunvalación, en el que había trabajado uno de sus amigos, y el enrevesado remate de un hotel caro, al lado de un auditorio igualmente caro. En cierta ocasión había preguntado el precio de las entradas: costaban un poco más que dos semanas de sueldo de Nikolay.

Vio, e incluso oyó el tintineo de los tranvías de formas angulosas y pintados en blanco y azul, siempre abarrotados de viajeros insatisfechos. Se conmovió al recordar la irritación de éstos por las inofensivas apreturas. El Anillo de los Jardines, alegremente iluminado con millares de farolas y luces, cual gigantesca guirnalda. Copos de nieve tímidos, inadecuados en cierto modo, que se derretían sin llegar a tocar el negro asfalto. Y la masa humana: miríadas de partículas electrizadas, siempre cargadas, entrechocando, que parecían desplazarse caóticamente de un lado para otro pero que, en realidad, seguían un camino específico y bien trazado.

Contempló el desfiladero entre los monolitos de la época estalinista, desde el que avanzaban las aguas indolentes del gran río por el Anillo de los Jardines. Cientos y cientos de ventanas refulgían como pequeños acuarios a ambos lados de la amplia

avenida. Y también el fuego de neón de los carteles y los gigantescos anuncios que escondían grandes heridas en las que se iban a edificar prótesis de varios pisos... que no se iban a completar jamás.

Lo vio todo y comprendió que jamás lograría describir tamaña magnificencia con palabras. Así pues, ¿iban a quedar tan sólo los sepulcros derruidos, cubiertos de musgo del centro comercial y del elegante hotel?

La muchacha se había dejado ver, ni en una ni en tres horas. Homero, intranquilo, la buscó por la toda estación, preguntó a los tenderos y a los músicos, preguntó a los centinelas que vigilaban el acceso a la Hansa¹⁹.

Nada. Como si el suelo la hubiera engullido.

El viejo estaba desconcertado. Se encontraba una vez más frente a la puerta de la habitación donde yacía el brigadier. Era el último con quien habría querido hablar sobre la desaparición de la muchacha, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Carraspeó y entró en la habitación.

Hunter estaba tendido, respirando trabajosamente, con la mirada fija en el techo. Su diestra reposaba sobre la colcha, y en su puño cerrado se apreciaban rasguños recientes. Por los pequeños arañazos brotaba sangre que ensuciaba la colcha, pero no parecía que el brigadier se diera cuenta.

—¿Cuándo podrás ponerte en marcha? —le preguntó a Homero sin volverse hacia él.

—Por mí, ahora mismo. —El viejo titubeó—. Sólo que... no encuentro a la muchacha. Y tú, ¿cómo quieres viajar en ese estado? Todavía estás...

—No me moriré —le replicó el brigadier—. Además, la muerte no es lo peor. Recoge tus cosas. En una hora y media estaré en pie. Iremos a la Dobryninskaya.

—A mí me bastará con una hora —se apresuró a decirle Homero—. Pero antes tengo que encontrarla. Quiero que vaya con nosotros... la necesito sin falta, ¿entiendes...?

—Me marcharé dentro de una hora —lo interrumpió Hunter—. Contigo o sin ti... y sin ella.

—No entiendo nada de nada. ¿Dónde puede haberse metido? —Homero suspiró, decepcionado—. Si supiera...

—Yo lo sé —le dijo el brigadier, sin cambiar de cara—. Pero está en un lugar donde no podrás ir a buscarla. Recoge tus cosas.

Homero retrocedió y parpadeó. Estaba acostumbrado a fiarse del sobrehumano olfato de su compañero, pero en ese momento se negó a prestarle crédito. ¿Y si Hunter le mentía de nuevo? En esta ocasión, para desprenderse de un lastre superfluo.

—Me había dicho que tú la necesitabas...

—Te necesito a ti. —Hunter se volvió hacia él—. Y tú me necesitas a mí.

—¿Para qué? —dijo Homero en voz muy baja.

El brigadier alcanzó a oírlo.

—Son muchas las cosas que dependen de ti.

Hunter cerró lentamente los párpados y los abrió de nuevo. Homero se llevó la impresión de que el implacable brigadier quería guiñarle el ojo, y la frente se le cubrió de sudor frío.

La cama crujió, y Hunter se incorporó. Apretaba los dientes con fuerza.

—Vete. Recoge tus cosas para que estés listo cuando llegue el momento.

Antes de salir de la habitación, Homero se detuvo unos instantes y recogió del suelo la polvera de color rojo, abandonada en un rincón. La cubierta tenía una grieta, las bisagras estaban torcidas y estropeadas.

El espejito se había roto.

¹⁹ Referencia a los siete grandes edificios del estilo llamado «gótico estalinista» presentes en Moscú. En ellos se alojan ministerios y hoteles, pero también apartamentos privados. Se construyeron durante la última década de gobierno de Stalin, por orden del dictador, y desde entonces han marcado el paisaje de la ciudad.

Homero se volvió, irritado, y le dijo a Hunter:
—No me puedo marchar sin ella.

La monstruosidad medía casi el doble que Sasha. Su cabeza llegaba hasta el techo. Sus zarpas colgaban hasta rozar el suelo.

Sasha sabía que aquellas bestias eran veloces como el rayo. Sabía que atacaban con inimaginable celeridad. Si la criatura hubiese querido capturarla, si hubiera querido matarla en el acto, le habría bastado con emplear una sola de sus extremidades. Pero, por motivos desconocidos, el animal vacilaba.

No habría servido de nada dispararle, y de todos modos Sasha no habría tenido tiempo para apuntar. Dio un paso titubeante hacia atrás, en dirección al corredor. La monstruosidad emitió una especie de gemido, avanzó torpemente hacia la muchacha... pero no sucedió nada más. El monstruo se detuvo una vez más y la contempló con su ciega mirada.

Sasha se atrevió a dar un paso más. Y otro. Sin perder de vista al animal, sin mostrarle su miedo, se acercó poco a poco a la salida. La criatura la seguía, como hechizada, a pocos metros de distancia, como si hubiese querido acompañarla hasta la puerta.

Cuando se hallaba tan sólo a diez metros del insoportable resplandor de la entrada, Sasha no pudo contenerse más y echó a correr. El animal bramó y se lanzó a perseguirla.

Sasha corrió a toda velocidad, con los ojos cerrados, hasta que tropezó, dio un brinco y resbaló por el suelo áspero y duro.

Estaba convencida de que la monstruosidad le daría alcance en cualquier momento y la haría pedazos pero, por el motivo que fuera, su perseguidor la dejó marchar. Pasó un larguísimo minuto, y luego otro... alrededor de la muchacha no había nada más que silencio.

Sasha seguía sin abrir los párpados, y buscaba dentro de su bolsa los anteojos de fabricación casera que le había comprado al centinela. Estaban hechos con dos culos de botella, de un cristal verde oscuro, unas anillas de hojalata que servían de montura y una correa de goma. Los anteojos se podían colocar sobre la máscara de gas. Sus cristales redondos encajaban a la perfección sobre los visores de la máscara de goma.

Entonces pudo abrir los ojos. Poco a poco, levantó los párpados. Al principio con precaución, sin levantar la cabeza, pero luego cobró ánimos y contempló el extraño lugar donde se encontraba.

En lo alto estaba el cielo. El cielo de verdad, radiante, inconmensurable. Allí había más luz de la que ningún reflector pudiera producir. Lo veía de un uniforme color verde. Había nubes bajas, pero entre éstas se divisaba un verdadero abismo.

¡El sol! Había alcanzado a verlo tras una capa de nubes especialmente fina: un círculo del tamaño de un pistón, impoluto en su blancura, tan brillante como para perforar los anteojos de Sasha. La muchacha se volvió, asustada, aguardó unos instantes y le dirigió otra mirada fugaz. Sintió cierto desengaño: al fin y al cabo, no era nada más que un agujero resplandeciente en el cielo. ¿Para qué tanta divinización? Pero, no. Tenía un hechizo, un poder de atracción, algo que emocionaba. La puerta por la que Sasha había abandonado la tenebrosa cueva donde moraban las bestias resplandecía con una luz casi tan intensa como aquélla. La muchacha pensó, de pronto: ¿Y si el sol fuera también una salida por la que se pudiera llegar a un sitio donde jamás oscurece? ¿Y si era posible salir de la Tierra, igual que había sido posible salir del subsuelo? Se dio cuenta de que el sol desprendía un calor débil, apenas perceptible. Como si se hubiera tratado de un ser vivo.

Sasha se hallaba en un pétreo erial. A su alrededor había casas viejas en ruinas. Sus negras ventanas sumaban hasta diez pisos. Eran edificios muy altos y los había en número incalculable. Se interponían unos delante de otros, se agolpaban como para ver mejor a Sasha. Detrás de los elevados edificios había otros aún más altos, y detrás de estos últimos se divisaban los contornos de verdaderos gigantes.

¡Era increíble, pero Sasha alcanzaba a verlos todos! Estaban todos ellos coloreados de aquel estúpido color verde, igual que el suelo bajo sus pies y el aire, y el cielo sin fondo, resplandeciente, demencial. Pero, con todo, la muchacha alcanzaba a columbrar inimaginables lejanías.

Aun cuando sus ojos se hubieran acostumbrado desde hacía mucho tiempo a la oscuridad, estaban hechos para la luz. En las horas nocturnas que había pasado frente al barranco donde empezaba el puente, había divisado tan sólo los feos edificios que se hallaban a un máximo de cien metros de la puerta hermética. Detrás de éstos, la oscuridad era impenetrable, y la propia Sasha, nacida bajo tierra, no había logrado ver más allá.

Nunca jamás se había preguntado en serio cuán grande sería el mundo en aquel que vivía. Para ella sólo había existido, desde siempre, el pequeño y oscuro receptáculo donde vivía. Unos centenares de metros en cualquier dirección. Más allá empezaba el abismo final, el límite del universo, la absoluta oscuridad. Y aunque supiera que la Tierra, en realidad, era mucho más grande, no había sido nunca capaz de hacerse una imagen de ella.

En ese momento comprendía cuán desesperado habría sido el intento.

Por extraño que parezca, no sentía ningún miedo, aunque estuviera sola en el desierto inconmensurable. En otro tiempo, cuando se arrastraba por el túnel hasta el barranco, se había sentido siempre como si alguien la hubiera sacado por la fuerza de un caparazón. Pero en aquel momento se sentía como si hubiera podido liberarse de él. A la luz del día, los peligros se veían venir desde lejos, y Sasha tendría tiempo de sobra para esconderse y defenderse. Y despertaba dentro de ella, tímidamente, un sentimiento desconocido hasta entonces: el de haber llegado a su hogar.

El viento agitaba en lo alto una maraña de ramas cubiertas de pinchos, aullaba con monotonía entre las hileras de edificios agrietados, le acariciaba la espalda a Sasha, le insuflaba valor, le daba ánimos para explorar aquel mundo nuevo.

De todas maneras, no podía hacer otra cosa: para volver a la red de metro habría tenido que entrar de nuevo en el edificio en el que se hallaban las horrendas criaturas. Y seguramente habrían despertado. Sus pálidos cuerpos aparecían de vez en cuando por las puertas y desaparecían de nuevo, al instante. Estaba claro que la luz del día las molestaba. Pero ¿qué sucedería cuando se hiciese de noche? Sasha quería ver, antes de que le llegase la muerte, algunos de los lugares que le había descrito el viejo. Por lo tanto, tendría que alejarse de allí lo antes posible.

Echó a correr.

Nunca en su vida se había sentido tan diminuta. Le parecía increíble que los gigantescos edificios fuesen obra de hombres no más grandes que ella. ¿Para qué los habrían utilizado? ¿Acaso los hombres *de antes* eran ya una estirpe degenerada y atrofiada? ¿La naturaleza los había preparado para la difícil vida que llevarían en la estrechez de los túneles y las estaciones? Aquellos edificios debían de haber sido erigidos por los orgullosos antepasados de los pequeños hombres de su tiempo. Criaturas vigorosas, corpulentas, imponentes, como las casas en las que habían vivido.

Más allá los edificios quedaban como separados, y la tierra estaba cubierta de una corteza semejante a la piedra, de color grisáceo, que en algunos puntos se había agrietado. De repente, el mundo se había vuelto más grande todavía: desde allí se le abrió una panorámica en la lejanía que le detuvo el corazón. La cabeza empezó a darle vueltas.

Se agachó junto a la pared de un palacio, cubierta de musgo y moho. La chata torre del reloj parecía sostener las nubes. La joven trató de imaginarse cómo habría sido la ciudad cuando aún estaba viva...

Por la calle —sin duda alguna, aquel sitio debía de ser una calle— caminaban hombres y mujeres altos y bellos, envueltos en vestidos de magníficos colores, a cuyo lado las vestimentas más lujosas de la Paveletskaya parecerían pobres y ridículas.

Mezclados con la abigarrada multitud, circulaban los automóviles, que se parecían a los vagones de metro, pero eran tan pequeños que sólo cabían cuatro viajeros en cada uno de ellos.

Las casas se veían menos lúgubres. Las ventanas no eran agujeros negros, sino que sus cristales limpios relucían cual relámpago. Sasha se imaginó puentes pequeños y ligeros que aquí y allá, a diferentes alturas, unían los edificios.

El cielo tampoco estaba vacío: aviones de indescriptible tamaño lo surcaban, y sus panzas casi rozaban los tejados. Su padre le había contado una vez que volaban sin mover las alas, pero Sasha se los imaginaba como gigantescas e indolentes libélulas, cuyas alas vibraban con movimiento casi imperceptible y reflejaban débilmente los rayos verdosos del sol.

Y se puso a llover.

Lo que caía del cielo era únicamente agua, pero la sensación fue abrumadora. El agua del cielo no se llevó consigo tan sólo la mugre y la fatiga. Eso lo habían hecho ya los chorros de agua caliente que brotaban de la ducha. No, esa agua la purificaba por dentro, le otorgaba el perdón por todos sus errores. Era una ablución mágica que la libraba de toda la amargura que había albergado en su corazón, la renovaba y rejuvenecía, y le insuflaba el deseo de vivir y las fuerzas necesarias para ello. Exactamente como le había dicho el viejo...

Sasha creía tanto en ese mundo, lo deseaba con tanta fuerza, que finalmente empezó a verlo. Oía el leve murmullo de alas transparentes en las alturas, el alegre gorjeo de la multitud, el rítmico avance de las ruedas de metal y el susurro de la cálida lluvia. Y, de repente, llegó nuevamente a sus oídos la melodía que había oído el día anterior y que se entremezcló con el resto del concierto...

Un doloroso aguijón le atravesó el pecho. Se puso en pie y corrió por la calle al encuentro de la muchedumbre, esquivó los diminutos vagones que se ocultaban entre el gentío y ofreció en todo momento su rostro a las gruesas gotas de lluvia. El viejo había tenido razón: era magnífico, hermoso como un cuento de hadas. Bastaba con apartar el moho y la pátina del tiempo para que el pasado reluciera de nuevo, igual que los mosaicos de colores y los relieves de bronce de las estaciones abandonadas.

Se detuvo a la orilla de un río verde. El puente que antaño había permitido cruzarlo había quedado cortado por el extremo más cercano a la muchacha. Era imposible pasar a la otra orilla...

La magia se desvaneció.

La imagen que hacía tan sólo unos instantes le había parecido tan verdadera, tan llena de color, palideció y desapareció. Las casas vacías y abrasadas, la piel arrancada de las calles, la hierba esteparia de dos metros de altura que las flanqueaba, la floresta salvaje e impenetrable que había engullido los restos del paseo fluvial... eso era todo lo que quedaba de su maravilloso mundo de fantasmas.

Sasha se sintió herida en lo más profundo de su ser. Nunca jamás podría ver aquel mundo con sus propios ojos. No le quedaba más que elegir entre la muerte y el regreso a la red de metro. En todo el mundo no había seres humanos tan altos, ataviados con vestidos de colores como aquéllos. Aparte de ella, no había ni un alma viviente en esa calle tan ancha, esa calle que terminaba en un punto muy lejano, allí, donde el cielo y la ciudad abandonada se unían.

Hacía un tiempo soberbio. Ni una gota de lluvia.

Sasha no podía ya llorar. Sólo quería morir.

Como en respuesta a sus deseos, una gigantesca sombra negra desplegó sus alas sobre ella.

¿Qué podía hacer Homero? ¿Dejar que se marchara el brigadier, abandonar su libro y quedarse en la estación hasta que hubiera encontrado a la muchacha? ¿O borrarla para siempre de su novela, seguir a Hunter y acechar, cual araña, hasta que una nueva heroína cayera en sus redes?

La razón le prohibía a Homero separarse del brigadier. Si no, ¿para qué había emprendido aquel viaje? ¿Para qué se había puesto a sí mismo y al metro entero en peligro de muerte? No tenía ningún derecho a arriesgar su obra: lo único que justificaba las muertes que se habían producido y las que aún se iban a producir.

Pero, al recoger del suelo el espejito roto, lo tuvo muy claro: si se marchaba de la Paveletskaya sin haber averiguado el destino de la muchacha, sería culpable de traición. Tarde o temprano, él y su libro tendrían que sufrir el castigo. No podría expulsar jamás a Sasha de sus recuerdos.

No importaba lo que dijera Hunter: Homero tendría que hacer todo lo que estuviera en su mano para encontrar a la joven, o, por lo menos, para convencerse de que ya no vivía. Por ello, el viejo emprendió la búsqueda con fuerzas renovadas.

¿La Línea de Circunvalación? En absoluto. La muchacha no tenía documentos y no había podido entrar en la Hansa. ¿Las habitaciones que se encontraban bajo el pasillo? Homero las inspeccionó desde la primera hasta la última. Preguntó a todo el mundo si se habían fijado en una joven. Por fin, alguien le contó que le parecía haberla visto, y que llevaba un traje aislante. Homero no daba crédito a sus oídos. Al fin, el rastro de Sasha lo llevó hasta el puesto de vigilancia que se encontraba al pie de la escalera mecánica.

—¿Y a mí qué me importa? —le respondió, indolente, el guardia que se hallaba en la cabina—. Que se marche, si quiere. Si hasta le he pasado unas gafas que estaban muy bien... pero tú no subes, hoy ya me he ganado una bronca... Nuestros visitantes nocturnos tienen arriba su guarida. Ahí no va nadie. Cuando me ha pedido que la dejara salir, casi me entra un ataque de risa. —Tenía las pupilas grandes como cañones de pistola, clavadas en la lejanía. No miraba a Homero—. Da media vuelta, abuelo. Pronto oscurecerá.

¡Hunter lo sabía! Pero ¿por qué había dicho que él no lograría hacer volver a la muchacha? ¿Era posible que Sasha aún viviera?

Regresó precipitadamente al hospital. Iba tropezando de puro nerviosismo. Llegó al pasillo inferior, descendió por las estrechas escaleras, abrió violentamente la puerta sin llamar...

La habitación estaba vacía: ni Hunter ni sus armas se encontraban allí. Tan sólo las vendas manchadas de sangre seca tiradas por el suelo. Y, junto a éstas, la cantimplora vacía. El traje aislante a medio descontaminar había desaparecido de la habitación contigua.

El brigadier había abandonado a Homero. Como a un chucho que se ha vuelto pesado.

El ser humano recibe señales. Ésa había sido desde siempre la convicción de su padre. Había que prestarles atención y saber descifrarlas.

Sasha miró hacia lo alto y se quedó helada. Si alguien hubiera querido enviarle un mensaje, difícilmente habría podido pensar en uno más evidente.

No muy lejos del puente destruido sobresalía de la negra espesura una torre antigua, de forma cilíndrica, rematada por una cúpula adornada de manera extraña. Era el edificio más alto de la zona. Se reconocían sus años: profundas grietas atravesaban las paredes, y la torre entera se inclinaba peligrosamente. Se habría caído mucho antes, de no ser por una maravilla que la sostenía... ¿cómo había podido pasarle por alto hasta entonces?

Un gigantesco vegetal trepador crecía en torno a la edificación. Aunque su tallo fuera, por supuesto, más delgado que la torre misma, debía de ser lo bastante fuerte como para aguantar el edificio que lentamente se hacía pedazos. La asombrosa planta se enroscaba en espiral. De su tallo partían ramas más delgadas y, de éstas, otras aún más delgadas, y todas ellas tejían una especie de red que mantenía la torre en su lugar.

Antaño, sin duda alguna, había sido tan débil y flexible como sus retoños más jóvenes y tiernos. En otro tiempo se había adherido a los saledizos y balcones de la torre, que por aquel entonces habían parecido eternos e indestructibles. Si la torre no hubiera sido tan alta, el vegetal tampoco habría podido crecer hasta hacerse tan grande.

Desconcertada, o más bien hechizada, Sasha contempló la planta, así como el edificio que ésta había salvado. Todo volvió a tener sentido para ella, y recobró la voluntad de luchar. Fue extraño, desde luego, porque su situación no se había alterado en

lo más mínimo. Y con todo, inopinadamente, un diminuto brote verde de esperanza había logrado atravesar la costra gris de su desesperación.

Sin duda, había faltas que no podría reparar jamás. Hechos que sólo habían sucedido una vez, palabras que no podría retirar. Pero, con todo, había en su historia muchas cosas que sí podía cambiar, aunque todavía no supiera muy bien cómo. Lo más importante era que sentía nuevas fuerzas dentro de sí.

Sasha creyó entender por qué la bestia hambrienta no la había devorado: alguien había retenido al monstruo con una cadena invisible para que la joven tuviese una oportunidad.

Rebosante de gratitud, estaba dispuesta a perdonar, dispuesta a discutir de nuevo y pelear. Le bastaría con que Hunter le hiciera la más mínima alusión. Nada más que una señal.

De repente, el sol, en su ocaso, se oscureció, y luego volvió a dar luz. Sasha levantó la cabeza y vio por el rabillo del ojo una sombra negra que se movía a una velocidad vertiginosa. Había aparecido en lo alto. Por un segundo, ocultó las estrellas del cielo.

Un silbido rasgó el aire, y luego un chillido ensordecedor. Y, como una roca, un monstruo descendió sobre Sasha desde el cielo. La muchacha, por instinto, se arrojó cuerpo a tierra en el último momento, y eso la salvó. La sombra falló por un pelo. Un monstruo gigantesco se deslizó con las alas desplegadas a poca distancia del suelo, se elevó nuevamente con un poderoso aleteo y empezó a volar en semicírculos. Estaba preparando un nuevo ataque.

Sasha empuñó el rifle, pero luego bajó de nuevo las manos. Ni siquiera una ráfaga frontal habría podido frenar al monstruo, y aún menos matarlo. ¡Y, además, habría tenido que dar en el blanco! Regresó al terreno despejado del que había partido para su breve paseo. No perdió el tiempo en pensar cómo regresaría a la red de metro.

El monstruo volador lanzó un grito de caza y se arrojó de nuevo sobre ella. Sasha se enredó con los holgados pantalones del traje aislante y cayó de bruces en el suelo, pero consiguió tumbarse sobre la espalda y disparar una breve ráfaga. Las balas asustaron a la criatura por unos momentos, sin causarle heridas serias. Sasha aprovechó los pocos segundos que había ganado para ponerse torpemente en pie y correr hacia las casas más cercanas. Por fin sabía cómo protegerse de sus atacantes.

Las sombras que volaban en círculo por el cielo ya eran dos. Se sostenían en el aire con el pesado movimiento de sus alas anchas y correosas. El plan de Sasha era sencillo: moverse con el cuerpo pegado a la pared de los edificios para que los gigantes e imbatibles monstruos no pudieran agarrarla. ¿Cómo saldría luego de allí...? Pero ¿qué más daba? En ese momento no tenía otra alternativa.

¡Lo consiguió! Apretó el cuerpo contra la pared y aguardó, con la esperanza de que las terribles criaturas la dejaran en paz.

Pero no: era obvio que tenían experiencia en la persecución de presas mucho más hábiles que Sasha. Aterrizaron —primero una, luego la otra— a unos veinte metros de la muchacha, y se acercaron a ella lentamente, con las alas plegadas hacia atrás.

Una segunda ráfaga no las asustó, sino que las enardeció todavía más. Parecía que las balas se quedaran clavadas en su grueso pellejo sin hacerles daño. El animal que más se había acercado a Sasha le enseñó los dientes: bajo su hocico prominente y su labio negro plegado hacia arriba aparecieron unos colmillos torcidos y afilados como agujas.

—¡Al suelo!

Sasha se dejó caer, sin pensar siquiera en el origen de aquella voz. Inesperadamente se produjo a su lado una explosión, y una abrasadora onda de choque la envolvió. Al instante se produjo una segunda. Se oyeron salvajes chillidos animales y un rumor de alas que se alejaba.

La muchacha, titubeante, levantó la cabeza, tosió el polvo que se le había metido en los pulmones y miró alrededor. A poca distancia, vio un hoyo recién abierto en la calzada, lleno hasta arriba de una sangre oscura y aceitosa. Y, al lado de éste, un trozo de ala chamuscado, así como varios pedazos de carne, sin forma reconocible, calcinados.

Sobre la tierra yerma se acercaba, con pasos regulares y firmes, un hombre robusto, vestido con un pesado traje aislante.
¡Hunter!

UNA HISTORIA

La tomó de la mano, la ayudó a ponerse en pie y se la llevó tras de sí. Luego, como si de pronto hubiese cambiado de opinión, la soltó. El visor de su casco era de cristal oscuro, y por ello la muchacha no podía verle los ojos.

—¡Pégate a mis talones! —le dijo con voz sorda a través de los filtros de la máscara—. Pronto oscurecerá. Tenemos que marcharnos de aquí.

Sin dignarse a echarle una mirada, arrancó a correr.

—¡Hunter! —le llamó la muchacha. Trataba de reconocer a su salvador a través de los cristales ahumados de su propia máscara.

Este hacía como si no la oyera, y Sasha no tuvo otra opción que perseguirlo con todas sus fuerzas. Estaría furioso con ella, sin duda: había tenido que sacar de apuros a aquella estúpida muchacha por tercera vez. Pero, con todo, había ido hasta allí, había salido arriba tan sólo por ella, cómo podía dudarle...

El brigadier dejó a la izquierda la guarida de monstruos por la que Sasha había salido. Conocía otro camino. Giró a la izquierda desde la calle principal, pasó por debajo de un arco, dejó atrás varias cajas de hierro cubiertas de herrumbre, le disparó a una sombra borrosa que se asomaba por una esquina y se detuvo, al fin, frente a un edificio poco vistoso, de ladrillo, con las ventanas enrejadas. Sacó una llave y abrió un voluminoso candado. ¿Un refugio? No, el edificio era una entrada camuflada: tras la puerta se encontraba una escalera de hormigón que descendía hacia las profundidades en zigzag.

Hunter puso el candado por dentro y lo cerró. Encendió la linterna y empezó a bajar. Sobre las paredes enjalbegadas de color blanco y verde, muy desconchadas, se leían, una y otra vez, las palabras: Entrada

- salida, entrada - salida... el salvador de Sasha añadió también un par de garabatos ilegibles. Visiblemente, había que escribir una anotación en la pared del acceso secreto cada vez que se salía, y también al volver a entrar. Al lado de algunos nombres faltaba la anotación de entrada.

El descenso fue más rápido de lo que Sasha había imaginado: pese a que la escalera no terminara allí, Hunter se detuvo junto a una discreta puerta de hierro y llamó con el puño. Al cabo de pocos segundos se oyó que, al otro lado, alguien corría un pestillo. Un hombre desgreñado, de barba rala, les abrió. Vestía un pantalón azul con rotos en las rodillas.

—¿Quién es éste? —preguntó, desconcertado.

—Lo he encontrado en el Anillo —exclamó Hunter—. Los pajaritos estaban a punto de comérselo, y entonces he llegado yo con el lanzagranadas... eh, tú, ¿qué hacías allí?

Sasha se quitó la capucha, levantó la máscara de gas...

Y vio ante sí a un desconocido, con el cabello rubio oscuro, cortado a cepillo, ojos de color gris pálido, y una nariz como aplastada que parecía haberse roto en alguna ocasión. La muchacha lo había sospechado, porque los movimientos del hombre eran demasiado ágiles para un herido, su porte se veía distinto, no tan animal, y su traje aislante tampoco era el mismo. Pero hasta el último momento no había querido creérselo, y se había contado a sí misma todos los argumentos imaginables en sentido contrario.

El calor se le hacía insoportable, y se arrancó la máscara de la cara.

Un cuarto de hora más tarde, Sasha se encontraba al otro lado de las fronteras de la Hansa.

—Disculpa, pero si no tienes documentos no puedes quedarte aquí. —En la voz de su salvador latía verdadera compasión—. Quizá podríamos vernos hoy por la noche... sí... ¿quedamos en el corredor?

La muchacha asintió en silencio y sonrió.

¿Adónde iría?

¿Con él? No le corría ninguna prisa. Sasha no podía ocultar su decepción por el hecho de que, en esta ocasión, su salvador no hubiera sido Hunter. Por otra parte, tenía que solucionar un asunto que no toleraba más demoras.

Dulces y tentadores, los sonidos de la maravillosa música llegaron a sus oídos, pese al bullicio del gentío, los pies que se arrastraban por el suelo y los gritos de los mercaderes. Era la misma melodía que la había hechizado pocos días antes. Mientras la seguía, Sasha tuvo la sensación de volver a cruzar una puerta por la que brotaba una luz ultraterrena. ¿Adónde la llevaría en esta ocasión?

Docenas de oyentes se sentaban en estrecho círculo en torno al músico. Sasha tuvo que abrirse paso a empujones para verlo. Por fin lo tuvo delante. Su melodía atraía a los seres humanos con mágico poder, pero al mismo tiempo los mantenía a cierta distancia. Era como si todos ellos volaran hacia una lumbre, pero ésta, al mismo tiempo, amenazase con abrasarlos.

Pero Sasha no sentía ningún miedo.

Era un hombre joven, alto, y asombrosamente guapo. Aun cuando se le veía algo frágil, su cuidado rostro no expresaba debilidad alguna, y sus ojos verdes no tenían nada de ingenuo. Sus cabellos, largos y oscuros, le caían ordenadamente sobre la nuca. El vestido lo distinguía también entre la masa humana de la Paveletskaya, porque, aunque discreto, estaba extraordinariamente limpio.

Su instrumento se asemejaba a uno de esos silbatos de fabricación casera que se hacen para los niños con tubos de material sintético. Pero era más grande, negro, y tenía pistones de cobre. Aquella flauta tenía algo de solemne, e indudablemente sería muy cara. Parecía que los tonos que le arrancaba el flautista provinieran de otro mundo y de otro tiempo. Igual que el propio instrumento y su propietario.

Su mirada capturó al instante la de Sasha, luego la soltó brevemente y en seguida la volvió a atrapar. La joven se sintió desconcertada. No le molestaba haber llamado la atención del muchacho pero, de todas maneras, era la música lo que la había atraído hasta él.

—¡Estás ahí! ¡Gracias a Dios!

Era Homero, que se abría paso hasta ella, jadeante y sudoroso.

—¿Cómo está? —le pregunto Sasha sin mediar otra palabra

—¿Él no...? —empezó a decir el viejo, pero dejó la frase a la mitad, y luego añadió—: Ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Adónde ha ido? —Sasha se sintió como si le oprimieran el corazón.

—Se ha marchado. Con todas sus cosas. Me imagino que habrá ido a la Dobryninskaya.

—¿No se ha dejado nada? —preguntó prudentemente la joven, ansiosa por oír la respuesta de Homero.

El viejo negó con la cabeza.

—No, nada.

Alguien, entre la multitud, silbó enfadado. Homero enmudeció, escuchó la melodía y empezó a echar miradas de desconfianza al músico y a la muchacha. Pero Sasha se había encerrado en sus pensamientos.

Hunter la había echado, ciertamente, y luego se había marchado. Pero Sasha empezaba a comprender poco a poco cuáles eran las extrañas reglas que guiaban los actos del brigadier. Si el calvo se había llevado todas sus pertenencias, absolutamente todas... es que quería que la joven no se rindiera, que no abandonase su camino, que lo buscara. Y eso es lo que haría Sasha, a pesar de los pesares. Si tan sólo...

—¿Y el cuchillo? —susurró—. ¿Se ha llevado mi cuchillo? ¿El negro?

Homero se encogió de hombros.

—En su habitación no había nada.

—¡Entonces, se lo ha llevado!

Esa sencilla señal era todo lo que la joven necesitaba.

El flautista tenía talento, sin duda alguna, y dominaba a la perfección su instrumento, como si estuviera recién salido del conservatorio. En el estuche abierto a sus pies se había amontonado un número tan grande de cartuchos que habría podido alimentar con ellos a una pequeña estación, o incluso exterminarla. «Ha obtenido reconocimiento», pensó Homero, y sonrió con tristeza.

El viejo sabía que la melodía le resultaba familiar pero, por mucho que se esforzara en recordar dónde la había oído —en una película antigua, en un concierto o en la radio—, no atinaba a reconocerla. Lo que tenía de especial era que, una vez capturaba la atención de alguien, se volvía imposible liberarse de ella. Había que escucharla hasta el final y luego aplaudir al músico hasta que empezara de nuevo a tocar.

¿Prokofiev? ¿Shostakovich? Los conocimientos musicales de Homero eran demasiado escasos para identificar al compositor. Pero, independientemente de quién hubiera escrito las notas, el flautista no se contentaba con tocarlas, sino que les prestaba un sonido y un significado propios. Hacía que cobraran vida. Un don por el que Homero le perdonó al joven, incluso, las miradas seductoras que le arrojaba una y otra vez a Sasha, como un gatito a un lazo de papel.

Pero ya era hora de apartar a la muchacha de él.

Homero aguardó a que la música enmudeciera y el público aplaudiese al flautista. Entonces agarró a Sasha por el vestido húmedo, que aún olía a cloro, y la sacó del círculo.

—Yo ya he recogido mis cosas. Voy a seguirlo —dijo mientras se alejaban del músico.

—Yo también —le respondió al instante la muchacha.

—¿Entiendes bien en qué te estás metiendo? —le preguntó Homero con voz apagada.

—Lo sé todo. Os estuve escuchando. —La muchacha le lanzó una mirada desafiante—. Una epidemia, ¿verdad? Él quiere abrazarlos a todos. A los muertos y a los vivos. A la estación entera.

El viejo la contempló detenidamente.

—¿Qué quieres de él?

Sasha no respondió, y durante un rato anduvieron el uno al lado del otro, en silencio, hasta que llegaron a un extremo de la estación que estaba desierto. Por fin, la muchacha habló, lentamente, escogiendo las palabras:

—Mi padre ha muerto. Por culpa mía. Yo tengo la culpa. No puedo devolverle la vida de ninguna manera. Pero en esa estación hay otras personas que aún viven. Aún es posible salvarlas. Así pues, tengo que intentarlo. Se lo debo a él.

—¿Salvarlos? ¿De quién? ¿De qué? —le respondió el viejo con amargura—. La enfermedad es incurable, ya lo has oído.

—De tu amigo. Ese hombre es más temible que una enfermedad. Más mortífero. —La muchacha suspiró—. El enfermo, por lo menos, conserva la esperanza. Siempre se encuentra alguien que ha logrado curarse. Uno entre mil.

Homero la miró con rostro serio.

—¿Y cómo crees que podrás detenerlo?

—Ya lo hice una vez —le replicó, insegura.

¿No sobrevaloraba la muchacha sus capacidades? ¿No se engañaba a sí misma con la idea de que el implacable brigadier también sentía algo por ella? Homero no quería desalentar a Sasha, pero le pareció que sería mejor advertirla de inmediato.

—¿Sabes qué he encontrado en su habitación? —El viejo se sacó del bolsillo la polvera abollada y se la entregó a Sasha—. ¿Has sido tú quien...?

Sasha negó con la cabeza.

—Entonces, ha sido Hunter.

La muchacha levantó la tapa y contempló su propia imagen en una de las esquirlas del espejito. Se acordó de su última conversación con el calvo y de las palabras

que éste había dicho, medio dormido, al entrar la joven para regalarle el cuchillo. Recordó el rostro de Hunter cuando, a zancadas, empapado en sangre, se había arrojado contra las garras de la monstruosidad para que dejase marchar a Sasha, y para matarla...

—No lo ha hecho por mí —dijo con resolución—. Sino por el espejo.

Homero enarcó ambas cejas.

—¿Qué tiene que ver el espejo con esto?

—Tú mismo lo dijiste. —Sasha dejó caer la tapa e imitó el tono magistral del viejo—: «A veces merece la pena poder verse. Entonces se comprenden muchas cosas sobre uno mismo.»

Homero resopló con irritación.

—¿Piensas que Hunter no sabe quién es? ¿O que se pasa el día preocupándose por su cara? ¿Que por eso ha roto el espejo?

La muchacha se recostó contra una columna.

—No se trata de su exterior.

—Hunter sabe muy bien quién es. Y está claro que no le gusta que se lo recuerden.

—Tal vez lo haya olvidado. A veces he tenido la sensación de que trata de acordarse de algo. O que está sujeto con una cadena a una vagoneta muy pesada que desciende cuesta abajo, hacia las tinieblas, y no hay nadie que le ayude a detenerla. No sé explicarlo. Lo presiento cada vez que lo veo. —Sasha arrugó la frente—. Nadie más lo ve. Sólo yo. Por eso he dicho que me necesita.

—Claro, y por eso te ha dejado.

—Yo lo he dejado. Y ahora tengo que darle alcance antes de que sea demasiado tarde. Aún están todos vivos. Aún podríamos salvarlos. Y también salvarlo a él.

Homero irguió la cabeza.

—¿De quién pretendes salvarlo?

Sasha lo miró inquisitivamente. ¿El viejo aún no había comprendido nada, pese a todos sus esfuerzos por explicárselo? Entonces le respondió con inconmensurable seriedad:

—Del hombre del espejo.

—¿Este sitio está ocupado?

Sasha se había distraído hurgando con el tenedor en el guiso de carne y setas, y se sobresaltó. Vio a su lado al músico de ojos verdes, bandeja en mano. El viejo se había ido un momento y su taburete estaba vacío. —Sí.

—¡No existe ningún problema sin solución! —Dejó la bandeja sobre la mesa, tomó un taburete vacío de la de al lado y se sentó a la izquierda de Sasha. La muchacha no tuvo tiempo de protestar.

—Si ocurre algo... recuerda que yo no te he invitado —le advirtió la joven.

—¿Tu abuelo te va a reñir? —Le guiñó el ojo con aires de complicidad—. Permíteme que me presente, me llamo Leonid.

Sasha notó que la sangre se le subía a las mejillas.

—Ese hombre no es mi abuelo.

—Ah, vaya —Leonid se llevó un trozo de carne a la boca y enarcó una ceja.

—Tienes mucha cara —le dijo la joven.

El músico levantó el tenedor con ademán instructivo, y dijo:

—Di, más bien, que soy testarudo.

Sasha no pudo reprimir una sonrisa.

—Tu confianza en ti mismo es excesiva para mi gusto.

—Confío en la humanidad entera —murmuró él mientras masticaba—, pero por encima de todo confío en mí mismo, sí.

El viejo regresó, se detuvo tras el fanfarrón e hizo una mueca de descontento. Pero volvió a sentarse en su taburete.

—Sasha, ¿no te parece que aquí hay demasiada gente? —dijo con ganas de pelea, y miró como por casualidad al músico.

—¡Sasha! —repitió éste en tono triunfal, y levantó la mirada—. Encantado. Permítame que me presente de nuevo. Me llamo Leonid.

—Y yo, Nikolay Ivanovich —respondió Homero, malhumorado, y lo miró de reojo—. ¿Cuál era esa melodía que tocaba antes? Me resultaba familiar.

—No es de extrañar. La he estado tocando tres días seguidos —le respondió Leonid, con especial énfasis en la última palabra—. La compuse yo.

—¿Es tuya? —Sasha dejó los cubiertos a un lado—. ¿Cómo se llama?

Leonid se encogió de hombros.

—No tiene nombre. No había pensado en ello. Y, por otra parte, ¿cómo iba a expresar con palabras todo lo que se contiene en ella? Y ¿para qué?

—Es muy bella —confesó la joven—. Extraordinariamente bella.

—Podría ponerle tu nombre —le dijo al instante el músico—. Te lo mereces.

—No, gracias. —Sasha negó con la cabeza—. Esa melodía tiene que quedarse sin nombre. Es lo más apropiado.

—También sería apropiado dedicártela. —Leonid se echó a reír, pero entonces se atragantó y se puso a toser.

—¿Has terminado? —Homero tomó la bandeja de Sasha y se puso en pie—. Tenemos que marcharnos. Discúlpenos, joven.

—¡No pasa nada! Ya he terminado. ¿Podría acompañar durante un trecho a la joven dama?

—Dentro de poco saldremos de viaje —le respondió Homero con voz cortante.

—¡Qué maravilla! Yo también. Tengo que ir a la Dobryninskaya. —El músico puso cara de inocente—. ¿No irán por casualidad en esa dirección?

—Sí, por casualidad —le respondió Sasha, sorprendiéndose a sí misma. Sus ojos esquivaban a los de Homero, y, en cambio, se volvían una y otra vez hacia Leonid.

El músico hacía gala de cierta ligereza, de un tono burlón en el que, sin embargo, no había ninguna maldad. Igual que un niño que blande una ramita, asestaba mandobles totalmente inofensivos, por los que nadie habría podido enfadarse, ni siquiera el viejo. Lanzaba sus indirectas como por casualidad, en broma, y por ello Sasha no podía tomárselas en serio. ¿Además qué había de malo en gustarle?

Por otra parte, la muchacha se había enamorado de su música mucho antes de conocerlo a él. Y la tentación de disponer de su hechizo durante el camino era demasiado fuerte.

Todo se debía a la música, por supuesto.

El joven calavera, cual flautista de Hamelín, atrapaba almas Cándidas con su vistosa flauta y utilizaba su talento para corromper a todas las jóvenes que se ponían a su alcance. ¡Había llegado al extremo de tratar de seducir a Alexandra, y Homero no sabía qué hacer!

Al principio el viejo se tragaba sus estúpidas gracias, aunque fuera de mala gana. Pero luego sintió que la cólera crecía en su interior. También le irritó la facilidad con la que Leonid consiguió que los centinelas de la Hansa, famosos por su severidad, los dejaran atravesar la Línea de Circunvalación en dirección a la Dobryninskaya. ¡Y sin documentos! El músico entró con el estuche de la flauta repleto de cartuchos en el despacho del jefe de estación, un petimetre viejo y calvo, con unos bigotes que recordaban a las antenas de una cucaracha de cocina, y volvió a salir a paso ligero, con una sonrisa en los labios.

De todas maneras, Homero no podía negar que las habilidades diplomáticas del joven le habían venido muy bien: la dresina con la que habían llegado a la Paveletskaya había desaparecido del depósito al mismo tiempo que Hunter, y dar un rodeo les habría costado una semana entera.

Pero el viejo estaba preocupado por la facilidad con la que el prestidigitador había abandonado una estación donde ganaba tanto, y se había desprendido de todos sus ahorros, tan sólo para acompañar a Sasha por el túnel. En otro caso habría podido

atribuirlo al amor, pero Homero estaba convencido: el joven no quería nada serio con ella. Estaba acostumbrado a las victorias fáciles.

El malhumorado Homero tenía la sensación de estar haciendo de carabina. Pero su vigilancia y sus celos tenían un buen motivo: ¡Sólo le habría faltado que su musa, la misma que se le había aparecido de manera tan sorprendente, se le marchara con un músico callejero! Un personaje que, con perdón, era totalmente superfluo.

Homero no tenía previsto darle ningún papel en su novela, pero el muchacho había subido descaradamente a la tribuna y había entrado en el relato.

—¿De verdad que no hay nadie más en el mundo?

Los tres se habían puesto en camino hacia la Dobryninskaya, acompañados por tres centinelas. Los sueños más osados se hacían realidad para quien sabía utilizar bien los cartuchos.

Sasha había explicado muy brevemente sus vivencias en la superficie, y luego había callado, y su rostro se había ensombrecido. Homero y el músico se miraron: ¿Quién sería el primero en tratar de confortarla?

El viejo carraspeó.

—¿Hay vida más allá de la MKAD²⁰? ¿La joven generación también se lo pregunta?

—Pues claro que la hay —respondió Leonid con una voz que le brotaba del pecho, una voz convencida—. No puede ser que no haya sobrevivido nadie. El problema es que no podemos comunicarnos con ellos.

—Yo, por ejemplo —dijo Homero—, he oído que en algún lugar, más allá de la Taganskaya, tiene que haber un pasadizo secreto que conduce a un túnel muy interesante. Parece un túnel normal, de seis metros de diámetro, pero no tiene vías. Es muy profundo. Se encuentra quizás a cuarenta o cincuenta metros de la superficie. Y lleva hacia el este...

—¿Se refiere al túnel que termina en los búnkeres de los Urales? —lo interrumpió Leonid—. Se contaba la historia de un hombre que lo encontraba por casualidad, tomaba una mochila repleta de provisiones y se ponía en marcha por el túnel...

—.. y caminaba durante una semana sin detenerse —prosiguió Homero—, haciendo tan sólo pausas breves, hasta que no le quedaba comida y tenía que volver. No llegaba a divisar el final del túnel. Sí, los rumores cuentan que ese túnel llega hasta los búnkeres de los Urales. Y puede ser que allí quede alguien con vida.

—No parece muy probable —dijo el músico, bostezando.

Homero hizo como que no lo oía y se volvió hacia Sasha.

—Un conocido que vive en la Polis me contó que uno de sus operadores de comunicaciones había logrado contactar con los ocupantes de un tanque. Parece que lograron ocultarse a tiempo. Llevaron su vehículo a un paraje desierto donde nadie tuvo la idea de bombardearlos...

Leonid asintió.

—Esa historia también es conocida. Cuando se les acabó el combustible, apostaron el tanque en una colina y construyeron a su lado un pequeño asentamiento. Y durante algunos años se comunicaron todas las noches por radio con la Polis...

—.. hasta que el receptor se les averió —concluyó Homero, visiblemente irritado.

—¿Y qué me dice del submarino? —Su rival se desperezó—. Uno de nuestros submarinos atómicos se hallaba en un viaje de largo recorrido, y al empezar el intercambio de proyectiles aún no había alcanzado su posición de combate. Cuando por fin emergió, todo había terminado. El submarino atracó no muy lejos de Vladivostok...

²⁰ Siglas de Moskovskaya Koltsevaya Avtomobilnaya Doroga (Autopista Radial de Moscú). Una carretera de diez carriles que circunvala Moscú. La frase «¿Hay vida más allá de la MKAD?» es una alusión a la creencia de los moscovitas de que más allá de las fronteras de su ciudad empieza la Rusia profunda.

—.. y, hasta el día de hoy, la tripulación se provee con la energía de su reactor —añadió Homero—. Hace medio año conocí a un hombre que contaba que había viajado en ese submarino como oficial primero. Decía que había atravesado el país entero en bicicleta y que por fin había llegado a Moscú. El viaje había durado tres años.

—¿Y habló usted personalmente con él? —le preguntó el cortés, pero atónito Leonid.

—Por supuesto —replicó Homero.

Las leyendas habían sido siempre su violín de Ingres y no podía permitir que un pisaverde como aquél le ganara a contarlas. Aún guardaba en reserva una historia que para él tenía un especial valor. Por supuesto que habría preferido contarla en otro momento y no tener que malgastarla en aquella estúpida competición. Pero se había dado cuenta de que Sasha se reía de todas las ocurrencias del truhán, y por ello contraatacó.

—¿Y conoce usted la de Polyarniye Zori?

—¿La de Polyarniye qué? —le preguntó el músico, y se volvió hacia él.

—Ahora verá. —Homero esbozó una leve sonrisa—. En el lejano norte, en la península de Kola, existe una ciudad llamada Polyarniye Zori. Un lugar abandonado de la mano de Dios. A mil quinientos kilómetros de Moscú, y por lo menos a mil de San Petersburgo. Lo que tiene más cerca es Murmansk y sus bases navales, pero el camino hasta allí también es largo.

—En una palabra: un pueblo de mala muerte —le respondió Leonid con una sonrisa burlona.

—En todo caso se encuentra a mucha distancia de todas las ciudades grandes, fábricas secretas y bases militares. De todos los objetivos importantes. Todas las ciudades que nuestro escudo antimisiles no logró proteger quedaron reducidas a escombros y cenizas. Y las otras que sí estaban escudadas, y donde los antimisiles funcionaron... —Homero miró hacia lo alto—. En fin, todo el mundo sabe lo que ocurrió con ellas. Pero también existen lugares contra los que nadie disparó. Porque no representaban ningún peligro para nadie. Como Polyarniye Zori.

—Ahora tampoco nos interesan a nosotros —dijo el músico.

—Pues deberían interesarnos —le replicó ásperamente Homero—. Porque no muy lejos de Polyarniye Zori se encuentra la central nuclear de Kola. Una de las más potentes del país. En su tiempo proveía de electricidad a prácticamente todo el norte de Rusia. Millones de seres humanos. Yo soy de Arkhangelsk, y sé muy bien de qué hablo. Cuando estudiaba en la escuela fuimos de excursión allí. Se trata de una verdadera fortaleza, de un estado dentro del Estado. Tenían allí un pequeño ejército, territorios cultivables y plantas procesadoras. Vivían en la más absoluta autarquía. ¿Por qué tendría que haber cambiado su vida después de una guerra atómica? —Y sonrió tristemente.

—Quiere usted decir...

—San Petersburgo ha dejado de existir. Murmansk y Arkhangelsk, también. Millones de seres humanos perecieron, las fábricas y las ciudades quedaron reducidas a cenizas. Pero Polyarniye Zori sobrevivió. Y la central nuclear también está intacta. A varios kilómetros a la redonda no hay nada más que nieve. Nieve y hielo, lobos y osos polares. No tiene ninguna conexión con el centro. Y disponen de combustible suficiente para mantener con vida durante algún tiempo a una gran ciudad. Quiero decir que tenían suficiente para proveerse de energía a sí mismos, y quizá también a su entorno inmediato durante unos cien años. Les resultará fácil pasar el invierno.

—Un arca —susurró Leonid—. «Y en cuanto hubo terminado el diluvio y las aguas descendieron, se posó sobre el monte Ararat...»

—Exacto. —El viejo asintió con la cabeza.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —En la voz del músico se reflejaban a un tiempo la ironía y el tedio.

—Trabajé en otro tiempo como operador de comunicaciones —le replicó Homero en tono esquivo—. Y estaba dispuesto a encontrar supervivientes en mi región de origen.

—¿De verdad que han podido sobrevivir tan al norte?

—De eso estoy seguro. Han pasado dos años desde la última vez que contacté con ellos. Pero piense usted lo que eso significa: electricidad y calor para un siglo entero.

Disponen de tecnología médica, ordenadores, bibliotecas electrónicas. ¿Cómo lo iba a saber usted? En toda la red de metro entera se han conservado sólo dos, y son prácticamente de juguete. Y eso que estamos en la capital. —Homero sonrió con amargura—. Pero si en alguna otra parte han sobrevivido seres humanos, no aisladamente, sino en grandes asentamientos, habrán regresado al siglo xvii o a la Edad de Piedra. Teas, rebaños, chamanes. Un tercio de sus niños morirán al nacer. Ábacos y escritos sobre corteza de abedul. No habrá nada, salvo la granja de uno mismo, y uno o dos caseríos vecinos. Un desierto sin seres humanos. Lobos, osos, mutantes. Porque la civilización moderna tiene su fundamento en la energía eléctrica. —Carraspeó y miró en derredor—. Si aquí nos quedáramos sin electricidad, las estaciones dejarían de funcionar, y sería nuestro fin. Después de que miradas de seres humanos hayan trabajado a lo largo de los siglos para edificar nuestra civilización, todo llegaría repentinamente a su fin. El Homo Sapiens debería empezar de nuevo. Pero ¿quién sabe cómo lo haría esta vez? Y ahora imagínese usted: ¡En una situación como ésta, un puñado de seres humanos goza de un período de gracia de un siglo entero! Tenía usted razón: es un arca de Noé. Una provisión casi ilimitada de energía. El petróleo hay que extraerlo y luego refinado. Para obtener gas, hay que hacer perforaciones y luego transportarlo por medio de tuberías a millares de kilómetros de distancia. ¿Habría que regresar a la máquina de vapor? ¿O a algo más primitivo todavía? —Tomó de la mano a Sasha—. Yo te digo que el ser humano no está en peligro de extinción. Nos reproducimos como cucarachas. Pero la civilización... la civilización sí necesita que alguien la preserve.

—Entonces ¿existe allí una civilización?

—No se preocupe. Los ingenieros atómicos son nuestra inteligencia tecnológica. Sin duda alguna, las condiciones que imperan allí son mejores que las nuestras. Polyarniye Zori ha crecido bastante durante estas dos décadas. Retransmiten periódicamente una señal: «A todos los supervivientes...» Con sus coordenadas. Eso significa que siguen llegando personas hasta allí.

—¿Cómo es que nunca había oído hablar de ellos? —murmuró el músico.

—Somos muy pocos los que estamos al corriente. Su longitud de onda es difícil de captar desde aquí. Pero, si logra disponer usted de unos años sin preocupaciones, inténtelo. —Homero sonrió—. La palabra clave es: «Último puerto».

Leonid meneó la cabeza.

—Yo tendría que estar al corriente. Me dedico a recopilar información de ese tipo. ¿Y de verdad que han podido vivir en paz?

—Qué le voy a contar... en esa región no hay nada más que nieve y hielo. La naturaleza se habrá adueñado de las aldeas y pequeñas ciudades que pudiera haber en las cercanías. Por supuesto que han sufrido los ataques de cuadrillas de bárbaros. Y también de animales salvajes, si es que nos contentamos con llamarlos así. Pero no les faltan armas. Están dispuestos a empuñarlas en todo momento, y tienen centinelas a lo largo del perímetro. Alambradas electrificadas, torres de vigía. En suma: una fortaleza. Durante la primera década, todavía con el ímpetu inicial, se protegieron mediante una empalizada. Por otra parte, han explorado el entorno. Llegaron hasta Murmansk, aunque se encontrara a doscientos kilómetros. Ahora, en vez de la ciudad, solo hay un gigantesco cráter calcinado. También quisieron emprender una expedición hacia el sur, en dirección a Moscú. Pero se lo desaconsejé. ¿Para qué iban a correr tantos riesgos? Cuando los niveles de radiactividad desciendan, podrán colonizar nuevos territorios. Pero, entre tanto, no tenemos nada que ofrecerles. Un cementerio. Nada más. —Homero suspiró.

—Sería curioso —dijo Leonid— que la humanidad, después de aniquilarse mediante el poder del átomo, se salvara gracias a ese mismo poder.

—Sí, muy curioso. —El viejo le dirigió una mirada sombría.

—Como en la historia de Prometeo, el que robó el fuego. Los dioses le habían prohibido que entregara el fuego a los hombres. Pero él quiso sacar a los hombres del fango, de la oscuridad y el frío...

—Ya lo he leído —lo interrumpió Homero con voz envenenada—. *Mitos y leyendas*²¹ de la Grecia antigua.

—Un mito profético. Es lógico que los dioses estuvieran en contra. Sabían cómo terminaría todo.

—Pero es el fuego lo que hizo que el hombre fuera hombre.

—¿Quiere usted decir que si el hombre no tuviera electricidad se transformaría de nuevo en animal?

—Quiero decir que, si no tenemos electricidad, retrocederemos doscientos años. Y si a eso le añadimos que tan sólo ha sobrevivido uno de cada mil, y que hay que volver a construirlo, descubrirlo e investigarlo todo, tendríamos que pensar más bien en medio milenio. Puede que jamás volvamos a vivir como antes. ¿Acaso está usted en desacuerdo?

—No, no —contestó Leonid—. Pero ¿seguro que lo único importante es la electricidad?

—¿Qué, si no? —Homero levantó bruscamente ambos brazos.

El músico lo escudriñó con una mirada larga y extraña, y se encogió de hombros.

El silencio se prolongó. Homero había percibido el final de la conversación como una victoria: por fin, la muchacha había dejado de comerse con los ojos al descarado joven y se había ensimismado en sus pensamientos. Les faltaba poco para llegar a la estación cuando Leonid, de repente, dijo:

—Bueno... ahora seré yo quien cuente una historia.

Homero puso cara de fatigado, pero tuvo la condescendencia de asentir.

—Al otro lado de la Sportivnaya, antes de llegar a los restos del Puente de Sokolnichesky, el túnel principal se bifurca, y una ramificación termina en un callejón sin salida. En su extremo se encuentra una reja, y, detrás de ésta, una puerta de seguridad cerrada. Ha habido varios intentos de abrirla, pero todos ellos han fracasado. Prácticamente ninguno de los aventureros que llegó hasta allí ha conseguido regresar. Sus cadáveres han aparecido dentro de la red de metro, en lugares muy alejados de ése.

Homero hizo una mueca.

—¿La Ciudad Esmeralda?

—Se sabe muy bien —prosiguió Leonid, sin hacerle caso— que el Puente de Sokolnichesky se vino abajo el primer día. Eso significa que todas las estaciones que se encuentran al otro lado quedaron desligadas de la red de metro. Se suele dar por seguro que allí no sobrevivió nadie, aunque no exista ninguna manera de comprobarlo.

Homero hizo un gesto de impaciencia.

—La Ciudad Esmeralda.

—También se sabe que la Universidad de Moscú se edificó sobre terreno blando. El gigantesco edificio se sostenía tan sólo porque unas poderosas máquinas refrigeradoras que se encontraban en el sótano mantenían congelado el suelo pantanoso. Si no, se habría hundido hace tiempo en el río.

—Ese argumento está muy trillado —le reprochó el viejo. Había entendido adonde quería ir a parar Leonid.

—Han pasado más de veinte años, pero el edificio abandonado sigue en pie.

—¡Porque todo eso del suelo pantanoso son paparruchas!

—Se rumorea que debajo de la universidad no se encuentra un simple sótano, sino un gigantesco refugio antiaéreo de diez pisos de profundidad. Allí están las máquinas refrigeradoras y, aún más importante, un reactor atómico, viviendas y corredores que llevan hasta las estaciones de metro vecinas, e incluso hasta Metro-2.

Leonid miró a Sasha con ojos grandes y terribles. La muchacha no pudo evitar una carcajada.

—Todas esas historias ya las hemos oído cientos de veces —comentó Homero con desprecio.

²¹ Mitos y leyendas de la Grecia antigua. Recopilación de leyendas del mundo clásico libremente adaptadas por el autor ruso Nikolay Kun. Goza de una gran popularidad en Rusia.

—Parece que allí se encuentra una verdadera ciudad subterránea —siguió diciendo el músico con voz soñadora—. Una ciudad cuyos habitantes no han muerto, sino que han asumido como tarea volver a reunir con el sudor de su frente los saberes ahora perdidos, y servir a la belleza. No escatiman medios para emprender expediciones a las galerías, museos y bibliotecas que se han conservado en la superficie. Cuando crían a sus hijos, le dan mucho valor a que éstos sepan apreciar la belleza. Reinan entre ellos la paz y la armonía, su única ideología es la ilustración y su única religión, el arte. Sus paredes no están pintadas con un par de feos colores, sino decoradas con maravillosos frescos. Por los altavoces no se oyen órdenes ni sirenas de alarma, sino Berlioz, Haydn y Chaikovsky.

Imagináoslo: todos sus habitantes citan a Dante de memoria. Aunque sólo fuera por eso, los hombres que viven allí son como los de antes. O... no, no como los del siglo xxi, sino como los de la Antigüedad. Sí, desde luego, todos ellos han leído *Mitos y leyendas*. —Leonid le sonrió al viejo, como si le hubiera tenido por tonto—. Libres, animosos, bellos y sabios. Justos y magnánimos.

—¡Eso sí que no lo había oído nunca! —Homero conservaba la esperanza de que el truhán no le robara a la muchacha.

—Los habitantes del metro lo llaman la Ciudad Esmeralda. Pero sus habitantes prefieren otro nombre.

—Ah, ¿y cuál es? —le preguntó Homero.

—Arca.

—¡Idioteces! ¡Nada más que idioteces! —El viejo resopló y se dio la vuelta.

—Por supuesto —dijo el músico—. No es más que una historia.

En la Dobryninskaya reinaba el caos. Homero miraba en todas direcciones, desconcertado y temeroso a un tiempo. ¿Sería todo un engaño? ¿Podía ocurrir algo semejante en la Línea de Circunvalación? Parecía como si alguien acabara de declarar la guerra a la Hansa.

Por el túnel que les quedaba al lado se asomaba una dresina de transporte y sobre ésta había varios cadáveres, amontonados de cualquier manera. Enfermeros militares con delantal los bajaban y los depositaban sobre la tela de una tienda de campaña. A uno le faltaba la cabeza, otros tenían el rostro desfigurado, a otros se les salían los intestinos...

Homero le tapó los ojos a Sasha. Leonid respiraba pesadamente. Apartó la cara.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó a uno de los enfermeros un miembro de la escolta que los acompañaba.

—Han pelado a los centinelas que teníamos en el Gran Distribuidor. Todos han muerto, sin excepción. No hay supervivientes. Y nadie sabe quién ha sido. —El enfermero se secó las manos con el delantal—. ¿No tendrías nada para fumar? Me tiemblan las manos.

El Gran Distribuidor, también conocido como Intersección Central, era una telaraña de vías que se ramificaba detrás de la Paveletskaya y enlazaba cuatro líneas: la de Circunvalación, la Gris, la Naranja y la Verde.

Homero se había imaginado que Hunter iría por ese camino. Era el más corto. Pero estaba vigilado siempre por fuertes destacamentos de la Hansa.

¿Para qué el derramamiento de sangre? ¿Acaso le habrían disparado ellos primero? ¿O es que no lo habían visto venir en la oscuridad? ¿Dónde se encontraría en aquellos momentos? Oh, Dios mío, una cabeza sin cuerpo... ¿por qué lo había hecho?

Homero pensó en el espejito roto y en las palabras de Sasha. ¿Acaso la muchacha tenía razón? Quizás el brigadier luchara contra sí mismo, tal vez quisiera evitar los asesinatos innecesarios, pero no lograra dominarse... ¿Había destrozado el espejo para aniquilar al hombre odioso y terrible en el que se estaba transformando?

No. Hunter no había visto a ningún hombre en el espejo, sino a un monstruo. Había tratado de liquidarlo, pero no había hecho otra cosa que romper el cristal y, así, en vez de un único reflejo, se había encontrado con una docena de ellos.

Pero ¿y si...? Homero contempló a los enfermeros. Subían al andén el último de los ocho cadáveres de la dresina... ¿Y si el que había devuelto la mirada desde el espejo no era más que un hombre desesperado? ¿El Hunter de antes?

¿Y si ese nuevo Hunter, el Hunter monstruoso, se había impuesto ya al otro y guiaba las acciones del brigadier?

¿QUE NOS DEPARARÁ EL FUTURO?

¿Qué hace humano al ser humano? Lleva más de un millón de años en este mundo. Sin embargo, la mágica transformación que hizo de este animal gregario e inteligente algo totalmente nuevo tuvo lugar hará unos diez mil años. Pensemos: durante el 99 por ciento de su historia, el ser humano se ha escondido en cuevas y ha masticado carne cruda, sin medios para darse calor, ni para crear herramientas, ni siquiera armas. Ni siquiera sabía hablar de verdad. Tampoco sus emociones diferían sustancialmente de las de los simios y los lobos: hambre, miedo, apego, preocupación, satisfacción. ..

¿Cómo pudo aprender, en apenas unos siglos, a construir, pensar y poner por escrito lo pensado? ¿A transformar la materia que lo rodeaba? ¿A inventar? ¿Por qué se puso a dibujar? ¿Cómo descubrió la música? ¿Cómo pudo someter la Tierra y transformarla de acuerdo con sus necesidades? ¿Qué descubrió hace diez mil años ese animal?

¿El fuego? Este le confería al ser humano la habilidad de dominar la luz y el calor, y de contar con ellos en parajes fríos e inhóspitos. En fin, le servía para preparar la carne de sus presas de manera más grata a su estómago. Pero ¿qué cambiaba con eso? Sí, ciertamente le había permitido extender sus dominios. Pero las ratas también habían colonizado el planeta entero sin necesitar el fuego.

No, no pudo ser el fuego o, por lo menos, no sólo el fuego. En eso, el músico tenía razón. Así que tuvo que haber otra cosa... pero ¿cuál?

¿El lenguaje? Sin duda alguna, eso lo diferencia del resto de los animales, pues desde ese momento puede tallar los pensamientos en bruto y transformarlos en joyas verbales, en mercancías con capacidad de circulación. No se trata tanto de la habilidad de expresar lo que ocurre dentro de la cabeza como de ordenarlo. De transformar imágenes inestables, como de metal fundido, en una forma fija. De preservar la claridad y la sobriedad del espíritu, de comunicar con exactitud y precisión indicaciones y conocimientos. Y, con ello, también la habilidad de organizarse, de someter a otros, de reunir ejércitos y construir ciudades.

Pero las hormigas no necesitan palabras. A una escala que el ser humano a duras penas percibe, organizan gigantescas colonias, viven sometidas a las jerarquías más complejas, se comunican información y órdenes con la mayor exactitud, ponen en pie, con disciplina de hierro, osadas legiones de mil cabezas que luchan en guerras silenciosas, pero implacables.

¿O quizá sea cosa de las letras, sin las que no podríamos registrar nuestros conocimientos? ¿De los ladrillos con los que se edificó la torre babilónica de la civilización humana, la torre que trataba de alcanzar el cielo? Sin ellas, toda la sabiduría que ha atesorado la humanidad se derretiría y se haría pedazos como barro sin cocer, y se hundiría y se desmenuzaría bajo su propio peso. Si no hubieran existido las letras, todas las generaciones habrían tenido que empezar a construir de nuevo la gran torre, habrían tenido que pasarse la vida entera bregando sobre las ruinas de una misma cabaña de fango y, al fin, habrían muerto sin haber logrado levantar un piso nuevo.

Sólo las letras —la escritura— hicieron posible que el ser humano sacara de su minúsculo cráneo los conocimientos acumulados y los legara a sus descendientes con precisión. Con ellas se había liberado del destino de tener que descubrir una y otra vez lo que se había descubierto hacía tiempo, y había podido erigir construcciones propias sobre un fundamento sólido establecido por sus antepasados.

Pero ¿eso era todo?

¿Si los lobos pudieran escribir, sería su civilización semejante a la de los seres humanos? ¿Habrían logrado, en definitiva, construir una civilización?

El lobo ahíto cae en una amable indolencia, acaricia a sus congéneres y juega con ellos, hasta que los gruñidos de su estómago le obligan a volver a salir de casa. El humano ahíto, en cambio, tiene una sensación muy distinta: la melancolía. Un impulso

incomprensible, e inexplicable, le empuja a contemplar las estrellas durante varias horas, a pintar de ocre las paredes de su cueva, a decorar con figuras talladas la proa de su navío de guerra, a emplear un siglo de trabajos en erigir un coloso de piedra en vez de reforzar las murallas de su fortaleza, a ocupar su vida entera con el perfeccionamiento de sus artes poéticas en vez de ejercitarse en el manejo de la espada.

Es este impulso el que ha llevado a un antiguo conductor de trenes auxiliares a consagrar los escasos años de vida que le quedan a la lectura y a la búsqueda, sí, a la búsqueda, y al intento de escribir algo... algo especial... Para satisfacer este anhelo, el pueblo sencillo y pobre escucha a los músicos ambulantes, los reyes se rodean de trovadores y pintores cortesanos, y una muchacha que nació bajo tierra contempla durante largo rato el dibujo de un paquetito de té. Es una llamada vaga, pero poderosa, que llega a imponerse incluso a la voz del hambre. Y sólo los seres humanos la oyen.

¿No es esa llamada lo que se eleva sobre el espectro de las emociones animales y le brinda al ser humano la capacidad de soñar, la osadía de abrigar esperanzas y el valor de perdonar? El amor y la compasión, los sentimientos que el ser humano suele considerar como propios, no son invenciones suyas. También los perros aman y sienten compasión: si su dueño está enfermo, no se alejan de su lado, y lloriquean. Son capaces, incluso, de expresar el anhelo de encontrar en otra criatura el sentido de su propia vida. Así, hay perros que están dispuestos a morir en cuanto muere su dueño, con tal de no separarse de él. Pero los perros no sueñan.

¿Se trata, pues, del anhelo de belleza y de la capacidad de apreciarla? ¿Esta sorprendente habilidad de regocijarse con una composición de colores, una serie de sonidos, unos trazos quebraos y unas frases compuestas con elegancia? ¿De arrancarles un eco dulce y al mismo tiempo doloroso que resuena en el alma, un eco que se adueña de los corazones —aunque sufran degeneración adiposa, tengan callosidades y estén recubiertos de cicatrices— y que los libera de sus úlceras?

Tal vez. Pero no es sólo eso.

Para ocultar los disparos de fusil y los chillidos de desesperación de hombres y mujeres desnudos y cargados de cadenas, hubo quienes hicieron resonar las grandiosas óperas de Wagner. Y no era una contradicción: lo uno subrayaba lo otro.

Entonces, ¿qué nos deparará el futuro?

Aun cuando el ser humano sobreviva como especie biológica en este infierno, ¿preservará este frágil ingrediente, a duras penas perceptible, pero sin duda presente entre los que configuran su naturaleza? ¿Conservará este excepcional destello que hace diez mil años transformó a un animal medio muerto de hambre, de animal de mirada triste, en una criatura de otro orden? En una criatura que sufre mucho más por la sed del alma que por la del cuerpo. En una criatura titubeante, siempre desgarrada entre la grandeza y la bajeza del espíritu, entre una gracia inexplicable, imposible en un animal de presa, y una inexorable crueldad que no encontraríamos en el mundo sin alma de los insectos. Una criatura que edifica magníficos castillos y pinta cuadros inimaginables, que se mide con el Creador en su capacidad de sintetizar la belleza, y que al mismo tiempo inventa cámaras de gas y bombas de hidrógeno para aniquilar lo que ha creado y exterminar de manera económica a sus congéneres. Una criatura que emplea todo su celo en erigir castillos de arena en la playa y luego los derriba por puro capricho. Una criatura que no conoce límites, temerosa y apasionada a un tiempo, incapaz de saciar su miserable hambre pero que, al mismo tiempo, no persigue otra cosa en toda su vida. Un ser humano...

¿Se preservará ese destello que vive en él, que brota de su interior?

¿O desaparecerá en el pasado, como una breve oscilación en el curso de la historia? ¿Acaso finalizará esta brevísima desviación del ser humano —brevísima en comparación con la totalidad de su existencia—, esta desviación del uno por ciento en su recorrido, y el hombre regresará a su eterno embotamiento, a una rutina sin tiempo, en la que incontables generaciones se sucederán, con los ojos vueltos hacia el suelo, rumiando, una detrás de otra, y después, al cabo de diez, cien, quinientos mil años, se extinguirá el hombre sin que nadie lo advierta?

¿Qué nos deparará el futuro?

—¿Es cierto todo eso?

—¿El qué? —Leonid le sonrió a la muchacha.

—Esa historia de la Ciudad Esmeralda. Del Arca. Existe un lugar como ése en la red de metro—La voz de Sasha sonaba pensativa. La muchacha se miraba los pies.

—Ésos son los rumores que circulan.

—Me gustaría mucho verla... ¿sabes?, cuando paseaba por allí arriba sentí dolor por los seres humanos. Por un único error, el mundo no volverá a ser jamás como antes. Había sido tan hermoso... al menos, eso es lo que creo.

—¿Por un único error? No. Por un pecado capital. Destruir el mundo entero, asesinar a seis mil millones de seres humanos... ¿puede llamarse eso simplemente «un error»?

—No importa. ¿No crees que tú y yo nos merecemos el perdón? Todo el mundo lo merece. Todo el mundo tiene derecho a una oportunidad para cambiarse a sí mismo y cambiarlo todo, para intentarlo de nuevo, una vez más, aunque sea la última. —Sasha calló durante unos momentos, y luego dijo—: Cuánto me gustaría ver todo aquello tal como era. Antes no me interesaba. Tenía miedo, y todo lo que había allí me parecía feo. Pero ahora me parece que salí a la superficie por un lugar equivocado. Qué estúpida... la ciudad que está allí arriba es como mi vida anterior. No tiene ningún futuro. Tan sólo recuerdos, e incluso los recuerdos son ajenos. Sólo fantasmas. Cuando estaba allí arriba, comprendí algo muy importante, ¿sabes...? —Buscó las palabras—. La esperanza es como la sangre que nos corre por las venas. Mientras no se detenga, vivirás. Quiero conservar la esperanza.

—¿Y qué esperas de la Ciudad Esmeralda? —le preguntó Leonid.

—Quiero ver, y sentir, cómo había sido la vida de antaño. Tú mismo lo has dicho. Allí, los seres humanos deben de ser muy distintos. Aún no han olvidado el ayer, e indudablemente tendrán un mañana. Por ello tienen que ser muy, muy distintos...

Atravesaron sin prisas la Dobryninskaya. Los guardias no los perdían de vista. Homero, de mala gana, los había dejado para hablar con el jefe de estación. Hacía bastante rato que se había marchado. No había ni rastro de Hunter.

Entonces, en la marmórea plataforma central de la Dobryninskaya, Sasha tuvo una extraña sensación: los amplios arcos por los que se accedía a los andenes alternaban allí con pequeños arcos adornados con relieves. Un arco grande y otro pequeño, otro grande y otro pequeño. Como un hombre y una mujer que se sujetaran de la mano, un hombre y una mujer, un hombre y una mujer... y de pronto sintió el deseo de la mano ancha y fuerte de un hombre, una mano en la que pudiera depositar la suya. Para protegerse aunque sólo fuera un poco.

—También aquí sería posible iniciar una nueva vida —le dijo Leonid, y le guiñó el ojo—. No es necesario marcharse a otro sitio, en busca de quién sabe qué... a veces basta con mirar alrededor.

—¿Y qué voy a ver?

—Me verás a mí. —El muchacho bajó los ojos con fingida timidez.

—A ti ya te he visto. Y te he escuchado. —Por fin, Sasha le devolvió la sonrisa—. Tu música me gusta mucho. Le gusta a todo el mundo. ¿No necesitarás más cartuchos? Has tenido que dar tantos para que pudiéramos pasar...

—Me basta con tener para comer. Siempre llevo suficientes. Tocar por la paga sería una estupidez.

—Entonces, ¿por qué tocas?

—Por la música. —Sonrió—. Por las personas. No, no es por eso. Por lo que la música les hace a las personas.

—¿Qué les hace?

—Todo lo que uno quiere —le respondió Leonid, serio de nuevo—. Tengo una melodía que inflama el amor, y otra que hace brotar las lágrimas.

Sasha lo miró con desconfianza.

—¿Y esa que tocaste la última vez? La que no tiene nombre. ¿Qué hace ésa?

—¿Ésta? —Leonid silbó el comienzo—. Nada. Tan sólo quita el dolor.

—¡Eh, viejo!

Homero cerró el libro y se levantó torpemente del incómodo banco de madera. El ordenanza reinaba tras un pequeño pupitre, ocupado casi en su totalidad por tres viejos teléfonos negros sin teclas ni disco. En uno de los aparatos parpadeaba una lucecita roja.

—Preséntale tu petición a Andrey Andreyevich. Tienes dos minutos, así que no te andes con rodeos. Ve directo al grano.

Homero se lamentó.

—Con dos minutos no me va a bastar.

El ordenanza se encogió de hombros.

—Yo ya te he advertido.

No habría bastado ni siquiera con cinco. Homero no sabía por dónde tenía que empezar y terminar, ni tampoco qué había que preguntar, ni lo que quería solicitar. Pero el único a quien creía que podía recurrir era el jefe de la Dobryninskaya.

Andrey Andreyevich, una bola de grasa envuelta en un abrigo militar desabrochado, empapada de maldad, no quería perder tiempo en escuchar al viejo.

—¿Es que te has vuelto loco? ¡Estamos en estado de emergencia, acabo de perder a ocho hombres, y ahora me vienes hablando de epidemias! ¡Aquí no hay ninguna epidemia! ¡Cállate! ¡Ya me has hecho perder bastante tiempo! Como no te largues ahora mismo...

Cual cachalote que salta de las aguas, el jefe de estación levantó toda la masa de su barriga, con tal violencia que la mesa estuvo a punto de volcarse. El ordenanza lo interrogó con la mirada desde la puerta.

Homero, igualmente confuso, se levantó del asiento bajo y duro que se ofrecía a las visitas.

—Me marchó. Pero ¿por qué han mandado fuerzas de asalto a la Serpukhovskaya?

—¿Y a ti qué te importa eso?

—En la estación se dice que...

—¿Qué, qué? Basta ya. Ni se te ocurra incitar al pánico... ¡Pavel, mételo en la mazmorra!

Homero se encontró con que lo sacaban a empujones a la antesala. Una vez allí, el ordenanza metió al díscolo anciano por un estrecho corredor en el que, alternativamente, le hablaba con voz tranquilizadora y le arreaba bofetones.

Una de las bofetadas le arrancó la máscara de gas de la cara. Homero trató de retener el aire, pero entonces recibió un puñetazo en el estómago y tosió convulsivamente.

El cachalote apareció a la puerta del despacho. Solo con su cuerpo ocupaba todo el umbral.

—Que se quede ahí. Luego ya veremos... —Y le masculló al visitante que venía después—: ¿Y quién eres tú? ¿Habías pedido hora?

Homero vio al recién llegado. Se encontraba a tres pasos de él: era Hunter, inmóvil y con los brazos cruzados. Llevaba un uniforme muy ceñido, que Homero no conocía. La sombra del visor alzado le escondía el rostro. No pareció reconocer al viejo, ni que querer intervenir en su favor. Homero se había imaginado que el cuerpo del brigadier chorrearía sangre de los pies a la cabeza, como el de un matarife, pero la única mancha de color rojo oscuro que se veía en su ropa procedía de su propia herida.

La pétrea mirada de Hunter escudriñó al jefe de estación. Y entonces, de pronto, el brigadier avanzó hacia la puerta del despacho, como si hubiera pretendido pasar a través del cuerpo de Andrey Andreyevich.

El jefe de estación reaccionó con un gesto de sorpresa, pero luego masculló algo, retrocedió y dejó que pasara. El ordenanza aún tenía a Homero agarrado por el cuello de la camisa, y se quedó inmóvil, sin saber qué hacer.

Hunter siguió adentro al barril de sebo y le hizo callar con un resoplido de animal de presa. Luego le susurró al oído algo que parecía una orden.

El ordenanza soltó al viejo y cruzó la puerta del despacho. Al cabo de un instante volvió a cruzarla en dirección opuesta, perseguido por un torrente de insultos. Era la voz del jefe de estación, que casi chillaba.

—¡Y deje en paz al provocador ese! —aulló, como si hubiera sido víctima de una repentina hipnosis.

El ordenanza, rojo de vergüenza, cerró la puerta tras de sí, se sentó de nuevo en su puesto, a la entrada del despacho, y enterró el rostro en una hoja de noticias impresa en papel de embalar. Vio que Homero, totalmente decidido, pasaba al lado de su mesa y entraba en el despacho del jefe de estación, y entonces se escondió aún con más descaro tras la hoja de las noticias, como si todo aquello no fuera con él.

Sólo entonces, al arrojarle una mirada triunfante al desconcertado perro guardián, Homero pudo ver bien sus teléfonos. Uno de ellos, el mismo que parpadeaba sin cesar, estaba marcado con un esparadrapo blanco y sucio sobre el que alguien había garabateado una única palabra con bolígrafo azul: TULSKAYA

—Estamos en contacto con la Orden. —El sudoroso jefe de la Dobryninskaya hacía crujir los puños y no perdía de vista ni un instante al brigadier—. Nadie nos había informado de esta operación. No puedo tomar por mí mismo una decisión como ésta.

—Pues entonces, llame a la Central —le replicó el otro—. Aún está a tiempo de coordinarse con ellos. Pero no espere más.

—No me van a conceder la autorización. Una operación de ese tipo pondría en peligro la estabilidad de la Hansa. Usted sabe muy bien que eso es más importante que todo lo demás. Por otra parte, tenemos la situación bajo control.

—Pero ¿de qué control me está hablando? Si no adoptamos medidas...

Andrey Andreyevich negaba pertinazmente con la cabeza.

—La situación es estable. No sé qué es lo que quiere usted. Todas las salidas se hallan bajo control en todo momento. Por ahí no pasa ni un ratón. Esperemos a que esto se resuelva por sí mismo.

—¡No hay nada que se resuelva por sí mismo! —le dijo Hunter en tono imperioso—. Con eso tan sólo conseguirá que los que se encuentran allí traten de escapar por la superficie, y habrá alguno que consiga volver a entrar. Hay que descontaminar la estación de acuerdo con los protocolos. No entiendo los motivos por los que no lo ha hecho usted.

—Pero es posible que queden personas sanas. ¿Usted qué cree? ¿Que voy a ordenar a mis muchachos que quemen la Tulskeya entera? ¿Junto con el tren de los sectarios? ¿Y quizá también la Serpukhovskaya? ¡La mitad de los hombres que viven aquí tienen allí a sus putas y sus hijos ilegítimos! No, ¿sabe usted una cosa? Nosotros no somos fascistas. La guerra es la guerra, pero esto... masacrar a unos enfermos... incluso en la Belorusskaya, cuando estalló la fiebre aftosa, separaron a los cerdos para poder matar a los enfermos y dejar vivir a los sanos. No los mataron a todos sin más.

—Eran cerdos. En este caso se trata de seres humanos —dijo el brigadier con voz inexpresiva.

—No, y mil veces no. —El jefe de estación negó una vez más con la cabeza y, con el gesto, salpicó unas gotas de sudor—. No puedo. Eso sería inhumano. ¿Cómo puedo poner ese peso sobre mi conciencia? ¿Para que luego me persiga en mis pesadillas?

—Usted no tiene que hacer nada. Existen otras personas que no sufren pesadillas. Permítanos tan sólo que pasemos por su estación. Nada más.

—He enviado correos a la Polis. Preguntarán si existe alguna vacuna. —Andrey Andreyevich se enjugó la frente con la manga—. Tenemos la esperanza de que...

—No existe ninguna vacuna. Y tampoco ninguna esperanza. Deje de esconder la cabeza bajo la arena. ¿Cómo es que no he visto por aquí a ningún equipo de enfermeros de la Central? ¿Por qué se niega usted a llamarlos y a solicitar luz verde para las cohortes de la Orden?

El jefe de estación calló. Trató de cerrarse los botones del abrigo, los manoseó con sus dedos sudorosos y finalmente se rindió. Luego se acercó a un armario de cocina deteriorado, se sirvió un vasito de un licor que olía muy fuerte y se lo bebió de un trago.

Hunter cayó en la cuenta de lo que ocurría.

—¡Usted no les ha dicho nada... ellos no tienen ni idea! En una estación vecina ha estallado una epidemia, y la Central no sabe nada...

—Lo hago para salvar la cabeza —le respondió el otro con voz ronca—. Una plaga en una estación vecina... sería el fin para mí. Porque lo he permitido... porque no he hecho nada por impedirlo... porque he puesto en peligro la estabilidad de la Hansa...

—¿En una estación vecina? ¿Se refiere a la Serpukhovskaya?

—Allí, por ahora, reina la calma, pero he reaccionado demasiado tarde. ¿Cómo íbamos a saber nosotros...?

—¿Y cómo le ha explicado sus acciones a la gente? ¿Cómo ha justificado el envío de unidades militares a una estación independiente? ¿Y el cierre del túnel?

—Bandidos... insurrecciones... por todas partes hay problemas de ese tipo. Nada especial.

El brigadier asintió.

—Y ahora es demasiado tarde para reconocer la verdad.

—Ahora ya no se trata tan sólo de que pueda perder el puesto. —Andrey Andreyevich se sirvió un segundo vaso y se lo bebió también de un trago—. Podrían condenarme a la pena capital.

—Y entonces ¿qué va a hacer?

—Voy a esperar. —El jefe de estación se apoyó en la mesa—. Puede que aún ocurra algo que...

—¿Por qué no responde usted a las llamadas? —dijo de repente Homero—. Su teléfono suena sin cesar. Lo llaman desde la Tulskaia. Quién sabe en qué situación se encontrarán.

—No, ya no suena —le respondió el jefe de estación con voz apagada—. Le he quitado el timbre. Sólo la lucecita sigue encendiéndose. Mientras siga así, es que aún viven.

—Pero ¿por qué no habla usted con ellos? —le repitió Homero, furioso.

—¿Y qué le voy a decir a esa gente? —le ladró el jefe de estación—. ¿Que tengan paciencia? ¿Que les deseo una rápida mejoría? ¿Que la ayuda está en camino? ¿Que se tendrían que disparar todos ellos una bala en la sien? ¡Ya he tenido bastante con las conversaciones que he sostenido con los fugitivos!

—Cállese de una vez —le dijo Hunter en voz baja—. Mejor será que me escuche a mí. Dentro de veinticuatro horas me presentaré con un destacamento. Quiero que nos dejen pasar por todos los puestos de vigilancia sin oponernos ninguna objeción. Mantendrá la Serpukhovskaya cerrada. Iremos hasta la Tulskaia y haremos nuestro trabajo. Si es necesario, intervendremos también en la Serpukhovskaya. Pondremos en marcha una pequeña guerra. No será necesario que informe a la Central. De hecho, no tendrá que hacer nada. Yo mismo me encargaré... de que la estabilidad se restablezca.

El jefe de estación asintió débilmente. Sin fuerzas ya, se vino abajo, como una rueda de bicicleta pinchada. Se sirvió otro aguardiente, lo husmeó y, antes de vaciar el vaso, preguntó en voz baja:

—Se va a revolver en charcos de sangre. ¿Eso no lo asusta?

—La sangre se lava con agua —le respondió el brigadier.

Cuando Hunter y Homero hubieron salido del despacho, el jefe de estación respiró hondo y llamó con voz atronadora al ordenanza. Éste entró a toda prisa y la puerta se cerró chirriando a sus espaldas.

Homero dejó que Hunter se adelantara un poco, luego se inclinó sobre el pupitre del ordenanza y descolgó el auricular del aparato cuya luz parpadeaba, y se lo llevó al oído.

—¡Dígame! ¡Dígame! ¡Estoy a la escucha! —susurró al auricular.

Silencio... pero no era un silencio absoluto, como si el cable hubiera estado cortado, sino más bien un silencio hueco, como si hubiera alguien al otro extremo de la línea con el receptor descolgado, pero no hubiese podido responder. Como si hubiera esperado durante largo tiempo una respuesta, y al final hubiese perdido la paciencia. Como si el viejo y su voz quebrada hubiesen hablado al oído de un muerto.

Hunter se había vuelto en el umbral y miraba con mala cara al viejo. Éste tuvo la prudencia de colgar el teléfono y siguió obedientemente al brigadier.

—¡Popov! ¡Popov! ¡En pie! ¡Dése prisa!

El poderoso rayo de luz de la linterna del comandante atravesó los párpados de Artyom, traspasó sus pupilas y le quemó el cerebro. Una mano fuerte le sacudió el hombro y luego hizo un vigoroso gesto sobre su cara sin afeitar.

Artyom abrió los ojos, fatigado, se frotó sus ardientes mejillas, saltó del camastro, se puso firmes y saludó.

—¿Dónde tiene el arma? ¡Agárrela y sígame!

Llevaban varios días durmiendo todos ellos con el uniforme puesto. Artyom sacó el Kalashnikov que había envuelto en jirones de tela para que le sirviera como almohada y corrió exhausto tras el comandante. ¿Cuánto rato debía de haber dormido? ¿Una hora? ¿Dos? La cabeza le retumbaba y se sentía seca la garganta.

Sin detenerse, el comandante volvió la cabeza y le gritó:

—Ya ha empezado.

El aliento impregnado de alcohol del comandante impregnó a Artyom.

—¿Qué ha empezado? —preguntó éste, angustiado.

—Dentro de muy poco lo verá. ¿Lleva un cargador de repuesto? Lo va a necesitar.

La espaciosa Tulskeya, la gigantesca estación sin columnas, se hallaba casi por completo a oscuras. Tan sólo en algunos lugares brillaban linternas de escasa potencia. Se movían de aquí para allá sin orden ni concierto, como si hubieran sido niños o simios quienes las manejaban. Pero ¿cómo podía haber simios en aquel lugar?

Por fin, Artyom despertó del todo. Comprendió lo que ocurría y revisó febrilmente su rifle. ¡No habían logrado resistir! ¿O tal vez aún no sería demasiado tarde?

Otros dos soldados, medio borrachos y con voz ronca, salieron del cuarto de guardia y se unieron a ellos. Por el camino, el comandante convocó a los últimos efectivos, a todos los que aún se sostenían en pie y podían empuñar un arma. Algunos de ellos habían empezado ya a toser.

Un ruido extraño y siniestro llegó a sus oídos a través del aire cargado. No era un chillido, ni un alarido, ni una orden. Era el gimoteo de cientos de gargantas, un gimoteo torturado, lleno de desesperación y de horror. Un gimoteo acompañado por golpes rítmicos sobre metal y por los chirridos que se oían a un tiempo en dos, tres, diez lugares distintos.

Sobre el andén se había erigido una gigantesca barricada de tiendas de campaña desgarradas y hechas jirones, trozos de chapa, piezas de vagones, maderas y algún que otro utensilio doméstico. El comandante se abrió paso sobre el montón de chatarra como un rompehielos. Artyom seguía su estela con pasos inseguros, y también los demás.

Sobre la vía derecha, en la penumbra, se recortaba la silueta de un convoy de metro ya deteriorado. La luz de ambos vagones se había extinguido, los huecos de las puertas se habían cerrado improvisadamente con trozos de reja clavados. Pero, en su interior, tras los cristales oscuros de las ventanas, bullía y se agitaba una tremenda masa humana. Docenas de manos se habían agarrado a los lisos barrotes, tiraban y se colgaban de ellos, con tremendo griterío. Frente a cada una de las entradas se habían apostado tiradores con máscara de gas. De vez en cuando se plantaban frente a las bocas negras, las fauces abiertas de los prisioneros, y levantaban las culatas, pero sin llegar a golpearlos. Y aún menos a dispararles. Al otro lado, los guardias trataban de tranquilizar a la agitada masa.

¿Acaso las personas que se hallaban en el vagón podían entender algo de lo que les dijeran los soldados? Los habían encerrado en el tren porque algunos de ellos habían tratado de escapar de la zona de cuarentena y huir por el túnel. Ya eran demasiados... superaban en número a los sanos.

El comandante pasó frente al primer vagón, luego frente al segundo y, entonces, por fin, Artyom comprendió por qué tenía tanta prisa: en la última puerta, el grano de pus había reventado y las extrañas criaturas salían del vagón. A duras penas se aguantaban sobre las piernas, sus rostros se habían deformado a fuerza de tumores hasta volverse irreconocibles, tenían los brazos y las piernas hinchados, y abotargados por la enfermedad. Por el momento no había logrado escapar nadie: todos los guardias armados que estaban libres se habían concentrado frente a aquella puerta y les impedían marcharse.

El comandante atravesó el cerco y se adelantó.

—¡A todos los pacientes! ¡Regresen de inmediato a su alojamiento! ¡Es una orden!

Con un brusco movimiento, desenfundó la Stechkin que llevaba en la pistolera.

El enfermo que estaba delante tuvo que hacer varios intentos hasta que logró levantar su cabeza hinchada. Pesaba varios kilos. Se pasó la lengua sobre los labios agrietados y dijo:

—¿Por qué nos tratáis así?

—Sabe usted muy bien que han sido víctimas de un virus desconocido. Estamos buscando un antídoto... tengan paciencia, por favor.

—¿Que estáis buscando un antídoto? —ladró el enfermo—. No me hagas reír.

—Regresen de inmediato al vagón. —El comandante quitó ruidosamente el seguro—. Voy a contar hasta diez, y luego abriremos fuego. Uno...

—Nos dais esperanzas para no perder el control. Hasta que nos hayamos muerto...

—Dos.

—Hace veinticuatro horas que no nos dais agua. Para qué vais a darnos agua si nos vamos a morir igualmente...

—Los guardias tienen miedo de acercarse a las rejas. Dos de ellos se han contagiado... Tres.

—Los vagones están repletos de cadáveres. Cuando caminamos, pisamos caras humanas. ¿Sabéis el ruido que se oye cuando se rompe una nariz? Si es la de un niño...

—¡No tenemos más sitio! No podemos quemarlos... Cuatro.

—Y en el otro vagón hay tan poco espacio que los muertos se aguantan de pie entre los vivos. Hombro con hombro.

—Cinco.

—¡Pues dispara de una vez, maldito seas! Sé muy bien que no existe ningún antídoto. Así por lo menos moriré rápido. Ahora me siento como si alguien me estuviera raspando las vísceras con una lima y luego les echara alcohol...

—Seis.

—.. y luego les pegara fuego. Como si tuviera la cabeza llena de gusanos y se me estuvieran comiendo poco a poco no sólo el cerebro sino también el alma... ñam ñam crec crec crec...

—Siete...

—¡Idiota! ¡Déjanos marchar! ¡Déjanos morir como seres humanos! ¿Qué derecho tienes a torturarnos de esta manera? Sabes muy bien que lo más probable es que tú mismo ya estés...

—Ocho... Estas medidas se han aplicado por mor de la seguridad. Para que los demás sobrevivan. Yo estoy dispuesto a morir, pero no permitiré que ninguno de los apestados salga de ahí. ¡Apunten!

Artyom empuñó el rifle y apuntó con la mira a uno de los enfermos que estaban más cerca. Por Dios bendito, ¿era una mujer? Bajo la camiseta, que no se diferenciaba ya en nada de una costra pardusca, se reconocía la forma hinchada de los senos. Artyom parpadeó, y volvió el arma hacia un viejo tambaleante. La multitud de criaturas deformes

retrocedió entre murmullos de rabia y se apretujó para volver a entrar, pero fue en vano... seguían saliendo enfermos del vagón, como pus fresco, entre gimoteos y llantos.

—¡Sádico! ¿Sabes lo que estás haciendo? Lo que tienes delante son seres humanos con vida. ¡No somos zombies!

—Nueve. —La voz del comandante había perdido firmeza. Parecía casi un susurro.

—¡Dejadnos marchar! —gritó con todas sus fuerzas el enfermo, y tendió los brazos hacia el comandante. Como si ése hubiera sido su líder, la masa se agitó y trató de avanzar en la dirección que había señalado.

—¡Fuego!

En cuanto Leonid tuvo el instrumento en los labios, todo el mundo empezó a congregarse a su alrededor. Tan sólo con oír las primeras notas, dubitativas, aún poco claras, las gentes sonrieron, aplaudieron de buena gana, y cuando el sonido de la flauta se oyó con más fuerza, sus rostros empezaron a transformarse. Parecía como si se hubiera desprendido de ellos toda la suciedad.

En esta ocasión, Sasha ocupaba un lugar especial: al lado del músico. Docenas de pares de ojos se habían vuelto no sólo hacia Leonid, sino que le dirigían también a ella miradas de entusiasmo. Al principio,

Sasha se sintió incómoda —no se merecía tanta atención ni agradecimiento—, pero luego la melodía la levantó de las baldosas de granito y se la llevó consigo, igual que un buen libro, o el relato de un hombre, nos arrebatan y nos lo hacen olvidar todo.

La melodía que recorría la sala era esa misma: la melodía de Leonid, la que no tenía nombre. El joven empezaba y terminaba con ella todas sus actuaciones. Al interpretarla, lograba que sus oyentes desarrugaran el entrecejo, les lavaba el polvo de sus ojos vidriosos y les encendía lucecitas en las pupilas. Sasha, que conocía la pieza, se percató de que Leonid introducía pequeñas variaciones con las que abría insospechados desarrollos, desconocidos hasta entonces, de tal modo que la tonada parecía siempre nueva. La muchacha tuvo la sensación de pasar mucho, mucho tiempo contemplando el cielo, y que, de pronto, tan sólo por unos instantes, aparecían entre las nubes blancas infinitos espacios de suave color verde.

De repente sintió como un pinchazo. Se sobresaltó, recobró la conciencia de estar en tierra y miró temerosa en derredor. Sí, era él: una cabeza más grande que las del resto del público, bastante atrás entre los espectadores, con la barbilla levantada... Hunter.

Clavaba en ella su mirada áspera y severa, y si por unos segundos la apartaba era para atravesar con ella al músico. Éste no le prestaba atención al calvo. Aunque algo lo molestara en el curso de su interpretación, nunca lo demostraba.

Era extraño: Hunter no se marchaba, ni tampoco hacía ningún intento de llevarse a la muchacha ni de interrumpir el concierto. Esperó a que los ecos de las últimas notas se hubieran extinguido para darse la vuelta e irse. Al instante, Sasha dejó a Leonid y se abrió paso entre el gentío para darle alcance.

Hunter se había detenido no muy lejos de allí, frente a un banco en el que Homero estaba sentado con la cabeza gacha.

—Lo has oído todo —le dijo el brigadier con voz ronca—. Yo voy a seguir adelante. ¿Me acompañas?

—¿Adónde? —El viejo, fatigado, sonrió a la muchacha—. Ella está al corriente.

Hunter escudriñó una vez más a Sasha con su mirada penetrante, luego asintió sin decir palabra y se volvió de nuevo hacia el viejo.

—No muy lejos de aquí. —Hizo un movimiento con la cabeza—. Pero no... no quiero ir solo.

—Llévame a mí —le gritó Sasha, decidida.

El calvo suspiró con fuerza, cerró los puños y los volvió a abrir.

—Gracias por el cuchillo —le dijo por fin—. Me ha resultado útil.

La muchacha retrocedió, herida. Pero, al instante, recobró el dominio sobre sí misma y le contestó:

—Tú decides lo que haces con el cuchillo.

—No, no pude elegir.

La joven se mordió el labio y arrugó la frente.

—Ahora sí puedes.

—No, ahora tampoco puedo. Si sabes lo que ocurre, tienes que comprenderme. Si de verdad...

—¿Qué tengo que comprender?

—La importancia de que llegue hasta la Tuskaya. Es importante para mí. Cuanto antes...

Sasha observó que las manos le temblaban levemente, y que la mancha oscura del hombro se había hecho más grande. Temía a aquel hombre, pero aún temía más *por* él.

—No lo hagas —le dijo con tono suave.

—Eso es imposible —le respondió bruscamente el brigadier—. No importa quién lo haga. ¿Por qué no voy a hacerlo yo?

—Porque si lo haces te destruirás a ti mismo. —Sasha se le acercó y le acarició la mano con cierta prevención.

Hunter se apartó violentamente, como si la muchacha lo hubiera mordido.

—Debo hacerlo. Los hombres que están al mando de este lugar son unos cobardes. Si no me decido de una vez, toda la red de metro perecerá.

—Pero ¿y si existiera otra posibilidad? ¿Un antídoto? ¿Y si... ya no tuvieras que hacerlo?

—¿Cuántas veces tendré que decirlo? ¡No existe ningún antídoto contra esa fiebre! ¿Acaso crees que, si lo hubiera... si lo hubiera...?

—¿Qué harías entonces? —Sasha no le dejó terminar.

—¡No puedo hacer otra cosa! —El brigadier le apartó la mano a la muchacha—. ¡Vamos! —le dijo a Homero.

—¿Por qué no quieres llevarme? —le gritó Sasha.

Hunter le respondió en voz baja, casi en un susurro, para que nadie lo oyera:

—Tengo miedo.

Dio media vuelta y se marchó. Al pasar al lado de Homero, le murmuró que dentro de diez minutos se pondrían en marcha.

—¿Hay alguien que tenga fiebre? —oyeron de repente a sus espaldas.

—¿Qué? —Sasha se dio la vuelta y tropezó con Leonid.

El músico sonreía con aires de inocencia.

—Si no me equivoco, hace un momento hablabais sobre unas fiebres.

—Nos has oído mal. —La muchacha no tenía ganas de discutir con él.

—Y se me ha ocurrido que tal vez haya algo de cierto en los rumores que corren —dijo el músico, pensativo, como si hablara consigo mismo.

Sasha arrugó la frente.

—¿Qué clase de rumores?

—Se dice que la Serpukhovskaya está en cuarentena. Por culpa de esa enfermedad aparentemente incurable. Una epidemia... —Leonid la miraba con gran atención, observaba todos los movimientos de sus labios, de sus cejas.

La muchacha se ruborizó.

—¿Cuánto rato llevas escuchándonos?

El joven abrió ambos brazos.

—No lo hago nunca a propósito. Pero es que tengo oído musical.

—Es amigo mío —le explicó Sasha, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Hunter.

—Estupendo —le respondió Leonid en tono vago.

—¿Por qué has dicho «aparentemente incurable»?

—¡Sasha! —Homero se había levantado y miraba con desconfianza a Leonid—. ¿Podemos hablar un momento? Tenemos que decidir lo que haremos ahora...

—¿Nos permitirá que antes hablemos nosotros un momento? —El joven sonrió al viejo con cortesía, se apartó de él y le indicó con un gesto a la muchacha que lo siguiera.

Sasha lo siguió, no muy decidida. Presentía que su combate con el calvo aún no había terminado. Si insistía, Hunter no se atrevería a rechazarla de nuevo. Entonces podría ayudarle, aunque aún no tuviera ni idea de cómo hacerlo.

Leonid agachó la cabeza y le susurró:

—Podría ser que yo hubiera oído hablar de esa epidemia mucho antes que tú, ¿sabes? Tal vez esa enfermedad no haya aparecido ahora por primera vez. Y también es posible que existan unas pastillas mágicas capaces de curarla.

La miró a los ojos.

—Pero Hunter dice que no existe ningún antídoto —farfulló Sasha—. Que tiene que...

—¿...matarlos a todos? ¿Él? Es decir, ¿tu estupendo amigo? No me sorprende. Seguro que ha estudiado medicina.

—¿Me estás diciendo...?

—Te estoy diciendo —el músico le puso una mano sobre el hombro a Sasha, se inclinó hacia ella y le susurró al oído—: que esa enfermedad se puede curar. Sí, existe un antídoto.

DE DOS EN DOS

El viejo carraspeó, malhumorado, y dio un paso hacia la muchacha.

—¡Sasha! ¡Tengo que hablar contigo!

Leonid le guiñó el ojo a Sasha, se apartó de ella, se la cedió a Homero con un gesto de falsa humildad y se alejó. Pero Sasha no podía pensar ya en nada más. Mientras el viejo trataba de persuadirla de que aún podían hacer que Hunter cambiara de opinión, le hacía propuestas y trataba de convencerla a fuerza de juramentos, la muchacha volvía la cabeza hacia el músico. Éste no respondió a sus miradas, pero una sonrisa fugaz le afloró a los labios y le confirmó a Sasha que el muchacho no los perdía de vista. La joven asintió y le explicó a Homero que sólo quería hablar un minuto a solas con Leonid, y que después estaría dispuesta a lo que fuera. Tenía que averiguar qué sabía el joven. Tenía que convencerse de que realmente existía un antídoto.

—Vuelvo en seguida —dijo, interrumpiendo al viejo a media palabra. Se apartó de él y fue con Leonid.

—Entonces, ¿quieres saber la continuación? —le dijo éste.

—¡Pues claro que sí! —A la joven no le quedaban ganas de jugar—. ¿Cómo se cura?

—Ésa es la parte complicada de la cuestión. Sé que la enfermedad se puede curar. Conozco personas que la han derrotado. Y puedo llevarte con ellas.

—Pero tú habías dicho que sabías luchar contra ella...

Leonid se encogió de hombros.

—Me has entendido mal. ¿Cómo quieres que lo haga yo? No soy más que un flautista. Un músico ambulante.

—¿Quiénes son esas personas?

—Si estás interesada, puedo presentártelas. Pero tendremos que dar un paseo para ir a verlas.

—¿En qué estación se encuentran?

—No muy lejos de aquí. Tú misma puedes comprobarlo. Si quieres.

—No te creo.

—Pero te gustaría creerme. Y como yo tampoco confío del todo en ti, no puedo contártelo todo.

A Sasha se le ensombreció la mirada.

—¿Por qué quieres que vaya contigo?

—¿Yo? —Leonid negó con la cabeza—. A mí eso me da igual. Tú sí quieres. Yo no estoy obligado a salvar a nadie... no podría hacerlo. De esta manera, por lo menos, no.

La muchacha dudó, y luego le preguntó:

—¿Me prometes que me vas a llevar con esas personas? ¿Me prometes que podrán ayudarnos?

—Te llevaré con ellas —le respondió Leonid con voz firme.

El irritado Homero intervino una vez más:

—Bueno, Sasha, ¿qué piensas hacer?

—No voy contigo. —La joven se ajustó el mono y se volvió hacia el músico—. El dice que existe un antídoto.

—Es mentira —le replicó Homero con voz insegura.

—Parece que usted entiende de virus mucho más que yo. —Leonid se esforzaba por hablarle en un tono respetuoso—. ¿Ha realizado investigaciones en ese campo? ¿O tiene algún tipo de experiencia directa? ¿Piensa también que una masacre será la mejor manera de frenar la infección?

—¿Y cómo sabes tú todo eso? —preguntó el viejo, desconcertado, y se volvió hacia Sasha—. ¿Es que acaso le has...?

—Y por ahí viene el jefe del equipo médico. —El músico se había dado cuenta de que Hunter se acercaba y, por seguridad, dio un paso en la dirección contraria—. El equipo de primeros auxilios ya está al completo, yo puedo marcharme.

—Espera —le ordenó la muchacha.

—¡Es mentira! —le susurró Homero a Sasha—. Sólo quiere que vayas con él para... y, aunque dijera la verdad, ya no os quedaría tiempo para hacer nada. Hunter habrá regresado con refuerzos en un máximo de veinticuatro horas. Si te quedas con nosotros, tal vez puedas hacerle cambiar de opinión. Y ese...

—Yo no puedo hacer nada —le respondió tristemente Sasha—. No lograré detenerlo. Lo intuyo. Sólo me queda una posibilidad: ofrecerle una solución alternativa. Tengo que hacerle dudar...

—¿Dudar? —El sorprendido Homero enarcó las cejas.

—Me bastará con menos de veinticuatro horas —dijo la joven, y se marchó.

¿Por qué la había dejado marchar?

¿Por qué había mostrado tanta debilidad y había permitido que un vagabundo loco se llevara a su heroína, su musa, su hija? Cuanto más pensaba el viejo en Leonid, menos le gustaba. En los grandes ojos verdes del músico centelleaban miradas de avidez, y, cuando creía que nadie lo miraba, afloraban a su rostro de ángel sombras oscuras...

¿Qué quería de ella? En el mejor de los casos, aquel adorador de la belleza clavaría la inocencia de Sasha en un alfiler para conservarla muerta y seca en su álbum de poesías. El fugaz encanto de su juventud —un encanto que no se podía reproducir, y menos aún fotografiar— se le escaparía como el polen de una flor. La propia muchacha, engañada y utilizada, se liberaría de él y huiría, pero tardaría mucho tiempo en dejarlo atrás y en olvidar la traición de aquel cachorro de Satán.

Entonces, ¿por qué la había dejado marchar?

Por cobardía. Porque Homero no sólo había evitado toda discusión con Hunter, sino que tampoco se había visto capaz de plantearle las cuestiones que de verdad lo inquietaban. Sasha estaba enamorada, y por ello su atrevimiento y su insensatez eran disculpables. Pero ¿era de esperar que Hunter tratara al viejo con la misma indulgencia?

Homero aún lo llamaba «brigadier», por costumbre, pero también porque esa denominación lo tranquilizaba: le servía para anular lo que había de temible y extraordinario en él. Al fin y al cabo, no era más que el suboficial del puesto de vigilancia septentrional de la Sevastopolskaya... pero ¡no! El hombre que caminaba junto a Homero por el túnel no era el mismo mercenario misántropo de antes. El viejo empezaba a entender que su compañero estaba experimentando una transformación. Le sucedía algo terrible. Habría sido estúpido no querer verlo, y tampoco habría tenido ningún sentido tratar de convencerse de lo contrario.

Una vez más, Hunter se llevaba consigo al viejo. ¿Quizá para mostrarle el sangriento final del drama? No iba a aniquilar tan sólo a la Tulskaia, sino también a los sectarios que se escondían en el túnel, y también a la Serpukhovskaya, tanto a sus habitantes como a los soldados de la Hansa que estaban estacionados allí. Y todo ello porque tal vez unos pocos se hubieran contagiado.

Y quizá le aguardara el mismo destino a la Sevastopolskaya.

El brigadier no necesitaba ya ningún motivo para matar. Le bastaba con encontrar una ocasión.

Homero no se hallaba en posición de hacer nada más que correr detrás de Hunter y, como en una pesadilla, contemplar todos sus crímenes y consignarlos. Se justificaba a sí mismo con el pensamiento de que lo hacía por la salvación de todos los demás. Trataba de convencerse de que era un mal menor. Pero el implacable brigadier le parecía un Moloc, y el desaliento de Homero era demasiado grande para luchar contra el destino.

No parecía, sin embargo, que la muchacha quisiese colaborar con ellos. Mientras que Homero se había acomodado a la idea de que la Tulskaia y la

Serpukhovskaya se habían transformado en Sodoma y Gomorra, Sasha persistía en agarrarse a un clavo ardiendo. Homero no creía que fuera posible encontrar unas píldoras, o una vacuna, un suero, antes de que Hunter pusiera fin a la epidemia a sangre y fuego. Sasha, por el contrario, buscaría un medicamento hasta el final.

Homero no era soldado, ni médico, y, por encima de todo, era demasiado viejo para creer en milagros. Con todo, una parte de su corazón soñaba apasionadamente con la salvación, y era esa misma parte la que había arrancado de sí y había dejado marchar... junto con Sasha.

Le había cedido a la muchacha la misión que él mismo no se atrevía a emprender. Y en la renuncia a seguir su propio camino había encontrado la paz.

Todo terminaría en veinticuatro horas. Entonces, Homero desertaría, se buscaría una celda solitaria y acabaría de escribir el libro. Por fin sabía de qué iba a tratar.

De cómo un animal racional devoraba una estrella mágica que había caído del cielo, un destello celeste, y se transformaba en ser humano. De cómo el ser humano robaba el fuego de los dioses, pero no lograba domesticarlo, y el mundo entero se abrasaba. De cómo, cien siglos más tarde, se le arrebató el destello de lo humano a modo de castigo.

Y de cómo entonces no se transformaba de nuevo en animal, sino en algo mucho más terrible, algo que no tenía nombre.

El jefe de guardia se metió el puñado de cartuchos en el bolsillo y le estrechó la mano al músico para sellar el acuerdo.

—Por un pago adicional y simbólico, puedo hacer que os lleven —explicó.

—Prefiero los paseos románticos —le respondió Leonid.

El jefe de guardia no desistió y le susurró al músico:

—Mira, yo no puedo permitir que vosotros dos entréis en nuestro túnel sin ninguna compañía. Tendréis que viajar con escolta, porque tu chica no lleva documentación de ningún tipo. Pero si me pagas un extra me encargaría de que os llevaran enseguida a un lugar donde estuvierais solos y pudierais pasar un buen rato.

—¡Eso no nos hace ninguna falta! —dijo Sasha, muy resuelta, interponiéndose entre ambos.

El músico se inclinó ante ella.

—Haremos como si los guardias fueran nuestro séquito. El príncipe y la princesa de Mónaco salen a pasear.

—¿La princesa de qué? —exclamó Sasha.

—De Mónaco. Es un principado que existió hace tiempo. En la Costa Azul...

—Escúchame —lo interrumpió el jefe de guardia—. Si estás decidido a ir a pie, tendréis que poneros en marcha ahora mismo. Tu cargador es fantástico, pero los muchachos tienen que estar en la base al anochecer. ¡Eh, Muleta! —le gritó a uno de los soldados—. Acompaña a estos dos a la Kievskaya. Cuando os encontréis con la patrulla, les dices que se trata de una deportación. Llévalos hasta la línea radial, y luego para casa. —Se volvió hacia Leonid—. ¿Estamos de acuerdo?

—A sus órdenes —le respondió él, y le hizo un saludo militar en plan de broma.

El jefe de guardia le guiñó el ojo.

—Siempre que usted quiera, a su disposición.

¡Qué distintos eran los dominios de la Hansa y el resto de la red de metro! En todo el trecho que unía la Paveletskaya y la Oktyabrskaya no había ni un solo lugar en el que reinara la absoluta oscuridad. Cada cincuenta pasos había una lámpara colgada de un cable sujeto a la pared y su luz bastaba para llegar hasta la siguiente. Incluso los túneles de emergencia y pasadizos conectados al túnel estaban tan bien iluminados que todos los terrores se desvanecían.

De haber podido, Sasha habría echado a correr, para ganar unos preciosos minutos. Pero Leonid la convenció de que no tenían ningún motivo para darse prisa. También se negaba a explicarle adonde irían desde la Kievskaya. El joven caminaba a buen ritmo, pero sin premura, visiblemente aburrido. Se notaba que había transitado a menudo por los túneles de la Línea de Circunvalación, inaccesibles a los mortales ordinarios.

—Estoy contento de que tu amigo siempre actúe de la manera que le parece correcta —dijo Leonid al cabo de un rato.

Sasha arrugó la frente.

—¿De qué me hablas?

—Si se preocupara por la población civil igual que te preocupas tú, habríamos podido traerlo. Pero nos hemos dividido en parejas, y cada uno hace lo que le dicta su entendimiento. A él, matar y a ti, curar...

—¡Él no quiere matar a nadie! —le dijo ella con aspereza y alzando la voz.

—Sí, claro. Es su trabajo. —Exhaló un suspiro—. ¿Quién soy yo para juzgarlo?

—¿Y a qué te dedicarás tú cuando seas mayor? —le dijo ella sin disimular su tono burlón—. ¿Al juego?

Leonid sonrió.

—Lo único que haré será estar contigo. ¿Qué más necesito para ser feliz?

La joven negó con la cabeza.

—Eso es lo que dices tú. No me conoces de nada. ¿Cómo te voy a hacer feliz?

—Yo ya sé cómo. A mí me basta con ver a una muchacha linda, y al instante me pongo de buen humor. Y además...

—¿Me estás diciendo que entiendes de belleza? —La joven lo miró de reojo.

Él asintió.

—Es lo único de lo que entiendo.

La muchacha desarrugó el entrecejo.

—¿En qué soy tan especial?

—¡Es que brillas! —En esta ocasión parecía que hubiera hablado en serio. Pero, al instante, el músico dejó que la muchacha se adelantara, y sus ojos se deslizaron sobre ella—. Lástima que vistas ropa tan burda.

—¿Qué es lo que no te gusta? —También ella aminoró la marcha. Le molestaba que el joven la mirara desde atrás.

—Tu vestido no deja pasar la luz. Y yo soy como una polilla. —Aleteó con las manos y puso cara de imbécil—. Siempre vuelo hacia la llama.

Una ligera sonrisa afloró a los labios de la joven. Decidió seguirle el juego.

—¿Tienes miedo de la oscuridad?

—¡De la soledad! —Leonid puso cara triste y cruzó las manos sobre el pecho.

No habría tenido que decirlo. Mientras tocaba las cuerdas, había valorado mal su resistencia, y cuando estaba a punto de hacer sonar la más frágil y delgada, ésta se rompió con un feo chasquido.

La débil corriente de aire del túnel, que se había llevado por delante todos los pensamientos serios y había empujado a Sasha a jugar con las insinuaciones del músico, perdió fuerza. De golpe, el humor alegre que le habían inspirado las frívolas indirectas de Leonid desapareció como arrastrado por el viento. La muchacha volvía a estar seria y se hacía reproches por haberse dejado llevar por el joven. ¿Sería tan sólo por esa atractiva frivolidad por lo que se había marchado con él y había abandonado a Hunter y al viejo?

—Como si tú supieras lo que es eso —murmuró Sasha, y apartó la cara.

La Serpukhovskaya, pálida de terror, se había hundido en la oscuridad.

Soldados, provistos con máscaras antigás, bloqueaban los accesos a los túneles y al corredor que la conectaba con la Línea de Circunvalación. Se oía como un rumor que se anticipaba a la catástrofe, como cuando alguien sacude una colmena. Una escolta acompañaba a Hunter y Homero por la sala como si fueran dos altos dignatarios, y los habitantes de la Serpukhovskaya trataban de leer en sus ojos si se hallaban al corriente de la situación, y, si era así, cuál podía ser el destino que les aguardaba. Homero miraba al suelo. No quería que todos aquellos rostros se le quedaran en los ojos.

El brigadier no le había revelado hacia dónde se dirigía, pero el viejo lo sabía. Iban a la Polis. Cuatro estaciones de metro unidas por corredores, una ciudad con miles de habitantes. La secreta capital de aquel imperio subterráneo que desde hacía mucho

tiempo se había dividido en docenas de estados feudales enfrentados entre sí. Un baluarte del conocimiento y un refugio de la cultura. Un santuario que nadie habría osado atacar.

Nadie salvo Homero, el viejo medio loco que andaba esparciendo la infección por el metro

Con todo, durante las últimas veinticuatro horas se había encontrado mejor. Las náuseas se habían suavizado, y la tos de tuberculoso que le había obligado una y otra vez a lavarse la sangre de la máscara de gas había cesado. ¿Acaso su organismo había derrotado por sí solo a la enfermedad? ¿O quizá no había llegado a contagiarse? Quizá se había dejado llevar por su imaginación. En realidad, lo había sabido desde el primer momento pero, de todas maneras, se había dejado dominar por el miedo...

El túnel oscuro y silencioso que se extendía después de la Serpukhovskaya tenía mala fama. Homero lo sabía: no encontrarían a nadie en el camino hacia la Polis. Con todo, la Polyanka, la única estación desierta que se encontraba entre las dos habitadas —la Serpukhovskaya y la Borovitskaya— deparaba de vez en cuando alguna sorpresa. Circulaban por el metro no pocas leyendas acerca de ella. Por lo general, los viajeros que la visitaban no habían de temer por su vida. Pero la estación sí podía causar serios daños en su entendimiento...

Homero había estado allí en varias ocasiones, pero nunca se había topado con nada especial. También había explicaciones plausibles para las leyendas que circulaban sobre aquel lugar, y que el viejo, por supuesto, conocía en su totalidad. Homero abrigaba la esperanza de hallar la estación, una vez más, abandonada y muerta, como en tiempos mejores.

Pero unos cien metros antes de llegar a la Polyanka el viejo vislumbró el lejano fulgor de una luz eléctrica, percibió unos primeros ecos, y se adueñó de él un mal presentimiento. Distinguió con nitidez unas voces humanas. Y eso era imposible. Aún peor: Hunter, que habitualmente descubría cualquier traza de vida a cientos de pasos de distancia, no pareció oír nada ni reaccionó de ninguna manera.

El brigadier tampoco prestó atención a las miradas de inquietud de Homero. Se había encerrado en sí mismo y no parecía que estuviera viendo nada de lo que ocurría. ¡La estación estaba habitada! ¿Desde cuándo? Homero se había preguntado no pocas veces por qué los habitantes de la Polis, a pesar de la falta de espacio, nunca habían intentado colonizar la Polyanka y anexionársela. ¡Era su leyenda lo que hasta entonces se lo había impedido! La habían considerado motivo más que suficiente para no acercarse a la extraña estación.

Pero, según parecía, alguien había logrado superar el miedo y había levantado allí una ciudad de tiendas de campaña, y había instalado la necesaria iluminación. ¡Y con qué generosidad malgastaban el fluido eléctrico! Aun sin haber salido del túnel, Homero tuvo que cubrirse los ojos con la mano, para protegerse de las deslumbrantes lámparas de mercurio que colgaban del techo.

¡Era asombroso! Ni siquiera la propia Polis estaba tan limpia y aseada. El polvo y el hollín de los años pasados habían desaparecido de las paredes, los mármoles relucían, y el techo parecía blanqueado el día anterior. Homero contempló el interior de la estación a través de los arcos, pero no alcanzó a ver ni una sola tienda. ¿Acaso no las habían plantado todavía? ¿O quizá lo que querían instalar allí era un museo? Los tíos raros que gobernaban la Polis eran perfectamente capaces de tener ideas como ésa.

Poco a poco, el andén se llenó de gente. No se interesaron por el militar armado hasta los dientes y con la cabeza protegida por el casco de titanio, ni por el viejo cubierto de mugre que andaba al trote a su lado. Es más: Homero, al verlos, se dio cuenta de que no podría ir más allá. Era como si las piernas le hubieran dejado de funcionar.

Todas aquellas personas que se estaban juntando en el borde del andén iban vestidas como si se hubiera rodado en la Polyanka una película sobre los primeros años del tercer milenio. Elegantísimos abrigos y capotes, holgadas chaquetas de varios colores, pantalones vaqueros... la ropa que se llevaba antes de la gran catástrofe. ¿Dónde

estaban los anoraks acolchados, el basto cuero de piel de cerdo, el omnipresente color marrón de la red de metro, la tumba de todos los colores? ¿De dónde había salido toda aquella riqueza?

Y los rostros: no eran los rostros de personas que en un solo día hubieran perdido a toda su familia. Parecía que hubieran contemplado poco antes el sol, daban la impresión de haber empezado el día con una ducha caliente, que para ellos no era excepcional. Homero habría jurado que era así. Y además... tuvo la sensación de conocer a muchos de ellos.

Las extraordinarias personas se congregaban en número cada vez mayor, se amontonaban al borde del andén, pero sin descender a las vías. Al cabo de poco tiempo, la abigarrada muchedumbre copaba la estación entera, desde un túnel hasta el otro. Parecía como si todos ellos hubieran salido de fotografías de un cuarto de siglo antes.

Ninguno de ellos miró directamente a Homero en ningún momento. Volvían los ojos en todas direcciones. Contemplaban las paredes.

Leían periódicos. Se miraban disimuladamente los unos a los otros, con admiración o con curiosidad, con desprecio o con simpatía... pero no se fijaban en el viejo, como si de un espectro se hubiera tratado.

¿Por qué se habían reunido en aquel lugar? ¿Qué esperaban?

Tuvo que pasar un rato para que Homero recobrara el control sobre su cuerpo. ¿Dónde estaba el brigadier? ¿Qué explicación podía darle a lo inexplicable? ¿Por qué no había dicho nada?

Hunter se había detenido un poco más atrás. La estación abarrotada de seres humanos no le interesaba en lo más mínimo. Con torva mirada, clavaba los ojos en el vacío, como si hubiese encontrado algún tipo de obstáculo. Parecía que hubiera algo suspendido en el aire unos pasos más adelante, a la altura de sus ojos. Homero se acercó al brigadier, lo miró con precaución... y de repente Hunter arreó un golpe.

Su puño cerrado surcó el aire, trazó una curiosa trayectoria de izquierda a derecha, como si el brigadier hubiese querido herir a una invisible víctima con un cuchillo imaginario. A punto estuvo de golpear a Homero, pero éste se apartó de un salto, y Hunter siguió luchando. Golpeaba, se echaba para atrás, se defendía, parecía que tratara de agarrar a alguien con sus manos de acero, gimoteaba como si alguien le apretara la garganta, se liberaba y atacaba de nuevo. Poco a poco se le acabaron las fuerzas, y pareció como si su invisible adversario fuera a derrotarlo. El brigadier tenía dificultades cada vez mayores para mantenerse en pie bajo los golpes inaudibles, pero apabullantes, que recibía. Sus movimientos se volvían cada vez más lentos e inseguros.

El viejo tenía la sensación de haber visto algo parecido en otra ocasión, no hacía mucho tiempo. ¿Dónde, y cuándo? ¿Y qué diablos le ocurría al brigadier? Homero lo llamó por su nombre, pero él parecía un poseso y no reaccionaba a sus fuertes gritos.

El gentío que se hallaba sobre el andén no prestaba atención a Hunter. El brigadier no existía para ellos, igual que ellos no existían para él. Se preocupaban por otra cosa: consultaban con impaciencia creciente sus relojes de pulsera, resoplaban, hablaban con la persona que tuvieran al lado y comparaban su hora con la que indicaban las cifras rojas del reloj digital que colgaba sobre el túnel.

Homero parpadeó y miró en la misma dirección que la muchedumbre... el reloj de la estación marcaba el tiempo que había pasado desde la salida del último tren. Pero el número se había alargado más de lo normal: tenía diez cifras. Ocho cifras antes de los dos puntos, y luego otras dos para los segundos. Un círculo de señales rojas indicaba también el paso de los segundos, y tan sólo la última cifra de ese número increíblemente largo —habían sobrepasado los doce millones— cambiaba...

Se oyó un grito... un lloriqueo.

Homero apartó los ojos del enigmático reloj. Hunter estaba inmóvil, de bruces sobre la vía. Homero corrió hasta él y tiró de su pesado cuerpo sin vida para ponerlo boca arriba. No, el brigadier respiraba, aunque de manera irregular. No se le veían heridas, aunque tenía los ojos entornados como los de un muerto. Su puño derecho aún estaba cerrado, y entonces Homero se dio cuenta de que Hunter no había peleado sin armas en aquel duelo tan singular. La empuñadura de un cuchillo negro le sobresalía del puño.

Homero le dio un par de bofetadas al brigadier, y éste gimió como un borracho, bizqueó, se apoyó en un codo y contempló al viejo con los ojos empañados. Entonces se puso en pie de un salto y se sacudió el polvo.

El sueño se había desvanecido: los seres humanos ataviados con abrigos y chaquetas de varios colores habían desaparecido sin dejar rastro, el fulgor se había extinguido, y el polvo de las décadas cubría una vez más las paredes. La estación estaba oscura, vacía y sin vida. Igual que Homero la había encontrado en sus anteriores expediciones.

Ninguno de los dos dijo ni una palabra hasta que hubieron llegado a la Oktyabrskaya. Sólo oían a sus escoltas, que hablaban en susurros y resoplaban cuando sus botas de cuero sintético tropezaban con las traviesas. Sasha estaba furiosa, no tanto con el músico como consigo misma. El muchacho... ¿qué más daba? Se había comportado de la manera que se podía esperar de él. En cambio, se sentía avergonzada de su propia conducta. ¿No habría sido demasiado dura con Leonid?

Una vez en la Oktyabrskaya, los vientos cambiaron por sí mismos y Sasha, al contemplar la estación, se olvidó de todo lo demás. Durante los últimos días había estado en lugares cuya misma existencia le había parecido imposible. Pero la Oktyabrskaya y su magnificencia relegaban a las sombras todo lo que hubiera visto hasta entonces. El suelo de granito estaba cubierto de alfombras. Su estampado original aún se reconocía al cabo de los años. Lámparas que simulaban antorchas alumbraban la sala con una uniforme luz lechosa. Sus cristales estaban tan pulidos que se habrían podido emplear como espejos. Aquí y allá había mesas en torno a las cuales se sentaban personas de rostro alegre, que conversaban con indolencia e intercambiaban papeles. Sasha no dejaba de girar la cabeza a un lado y otro para ver todo lo que le fuera posible. Entonces dijo, intimidada:

—Todo esto es tan... lujoso...

—Yo pienso que las estaciones de la Línea de Circunvalación son como una brocheta de cerdo —le susurró Leonid—. Rezuman grasa... a propósito, ¿qué te parece si vamos a comer algo?

—No tenemos tiempo. —La muchacha negó con la cabeza. Abrigaba la esperanza de que el joven no oyera el impaciente ronroneo de su estómago.

—Venga, mujer... —El músico la agarró de la mano—. Ahí tenemos sitio. Además, todo lo que hayas comido hasta ahora no se podrá comparar con esto... Muchachos, ¿no os importará que nos detengamos a comer? —les gritó a los escoltas—. No te preocupes, Sasha, vamos a llegar en un par de horas. Lo de la brocheta de cerdo no lo he dicho porque sí. Aquí hacen...

Las alabanzas que le dedicó a la carne que se cocinaba en ese lugar fueron tales que Sasha, finalmente, cedió. Si sólo les faltaban dos horas para llegar a su destino, podían permitirse una comida de treinta minutos. Por otra parte, aún disponían de un día entero, y no sabían cuándo podrían comer de nuevo.

El *shashlik* que comieron se había merecido todos los anteriores elogios. Pero, como si no le hubiera bastado, Leonid pidió también una botella de vino dulce. Sasha se bebió un vasito con gran curiosidad, y el músico compartió el resto con los escoltas. De repente, Sasha se puso en pie, con las rodillas temblorosas, y le ordenó a Leonid que se levantara también.

La dureza de su voz provenía de la súbita ira que sentía contra sí misma. Ira, porque se había relajado con la comida y el cálido alcohol, y porque había tardado unos instantes en apartar de su rodilla la mano del muchacho. Los dedos de éste eran ligeros y sensuales. Leonid, sin avergonzarse en lo más mínimo, levantó ambas manos al instante, como para decir: «¡Abandono!», pero la muchacha aún sentía su tacto sobre la piel. «¿Por qué me he dado tanta prisa en quitármelo de encima?», se preguntaba, confusa, y se pellizcó a modo de castigo.

Sintió el anhelo de borrar cuanto antes posible el recuerdo pegajoso y dulzón de la escena, blanquearlo con una conversación cualquiera, maquillarlo con palabras.

—Las personas que viven aquí son muy raras —le dijo a Leonid.

—¿Por qué? —El músico vació su vaso de un trago y se levantó poco a poco.

—Les falta algo en los ojos...

—El hambre.

—No, no sólo el hambre... parece que no necesiten nada.

—Eso es porque no necesitan nada. —Leonid sonrió satisfecho—. Comen bien. La reina Hansa los alimenta. Y sus ojos son muy normales... somnolientos...

Sasha se puso seria.

—Con todo lo que nos ha sobrado de la comida de hoy, mi padre y yo habríamos tenido suficiente para tres días. ¿No sería mejor que nos lo lleváramos y se lo diéramos a alguien?

—No —replicó el músico—. Se lo darán a sus perros. Aquí no hay pobres.

—¡Pero podrían llevarlo a las estaciones vecinas! Allí sí que hay gente que pasa hambre...

—La Hansa no es una organización de beneficencia —le gritó el centinela al que llamaban Muleta—. Que los otros cuiden de sí mismos. ¡Sólo faltaría que tuviéramos que alimentar a esos desgraciados!

—¿Tú eres de aquí? —le preguntó Leonid.

—He vivido siempre aquí. La memoria no me llega más allá.

—No te lo vas a creer, pero los que no han nacido en la Línea de Circunvalación también necesitan algo que llevarse a la boca.

—¡Pues que se devoren entre ellos! —le contestó el soldado con irritación—. ¿Acaso vamos a permitir que nos lo quiten todo y se lo repartan? Eso es lo que querrían los rojos.

—Bueno, si todo sigue como hasta ahora... —empezó a decirle Leonid.

—¿Qué pasará entonces? ¡Cállate de una vez, niño! Todo eso que nos estás diciendo sería motivo de expulsión.

—La expulsión me la gané hace tiempo —le respondió el músico con flema—. Y sigo trabajando en ello.

—Podría entregarte ahora mismo —bramó el guardia—. ¡Por espionaje al servicio de los rojos!

—Y yo a ti, por beber alcohol en horas de servicio...

—Eh, oye... si has sido tú quien... alto ahí...

—¡No! Disculpe, por favor. Todo esto es un malentendido —dijo entonces Sasha, agarró al músico por una manga y lo apartó de Muleta, que respiraba pesadamente.

Casi con violencia, hizo bajar a Leonid a las vías, miró el reloj de la estación y suspiró. Entre la comida y la discusión habían perdido casi dos horas. Y Hunter no debía de haberse detenido ni un solo segundo.

El músico, borracho, se reía a sus espaldas.

Durante el camino hasta la Park Kultury, los murmullos de los guardias fueron audibles. Leonid habría querido plantarles cara, pero Sasha le obligaba una y otra vez a no detenerse y le hablaba en tono de súplica. Aún estaba ebrio, y el alcohol daba alas a su insolencia y su descaro. La muchacha tenía que maniobrar para zafarse de sus incansables manos.

—¿Es que no te gusto? —le decía él, ofendido—. No soy tu tipo, ¿verdad? No te gustan los hombres como yo, los quieres con músculos y cicatriiices... entonces ¿por qué has venido conmigo?

—¡Porque me habías prometido una cosa! —Lo apartó de un empujón—. No porque...

—La canción de siempre: ¡No soy una de ésas! —Suspiró—. Si hubiera sabido que eras tan estrecha...

—Pero ¿cómo te atreves? En ese lugar hay un montón de personas con vida. ¡Si no llegamos a tiempo, todos morirán!

—¿Y qué voy a hacer yo? A duras penas consigo levantar los pies. ¿Tú sabes cuánto me pesan? Ven, toca... —Leonid trató de poner un pie en alto sin dejar de caminar, con ridículos resultados—. Y todas esas personas van a morir de todos modos. Mañana, o dentro de diez años. Igual que tú y yo. ¿Qué más da?

—Entonces, ¿me has mentido? ¡Sí, me has mentido! Homero me lo había dicho... me había advertido... ¿adónde vamos?

—¡No, no te he mentido! ¿Quieres que te lo jure? ¡Pronto vas a verlo! ¡Tendrás que disculparte conmigo! Pasarás mucha vergüenza y me dirás: «¡Leonid! ¡Tengo mala conciencia!» —El joven arrugó la nariz.

—¿Adónde vamos?

—A la ciudad donde las mujeres van con falda... vamos a la Ciudad Esmeralda... tralará chim pum pum... un camino de gran dificultad —le cantó Leonid, y señaló el camino con el dedo índice. De pronto, el estuche de la flauta se le cayó al suelo, el joven gritó una maldición, se agachó y estuvo a punto de caerse él mismo.

—¡Eh, borracho! ¿Vais a llegar hasta la Kievskaya? —le gritó uno de los escoltas.

—¡Si rezáis por nosotros...! —El músico le hizo una reverencia—.

Y Elli va a regresar —siguió cantando—. Y Elli va a regresar... con *Totoshka*²²... ¡guau! ¡guau! Hasta su hogar...

Homero no había creído nunca en las leyendas que se contaban sobre la Polyanka, pero la estación le había enseñado algo.

Había personas que la llamaban la Estación del Destino y la veneraban cual si fuera un oráculo. Algunos creían que un peregrinaje hasta allí, en un momento de cambio en la vida, podía servir para levantar el velo del futuro, para recibir una indicación, una clave para predecir el resto del camino y determinarlo.

Eso era lo que creían algunos... pero todos los que tenían sentido común sabían que en esa estación brotaban gases tóxicos de la tierra, y que estos inflamaban la fantasía y provocaban alucinaciones.

¡Pero, al diablo con los escépticos!

¿Qué podía significar aquella visión? Homero tenía la sensación de hallarse a un paso de descifrarla, pero sus pensamientos se paralizaban y confundían una y otra vez. Y Hunter aparecía una vez más ante sus ojos, y de nuevo le veía cortar los aires con el negro puñal. Homero habría pagado mucho por saber qué había visto el brigadier, con quién había luchado, cómo había sido el duelo que había finalizado con su derrota, y quizá con su muerte.

—¿En qué piensas?

Homero sintió que se le revolvían las tripas. Hasta aquel momento, Hunter no le había hablado nunca sin un motivo de importancia. Le había ladrado órdenes, le había murmurado de mala gana escuetas respuestas... ¿Cómo se podía esperar una conversación sobre el alma con un hombre que no tenía alma?

—Pues solamente... en nada especial —masculló Homero.

—No, te he oído —le dijo tranquilamente Hunter—. Estás pensando en mí. ¿Tienes miedo?

—Ahora no —le dijo el viejo, aunque fuera mentira.

—No tengas miedo. No te voy a hacer nada. Me recuerdas...

Al cabo de medio minuto, Homero le preguntó tímidamente:

—¿A quién?

—A una parte de mí mismo. Había olvidado que dentro de mí hubiera algo semejante. Tú me lo recuerdas. —Hunter tenía que esforzarse visiblemente para decir estas palabras, y, al mismo tiempo, miraba al frente, sin volverse, a la negrura.

—¿Por eso me has traído contigo? —Homero se sentía decepcionado y perplejo a un tiempo. Había esperado que...

²² «Iremos ... hasta la ciudad esmeralda... y Elli va a regresar. .. con Totoshka. .. ¡Guau! ¡Guau! ¡A nuestro hogar!» Adaptación de varias frases entresacadas de una conocida película de dibujos animados rusa: El mago de la Ciudad Esmeralda, adaptación de un relato del mismo título escrito por Alexander Volkov, que, a su vez, es una adaptación del célebre Mago de Oz. En esta versión, la heroína no se llama Dorothy, sino Elli, y la acompaña un perro que habla llamado Totoshka.

—Para mí es importante conservarlo en la cabeza —le contestó el brigadier—. Muy importante. Y también es importante para los demás que yo... si no, podría volver a ocurrir... lo que ocurrió en otro tiempo.

—¿Tienes algún problema de memoria? —Homero tenía la sensación de andar sobre un campo minado—. ¿Te ha sucedido algo?

—¡Yo me acuerdo de todo! —le contestó Hunter con gran brusquedad—. Sólo que a veces me olvido de mí mismo. Y tengo miedo de olvidarme del todo. Tú me harás recordar, ¿verdad?

—Está bien. —Homero asintió con la cabeza, aun cuando Hunter no lo mirara.

—Antes, todo tenía un sentido —le dijo entonces el brigadier, arrastrando la voz—. Todo lo que yo hacía. Protegía el metro. Las personas. Mi misión estaba clara: poner fin a las amenazas. Destruirlas. ¡Eso tenía sentido, sí, tenía sentido!

—Pero ahora...

—¿Ahora? Ya no sé lo que es el ahora. Quiero que todo vuelva a estar tan claro como antes. Yo no hago las cosas porque sí. ¡No soy un bandido, ni un asesino! Lo hago por las personas. He tratado de vivir sin nadie, para protegerlos a todos ellos. Pero fue horrible. Pronto me olvidé de mí mismo. Tuve que volver con las personas. Protegerlas. Socorrerlas. Recordar. Y así llegué a la Sevastopolskaya. Allí me acogieron. Fue por allí por donde volví abajo. Hay que salvar a la estación. Necesitan ayuda. A cualquier precio. A mí me parece que si lo hago... si pongo fin a la amenaza... habré hecho algo grande, algo importante. Puede que entonces recuerde. Tengo que recordar. Por ello debo actuar con toda la celeridad que me sea posible... esto avanza más y más rápido. Tengo que conseguirlo en un máximo de veinticuatro horas. Tengo que lograrlo: llegar a la Polis, reunir un cuerpo expedicionario y volver hasta allí... durante el camino, me harás recordar. ¿De acuerdo?

Homero asintió con gesto forzado. Sólo de imaginarse lo que podría ocurrir si el brigadier finalmente olvidaba, sentía miedo y pavor. ¿Qué quedaría dentro de aquel cuerpo si el Hunter de antes se dormía para siempre? ¿Acaso la criatura... contra la que había perdido el ilusorio enfrentamiento de aquel mismo día?

Habían dejado muy atrás la Polyanka. Hunter marchaba en dirección a la Polis como un perro lobo, cuando, una vez que su amo le quita la cadena, sigue el rastro de su presa. ¿O tal vez como un lobo que huye de los cazadores?

Al final del túnel encontraron luz.

Por fin llegaron a la Parle Kultury. Leonid trató de reconciliarse con sus escoltas. Los invitó a «un restaurante maravilloso». Pero los dos hombres lo miraban con desconfianza. Tuvo que discutir con ellos durante largo rato para que le dejaran ir al baño. Uno de los dos lo acompañó, y el otro desapareció tras haberle susurrado unas palabras a su colega.

Mientras aguardaba junto a la puerta, el guardia le dijo sin rodeos al músico:

—¿Te queda algún dinero?

—No mucho. —Leonid salió y le enseñó cinco cartuchos.

—¡Dámelos! Muleta querrá cobrarse un rescate por vosotros. Sospecha que eres un agitador enviado por los rojos. Si de verdad lo eres... el corredor que lleva a vuestra línea está ahí, seguro que ya lo conoces. Si no, puedes esperar aquí hasta que el Departamento de Contraespionaje venga a detenerte. Pero entonces tendrás que aclararlo con ellos.

Leonid trató de reprimir un acceso de hipo.

—Me habéis descubierto, ¿eh? Bueno, qué más da... hasta la vista. ¡Muchas gracias, de todos modos! —Levantó la mano para hacer un extraño saludo—. ¡Escucha... al diablo con el corredor! ¿Qué te parece si nos llevas hasta el túnel? —El músico tomó a Sasha de la mano y echó a correr con sorprendente agilidad, aunque de vez en cuando diera algún traspié—. Ése es de los buenos —le susurró a la muchacha—. «El corredor que lleva a vuestra línea está ahí.» ¿Y después qué nos propondrá? ¿Que salgamos a la

superficie? Estamos a cuarenta metros de profundidad. Como si ése no supiera que el corredor está sellado desde hace tiempo...

Sasha no entendía nada.

—¿Adónde vamos?

—¡A ti qué te parece! —masculló Leonid—. ¡A la Línea Roja! Tú misma lo has oído: soy un agitador, y me han pillado... me han descubierto...

—¿Estás con los rojos?

—¡Mi querida muchacha... no me preguntes nada! No soy capaz de pensar y correr a la vez. Y ahora correr es más importante. Nuestro amigo dará enseguida la alarma. Y en el momento de detenernos nos pegará un tiro. ¡A éstos no les basta con el soborno, también querrán una medalla!

Se metieron en el túnel y dejaron atrás al guardia. Corrieron pegados a la pared en dirección a la Kievskaya. Sasha se dio cuenta de que no lograrían llegar a la estación. Si el músico estaba en lo cierto y el otro guardia ponía a sus colegas sobre aviso...

Entonces, inopinadamente, Leonid se metió por un túnel lateral iluminado, con la misma naturalidad con la que se habría movido por su casa. Al cabo de unos minutos, divisaron en la lejanía varias banderas, una reja y un nido de ametralladora instalado sobre sacos de arena, y oyeron ladridos. ¿Un puesto fronterizo? ¿Estarían informados sobre su fuga? ¿Cómo se las arreglaría Leonid? ¿Cuál era el territorio que empezaba al otro lado de las barricadas?

—Vengo de parte de Albert Mikhailovich. —Leonid le puso un documento bajo la nariz al centinela que había venido corriendo hacia ellos—. Tengo que pasar de inmediato al otro lado.

El centinela echó una ojeada al papel y masculló:

—La tarifa ordinaria. ¿Dónde están los papeles de la señorita?

—Voy a pagar el doble. —Leonid se sacó el forro de los bolsillos de sus pantalones y enseñó los últimos cartuchos que le quedaban—. Y a la señorita no la ha visto usted, ¿estamos de acuerdo?

—No, no estamos de acuerdo —le replicó el guardia con voz áspera—. Esto no es un bazar, sino un estado de derecho.

—¡Anda! —El músico fingió consternación—. Yo pensaba, que como ahora hemos instaurado una economía de mercado, también podríamos practicar el comercio. No sabía que hubiera alguna diferencia entre...

Al cabo de cinco minutos, Sasha y Leonid entraron violentamente en una minúscula habitación con las paredes cubiertas de azulejos. El músico estaba desgredado, tenía la ropa arrugada y un arañazo en la mejilla, y le salía sangre por la nariz.

La puerta de hierro se cerró ruidosamente.

Se quedaron a oscuras.

EN LA CELDA

Cuando la oscuridad nos impide ver, el resto de los sentidos se agudiza. Los olores se vuelven más intensos. Los ruidos, más fuertes. En la celda se oía que algo arañaba el suelo, y se percibía un insoportable hedor de orina.

Leonid aún estaba inequívocamente borracho y no parecía que sintiera ningún dolor. Durante unos breves instantes murmuró algo, luego enmudeció y empezó a respirar hondo. No le preocupaba que sus perseguidores pudieran encontrarlos, y le daba igual lo que le ocurriera a Sasha, aunque la muchacha hubiera tratado de cruzar la frontera de la Hansa sin documentación y sin ninguna explicación plausible. Por no hablar del destino de la Tulskeya, que también parecía resultarle totalmente indiferente.

—Te odio —le dijo Sasha en voz baja.

No reaccionó.

Al poco rato, la muchacha, a tientas en la oscuridad, descubrió un orificio: una mirilla acristalada en la puerta. Todo lo demás era invisible, pero ese pequeño punto le bastó a Sasha para tantear con precaución en la negrura y moverse poco a poco hacia la puerta. Entonces se puso a aporrearla con sus pequeños puños. La puerta le respondió con gran estruendo pero, en cuanto Sasha hubo cejado en sus esfuerzos, reinó de nuevo el más absoluto silencio. Los guardias no respondieron ni al estrépito ni a los gritos de Sasha.

El tiempo se resistía a pasar. ¿Hasta cuándo los tendrían cautivos? Tal vez Leonid la hubiera llevado a propósito hasta allí. Para separarla del viejo y de Hunter. Para apartarla de ellos y atraerla a una ratonera. Y con la única intención de...

Sasha se puso a llorar. Se secó las lágrimas y ahogó sus gemidos con la manga de la chaqueta.

—¿Has visto alguna vez las estrellas? —oyó de pronto que le decía el muchacho con una voz que aún no era el de una persona sobria.

La joven no respondió.

—Yo también las he visto tan sólo en las fotos —siguió diciendo Leonid—. Ni siquiera el sol es capaz de atravesar el polvo y las nubes... cómo van a hacerlo las estrellas. Pero ahora, cuando tu llanto me ha despertado, he creído ver una estrella de verdad.

La joven se tragó las lágrimas antes de responderle.

—Es una mirilla.

—Sí, eso ya lo sé. Pero lo que me interesa es otra cosa... —Leonid se aclaró la garganta—. ¿Quién era el que antaño nos contemplaba con miles de ojos desde el cielo? ¿Y por qué se apartó de nosotros?

Sasha negó con la cabeza.

—Allí no había nadie.

—Yo siempre había querido creer que sí —le dijo el músico, pensativo.

—¡En esta celda no hay nadie que se interese por nosotros! —Sus ojos volvieron a verter lágrimas—. Todo esto lo has tramado tú, ¿verdad? Para que no nos quedara ninguna posibilidad de conseguirlo. —Golpeó la puerta una vez más.

—Si piensas que no hay nadie, ¿por qué aporreas la puerta? —preguntó Leonid.

—¡A ti te importa una mierda que los enfermos se mueran!

El joven suspiró.

—Eso es lo que piensas de mí, ¿verdad? Pues no me parece justo. A ti, en realidad, los enfermos tampoco te importan nada. ¡Lo que pasa es que tienes miedo de que tu amado, cuando vaya a masacrarlos, se contagie él también, y que si no tienes ningún antídoto...!

—¡Eso no es cierto! —Sasha estaba a un paso de abofetearlo.

—¡Pues claro que lo es! —le ladró Leonid—. ¿Cómo es posible que encuentres tan maravilloso a ese hombre?

En realidad, Sasha no tenía ni las más mínimas ganas de explicárselo. Habría preferido no tener que decirle ni una palabra más. Pero las frases le salieron solas:

—¡Él me necesita! Me necesita de verdad. Si yo no estoy, se derrumbará. Tú no me necesitas... ¡Lo único que te ocurre es que no tienes a nadie que siga tus juegos!

—Bueno, pues vamos a suponer que te necesita. El verbo «necesitar» me parece muy exagerado en este caso, pero digamos que sí... dime, ¿para qué lo necesitas tú a él? A ese exterminador de bacterias ¿Es que te van los siniestros? ¿O es que te sientes obligada a redimir a un alma condenada?

Sasha calló. Se sintió impresionada ante la facilidad con la que Leonid había descifrado sus sentimientos. ¿Quizá no eran tan especiales? ¿O es que no sabía ocultarlos? Toda la ternura, la conclusión que se veía incapaz de traducir en palabras, se transformaba en sus labios en algo cotidiano, e incluso banal.

—Te odio —le dijo por fin.

—No me importa. Yo tampoco me veo como un tipo fabuloso.

Sasha se sentó en el suelo. Las lágrimas se deslizaron de nuevo por su rostro. Primero de ira, y luego por impotencia. No obstante, no pensaba rendirse. Pero estaba allí sentada, en aquella mazmorra oscura, al lado de aquel hombre sin sentimientos. No existía ni la más mínima posibilidad de que alguien la oyera. No serviría de nada que chillara. Tampoco serviría de nada que golpease la puerta. No había nadie a quien pudiera vencer. No había nada que tuviera sentido.

Y entonces, por unos segundos, vio una imagen: edificios altos, un cielo verde, nubes pasajeras, rostros sonrientes. Y las cálidas gotas que resbalaban por sus mejillas le parecieron como gotas de la lluvia estival de la que le había hablado el viejo. Al cabo de un segundo, la engañosa imagen desapareció. Sólo quedó en la atmósfera una sensación de ligereza, de maravilla.

Sasha se mordió los labios y se dijo con terquedad:

—Quiero un milagro.

Al instante se oyó el chasquido de un interruptor en el pasillo y una luz insoportablemente fuerte inundó la celda.

Incluso a buena distancia de la sagrada capital del metro, del marmóreo tesoro de la civilización, la blanca luz de las lámparas de mercurio difundía una dichosa aura de reposo y bienestar.

En la Polis no se escatimaba la luz porque se creía en su mágico efecto. El despilfarro de luz les recordaba a los seres humanos su vida de antaño, los tiempos lejanos en los que el hombre aún no era una criatura de la noche, ni un depredador. Incluso los bárbaros que llegaban a los dominios de la Polis desde la periferia se comportaban en cuanto entraban allí.

El puesto de guardia apenas estaba fortificado y recordaba más bien a la antesala de un ministerio soviético: una mesa, una silla, dos oficiales con el uniforme limpio y gorra de plato. Inspección de documentos, registro de los efectos personales. Homero se sacó el pasaporte del bolsillo. Como no se exigían ya visados, no esperaban tener problemas. Le ofreció el cuadernillo verde al oficial y miró de reojo al brigadier.

Hunter estaba sumido en sus pensamientos y no parecía que oyera los requerimientos del oficial de frontera. ¿No llevaba pasaporte? ¿Y cómo pensaba entrar? Sobre todo teniendo en cuenta las prisas con las que había ido hasta allí.

—Se lo repito por última vez. —La mano del oficial se acercó poco a poco a su reluciente pistola—. ¡Enséñeme su documentación o, si no, abandone de inmediato el territorio de la Polis!

Homero estaba seguro: el brigadier no entendía lo que se esperaba de él. Tan sólo reaccionaba al movimiento de las manos del oficial. Pero, por un instante, despertó de su extraña apatía y llevó con toda su fuerza la mano a la garganta del militar. Éste se quedó lívido, barboteó y cayó de espaldas al suelo, arrastrando la silla consigo. El otro oficial trató de escapar, pero Homero sabía muy bien que no lo conseguiría. Igual que un tahúr se saca un as de la manga, Hunter empuñó su bruñida pistola de verdugo y...

—¡Espera!

El brigadier se detuvo un instante. El oficial que huía tuvo suficiente para subir al andén, arrojarle cuerpo a tierra y desaparecer.

—¡Déjalos! ¡Tenemos que ir a la Tulsкая! Tú... tú querías que yo te hiciera recordar. —Homero respiraba con dificultad. No sabía qué decir.

—A la Tulsкая... —repetía Hunter con voz apagada—. Sí. Mejor que esperemos a estar en la Tulsкая. Tienes razón. —Fatigado, se apoyó sobre la mesa, dejó la pesada pistola a un lado y se quedó con la cabeza gacha.

Homero aprovechó el momento: levantó ambos brazos y echó a correr hacia los guardias que tomaban posiciones entre las columnas.

—¡No disparéis! ¡Se rinde! ¡No disparéis! Por el amor de Dios...

Lo esposaron y le quitaron la máscara de gas. Sólo entonces le permitieron que hablara. Pero el brigadier no hizo nada. Había caído una vez más en su extraña apatía. Permitió que lo desarmaran sin ofrecer resistencia alguna y que lo llevaran hasta una de las celdas de detención preventiva.

Los soldados dejaron libre a Homero, pero éste quiso acompañar al brigadier hasta la puerta de la celda. Hunter entró, se sentó sobre el camastro, levantó la cabeza y le susurró:

—Tienes que ir en busca de alguien. Se llama Melnik. Tráemelo. Esperaré aquí...

El viejo asintió y se marchó a toda prisa. Se disponía a abrirse paso entre los guardias y los mirones que se apelotonaban en torno a la entrada cuando, de pronto, alguien, a sus espaldas, gritó:

—¡Homero!

El viejo se detuvo, atónito. Hunter no lo había llamado nunca por su nombre. Se volvió, se acercó a la delgada reja e interrogó con la mirada al brigadier.

Este se rodeaba el cuerpo con sus enormes brazos, como si hubiese querido contener un escalofrío. Le murmuró con voz débil e inexpresiva:

—¡Date prisa!

La puerta se abrió, y un soldado miró al interior con expresión dubitativa. Era el mismo que antes había golpeado al músico. Le hicieron entrar de una patada. Estuvo a punto de aterrizar en el suelo. Cuando se hubo incorporado, miró a su alrededor sin saber qué hacer.

En la puerta había un oficial nervudo con gafas. Sobre los hombros de su guerrera brillaban varias estrellas. Su escaso cabello, de color rubio oscuro, estaba alisado y peinado hacia atrás.

—¡Venga, imbécil! —gritó.

—Yo... es que... —tartamudeaba el guardia con voz compungida.

—¡Vamos!

—Pido disculpas por lo que he hecho. Y tú... usted... no puedo.

—Otros diez días.

—Pégume —le dijo el soldado a Leonid, y apartó la vista.

—¡Ah, Albert Mikhailovich! —gritó el músico al tiempo que parpadeaba, y le sonrió al oficial—. Había llegado a pensar que no vendría.

A su interlocutor le temblaban levemente las comisuras de los labios.

—Buenas noches. He venido para cerciorarme de que se repare la ofensa. Por favor, satisfágase usted.

Leonid se levantó y se puso muy erguido.

—No quisiera estropearle las manos. Pienso que será mejor que se encargue usted del castigo.

—Con toda la severidad que exige el caso —confirmó Albert Mikhailovich—. Un mes de arresto. Y, por supuesto, le presento mis disculpas junto con las de este zopenco.

—No ha habido mala intención por parte de nadie. —Leonid se frotó la mejilla dolorida.

—Espero que se quede usted entre nosotros. —La voz metálica del oficial masculló estas palabras en tono conspirador.

—Verá usted, estoy interesado en facilitarle la entrada a una persona. —El músico se volvió hacia Sasha—. ¿Podría usted arreglárnoslo?

—Se solucionará prontamente —dijo Albert Mikhailovich.

Dejaron al guardia en la celda. El oficial corrió el cerrojo y los llevó por un estrecho corredor.

—No pienso ir a ninguna parte contigo —le dijo Sasha.

Leonid dudó, y luego le dijo en voz casi inaudible:

—¿Y si te dijera que estamos de camino hacia la Ciudad Esmeralda? ¿Y si resulta que, por pura casualidad, estoy mucho mejor enterado que tu abuelo? ¿Y si la he visto con mis propios ojos, y he estado allí, y no sólo eso...?

—Mientes.

—¿Y si resulta que ese de ahí —el músico señaló con la cabeza al oficial que caminaba más adelante— es tan sumiso conmigo porque sabe de dónde provengo? ¿Y si, una vez en la Ciudad Esmeralda, pudiéramos encontrar con seguridad el antídoto? Nos faltan tan sólo tres estaciones para llegar allí.

—¡Mientes!

—¿Sabes una cosa? —exclamó Leonid, irritado—. Si quieres un milagro, tienes que estar dispuesta a creer en él. Si no, se te escapará de las manos.

—Hay que saber distinguir entre los verdaderos milagros y los hechizos falsos —le espetó Sasha—. Lo aprendí de ti.

—Yo sabía desde el principio que nos iban a soltar. Sólo que prefería... no adelantarme a los acontecimientos.

—¡Has estado jugando!

—¡Pero no te he mentido! ¡El antídoto existe de verdad!

Llegaron a un puesto fronterizo. El oficial, que se había girado varias veces hacia ellos lleno de curiosidad, le entregó al músico sus efectos personales y le devolvió cartuchos y documentos. Luego lo saludó a la manera militar.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, Leonid Nikolayevich? ¿Llevamos con nosotros la mercancía de contrabando o la dejamos en la aduana?

Sasha se estremeció.

—La llevamos con nosotros.

—Bueno, pues entonces os deseo una vida de amor y concordia —dijo Albert Mikhailovich en tono paternal, y luego atravesó con ellos tres barreras sucesivas, tres empalizadas hechas con rejas y trozos de raíl. Los soldados de guardia se cuadraban ante ellos.

—Entiendo que no tendrá usted ningún problema para entrar...

Leonid sonrió con malicia.

—Sí, podremos pasar. Usted lo sabe muy bien: en ninguna parte se encuentran funcionarios íntegros. Cuanto más severo es el régimen, más barato es el precio. Basta con saber quién manda en cada sitio.

El oficial carraspeó.

—A usted tendría que bastarle cierta palabra mágica.

—Por desgracia, no funciona con todo el mundo. —Leonid se acarició una vez más la mejilla—. Ya conoce usted esa frase tan bonita: «Aún no soy mago, estoy aprendiendo».²³

—Sería un honor para mí tener trato con usted cuando sus años de educación hayan terminado. —Albert Mikhailovich inclinó la cabeza, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

El último de los soldados les abrió una portezuela en una gruesa reja de hierro que cerraba el túnel de arriba abajo. Al otro lado se extendía un trecho vacío, pero bien iluminado. Algunos tramos de pared estaban cubiertos de hollín, y otros de orificios, como si hubiera tenido lugar un prolongado tiroteo. Al otro extremo se divisaban nuevas fortificaciones, así como enormes banderas que colgaban desde el techo hasta el suelo.

²³ Frase muy conocida, en Rusia, del filme soviético Solushka [La Cenicienta], de 1947.

Al ver todo aquello, a Sasha se le aceleró el corazón. Se detuvo y le preguntó a Leonid:

—¿Cuál es esa frontera?

—¿Disculpa? —La miró asombrado—. Es la frontera de la Línea Roja, por supuesto.

¡Cuánto tiempo llevaba Homero soñando con regresar allí! ¡Cuánto tiempo hacía que no había estado en aquella maravillosa estación!

En la culta Borovitskaya, que desprendía aquel olor tan fuerte a creosota²⁴, con los pequeños y confortables alojamientos bajo los arcos, la sala de lectura para los monjes brahmánicos en el centro, los largos anaqueles repletos de libros y las lámparas forradas en tela que colgaban muy bajas. Cuán desconcertante era la nitidez con la que aún se percibía allí el espíritu de las tertulias filosóficas de los años de crisis y de preguerra.

En la majestuosa Arbatskaya, que había preservado su blancura y sus bronce, casi comparable a los palacios del Kremlin, con su estricta disciplina y las intrigas de sus militares, que actuaban todavía con arrogancia, como si no hubieran tenido nada que ver con el Apocalipsis.

En la venerable Biblioteka imeni Lenina, sobre la que se alzaba, en la superficie, la Biblioteca de Lenin, a la que no le habían cambiado el nombre cuando aún habría tenido algún sentido hacerlo, y que ya era tan antigua como el mundo cuando el joven Kolya había entrado por vez primera en la red de metro. Tenía un acceso controlado muy peculiar, una especie de romántico puente alzado sobre el andén. Se habían restaurado incluso los estucos del techo, aunque el resultado no fuera óptimo.

Y en la Alexandrovsky Sad, aquella estación que se veía como flaca, angulosa, perpetuamente a media luz, como un jubilado casi ciego, atormentado por la gota, que recuerda su juventud en el Komsomol.

Homero se había preguntado siempre, con fascinación, si las estaciones se parecerían a quienes las habían construido. ¿Acaso serían, en cierta medida, autorretratos de los arquitectos que las concibieron? ¿Habrían absorbido pequeñas partículas de sus constructores? El viejo estaba seguro de algo: las estaciones marcaban a sus habitantes, su carácter se contagiaba a las personas, y éstas de su particular ambiente y sus específicas dolencias.

De acuerdo con su naturaleza, el sitio más apropiado para Homero, sus inacabables cavilaciones y su incurable nostalgia, no era la severa Sevastopolskaya, sino más bien la Polis, que resplandecía con la luz del pasado.

Pero el destino no lo había querido así.

Y, aunque hubiera regresado, no tenía tiempo para pasearse por sus salas deslumbrantes, para admirar sus estucos y molduras de hierro, para fantasear. No podía detenerse ni un instante.

Hunter había logrado, con grandes esfuerzos, encadenar y encerrar a la terrible criatura que albergaba dentro de sí, y que de tiempo en tiempo salía a alimentarse de carne humana. Pero bastaría con que el monstruo lograra doblar los barrotes de su celda interior: al momento, quedaría destruida la gastada reja que le impedía adueñarse del cuerpo del brigadier. Homero tenía que darse prisa.

Hunter le había rogado que buscara a un tal Melnik. ¿Se trataría de un apodo? ¿De una contraseña? Cuando les preguntó a los guardias por aquel nombre, éstos cambiaron repentinamente de actitud. Dejaron de hablarle del tribunal que amenazaba al cautivo brigadier y el obeso jefe de los guardias se prestó a acompañarlo en persona.

Subieron por una escalera y siguieron un pasillo hasta llegar a la Arbatskaya. Una vez allí, se detuvieron frente a una puerta, vigilada por dos guardias de paisano. Su rostro no dejaba lugar a dudas: eran asesinos profesionales.

Detrás de las anchas espaldas de éstos se abría un angosto pasillo con pequeños cuartos a ambos lados. El gordo le ordenó a Homero que esperase y anduvo

²⁴ Material empleado en la conservación de la madera.

pesadamente por el pasillo. Apenas habían pasado tres minutos cuando regresó, contempló al viejo con extrañeza y le ordenó que lo siguiera.

En el extremo opuesto del pasillo se encontraba una habitación sorprendentemente espaciosa, cuyas paredes estaban cubiertas de mapas y planos. Entre éstos colgaban anotaciones, mensajes en clave, fotografías y dibujos. Tras una mesa grande de madera de roble se sentaba un hombre flaco, de mediana edad y espalda de anchura inusitada. En un primer momento, Homero pensó que vestía una burka²⁵ caucásica. Se cubría el cuerpo con un abrigo del ejército, del que sobresalía únicamente el brazo izquierdo. Al verlo más de cerca, Homero se dio cuenta de que el derecho se lo habían amputado cerca del hombro. Era extraordinariamente alto. Sus ojos estaban casi a la misma altura que los de Homero, que permanecía de pie frente a él.

—Gracias —dijo, e hizo salir al gordo, que cerró la puerta a sus espaldas con visible pesar. Luego, se volvió hacia Homero—. ¿Quién es usted?

—Nikolayev, Nikolay Ivanovich —le respondió el confuso anciano.

—¡Déjese de imbecilidades! Si es usted capaz de acudir a mi presencia y de decirme que ha venido con mi camarada más querido, el mismo que enterré hace un año, es que debe de tener serios motivos para hacerlo. ¿Quién es usted?

—Nadie. Yo aquí no pinto nada. Su camarada está vivo, créame. Tiene usted que venir conmigo en cuanto le sea posible.

—A decir verdad, tengo la sensación de que esto es una trampa. O una tomadura de pelo. O simplemente un error. —Melnik lió un cigarrillo y le echó el humo en la cara a Homero—. Está bien. Usted conoce su nombre. Pero si lo ha acompañado hasta aquí, debe conocer también su historia. Ha de saber que lo hemos estado buscando a diario durante más de un año. Que hemos perdido a varios hombres durante la búsqueda. Usted debe saber perfectamente cuánto significaba para nosotros. Quizá sepa usted, incluso, que ese hombre era mi mano derecha. —Una sonrisa amarga afloró a su rostro.

—No, no sé nada de todo eso. Nunca me ha hablado de sí mismo. —Homero había bajado la cabeza—. Vayamos corriendo a la Borovitskaya, por favor. No tenemos tiempo...

—No pienso ir corriendo a ninguna parte. Por motivos evidentes. —Melnik apoyó la mano en la mesa y se empujó a sí mismo hacia atrás junto con la silla, sin levantarse. Homero tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba sentado sobre una silla de ruedas—. Ahora hablemoslo sin ponernos nerviosos. Quiero saber por qué ha venido usted hasta aquí.

—¡Dios mío! —Homero no sabía qué más decirle a aquel hombre tan testarudo—. Créame, por favor. Está vivo. Lo tienen encerrado en una mazmorra de la Borovitskaya. Es decir, tengo la esperanza de que aún esté allí...

—Me gustaría creerlo. —Melnik hizo una pausa y le dio una larga calada al cigarrillo. Homero oyó crujir el papel que se quemaba—. Pero los milagros no existen. Lo que está haciendo usted es volver a abrir viejas heridas. Bueno. Creo que ya sé quién es el que ha organizado este juego. Pero tenemos personal con la formación necesaria para confirmarlo. —Descolgó el auricular del teléfono.

—¿Por qué les tiene tanto miedo a los negros? —dijo entonces Homero, para sí mismo, sin saber muy bien por qué.

Melnik se detuvo. Con aire circunspecto, colgó el auricular. Echó una última calada, escupió la colilla en el cenicero y dijo:

—¡Diablos! Voy ahora mismo a la Borovitskaya.

—¡Yo no pienso ir! ¡Suéltame! Prefiero quedarme aquí...

Sasha no se distinguía por su sentido del humor, y tampoco sabía coquetear. Pocas personas debía de haber a quienes su padre hubiera odiado tanto como a los rojos. Le habían arrebatado su poder, lo habían destrozado pero, en vez de quitarle la vida,

²⁵ Prenda masculina con hombreras especialmente anchas, típica del Cáucaso. Durante algunas épocas se ha empleado en el Ejército ruso. No hay que confundirla con la prenda femenina de nombre parecido que se emplea en algunos países islámicos.

movidos por la piedad, o tal vez porque pensaban que la muerte no sería castigo suficiente, lo habían condenado a muchos años de humillación y tormentos. Su padre no había perdonado a los que se alzaron contra él, y tampoco a los que habían instigado y espoleado a los traidores, y les habían proporcionado armas y octavillas. La mera visión del color rojo le provocaba accesos de cólera. No obstante, hacia el final de su vida afirmaba que no sentía ningún rencor contra nadie, ni deseaba vengarse, Sasha se quedó con la impresión de que tan sólo quería justificar su propia impotencia.

—Es el único camino —le respondió el sorprendido Leonid.

—¡Nosotros queríamos ir a la Kievskaya! ¡Me has engañado!

—La Hansa está en guerra con los rojos desde hace décadas. No podía decirle al primero con el que me tropezara que íbamos hacia territorio comunista. Tenía que inventarme otra cosa.

—¿Eres incapaz de hacer nada sin mentir?

—La puerta se encuentra más allá de la Sportivnaya, ya te lo he dicho muchas veces. La Sportivnaya es la última estación de la Línea Roja antes de llegar al puente derruido. Eso es así y no puedo cambiarlo.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allí? ¡No tengo papeles! —Le dijo mirándolo directamente a los ojos.

El músico sonrió.

—Confía en mí. Todo se soluciona hablando. ¡Viva la corrupción!

Sin prestar más atención a las objeciones de Sasha, la agarró por la muñeca y tiró de ella.

Vieron desde lejos, a la luz de los reflectores de la segunda línea de defensa, las enormes banderas de algodón rojo que colgaban del techo. La brisa que soplaba sin cesar en el túnel las agitaba de tal modo que Sasha creyó hallarse ante dos cataratas rojas. Tal vez fuera una señal...

Si todo lo que había oído acerca de esa línea era cierto, los coserían a balas a ambos en cuanto estuvieran a tiro. Pero Leonid caminaba al frente, sin inmutarse, con su inalterable sonrisa de engreimiento en los labios. A unos treinta metros del puesto fronterizo, el resplandeciente rayo de luz de un reflector le dio en el pecho. El músico dejó el estuche de su instrumento en el suelo y levantó ambos brazos. Sasha siguió su ejemplo.

Dos guardias fronterizos se les acercaron, estupefactos y medio dormidos. Parecía como si no se hubiera presentado nunca nadie por aquel lado de la frontera.

En esta ocasión, Leonid se llevó a un lado al que tenía más rango, sin darle tiempo a que le pidiera la documentación a Sasha. Le susurró algo al oído e hizo tintinear, de manera apenas audible, unos objetos de metal. El oficial volvió sobre sus pasos, apaciguado, los acompañó en persona por todos los puestos de guardia, los llevó hasta una dresina que aguardaba y ordenó a los soldados que los llevaran hasta la Frunzenskaya.

Éstos agarraron la palanca y, entre jadeos y resoplidos, pusieron en marcha la dresina. Sasha contemplaba con expresión triste los vestidos y los rostros de los hombres que su padre le había descrito siempre como enemigos. Nada especial: chaquetas acolchadas, gorras manchadas y descoloridas adornadas con estrellas, mejillas flacas y huesudas... No tenían rostros radiantes como los guardias de la Hansa, pero centelleaba en sus ojos una curiosidad juvenil que parecía ajena a los habitantes de la Línea de Circunvalación. Por otra parte, aquellos dos no debían de saber nada de lo que había ocurrido casi diez años antes en la Avtozavodskaya. Entonces, ¿eran enemigos de Sasha? ¿Se podía odiar desde lo más profundo del corazón a unos desconocidos?

Los soldados no osaban dirigirse a los pasajeros. Tan sólo se oía un rítmico gimoteo cada vez que accionaban la palanca.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó Sasha a Leonid.

—Con hipnosis. —El muchacho le guiñó el ojo.

—¿Y qué es esa documentación que llevas? —Lo miró con desconfianza—. ¿Cómo puede ser que te dejen entrar en todas partes?

—Existen pasaportes distintos para cada situación —fue su vaga respuesta.

Sasha se acercó mucho a Leonid para poder hablarle sin que los soldados la oyeran.

—¿Quién eres?

—Un Observador —le susurró él.

Si Sasha no hubiese mantenido la boca cerrada, sus preguntas habrían brotado como un torrente. Pero los soldados los escuchaban disimuladamente. Incluso parecía que los chirridos de la palanca se hubieran vuelto más suaves.

La muchacha tuvo que esperar hasta la Frunzenskaya, una estación desolada y sin color, cuyo pálido rostro estaba adornado con banderas rojas. El mosaico que cubría el suelo estaba estropeado, las anchas columnas habían sufrido los estragos del tiempo y, en lo alto, las bóvedas parecían estanques de aguas negras. Lámparas de escasa potencia colgaban sobre las cabezas de sus habitantes, a lo largo de cables tendidos entre las columnas. La luz era valiosa y no se permitía el despilfarro de un solo destello. Y reinaba por doquier una sorprendente pulcritud: varias mujeres se afanaban en limpiar el andén.

La estación estaba abarrotada pero, cada vez que Sasha miraba a sus habitantes, éstos se sobresaltaban y hacían como que estaban atareados, sólo para abandonar la labor y ponerse a cuchichear tan pronto como la muchacha les daba la espalda. En cuanto Sasha se volvía de nuevo hacia ellos, los susurros cesaban y todo el mundo volvía a su trabajo. No parecía que nadie quisiera mirarla a los ojos, como si la cortesía lo hubiera prohibido.

Sasha miró a Leonid.

—¿Aquí no suele haber forasteros?

El músico se encogió de hombros.

—Yo lo soy.

—Entonces, ¿dónde está tu hogar?

—En cualquier sitio donde no reine esta seriedad. —Sonrió con malicia—. Donde se comprenda que el hombre no vive solamente de comer. Donde no se olvide el ayer, aun cuando el recuerdo duela.

—Háblame de la Ciudad Esmeralda —le dijo Sasha en voz baja—. ¿Por qué se ocultan... por qué os ocultáis?

—Los dueños de la Ciudad Esmeralda desconfían de los habitantes de la red de metro... —Leonid tuvo que interrumpirse para negociar con los vigilantes que se hallaban a la entrada del túnel. Luego, Sasha y él se adentraron en la penumbra. Leonid prendió fuego a la mecha de una lámpara de aceite y siguió explicándole—: Desconfían de ellos, porque los habitantes de la red de metro pierden poco a poco su rostro humano. Además, aún viven aquí algunos de los hombres que empezaron aquella terrible guerra. Aunque ninguno de ellos lo admitirá, ni siquiera ante sus mejores amigos. Los seres humanos que viven en la red de metro son incorregibles. Lo único que se puede hacer es temerlos, mantenerse a distancia de ellos, observarlos. Si tuvieran noticia de la Ciudad Esmeralda, la devorarían y luego la vomitarían. Eso es lo que hacen con todo lo que pueden agarrar. Los cuadros de los grandes maestros arderían. Ardería el papel, y todo lo que está impreso sobre él. El edificio de la universidad, que ya está muy deteriorado, se vendría abajo. La única sociedad que ha alcanzado la justicia y la armonía dejaría de existir. La gran Arca llegaría a su fin. Y no quedaría nada.

Sasha se sintió ofendida.

—¿Por qué pensáis que no podemos cambiar?

—No todo el mundo lo piensa. —Leonid la miró de reojo—. Los hay que tratan de hacer algo.

—Pero no parece que se esfuercen mucho. —Sasha suspiró—. Ni siquiera el viejo sabía nada sobre ellos.

—Y, con todo, sí que ha oído algo —dijo el joven en tono enigmático.

—¿Te refieres a... la música? —adivinó Sasha—. ¿Tú eres uno de los que tratan de cambiarnos? Pero ¿cómo?

—Mediante el poder de la belleza —bromeó el músico.

Un ordenanza empujaba la silla de ruedas, y Homero se esforzaba por no quedarse atrás. A duras penas podía seguirle el paso. De vez en cuando volvía la mirada hacia el gigantesco guardia que lo acompañaba.

—Por si de verdad no conoce usted la historia —decía Melnik—, se la voy a contar. Así, si en la Borovitskaya no encuentro al hombre que usted me dice, tendrá algo con que entretener a sus compañeros de celda. .. Hunter fue uno de los mejores combatientes de la Orden, un verdadero cazador. Tenía el olfato de un animal, y se entregaba en cuerpo y alma a nuestra causa. Fue él quien hace un año y medio se puso sobre la pista de los negros. En la VDNKh. ¿Le suena?

—¿En la VDNKh? —repitió Homero, pensativo—. Sí, allí había unos murantes invulnerables que leían el pensamiento y se volvían invisibles, ¿verdad? Yo creía que se llamaban «oscuros».

—Qué más da... fue el primero en tener noticia de los rumores y dio la alarma, pero no disponíamos de hombres ni de tiempo suficiente. Por ello, le negué mi apoyo. Estaba ocupado con otros asuntos. —Melnik gesticuló con el puño—. Hunter se puso en camino sin que nadie lo acompañara. La última vez que contactamos, me hizo saber que esas criaturas eran capaces de dominar las voluntades ajenas e inspirar en todo el mundo miedo y pavor. Era un guerrero increíble, sí, un guerrero nato. Por sí solo, valía tanto como una unidad entera...

—Lo sé —murmuró Homero.

—Y no sabía lo que era el miedo. Nos envió a un joven con el mensaje de que saldría a la superficie para liquidar a los negros. Si no regresaba, tendríamos que llegar a la conclusión de que el peligro era mayor de lo que habíamos supuesto al principio. Desapareció. Entendimos que lo habían matado. Tenemos un sistema propio para transmitirnos mensajes: todo el que sigue vivo, está obligado a informar una vez por semana. ¡Obligado! Pero él no nos ha dicho nada durante más de un año.

—¿Y qué sucedió con los negros?

Melnik contrajo el rostro en una sonrisa sardónica.

—Arrasamos todo su territorio con misiles Smertsch²⁶. Desde entonces, no hemos tenido más noticias sobre ellos. Ni una carta, ni una llamada. Las salidas de la VDNKh están selladas, la vida ha vuelto a su curso. El joven aquel no resistió la presión psicológica pero, según he oído, luego se recobró. Ahora lleva una vida normal, e incluso se ha casado. Pero Hunter... pesa sobre mi conciencia. —El ordenanza empujó la silla de ruedas por una rampa de acero. Los bibliotecarios que estaban reunidos abajo se llevaron un sobresalto. Esperó al viejo, que estaba casi sin aliento, y añadió—: Esto último no debería contárselo a sus eventuales compañeros de encierro.

Al cabo de un minuto llegaron a la celda. Melnik ordenó que no se abriera la puerta. Se apoyó en el ordenanza, apretó los dientes, se levantó y observó por la mirilla. Le bastó una fracción de segundo.

Luego, exhausto, como si hubiera hecho a pie todo el camino desde la Arbatskaya, se dejó caer sobre la silla de ruedas, volvió hacia Homero sus ojos apagados y dictó sentencia:

—No es él.

—Yo no creo que mi música me pertenezca —dijo Leonid, que de repente estaba muy serio—. No tengo ni idea de cómo me llega a la cabeza. Me veo a mí mismo como el cauce de un río. Sólo soy el instrumento. Si quiero tocar, me llevo la flauta a los labios. Pero es como si hubiera otro que se adueñara de mis labios... y es así como brota la melodía...

—Eso se llama inspiración —le susurró Sasha.

El joven abrió los brazos.

²⁶ En ruso, «Tornado». Denominación de un sistema de lanzamisiles ruso con capacidad para doce proyectiles.

—Sea como fuere, no es mía, me viene desde fuera. Y no tengo ningún derecho a mantenerla oculta en mi interior. Se comunica de un ser humano a otro. Empiezo a tocar, y veo que todo el mundo se reúne a mi alrededor: ricos y pobres, los que tienen el cuerpo cubierto de costras y los que tienen la piel lustrosa, los locos, los tullidos, los pudientes... todo el mundo. Mi música mueve algo en su interior, de tal manera que todos ellos coinciden en una única tonalidad. Digamos que yo soy el diapasón. Soy capaz de ponerlos en armonía, aunque sea por poco tiempo. Entonces, su sonido es tan puro... todos ellos cantan... ¿cómo voy a explicártelo?

—Lo explicas muy bien —le dijo Sasha, pensativa—. Yo misma lo he observado.

—Tengo que esforzarme por... plantar en ellos una semilla. En un caso se agostará, pero puede que en otro germine. Aunque no redimo a nadie... eso no lo puedo hacer.

—Pero ¿por qué no quieren ayudarnos los otros habitantes de la Ciudad Esmeralda? Y tú, ¿por qué no quieres admitir que es eso lo que estás haciendo?

Leonid calló hasta que hubieron llegado a la Sportivnaya. La estación se veía enfermiza y pálida, exageradamente solemne y sumida en el desconsuelo, igual que las otras. Y, además, se veía baja y estrecha, opresiva como una venda en el cráneo. Olía a humo, pobreza y orgullo. Tan pronto como estuvieron en ella, una sombra se les pegó a los talones. Dondequiera que fuesen, los seguía siempre a una distancia exacta de diez pasos.

La muchacha aceleró, pero el músico la detuvo.

—Ahora no. Tenemos que esperar. —Se sentó sobre un banco de piedra y abrió los cierres del estuche de su flauta.

—¿Por qué?

—La puerta se abre sólo a horas convenidas.

—¿Cuándo? —Sasha volvió los ojos hacia las cifras del reloj de la estación. Si eran correctas, les quedaban sólo doce horas.

—Te lo diré cuando llegue el momento.

—¡Siempre lo estás retrasando todo! —Lo miró de arriba abajo y se alejó de él—. ¡Primero me prometes que me vas a ayudar y, luego, una vez más, tratas de retenerme!

—Sí. —El joven respiró hondo y la miró a los ojos—. Quiero retenerte.

—¿Por qué? ¿A causa de qué?

—No estoy jugando contigo. Puedes creerme: si quisiera jugar, ya habría encontrado a alguien. No me dan calabazas a menudo. Creo que me he enamorado de ti. Dios mío, qué banal ha sonado...

—¡Eso no te lo crees ni loco! Son palabras, nada más que palabras.

El joven siguió hablando con extrema seriedad.

—Existe un método para distinguir entre el amor y el juego.

—¿Cuando se engaña para conseguir a alguien, se puede hablar de amor?

—El juego se puede adaptar siempre a las circunstancias del momento. Pero el amor pone fin a la vida que se había vivido previamente. Para el amor de verdad, las circunstancias son del todo indiferentes.

—Con eso no tengo ningún problema. Nunca he vivido una vida de verdad. Ahora, llévame hasta la puerta.

Leonid contempló a la muchacha con ojos tristes, se recostó en la columna y cruzó los brazos sobre el pecho. Tomó aliento varias veces, como para iniciar la frase con la que mandaría a paseo a Sasha, pero luego se relajaba de nuevo sin haber dicho palabra. Al final se derrumbó y confesó, desconsolado:

—No puedo ir contigo. No me permiten regresar.

—¿Qué significa eso?

—No puedo regresar al Arca. Me han desterrado.

—¿Desterrado? ¿Por qué?

—Por un asunto. —Se volvió y habló en voz muy baja, y, aunque Sasha se encontraba tan sólo a un paso de él, no lo entendió todo—. Un asunto personal. Con un bibliotecario. Me humilló delante de testigos... esa misma noche me emborraché y le pegué fuego a la biblioteca. El hombre murió abrasado junto con toda su familia. Por desgracia, se había abolido la pena de muerte. Me la habría merecido. Pero, en cambio, me desterraron. De por vida. No puedo regresar jamás.

Sasha cerró los puños.

—Entonces, ¿por qué me has traído hasta aquí? ¿Por qué me has hecho perder el tiempo?

—Tú sí puedes hacer el intento de llamar a su puerta —murmuró Leonid—. En un túnel lateral, a veinte metros de la entrada, hay una marca de color blanco. Debajo de ésta, en el suelo, se encuentra una tapa de goma, y debajo de la tapa el botón de un timbre. Tienes que hacer tres llamadas breves, tres largas y otras tres breves. Ésa es la señal de los Observadores que regresan...

Leonid ayudó a Sasha a pasar los tres puestos de vigilancia y luego regresó a la estación. En el momento de la despedida, el muchacho trató de ponerle en las manos un viejo rifle de asalto que había sacado de alguna parte, pero Sasha no lo quiso. Tres llamadas breves, tres largas, tres breves. Sólo necesitaba eso. Y una linterna.

El túnel que partía de la Sportivnaya parecía, al principio, silencioso y desolado. La Sportivnaya era la última estación habitada en aquella línea, y por ello todos los puestos de defensa por los que había pasado con Leonid parecían más bien pequeñas fortalezas. Pero Sasha no sentía ningún miedo.

Sólo pensaba en una cosa: que le faltaba muy poco para llegar al umbral de la Ciudad Esmeralda.

Y si la Ciudad Esmeralda no existía, tampoco le quedarían motivos para tener miedo.

El túnel lateral estaba en el lugar que Leonid le había indicado. Una reja muy oxidada lo cerraba, pero había un hueco suficientemente grande para pasar al otro lado. Unos cien pasos más allá, una plancha de acero cerraba una puerta de seguridad también de acero. Sasha se quedó con la impresión de hallarse ante algo eterno e indestructible.

Sasha contó otros cuarenta pasos y, por fin, descubrió en la oscuridad una marca blanca sobre una pared húmeda, que parecía transpirar. También vio enseguida la tapa de goma. Tiró de ella, encontró a tientas el botón del timbre y miró de nuevo el reloj que Leonid le había dado. ¡Lo había conseguido! ¡Había llegado en el momento justo! Tuvo que esperar todavía unos minutos que se le hicieron eternos, y luego cerró los ojos...

Tres breves.

Tres largas.

Tres breves.

¿QUIÉN HABLA?

Artyom bajó el cañón del arma. Estaba ardiendo. El sudor y las lágrimas le escocían en los ojos, pero la máscara de gas le impedía enjugárselos con la mano. ¿Y si se la arrancaba? Qué importaba ya...

Los gritos de los infectados eran más fuertes que el sonido de las ráfagas. ¿Cómo podía explicarse, si no, que siguieran saliendo en rebaño del vagón y se arrojaran contra la lluvia de plomo? ¿No oían el estruendo? ¿No comprendían que los matarían al instante? ¿Qué esperanzas abrigaban? ¿Acaso les daba todo igual?

Un trecho de varios metros frente a la puerta estaba cubierto de cadáveres hinchados. Algunos aún se agitaban, e incluso quedaba alguien que lloriqueaba en el horripilante túmulo. El grano de pus había reventado. Los que todavía se hallaban dentro del vagón se apretujaban, temerosos, y trataban de esconderse de las balas.

Artyom volvió los ojos hacia los otros guardias. ¿Las manos y las rodillas le temblaban sólo a él? Nadie decía ni una sola palabra. Incluso el comandante callaba. Tan sólo se oía la pesada respiración de los seres humanos que aún se encontraban en el tren abarrotado. Hacían tremendos esfuerzos por contener sus tos sanguinolenta. El último moribundo, enterrado en el montón de cadáveres, escupía sus maldiciones:

—Monstruos... cerdos... aún estoy vivo... no puedo soportarlo...

El comandante buscó con los ojos al infortunado y, en cuanto lo encontró, apoyó una rodilla en el suelo y vació el resto del cargador sobre su cuerpo, hasta que el arma emitió tan sólo chasquidos. De todos modos, aún apretó varias veces el gatillo.

Luego se levantó, contempló la pistola y tuvo el extraño capricho de frotársela contra los pantalones.

—¡Los demás, mantened la calma! —gritó con voz ronca—. Todo el que intente salir de ahí sin autorización sufrirá el mismo castigo.

—¿Qué vamos a hacer con los cadáveres? —le preguntó alguien.

—Volveremos a meterlos en el tren. Ivanenko, Aksyonov, encárguense!

Se había restablecido el orden. Artyom podría regresar a su puesto y trataría de dormir de nuevo. Faltaban todavía unas horas hasta su próximo turno. Podría dormir un buen rato, y así aguantaría bien cuando estuviera de servicio...

Pero no pudo ser.

Ivanenko dio un paso atrás, negó con la cabeza y dijo que se negaba a tocar aquellos cadáveres purulentos y medio descompuestos. Sin dudar, el comandante levantó la pistola contra él —al parecer, había olvidado que no le quedaban cartuchos—, siseó lleno de odio y apretó el gatillo. No se oyó nada más que un chasquido. Ivanenko pegó un grito y se marchó corriendo.

De repente, uno de los soldados, en pleno acceso de tos, levantó el rifle de asalto y, con un movimiento torpe y desviado, le clavó la bayoneta por la espalda al comandante. Éste, sin embargo, no se desplomó, sino que volvió lentamente la cabeza y contempló al atacante.

—¿Qué has hecho, hijo de puta? —le preguntó en voz baja, asombrado.

—¡Dentro de poco nos hará matar también a nosotros! —le gritó el otro— ¡Aquí ya no queda nadie que esté sano! ¡Hoy los matamos, y mañana nos va a meter con ellos en los vagones!

El hombre le pegaba tirones al arma en un intento de arrancarla del cuerpo del comandante, pero no lo conseguía.

Nadie se atrevió a intervenir. El propio Artyom, que había dado un primer paso hacia ellos, se detuvo, como hechizado. Por fin, la bayoneta se soltó. El comandante trató en vano de tocarse la herida, luego cayó de rodillas, se sostuvo con ambas manos sobre el suelo mugriento y meneó la cabeza. Parecía como si tratara de sobreponerse a la fatiga.

Nadie se atrevió a darle el tiro de gracia. Incluso el rebelde que lo había herido retrocedió atemorizado. Pero, entonces, este último se arrancó del rostro la máscara de gas y se puso a gritar de tal modo que lo oyeron en toda la estación:

—¡Hermanos! ¡Poned fin a este tormento! ¡Dejadlos marchar! ¡Morirán de todos modos! ¡Y nosotros también! ¿Es que no somos humanos?

—No os atreváis... —masculló el comandante, que seguía de rodillas.

Los guardias se pusieron a discutir a gritos. En un lugar habían empezado a arrancar las rejas de un vagón, y en otro... de pronto, uno de los soldados le disparó al instigador en pleno rostro. Este cayó de espaldas y se quedó inmóvil al lado de los otros cadáveres. Pero era demasiado tarde: con un aullido triunfal, los enfermos salieron en masa del tren, caminaron torpemente sobre sus piernas hinchadas, les arrebataron las armas a los indecisos guardias y se dispersaron en todas las direcciones. Sus vigilantes también empezaron a actuar: algunos de ellos dispararon descargas aisladas contra los enfermos, mientras que otros, por el contrario, se mezclaron con ellos y huyeron también por el túnel: unos hacia el norte, en dirección a la Serpukhovskaya, y otros hacia el sur, hacia la Nagatinskaya.

Artyom aún estaba como paralizado y tenía los ojos fijos en el comandante, sin comprender nada. Éste, simplemente, se negaba a morir.

Primero gateó, luego se puso en pie y avanzó tambaleante. Era obvio que tenía un objetivo muy determinado.

—Os vais a llevar una sorpresa —murmuraba—. No se acaba tan fácilmente conmigo...

Sus ojos crispados se detuvieron en Artyom. Primero lo miró como si no lo reconociera y luego le ladró, en su tono imperioso habitual:

—¡Popov! ¡Lléveme a la sala de comunicaciones! Los centinelas del puesto del norte tienen que cerrar la puerta...

El comandante se apoyó sobre el hombro de Artyom y así, cojeando penosamente, pasaron de largo ante el último vagón vacío, ante los hombres que luchaban y los montones de cadáveres, hasta que por fin llegaron a la sala de comunicaciones, donde se hallaba el teléfono. La herida del comandante no parecía mortal, pero había perdido mucha sangre. Por ello, las fuerzas lo abandonaron y se derrumbó.

Artyom bloqueó la puerta por dentro con una mesa, descolgó el auricular de la línea interna y marcó el número del puesto de vigilancia del norte. El aparato hizo un clic, y luego se oyó un ruido como de alguien que hubiera respirado con dificultad, y, al fin... un pavoroso silencio.

Así pues, era demasiado tarde. No sería posible cerrarles el paso. ¡Pero, al menos, tenía que advertir a la Dobryninskaya! Se arrojó sobre el teléfono, pulsó uno de los dos botones, aguardó unos segundos... ¡Gracias a Dios, el aparato aún funcionaba! Primero oyó sólo un ruido, después una especie de musiquilla y luego, por fin, la señal de la línea.

Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis...

¡Que respondieran de una vez, por Dios bendito! Si aun vivían, si aún no estaban infectados, tenían que responderle, porque así les quedaría una oportunidad de salvarse. Que alguien descolgara el auricular antes de que los enfermos llegasen a las fronteras de la estación... Artyom habría vendido su propia alma con tal de que alguien descolgara el auricular al otro extremo del cable...

Entonces sucedió lo imposible. El séptimo tono se interrumpió a la mitad, se oyó como un crujido, unos nerviosos retazos de palabras al fondo, y entonces una voz rota, sin aliento, se superpuso al ruido.

—¡Dobryninskaya al habla!

La celda estaba a media luz, pero a Homero le bastó para reconocerlo: la silueta del preso era la de un hombre demasiado débil y apático para tratarse del brigadier.

Parecía como si detrás de la reja hubiera un muñeco de paja, privado de voluntad, abatido. Probablemente era uno de los guardias... muerto. Pero ¿dónde estaba Hunter...?

—Empezaba a pensar que no vendríais —gritó a sus espaldas una voz cavernosa—. Allí dentro estaba demasiado... estrecho.

Melnik se dio la vuelta con la silla de ruedas, tan rápido que Homero tardó unos momentos en seguirlo. En medio del pasillo que llevaba a la estación se encontraba el brigadier. Cruzaba los brazos con fuerza, como si cada uno de ellos no se hubiera fiado del otro y hubiera temido dejarlo libre. La mitad deformada de su rostro quedaba a la vista.

Melnik contrajo una mejilla.

—¿Eres tú?

—Sí, aún soy yo. —Hunter carraspeó de manera extraña. Si no hubiera sabido que era imposible, Homero lo habría interpretado como una especie de carcajada.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué le ha ocurrido a tu rostro? —Sin duda, Melnik querría preguntarle también otras cosas. Les indicó con la mano a los guardias que se alejaran. A Homero le permitió quedarse.

—No es que tú estés en muy buena forma. —El brigadier carraspeó de nuevo.

—Nada especial. —Melnik hizo una mueca—. Pero es una lástima que no pueda abrazarte. Al diablo... ¡Cuánto tiempo pasamos buscándote!

—Lo sé. Tuve que... pasar un tiempo solo —dijo Hunter con su típico *staccato* en la voz—. No... no quise volver entre los seres humanos. Quise desaparecer para siempre. Pero entonces tuve miedo...

—¿Qué te ocurrió con los negros? ¿Fueron ellos los que te dejaron así? —Melnik señaló con la cabeza la cicatriz violácea que Hunter tenía en el rostro.

—No me ocurrió nada. No conseguí exterminarlos. —El brigadier se tocó la herida—. No pude. Me... me destrozaron.

—Eras tú quien tenía razón —le dijo Melnik de pronto, con inopinada vehemencia—. ¡Perdóname! Al principio no les di importancia, y no te creí. En ese momento... bueno, tú ya lo sabes. Pero los encontramos y los aniquilamos por completo. Creímos que habrías muerto. Y que ellos te habrían... por eso los... por ti... ¡no quedó ni uno!

—Lo sé —le respondió Hunter con voz ronca. Era obvio que se le hacía difícil hablar de ello—. Sabían que todo terminaría así... por culpa mía. Lo sabían todo. Tenían el poder de ver a los seres humanos, de contemplar el destino de cada uno. ¡Si supieras contra quién alzamos la mano! Fue entonces cuando nos sonrió por última vez... nos los envió para que tuviéramos una última oportunidad. Y nosotros... yo los condené, y vosotros ejecutasteis la sentencia. Porque así somos nosotros. Los verdaderos monstruos...

—¿Qué estás diciendo?

—Cuando estuve con ellos... hicieron que me viera a mí mismo. Me contemplé como en un espejo y lo vi todo tal como era. Lo comprendí todo acerca de mí mismo. Acerca de los seres humanos. El porqué de todo esto...

—¿De qué me estás hablando? —Melnik miró con preocupación a su camarada, y luego se volvió bruscamente hacia la puerta. ¿Acaso lamentaba haber hecho salir a los guardias?

—Escucha lo que te digo... me vi a mí mismo con sus ojos, como en un espejo. No desde fuera, sino por dentro. Lo que se esconde detrás de la máscara... lo sacaron de dentro de mí y lo pusieron en el espejo para enseñármelo. El monstruo. El devorador de hombres. Lo que entonces vi no era un ser humano. Y tuve miedo de mí mismo. Me había mentado a mí mismo... me había dicho que vivía para proteger a las personas, para salvarlas... ¡todo era mentira! He saltado a la yugular de todo el mundo como un animal hambriento. Aún peor. El espejo desapareció, pero... eso... siguió ahí. Había despertado y no volvió a dormirse. Ellos pensaban que me suicidaría. Y es verdad... ¿Para qué quería vivir más? Pero no lo hice. Tenía que luchar. Al principio yo solo, para que nadie lo viese. Bien lejos de los seres humanos. Pensé que podía castigarme a mí mismo para que ellos no lo hicieran. Pensé que el dolor me liberaría... —El brigadier se tocó las cicatrices—.

Pero luego me di cuenta de que no podría triunfar solo. Una y otra vez me olvidaba de mí mismo... por eso regresé.

—Te lavaron el cerebro —dijo Melnik—. Eso es lo que te hicieron.

—¡Da igual! Ya ha pasado. —Hunter apartó la mano del rostro y su voz se transformó: sonaba de nuevo apagada e inexpresiva—. Por lo menos, casi ha pasado. Esa historia ya me queda lejos. Lo que ocurrió, ocurrió. Ahora estamos solos. Tenemos que luchar por la supervivencia... por eso he venido hasta aquí. Ha estallado una epidemia en la Tulskeya. Podría extenderse por la Sevastopolskaya y por la Línea de Circunvalación. La fiebre del aire. Igual que la otra vez. Es la muerte.

Melnik lo miró con desconfianza.

—Nadie me ha informado de ello.

—Nadie ha informado de nada a nadie. Son demasiado cobardes. Por eso mienten. Y lo esconden. No comprenden lo que van a provocar.

Melnik se acercó al brigadier con su silla de ruedas.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya lo sabes. Hay que eliminar la amenaza. Dame una ficha. Dame hombres. Lanzallamas. Tenemos que cerrar la Tulskeya y descontaminarla. Si es necesario, también la Serpukhovskaya y la Sevastopolskaya. Espero que no haya llegado aún más lejos.

—Quieres arrasar tres estaciones... ¿para evitar riesgos?

—Para salvar a todos los demás.

—Después de una carnicería como ésta, odiarán a la Orden.

—Nadie se va a enterar de nada. Porque no quedará con vida nadie que haya podido contagiarse... o que haya podido ver algo.

—¿Vamos a pagar un precio tan alto?

—¿Es que no lo entiendes? Si ahora dudamos, muy pronto no quedará nadie a quien podamos salvar. Nos han informado demasiado tarde sobre la plaga. No nos queda ninguna otra manera de detenerla. Dentro de dos semanas, la red de metro entera será un barracón de apestados, y dentro de un mes... un cementerio.

—Primero tendría que convencerme...

—¿Ahora no me crees? ¿Piensas que me he vuelto loco? Créete lo que quieras, me da igual. Voy a ir yo solo. Como siempre. Pero ahora, por lo menos, tengo la conciencia limpia.

Hunter se volvió sin dignarse a mirar ni una sola vez al petrificado Homero, y anduvo hacia la salida. Sus últimas palabras se habían clavado en Melnik como un arpón, un arpón que lo arrastraba tras los pasos del brigadier.

—¡Espera! ¡Llévate la ficha! —Melnik buscó en los bolsillos de su abrigo militar, sacó un sencillo disco y se lo entregó a Hunter—. Tienes... mi autorización.

El brigadier tomó la ficha de la mano huesuda que se lo ofrecía, se la metió en el bolsillo, asintió en silencio y le dirigió a Melnik una mirada larga, sin parpadeos.

—Luego regresa. Estoy fatigado —dijo este último.

Hunter carraspeó otra vez de aquella manera extraña y le dijo:

—Yo, en cambio, no había estado nunca en mejor forma que ahora.

Y se marchó.

Pasó mucho tiempo antes de que Sasha se atreviera a llamar de nuevo, por miedo a irritar a los guardias de la Ciudad Esmeralda. Indudablemente la habían oído, pero tal vez necesitaran tiempo para observarla con detenimiento. Si aún no habían abierto la puerta, que parecía fundirse con la propia tierra, sería que estaban discutiendo si tenían que dejar entrar a una extraña que, obviamente, había descubierto su código secreto por casualidad.

¿Qué les diría cuando abriesen la puerta?

¿Tendría que hablarles sobre la epidemia de la Tulskeya? ¿Se arriesgarían a intervenir en aquella historia? ¿Qué ocurriría si la calababan en seguida, igual que Leonid? ¿Acaso tendría que hablarles de ese otro tipo de fiebre que se había adueñado de ella? ¿Tendría que confesarles a otros lo que aún no se había confesado a sí misma?

¿Sería capaz de conmover su corazón? Si era cierto que habían derrotado mucho tiempo atrás la terrible enfermedad, ¿por qué no habían intervenido, por qué no habían enviado ningún correo con el medicamento a la Tulsкая? ¿Sólo porque temían a los seres humanos ordinarios? ¿O acaso abrigaban la esperanza de que la enfermedad acabara con todos ellos? Al fin y al cabo, quizá fueran ellos quienes habían introducido la fiebre en el metro...

¡No! ¡Cómo podía pensar tales cosas! Leonid le había dicho que los habitantes de la Ciudad Esmeralda eran justos y gentiles. Que no conocían la pena de muerte, y ni siquiera se encarcelaban los unos a los otros. Y que gracias a la inagotable belleza de la que se rodeaban no había nadie que ni siquiera pensase en cometer un crimen.

Pero entonces, ¿por qué no salvaban a los condenados? ¿Y por qué no abrían la puerta?

Sasha llamó una vez más. Y otra.

Detrás de la puerta de acero reinaba el silencio, como si se hubiera tratado de una puerta falsa que tan sólo hubiera ocultado miles de toneladas de pétrea tierra.

—No te van a abrir.

Sasha se volvió. A diez pasos de ella se encontraba Leonid, con la cabeza gacha, con el cabello enredado y el dolor en el rostro.

Sasha lo miró sin entender nada.

—¡Pues entonces inténtalo tú! ¿No puede ser que te hayan perdonado? Por eso has venido, ¿no?

—No hay nada que perdonar. Ahí no hay nada.

—Pero si me habías dicho...

—Te he mentido. Eso no es la entrada de la Ciudad Esmeralda.

—Entonces, ¿dónde está?

—No lo sé. —Levantó ambos brazos—. Nadie lo sabe.

—Pero entonces, ¿cómo es que todos te dejan pasar? ¿No eras un Observador? Sí lo eres... en la Línea de Circunvalación y con los rojos... Me estás engañando de nuevo, ¿verdad? ¡Me has contado todo eso de la ciudad y ahora te arrepientes de haberlo hecho!

Trató de encontrarle la mirada con sus ojos suplicantes. Trató de hallar una confirmación para sus suposiciones.

Leonid miraba obstinadamente al suelo.

—Yo mismo había soñado siempre con llegar hasta allí. La he buscado durante muchos años. He recopilado rumores, he leído libros viejos. He estado cien veces en este lugar. Encontré ese timbre... y lo estuve tocando durante días. Todo en vano.

—¿Por qué me has mentado? —Se arrojó sobre él y su diestra, como por voluntad propia, agarró el cuchillo—. ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me has contado todo eso?

—Quería alejarte de ellos. —La visión del cuchillo desconcertó al músico, pero éste, en vez de huir, se sentó sobre las vías—. Pensé que si me quedaba solo contigo...

—¿Y por qué has venido ahora hasta aquí?

—No sé decirlo muy bien. —La miró desde abajo con aire de sumisión—. Creo que me he dado cuenta de que había llegado demasiado lejos. Después de haberte enviado hasta aquí... he empezado a darle vueltas. El alma no nace de color negro. Al principio es clara y transparente y, luego, paso a paso, se oscurece, una mancha tras otra, cada vez que te perdonas a ti mismo una mala acción, encuentras una manera de justificarte, te dices que eso era sólo un juego. Llega el momento en el que la negrura te posee. Raramente se da cuenta uno mismo, porque es difícil reconocerlo desde dentro. Pero de repente tuve claro que aquí y ahora había traspasado una frontera, y que estaba a punto de transformarme en otro hombre. Para siempre. Y por eso he venido hasta aquí, para confesártelo todo. Porque tú no te lo mereces.

—¿Cómo es que todo el mundo te tiene tanto miedo? ¿Por qué siempre te dicen que sí?

—No es por mí —suspiró Leonid—, sino por mi padre.

—¿Qué?

—¿El apellido Moskvín no te dice nada?

Sasha negó con la cabeza.

—No.

El músico, turbado, sonrió.

—Debes de ser la única en toda la red de metro. En fin, sea como sea, mi padre es un hombre muy poderoso. Gobierna la Línea Roja. Hizo que me prepararan un pasaporte diplomático, y por eso me dejan pasar por todas partes. Mi apellido no es muy frecuente, y nadie quiere buscarse problemas. Sobre todo cuando no saben que...

Sasha se había apartado de él una vez más y lo miraba con desprecio.

—¿Y qué observas? ¿Te han enviado a observar?

—Me echaron. Cuando papá comprendió que no me convertiría nunca en un hombre de verdad, perdió todo interés en mí. Y por eso ahora me gusta manchar su apellido de vez en cuando.

Una mueca apareció en el rostro de Leonid.

—¿Te peleaste con él?

—¿Cómo va uno a pelearse con el camarada Moskvin? ¡Estamos hablando de un monumento viviente! Me desterraron y maldijeron. ¿Sabes?, fui un niño raro. Sólo me interesaban los cuadros bonitos, el piano, los libros. La culpa es de mi madre, porque ella quería una niña. Cuando se dio cuenta, mi padre trató de despertar mi interés por las armas de fuego y las intrigas del partido, pero ya era demasiado tarde. Mi madre hizo que me aficionara a la flauta, y mi padre trató de quitarme la afición a golpe de correa. Mandó al exilio al profesor que me había enseñado y me puso a cargo de un *Politruc*²⁷. Todo fue en vano. Yo ya me había estropeado. Odiaba la Línea Roja. Era un sitio tan... gris... Quería vivir una vida llena de color, quería hacer música, pintar cuadros. Una vez mi padre me ordenó que destruyera un mosaico, con finalidades pedagógicas. Para que aprendiese que la belleza era transitoria. Y yo lo destruí para que no me arreara una somanta. Pero, mientras lo hacía, me fijé en cada uno de los detalles, para poder reconstruirlo más tarde... desde entonces odio a mi padre.

—¡No puedes decir eso! —gritó Sasha, horrorizada.

—Yo sí. —Leonid sonrió—. A otros, por decir que lo odian, los fusilan. Esa historia de la Ciudad Esmeralda... me la contó mi profesor. En susurros, cuando aún era muy pequeño. Entonces llegué a la conclusión de que, cuando fuese mayor, encontraría la entrada. Tenía que haber un lugar en el mundo en el que las cosas por las que vivo tuvieran algún sentido. Donde todo el mundo viviera por esas mismas cosas. Donde yo ya no sea un inepto pequeño y feo, un príncipe de manos blancas, un drácula por herencia, sino un igual entre iguales.

—Y no encontraste ese lugar. —Sasha retiró el cuchillo. Había comprendido el núcleo de todas aquellas palabras—. Porque no existe.

Leonid se encogió de hombros. Se levantó, se dirigió al botón y lo pulsó.

—Seguramente no tiene ninguna importancia que alguien me escuche o no. Seguramente no tiene ninguna importancia que un lugar como ése exista en el mundo. Lo que sí importa es que *creo* que existe. Que alguien me escucha. Y que aún no me he ganado que ese alguien me abra.

—¿Y con eso te basta?

El músico se encogió de hombros una vez más.

—Le ha bastado siempre al mundo entero... así que también me basta a mí.

Homero recorrió el andén. Confuso, miró alrededor. Hunter había desaparecido. Melnik salió del centro de detención en su silla de ruedas, triste y abatido, como si, junto con la ficha, le hubiese entregado también su alma al brigadier.

¿Por qué se había marchado Hunter? ¿Adonde había ido? ¿Por qué lo había dejado atrás? No quería preguntárselo a Melnik. Prefería dar esquinazo a este último antes de que se acordara de él. Por ello, Homero fingió que trataba de dar alcance al

²⁷ Politichesky Rukovoditel (comisario político), funcionario con formación ideológica que en los primeros tiempos de la Unión Soviética se responsabilizaba de la educación política del personal en empresas y organizaciones.

brigadier y caminó a toda prisa, a la espera de oír una llamada a sus espaldas. Pero no pareció que Melnik volviera a interesarse por él.

Hunter le había dicho a Homero que lo necesitaba para no olvidar su antiguo «yo». ¿Le había mentido? Puede que sólo lo necesitase para evitar que su propia locura lo llevara a empezar en la Polis un combate que habría podido perder. Eso le habría cerrado el camino hasta la Tulskeya. Su olfato y sus instintos de asesino eran sobrenaturales, pero no se habría atrevido a atacar una estación entera él solo. En tal caso, el papel de Homero había terminado, porque había acompañado a Hunter hasta la Polis y el brigadier había prescindido de él de malos modos.

Pero el viejo también estaba interesado en el final de la historia: había cumplido con su parte para que se llegara al desenlace que había pensado el brigadier, o en todo caso la criatura que representaba el papel de brigadier.

¿Qué era esa «ficha»? ¿Un salvoconducto? ¿Una insignia que confería autoridad? ¿La mancha negra? ¿Una indulgencia anticipada por todos los pecados con los que Hunter iba a mancharse el alma? No importaba: el brigadier le había arrancado a Melnik la ficha, y junto con ésta su autorización para actuar. Por fin tenía las manos libres. E indudablemente no podría pedir confesión por sus pecados. La criatura que se había adueñado de él, el monstruo que en ocasiones se le había aparecido en el espejo, no podía utilizar de verdad el habla.

¿Qué sucedería en la Tulskeya cuando Hunter llegase allí? ¿Se saciaría su sed cuando hubiera ahogado en sangre una estación entera, o quizá dos o tres? ¿Acaso la criatura que llevaba dentro crecería aún más, y cobraría dimensiones incalculables?

¿Cuál de los dos Hunters era el que Homero había acompañado hasta allí? ¿El que devoraba seres humanos, o el que luchaba contra el monstruo? ¿Cuál de los dos era el que se había derrumbado en el espectral combate de la Polyanka? ¿Y cuál era el que le había pedido socorro a Homero?

Ah, tal vez hubiese querido encomendarle otra misión: matarlo. ¿Acaso los patéticos restos del antiguo brigadier, en su desesperación, le habían solicitado compañía al viejo tan sólo para que éste lo viera con sus propios ojos y, guiado por el horror o por la compasión, acabara con Hunter de un tiro en la nuca en un túnel oscuro? El brigadier no podía quitarse a sí mismo la vida, y por ello se había buscado un verdugo. Un verdugo al que no habría que suplicar, un verdugo que tenía intuición suficiente para entenderlo todo por sí mismo, lo bastante hábil como para engañar al otro Hunter, al segundo, que, con el paso de los días, se tornaba cada vez más monstruoso y que no quería morir.

Pero, aun cuando Homero tuviese valor suficiente, aguardara el momento oportuno y matase a Hunter por la espalda, ¿qué sucedería luego? El viejo no podría detener por sí mismo la plaga. A pesar de la urgencia de aquel asunto ¿no podría hacer nada, salvo observar todo lo que ocurría y escribirlo en su libro?

Homero se imaginó adonde había ido el brigadier. Según contaban los rumores, aquella Orden casi legendaria a la que pertenecían tanto Melnik como Hunter tenía su base en la Smolenskaya, en el bajo vientre de la Polis. Sus legionarios protegían la red de metro y a sus moradores de los peligros ante los que se veían impotentes los ejércitos de las estaciones ordinarias. Nadie sabía nada más acerca de la misteriosa organización.

El viejo no podía entrar de ninguna manera en la Smolenskaya. Era impenetrable, como la fortaleza Alamut²⁸. Pero, de todos modos, ¿de qué le habría servido? Si lo que quería era encontrar al brigadier, bastaría con que regresara a la Dobryninskaya. Sólo tendría que esperarlo: Hunter, indudablemente, iría hasta allí para cumplir con su misión. Acudiría al escenario de su futuro crimen, a la estación final de aquella extraña historia.

¿Debía permitirle que exterminara a los apestados y desinfectara la Tulskeya, y esperar a que todo hubiese terminado para cumplir con la voluntad que Hunter no había llegado a expresarle? Homero se había imaginado siempre a sí mismo en otro papel: no disparar, sino inventar; no arrebatar la vida, sino conferir la inmortalidad; no juzgar, no intervenir, y darle al héroe de su libro la posibilidad de actuar por sí mismo. Pero cuando la sangre llega hasta las rodillas, es imposible no ensuciarse. Había sido una suerte que

²⁸ Inexpugnable fortaleza de la secta de los Asesinos en el Imperio persa.

la muchacha se largara con aquel pillo. Así, por lo menos, no tendría que asistir a la horrible matanza que, de todos modos, no habría podido evitar.

Miró el reloj de la estación: si el brigadier emprendía la ejecución de su plan, tan sólo le quedaban a Homero unas pocas horas para actuar. Poco tiempo para quedarse solo consigo mismo. Para ofrecerle un último tango a la Polis.

—¿Y cómo ibas a ganarte el derecho de entrar? —preguntaba Sasha.

—Bueno... —Leonid vaciló—. Es una estupidez, lo sé, pero... con la flauta. Pensaba que tal vez me sirviese para mejorar el mundo. La música es la más fugaz de las artes, ¿lo entiendes? Existe tan sólo mientras suena el instrumento, y luego desaparece sin dejar rastro. Pero no hay nada que arrastre a los hombres como la música, no hay nada que les cause heridas tan profundas ni que se curen con tanta lentitud. Si alguna vez una melodía te conmueve, te acompañará durante el resto de tu vida. Es un extracto de belleza. Yo pensaba que tal vez podría emplearla para curar las deformidades del alma.

—Eres extraño.

—Pero he comprendido que un leproso no puede curar a otro leproso. Si no te lo cuento todo, no me abrirán la puerta.

Sasha le lanzó una mirada penetrante.

—Pero ¿es que te crees que te voy a perdonar? ¿Tus mentiras, tu crueldad?

—¿Me vas a dar una última oportunidad? —Leonid le sonrió—. Tú misma me habías dicho que todo el mundo se la merece.

Sasha calló. Se había vuelto precavida. En esta ocasión no se dejaría arrastrar por sus absurdos juegos. En un primer momento lo había creído, se había tomado en serio sus remordimientos, pero... ¿podía ser que volviera a las andadas?

—De todo lo que te he contado, hay algo que es cierto —dijo—. Existe un medio para curar la enfermedad.

—¿Un medicamento? —Sasha se sorprendió, dispuesta una vez más a dejarse engañar.

—No, no se trata de un medicamento. Ni de pastillas, ni de un suero. Hace algunos años padecimos una epidemia semejante en la Preobrazhenskaya.

—¿Cómo es que Hunter no lo sabía?

—No llegó a declararse una epidemia. La enfermedad desapareció por sí misma. Sus gérmenes son sensibles a la radiactividad. Les hacía algo... creo que dejaban de reproducirse... en cualquier caso, la radiactividad detiene la infección. Se puede lograr con dosis bastante pequeñas. Lo descubrieron por casualidad. No se necesita nada más. Podríamos decir que la solución del problema se halla en la superficie.

La temblorosa muchacha lo agarró de la mano.

—¿De verdad?

—De verdad. —Puso su otra mano sobre la de Sasha—. Sólo tenemos que contactar con ellos y explicárselo.

La joven lo soltó. Los ojos le centelleaban.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Era tan sencillo...! ¡Cuántas personas deben de haber muerto en todo este tiempo...!

—¿En un solo día? Probablemente ninguna... no quería que te quedaras con ese asesino. Desde el principio había tenido la intención de contártelo todo pero, a cambio de este secreto, te quería... a ti.

—¡Querías comprarme con vidas ajenas! —masculló Sasha—. ¡Yo no valgo... ni una sola de ellas!

El músico enarcó una ceja.

—Habría sido capaz de entregar la mía.

—¡Eso no tenías que decidirlo tú! ¡Ponte en pie! Tenemos que regresar en seguida. Con tal de que aún no haya llegado a la Tulskaia... —Sasha repiqueteó con los dedos sobre el reloj, murmuró y sollozó—. ¡Sólo nos quedan tres horas!

—¿Y qué? Emplearemos la conexión telefónica. Haré que llamen a la Hansa y se lo expliquen todo. Así no tendremos que hacer el viaje. Aparte de que probablemente no llegaríamos a tiempo...

—¡No! —Sasha negó con la cabeza—. ¡No! No se lo va a creer. No querrá creérselo. Tengo que decírselo yo misma. Tengo que explicárselo...

—¿Y luego qué? —le preguntó Leonid, celoso—. ¿Luego, de pura alegría, te entregarás a él?

—¿Y a ti qué te importa? —le espetó la joven. Pero luego comprendió, por puro instinto, cuál era la mejor manera de dominar a un hombre enamorado, y añadió en tono más amable—: No quiero nada de él. Pero si tú no me acompañas, no podré pasar los puestos fronterizos.

—Lo que está claro es que en muy poco tiempo has aprendido de mí a mentir —le replicó Leonid con una sonrisa amarga. Luego suspiró, derrotado—. Bueno, está bien. Vamos.

Tardaron media hora en llegar a la Sportivnaya: el turno de guardia había cambiado, y Leonid tuvo que explicar una vez más cómo era posible que una muchacha sin pasaporte hubiera pasado la frontera de la Línea Roja. Sasha miraba nerviosa el reloj y Leonid la miraba a ella. Era obvio que dudaba, que luchaba consigo mismo.

Sobre el andén, flacos reclutas amontonaban fardos de mercancías sobre una dresina vieja y hedionda. Unos trabajadores borrachos hacían como si quisieran obturar unos tubos que se habían reventado. Algunos críos con uniforme ensayaban una canción infantil. En tan sólo cinco minutos, Leonid y Sasha habían tenido que detenerse en dos ocasiones ante un control de documentación, y el segundo de estos controles, cuando estaban a punto de entrar en el túnel que llevaba a la Frunzenskaya, se alargaba como un tormento.

Se les acababa el tiempo. Sasha no estaba segura de poder contar con las dos horas de gracia. Nadie sería capaz de detener a Hunter, y era posible que la operación hubiera empezado hacía mucho rato.

Entre tanto, los soldados habían terminado de cargar la dresina. El vehículo empezó a avanzar por las vías en dirección hacia el lugar donde se encontraban los dos jóvenes. Entonces, Leonid tomó una decisión.

—No quiero perderte —dijo—. Pero tampoco te puedo retener. Me las estaba arreglando para que llegáramos demasiado tarde y así tuvieras que abandonar tu misión. Pero he comprendido que así no te voy a conseguir. La sinceridad es el peor de los métodos para seducir a una mujer, pero no quiero mentirte más. No quiero quedar para siempre avergonzado ante ti. Elige tú misma a quién prefieres. —Sin mediar palabra, el músico le arrancó el pasaporte mágico de las manos al quisquilloso guardia y, con inesperada agilidad, le arreó un gancho en el mentón y lo derribó en el suelo. Acto seguido, agarró a Sasha de la mano y la hizo saltar con él a la dresina, que en ese momento pasaba por su lado. Al volverse hacia ellos, el atónito conductor se encontró con un cañón de revólver delante de la cara.

Leonid estalló en carcajadas.

—¡Si papá me viese, estaría orgulloso de mí! ¡Cuántas veces me ha dicho que despilfarro mi tiempo y que no voy a llegar a ninguna parte con esa flauta de afeminado! ¡Y ahora que me comporto como un hombre de verdad, resulta que él no está conmigo para verlo! ¡Pero qué tragedia! —Luego le ordenó al conductor de la dresina—: ¡Salta! —Y el conductor, pese a la velocidad a la que ya se movían, obedeció, se dejó caer sobre las vías, se pegó un buen golpe, gritó y desapareció en la oscuridad.

Leonid se puso a arrojar la carga. Cada vez que uno de los fardos golpeaba la vía, el motor rugía con más fuerza. El viejo y débil faro delantero de la dresina arrojaba una luz trémula e insegura. Apenas alcanzaba a iluminar dos metros por adelante. Una familia de ratas salió corriendo ante las ruedas, con unos grititos que parecían el chirrido de una lima sobre cristal. Un aterrorizado guardavías saltó a un lado en el último momento. Y, en la lejanía, una sirena de alarma se puso a aullar histéricamente. Las juntas del túnel se sucedían cada vez con mayor rapidez. Leonid arrojó el último fardo de la dresina.

Atravesaron la Frunzenskaya a gran velocidad. Los desprevenidos guardias salieron corriendo, igual que antes las ratas, y tan sólo cuando la dresina hubo salido de la estación se oyó una alarma idéntica a la de la Sportivnaya.

—¡Ahora empieza la fiesta! —gritó Leonid—. ¡Tenemos que llegar hasta la bifurcación que enlaza con la Línea de Circunvalación! Allí la guarnición es fuerte y tratará de detenernos. ¡Si conseguimos pasar, seguiremos por la línea hasta el centro!

Sus miedos tenían un motivo: desde la misma bifurcación por la que habían llegado hasta la Línea Roja los golpeó la luz de los faros de una locomotora diesel. La bifurcación estaba muy cerca: era demasiado tarde para frenar. Leonid pisó el gastado pedal hasta tocar el suelo, y Sasha cerró los ojos... sólo les restaba la esperanza de que el cambio de agujas estuviera en su lugar. Si no, se estrellarían de frente contra el otro vehículo.

Una ametralladora empezó a disparar. Las balas silbaron a pocos centímetros de sus oídos. El olor a quemado y el aire cálido los envolvieron, un motor desconocido se puso en marcha con gran estruendo y luego enmudeció. Como por un milagro, los dos vehículos no chocaron. Tan pronto como hubieron pasado el cambio de agujas, desde la locomotora volvieron a disparar contra ellos. Mientras avanzaban trepidantes hacia la Park Kultury, la otra máquina se alejó en dirección contraria.

Así pues, habían ganado cierta ventaja. Les bastaría para llegar a la estación siguiente, pero luego, ¿qué? La dresina perdía velocidad, porque el túnel, gradualmente, se empinaba hacia arriba.

Leonid se volvió hacia Sasha.

—La próxima estación es la Park Kultury. Está casi pegada a la superficie. La Frunzenskaya, por el contrario, se encuentra cincuenta metros más abajo. ¡Tenemos que subir esta cuesta, y luego volveremos a acelerar!

Y, ciertamente, en el momento de entrar en la Park Kultury habían vuelto a ganar velocidad. Era una estación antigua y orgullosa, de techo alto pero, por el motivo que fuese, inanimada, oscura y apenas habitada. De nuevo, una sirena hizo oír con gran estridencia su ronca voz. Tras una fortificación de ladrillo se asomaban algunas cabezas. Los rifles de asalto ladraron con toda su furia, pero ya era demasiado tarde. No lograron nada.

—¡Si hasta puede ser que sobrevivamos! —dijo Leonid, entre risas—. Con un poquito de suerte...

Entonces, tras la dresina, vieron primero un destello en la penumbra, y luego se encendió una luz cegadora que se les acercó cada vez más. ¡El faro de la locomotora diesel! Blandiendo el rayo de luz como una lanza, como si hubiese querido ensartarlo en la desvencijada dresina, la locomotora devoraba la distancia que aún los separaba. La ametralladora crepitó una vez más, las balas aullaron otra vez junto a ellos.

—¡No hace falta que vayamos más allá! ¡Esto es la Kropotkinskaya!

La Kropotkinskaya... con su suelo cuadriculado, repleta de tiendas, decadente, descuidada. Retratos apenas visibles sobre las paredes, pintados hacía muchos años, y medio borrados. Banderas y más banderas. Tantas, que parecían encadenarse en una única cinta de fuego, como un rastro de sangre seca surgido de una vena de piedra.

Esta vez dispararon un lanzagranadas contra ellos. Una lluvia de esquirlas de mármol se derramó sobre la dresina. Una de las esquirlas alcanzó a Sasha en la pierna, pero la herida no fue profunda. Los soldados habían bajado una barrera ante ellos, pero la dresina se la llevó por delante. Faltó poco para que descarrilara.

La locomotora diesel se les acercaba inexorablemente: su motor tenía mucha más potencia e impulsaba sin fatigarse al monstruo revestido de acero. Sasha y Leonid se tendieron en la plataforma, para que su bajo parapeto de metal los protegiera de la incesante lluvia de balas.

En unos instantes la locomotora los embestiría, y sus enemigos abordarían la dresina... Sasha miró a Leonid, desesperada. Le pareció que éste había perdido el juicio: el muchacho empezó a desnudarse.

Apareció frente a ellos una línea defensiva, montones de sacos de arena, dientes de dragón hechos con acero: la meta de su huida. Habían quedado atrapados entre dos faros y entre dos ametralladoras. Como entre yunque y martillo.

En un minuto, todo terminó.

REDENCIÓN

El destacamento ocupaba docenas de metros de un extremo a otro. Constaba de los mejores soldados de la Sevastopolskaya. Denis Mikhailovich los había escogido uno por uno. Las pequeñas linternas que llevaban en el casco brillaban en la penumbra del túnel. De repente, el Coronel pensó que la formación entera se asemejaba a un enjambre de luciérnagas que volaran en la noche. Una noche de verano cálida y perfumada en las orillas de Crimea, entre los cipreses y el suave murmullo del mar. El sitio donde el Coronel habría querido reposar después de la muerte...

Un delicioso estremecimiento recorrió su cuerpo, pero lo reprimió al instante, recobró la seriedad y se reprendió a sí mismo por su ligereza. Sí, él también empezaba a flaquear. ¡La edad! Esperó a que hubiera pasado el último soldado, abrió la pitillera de metal, sacó el último cigarrillo que se había liado, lo olió y encendió el mechero.

Era un buen día. La suerte favorecía al Coronel. Todo se desarrollaba tal y como éste había planeado. Habían pasado por la Nagornaya sin sufrir ninguna baja. Solamente un soldado había desaparecido durante un breve lapso de tiempo, pero luego había vuelto a la columna. Todos estaban de un humor óptimo: les resultaba más fácil partir hacia el campo de batalla que consumirse en la eterna espera y la incertidumbre. Además, Denis Mikhailovich les había permitido dormir a gusto antes de ponerse en marcha. El único que no había pegado ojo era el propio Coronel.

Denis Mikhailovich había interpretado siempre el destino como un encadenamiento de azares. Por ello, el viejo espadón no alcanzaba a entender cómo era posible que alguien se confiara a él. No habían sabido nada más de la pequeña expedición que había salido en dirección a la

Kakhovskaya. Podían imaginarse cualquier cosa. Ni siquiera Hunter era inmortal. ¿Qué podía haber arrastrado al Coronel a confiar en un brigadier destrozado por la guerra y medio loco, y en un viejo aficionado a contar cuentos?

No podía esperar más.

El plan consistía en llevar el grueso de su fuerza militar por las estaciones Nakhimovsky Prospekt, Nagornaya y Nagatinskaya hasta la puerta hermética meridional de la Tulsкая, y, al mismo tiempo, enviar un destacamento avanzado por la superficie hasta la misma estación. Su misión sería entrar en el túnel por varios conductos de ventilación, asesinar a los guardias —si es que quedaba alguno— y abrir la puerta desde dentro al resto de la expedición. Todo lo demás sería cuestión de técnica militar. No importaba quién controlara la estación.

Habían tardado tres días en encontrar y despejar los conductos de acceso. Varios Stalkers acompañaban a los miembros del destacamento para facilitarles la entrada. No tardarían más de unas pocas horas.

Unas pocas horas y todo se decidiría, y los pensamientos de Denis Mikhailovich quedarían de nuevo en libertad, y podría dormir y comer.

El plan era sencillo, lo habían trazado cuidadosamente, no tenía lagunas. Pero, con todo, el Coronel sentía un extraño hormigueo en el vientre, y su corazón se aceleraba como cuando, a los dieciocho años, había entrado en combate por primera vez en aquel pueblo de montaña... el cálido fulgor del cigarrillo sin filtro mitigaba su inquietud. Al fin, tiró la colilla, volvió a ponerse la máscara y, con sus veloces zancadas, espoleó a la columna.

Poco después se hallaron ante la puerta de acero. Podían detenerse para tomar aliento. Denis Mikhailovich emplearía el tiempo que les quedaba hasta el asalto para discutir una vez más la estrategia con sus oficiales.

«Homero tenía razón en algo», pensó el Coronel, y sonrió para sí: ¿De qué les servía arrojarle contra la fortificación, si era posible abrirla desde dentro? Lo mismo sucedía en la historia del caballo de Troya... por cierto, ¿de dónde había salido ese relato?

Denis Mikhailovich echó una ojeada a su contador Géiger. La radiactividad era escasa. Se quitó la máscara de gas. Los oficiales lo imitaron al instante, y luego el resto de los soldados.

¡Por fin podrían respirar sin preocuparse!

Desde siempre había habido mirones en la Polis. Normalmente eran pobres diablos que a duras penas habían logrado llegar hasta allí desde sus oscuras estaciones de la periferia, y merodeaban por las salas y las galerías, boquiabiertos y con los ojos desorbitados. Y, por ello, casi nadie prestó atención a Homero mientras deambulaba por la Borovitskaya, acariciaba suavemente las esbeltas columnas de la Alexandrovsky Sad y contemplaba con arrebato, e incluso con amor, las arañas de la Arbatskaya.

Un presentimiento se había adueñado de su corazón y no lo soltaba: aquella era su última visita a la Polis. La experiencia que le aguardaba al cabo de pocas horas en la Tuskaya borraría toda la vida que había vivido hasta entonces. Quizá tuviese que morir. Pero estaba decidido: haría lo que tenía que hacer. Permitiría que Hunter masacrara y fumigase la estación entera... pero luego trataría de matarlo a él. Sabía muy bien que si el brigadier llegaba a sospechar de sus intenciones le retorcería el cuello. Pero también podía darse el caso de que el viejo muriera durante el asalto a la Tuskaya, y entonces todo habría terminado igualmente. Sin embargo, si todo sucedía de acuerdo con el plan, Homero se escondería después en algún nido solitario para llenar las últimas hojas blancas de su cuaderno: desde la intriga, ya anudada, hasta el clímax final. Este último quedaba en sus manos: sería el tiro en la nuca que pensaba dispararle a Hunter...

Pero ¿podría hacerlo? ¿Sería capaz de reunir el valor suficiente? Solo con pensarlo, le temblaban las manos. Calma, calma. Todo se decidiría por sí mismo, no era el momento más adecuado para pensar en ello... sólo conseguía ponerse aún más nervioso.

¡Qué suerte que la muchacha hubiera desaparecido! En retrospectiva, su aparición en la aventura le resultaba incomprensible a Homero. ¿Cómo se le había ocurrido meterla en las fauces del lobo? La culpa la tenían sus desmesuradas ambiciones literarias. Evidentemente, había querido olvidar que la joven no era una criatura de su fantasía.

La novela le había salido muy distinta de como se la había imaginado al principio. Había tenido aspiraciones demasiado altas. Por Dios bendito, ¿cómo quería poner en un solo libro a todos aquellos seres humanos? Ni siquiera las personas que en ese momento pasaban ante sus ojos habrían cabido en tan pocas páginas. Por otra parte, no podía ser que su novela se transformara en un sepulcro colectivo repleto de listas inacabables de nombres, sin que sus letras, como grabadas en bronce dijeran nada sobre el rostro y el carácter de los muertos.

¡No, eso habría sido inadmisible! Su memoria, siempre frágil, no podría recordar a tantas personas. El rostro picado de viruela del vendedor de golosinas y la cara pálida y afilada de la niña que le daba un cartucho. La sonrisa de su madre, resplandeciente como la de una Virgen María, y la lúbrica y lasciva de un soldado que pasaba por allí. Los profundos surcos que atravesaban los rostros de los viejos mendigos y las arrugas que la mujer de treinta años se le formaban en la cara al reírse... ¿Cuál de ellos sería un violento criminal? ¿Quién de ellos un tacaño? ¿Quién un ladrón, un traidor, un vividor, un profeta, un hombre justo? ¿A quién le daba todo igual? ¿Quién era el que aún no había decidido lo que iba a ser?

Homero no tenía ni idea de todo eso. No sabía, de hecho, en qué pensaba el vendedor de golosinas cuando miraba a la muchachita. Ni lo que significaba la sonrisa que había aflorado al rostro de la madre cuando había visto al soldado. Ni cuál habría sido el oficio de aquel otro pobre hombre antes de que las piernas se negaran a sostenerlo. Homero no tenía el poder de decidir quién de ellos merecía la eternidad, y quién no.

¡Seis mil millones de seres humanos habían muerto! ¡Seis mil millones! ¿Acaso era casualidad que se hubieran salvado unos pocos miles?

El conductor de trenes Serov, cuyo puesto habría tenido que pasar a manos de Nikolay, había contemplado siempre la vida como un partido de fútbol. «La humanidad ha perdido —solía decirle a Nikolay—, pero nosotros dos seguimos aquí. ¿Y sabes por qué? ¡Porque el curso de nuestra vida aún no está decidido! El árbitro nos ha concedido una prórroga. Antes de que el silbato anuncie el final, tendremos que descubrir por qué estamos aquí, arreglar los últimos asuntos, ponerlo todo en orden, y entonces nos entregarán el pasaporte final y volaremos hacia la puerta resplandeciente...» Su amigo Serov había sido un místico. Y un entusiasta del fútbol. Homero no le preguntó nunca si había llegado a tirar a puerta. Pero Serov había llegado a convencerlo de que él mismo, Nikolay Ivanovich Nikolayev, aún tenía pendiente su cuenta personal. Y también había sido Serov quien le había hecho cobrar conciencia de que en el metro no había nadie por casualidad.

¡Pero era imposible escribir sobre todos ellos! ¿Merecía la pena el intento?

En ese momento, Homero descubrió, entre millares de rostros, el que menos habría esperado contemplar.

Leonid arrojó la chaqueta a un lado, se quitó el jersey por la cabeza y después la camiseta, que aún conservaba bastante bien su color blanco. Esta última ondeó en el aire cual bandera y empezó a moverse de un lado a otro sin prestar atención a las balas que silbaban a su alrededor. Y sucedió algo raro: la locomotora dio marcha atrás y, contra toda esperanza, no hubo nadie que abriera fuego desde la fortificación que se erguía ante ellos.

Leonid tiró del freno y la dresina se detuvo, chirriando, antes de tocar los dientes de dragón.

—¡Mi padre me mataría! —dijo el joven.

—¿Qué haces? ¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Sasha, todavía sin aliento. Aún no comprendía cómo habían logrado salir ilesos de la persecución.

—¡Nos rendiremos! —le respondió él entre risas—. Estamos en el acceso a Biblioteka imeni Lenina. Eso de ahí es el puesto fronterizo de la Polis. Acabamos de entrar en la categoría de prófugos.

Varios centinelas vinieron corriendo y les ordenaron que bajasen de la dresina. Entonces, al abrir el pasaporte de Leonid, intercambiaron miradas, volvieron a guardarse las esposas en el bolsillo y los llevaron a ambos a la estación. Una vez allí los metieron en un cuarto de guardia. Los soldados susurraban entre ellos y les dirigían miradas de temor. Luego salieron para informar a los dirigentes de la estación.

Leonid, con aires de importancia, se había puesto cómodo en un sillón de tela raída. Pero, cuando los soldados se hubieron marchado, se levantó, echó una ojeada por el hueco de la puerta y le hizo un gesto a Sasha para que se le acercara.

—Los de aquí son aún más chapuceros que los de la Línea Roja —dijo resoplando—. No nos vigila nadie.

Salieron del cuarto de guardia sin hacer ruido y se marcharon por el corredor, primero dubitativos, luego con pasos acelerados, y finalmente echaron a correr entre la muchedumbre, agarrándose de la mano para no separarse. Al poco tiempo oyeron a sus espaldas un silbato, pero la estación era gigantesca y no les fue difícil escabullirse. Debían de deambular por ella diez veces más personas que en la Paveletskaya. ¡Sasha no había visto nunca una concentración humana como ésa, ni siquiera en la visión que había tenido en la superficie!

Y el espacio estaba iluminado, casi tanto como allí arriba. Sasha se cubría los ojos con la mano y miraba entre dos dedos.

Adondequiera que mirase descubría maravillas —rostros, piedras, columnas—, y si no la hubiera acompañado Leonid, si no se hubieran sujetado de su mano, la muchacha habría dado un traspié tras otro y no habría podido seguir. Se prometió a sí misma que algún día volvería allí. Algún día...

—¿Sasha?

Se volvió, y descubrió a Homero, que tenía los ojos clavados en ella con una mezcla de angustia, furia y asombro. Se sonrió. ¡Sí, había echado de menos al viejo!

—¿Qué haces aquí? —No habría podido hacerles una pregunta más estúpida a los dos jóvenes fugitivos.

—¡Queremos llegar a la Dobryninskaya! —le respondió él, sin resuello. Habían aminorado la marcha para que el viejo pudiera seguirles.

—¡Pero eso es una locura! No puedes... ¡Te lo prohíbo!

Pero ninguno de los argumentos que el jadeante Homero lograba articular los convenció.

Llegaron al puesto de guardia de la entrada de la Borovitskaya y descubrieron que los centinelas de la frontera aún no estaban al corriente de la fuga de los dos jóvenes.

—He venido por orden de Melnik. Por favor, déjeme pasar —le espetó Homero al oficial que estaba al cargo. Este iba a abrir la boca, pero no encontró palabras, le hizo un saludo militar al viejo y les dejó pasar.

Cuando el puesto de guardia quedó atrás, en la oscuridad, Leonid preguntó en tono cortés:

—Acaba usted de mentir, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué? —masculló Homero.

—Lo más importante es hablar con convicción —le dijo Leonid, como reconociéndole su habilidad—. Si se consigue eso, sólo los profesionales detectan la mentira.

—¡No me des la lata con lo mucho que sabes! —Homero arrugó la frente y encendió y apagó varias veces la linterna. Su luz se estaba debilitando—. ¡Iremos hasta la Serpukhovskaya, pero no permitiré que sigáis más allá!

—Tú no sabes lo más importante —le dijo Sasha—. ¡Existe un remedio!

—¿Qué? —Homero se detuvo, no pudo evitar toser, y contempló a Sasha casi asustado—. ¿De verdad?

—¡Sí! ¡La radiación!

—La radiactividad neutraliza las bacterias —añadió Leonid.

—Pero los microbios y los virus resisten la radiactividad cien, no, mil veces mejor que los seres humanos. Y las defensas del cuerpo bajan todavía más. —Homero perdió todo control y le gritó a Leonid—: ¿Qué le has contado ahora? ¿Por qué te la llevas allí? ¡No tienes ni idea de lo que va a ocurrir! ¡Nadie, ni yo ni vosotros, puede impedirlo ya! ¡Llévatela y escóndela en un lugar seguro! Y tú... —Se volvió hacia Sasha—. ¡Pero cómo has podido creerte lo que te diga... este profesional de la mentira! —Escupió las últimas palabras con todo su desprecio.

—No temas por mí —le dijo la muchacha con voz amable—. Sé que puedo detener a Hunter. Tiene dos caras... y yo conozco las dos. Una de ellas quiere ver sangre y la otra, salvar a la humanidad.

Homero levantó ambos brazos.

—Pero ¿con qué me vienes ahora? Esa otra cara ya no existe. Lo único que ha quedado es un monstruo con forma humana. Hace un año...

El viejo le contó brevemente la conversación entre Melnik y Hunter, pero Sasha no se dejó convencer. Cuanto más escuchaba a Homero, más se convencía de que era ella quien tenía razón. Buscó las palabras para explicárselo.

—Es así: el asesino que lleva dentro engaña al otro. Lo convence de que no tiene ninguna otra elección. A uno lo consume el hambre y al otro, el dolor... por eso Hunter quiere llegar como sea a la Tulskaia: ¡Porque sus dos mitades lo arrastran hacia allí! Y yo tengo que separarlas. Tan pronto como tenga la posibilidad de salvar sin necesidad de matar...

—¡Dios mío! ¡Pero si no te escuchará! ¿Qué te arrastra a ti?

—Tu libro. —Sasha le sonrió—. Yo sé que aún podemos cambiar lo que cuentas en él. El final todavía no está escrito.

—¿Te has vuelto loca? Vaya estupideces —murmuró el desesperado Homero—. ¿Por qué te lo conté todo? —Agarró del brazo a Leonid—. Joven, por lo menos usted... se lo ruego, sé que usted no es mala persona y que no le ha mentado con malos propósitos. Llévase. Eso es lo que quería usted, ¿verdad? Los dos son jóvenes y hermosos. ¡Tienen que vivir! La muchacha no puede ir allí, ¿lo entiende? Y usted tampoco. Allí... allí habrá una horrible carnicería. Y no se crea que con sus mentirijillas podrá impedirlo...

—No era una mentirijilla —le respondió educadamente el músico—. ¿Le bastará con mi palabra de honor?

Homero hizo un gesto como para dejarlo correr.

—Está bien. Quiero creerle. Pero Hunter... ¿Ha estado usted con él, aunque fuera por poco tiempo?

Leonid carraspeó.

—He oído hablar de él muy a menudo.

—¿Cómo pretende usted detenerlo? ¿Con la flauta ésa? ¿O acaso piensa que escuchará a Sasha? Hay algo que lo domina... y ese algo es incapaz de escuchar nada.

Leonid acercó su rostro al de Homero y le dijo:

—En realidad estoy totalmente de acuerdo con usted. Pero Sasha me lo ha pedido. Y yo, como caballero... —le guiñó el ojo a Sasha.

—Pero ¿es que no lo entendéis? ¡Esto no es ningún juego! —Homero miró suplicante, primero a la muchacha, y después a Leonid.

—Lo sé —le contestó Sasha con resolución.

Y el músico tranquilamente y desde el fondo de su alma, añadió:

—Todo es un juego.

Si Leonid era en verdad hijo de Moskvín, cabía perfectamente la posibilidad de que estuviera informado sobre una epidemia de la que Hunter no hubiera oído hablar. O tal vez el brigadier fingiera que nunca había oído hablar de ella. Homero consideraba a Leonid un fantasmón, pero, ¿y si era verdad que la fiebre se podía combatir con radiaciones? Contra su propia voluntad, contra el sentido común, el viejo buscaba argumentos en favor de esa teoría. ¿No era eso mismo lo que él había deseado durante los últimos días? ¿Y si la tos, la sangre en la boca y el malestar no habían sido otra cosa que síntomas provocados por la radiactividad? La dosis que había recibido al pasar por la Línea Kakhovskaya debía de haber sido suficiente para acabar con la infección.

¡Con qué facilidad se dejaba convencer!

Y si todo eso era cierto, ¿qué consecuencias tendría para la Tulskaia? ¿Y para Hunter? Sasha abrigaba la esperanza de poder disuadirlo. Y ciertamente parecía que la muchacha ejerciese un poder inexplicable sobre el brigadier. Pero dentro de éste luchaban dos antagonistas: a uno de ellos, la cadena con la que Sasha quería sujetarle le parecería suave como la seda, pero al otro lo quemaría como un hierro candente. ¿Cuál de los dos estaría al mando en el momento decisivo?

Esta vez la Polyanka no les había preparado ninguna visión. Ni para él, ni para Sasha, ni tampoco para Leonid. La estación les pareció vacía, como muerta. ¿Era un buen o un mal augurio? Podía ser que, la otra vez, el pozo de ventilación por el que entraba aire en el túnel, y que permitía saber cuándo soplaban fuertes vientos en la superficie, hubiera vertido sobre ellos emanaciones alucinógenas. Pero también era posible que Homero hubiera cometido una falta grave, y que la Polyanka no pudiese predecirle el futuro simplemente porque ya no tenía futuro.

—¿Qué significa «esmeralda»? —preguntó Sasha de repente.

—Una esmeralda es una piedra preciosa de color verde —le respondió distraídamente Homero—. A veces, simplemente, se utiliza con el mismo significado que «verde».

—Qué raro —dijo la muchacha, pensativa—. Eso significa que sí existe...

—¿De qué estás hablando? —intervino Leonid.

—Bueno, es que... ¿sabes? —miró al músico—. Quiero ir en busca de tu ciudad. Y algún día voy a encontrarla.

Homero negó con la cabeza, y no contribuyó con ello a calmar los remordimientos de Leonid.

Sasha estuvo todo el tiempo inmersa en sus pensamientos. Una y otra vez murmuraba para sí, y en algún momento exhaló un profundo suspiro. Luego miró inquisitivamente a Homero:

—¿Has escrito todo lo que me ha ocurrido?

—Sí... estoy en ello.

La joven asintió con la cabeza.

—Bien.

En la Serpukhovskaya se estaba preparando algo. El número de guardias de la Hansa se había duplicado, y los hoscos y lacónicos soldados que vigilaban la entrada se negaron terminantemente a dejar pasar a Homero y a los otros dos. Ni los abundantes cartuchos del músico ni toda la documentación de éste lograron convencerlos. Al fin, Homero tuvo la idea que los salvó: exigió que lo pusieran en contacto con Andrey Andreyevich.

Al cabo de una media hora larga llegó un somnoliento operador de comunicaciones. Arrastraba tras de sí un grueso cable. Homero habló al aparato en tonos amenazantes. Dijo que eran la vanguardia de una cohorte de la Orden. Esta media verdad fue suficiente para que los dejaran entrar en el acto a la estación.

La atmósfera que reinaba en la plataforma central del andén era asfixiante, como si alguien le hubiera extraído todo el aire. Aunque fueran las horas nocturnas, todo el mundo estaba en pie. Al fin, llegaron a la antesala del despacho del máximo dirigente de la Dobryninskaya.

Éste apareció en el umbral de su despacho, sucio y empapado de sudor, con bolsas en los ojos y hedor de alcohol en el aliento. El ordenanza no estaba. Andrey Andreyevich miró nerviosamente alrededor, y en cuanto se hubo asegurado de que Hunter no estaba allí, dijo:

—¿Cuándo van a llegar?

—Pronto —le prometió Homero.

—La Serpukhovskaya amenaza insurrección. —El jefe se secó el sudor de la cara y salió al recibidor—. Alguien ha ido contando lo de la epidemia. Nadie sabe lo que puede ocurrir y ahora, encima, también están diciendo no sé qué cuentos de que las máscaras de gas no protegen contra la enfermedad.

—Eso no son cuentos —le objetó Leonid.

—En uno de los túneles meridionales que llevan a la Tulsкая, un destacamento de guardia entero ha abandonado su puesto. ¡Cerdos cobardes! En el otro túnel, donde se encuentra el tren de los sectarios, la guardia aún no se ha movido, aunque los fanáticos los acosan, y les gritan no sé qué sobre el Juicio Final. Y en mi propia estación podría estallar en cualquier momento el caos. ¿Dónde están los de la Orden? ¡Son nuestra única salvación!

De repente, alguien gritó un insulto en la estación. Otro vociferó, y a continuación se oyeron los ladridos de los guardias. Como nadie respondía a su pregunta, Andrey Andreyevich se metió de nuevo en su despacho.

Poco después se oyó desde fuera el débil sonido de un cuello de botella contra un vaso. Como si hubiera esperado a que el jefe se marchara de la antesala, la lucecita roja de uno de los teléfonos que se hallaban sobre la mesa del ordenanza empezó a parpadear. Era el aparato con la tira de esparadrapo que decía: TULSKAYA.

Homero vaciló un segundo, dos segundos, pero luego se acercó a la mesa, se lamió los labios resecos y respiró hondo.

—¡Dobryninskaya al habla!

—¿Qué tengo que decirles? —Artyom miraba como alelado a su comandante.

Éste aún no había recobrado la consciencia. Sus ojos vidriosos, opacos como si hubiera descendido sobre ellos un telón, iban de un lado para otro y apuntaban

repetidamente hacia arriba. Un acceso de tos le sacudió todo el cuerpo. «Perforación pulmonar», pensó Artyom.

—¿Aún estáis con vida? —gritó al receptor—. ¡Los infectados han escapado!

Entonces se le ocurrió que al otro extremo de la línea nadie tenía ni idea de lo que sucedía en la Tulskaia. Había que contárselo y explicárselo todo.

Oyó en el andén el chillido de una mujer, y luego una ráfaga de ametralladora. Los sonidos se colaban por el hueco de la puerta entornada. No era posible escapar de ellos. Al otro extremo de la línea le respondió alguien, que le preguntó algo, pero le costaba mucho entenderlo.

—¡Tenéis que cerrar la entrada! —se apresuró a decirle Artyom—. Acribilladlos. ¡Y manteneos a distancia!

Pero ellos no sabían cuál era el aspecto de los enfermos. ¿Cómo podía describirlos? ¿Como criaturas hinchadas, reventadas, apestosas? Pero los que se habían contagiado hacía poco tenían un aspecto completamente normal.

—Disparad a matar —dijo mecánicamente.

¿Y qué pasaría si él mismo trataba de abandonar la estación? ¿Tirarían a matar también contra él? ¿Acababa de dictar su propia sentencia de muerte? No, no iba a salir de allí. No quedaba nadie sano. De pronto, Artyom sintió una soledad infinita.

—Por favor, no cuelgue —suplicó.

Artyom no sabía muy bien qué podía decirle al desconocido que se hallaba al otro extremo de la línea. Pero le contó sus muchos y vanos intentos de contactar, y de su temor de que no quedara en toda la red de metro ni una sola estación con vida. Llegó a pensar que tal vez estuviera telefoneando a un futuro en el que nadie había sobrevivido. También eso se lo contó al desconocido. No tenía por qué temer al ridículo. No tenía por qué temer a nada. Lo importante era que hubiese alguien con quien hablar.

—¡Popov! —gritó de repente, a sus espaldas, la voz ronca del comandante—. ¿Has contactado con el puesto del norte? ¿La puerta... está cerrada?

Artyom se volvió y negó con la cabeza.

—¡Idiota! —El comandante escupió sangre—. No sirve para nada... ahora escúcheme bien: la estación está minada. He descubierto unas tuberías en el techo. Por ellas circulan aguas subterráneas. Les he puesto unas cargas... en cuanto las hagamos estallar, esta estación de mierda se inundará. Los conmutadores están aquí, en la sala de comunicaciones. Pero antes habrá que ir a cerrar la puerta norte... y controlar que la del sur siga cerrada. La estación tiene que quedar totalmente aislada, ¿lo entiende? Para que no desaparezca la red de metro entera. Cuando todo esté a punto, me avisa... ¿el enlace con la guardia aún funciona?

—Sí, señor. —Artyom asintió con la cabeza.

—Y procure salir a tiempo. —El comandante trató de esbozar una sonrisa atormentada, pero un nuevo acceso de tos se lo impidió—. No sería justo...

—Pero ¿qué va a ser de usted? ¿Se va a quedar aquí?

El comandante arrugó la frente.

—¡No sufra por mí, Popov! Cada uno de nosotros ha nacido con un destino. El mío es ahogar a esos cerdos. El suyo, cerrar las escotillas y morir como un hombre de verdad. ¿Queda entendido?

—¡Sí, señor!

—Entonces, dése prisa.

El auricular quedó de nuevo en silencio.

Había que darles las gracias a los dioses del teléfono de que Homero hubiese entendido bastante bien la mayoría de las palabras del soldado de la Tulskaia. Las últimas frases, sin embargo, no se oían con claridad, y, al fin, se había interrumpido la conexión.

El viejo levantó la mirada. Frente a él se erguía la panza de Andrey Andreyevich. El uniforme azul del jefe de estación tenía manchas oscuras en las axilas. Sus gruesas manos temblaban.

—¿Qué sucede allí? —preguntó con voz inexpresiva.

—La situación se encuentra fuera de control. —Homero tragó saliva—. Envíe a todos los hombres disponibles a la Serpukhovskaya.

—No servirá de nada. —Andrey Andreyevich se sacó una Makarov del bolsillo de los pantalones—. Aquí reina el pánico. Los pocos hombres fiables que me quedaban los he apostado en los túneles que conducen a la Línea de Circunvalación. Así, por lo menos, nadie saldrá de aquí.

—Pero ahora pueden tranquilizarse. Hemos... la fiebre se cura. Con radiactividad. Dígaselo...

—¿Radiactividad? —El jefe de estación hizo una mueca—. ¿Y usted se lo ha creído? ¡Bueno, pues, vaya usted con mi bendición!

Andrey Andreyevich le hizo un saludo militar en plan de burla, cerró la puerta a sus espaldas y se encerró en su despacho.

¿Qué hacer? Homero, Leonid y Sasha no podrían salir de allí. Y, por cierto, ¿dónde estaban los dos jóvenes? ¡Se habían largado!

Homero salió al corredor con la mano sobre su acelerado corazón. Corrió hasta el andén y gritó el nombre de los dos jóvenes. Habían desaparecido.

En la Dobryninskaya reinaba el caos. Mujeres con niños y hombres cargados con grandes sacos se encaraban con el mal pertrechado cordón militar. Entre las tiendas derribadas por el suelo merodeaban individuos sigilosos, nada fiables, pero no había quien les prestara atención. Homero había presenciado situaciones semejantes: los soldados empezaban por arrear patadas a quienes los pisaran sin querer, y acabarían por disparar contra personas desarmadas.

De súbito se oyó un gemido en el túnel.

El barullo y los gritos cesaron, y en su lugar hubo exclamaciones de perplejidad. Se oyó de nuevo el desacostumbrado y estentóreo sonido, como si se hubiera tratado de la trompetería de una legión romana que se hubiese equivocado de milenio y marchara sobre la Dobryninskaya...

Los soldados se apresuraron a desmontar las barreras. De las fauces del túnel emergió una criatura gigantesca: un vehículo blindado. Su pesado cráneo —la cabina del piloto— estaba protegido por planchas de acero sujetas con remaches. No había otra abertura que unas estrechas aspilleras. Sobre esa misma cabina se habían montado dos ametralladoras de gran calibre. Detrás de la cabeza venía un tronco estrecho y largo. Finalizaba en una segunda cabeza astada que miraba en la dirección opuesta. Homero no había visto en toda su vida un monstruo semejante.

Ídolos sin rostro se sentaban sobre el acorazado, negros como cuervos. Todos ellos eran semejantes, vestían trajes aislantes completos y chalecos de kevlar, máscaras de gas de un tipo desconocido y mochilas militares especiales. No parecía que pertenecieran a aquel tiempo, y ni a aquel mundo.

El tren se detuvo. Los recién llegados saltaron al andén con sus pesadas armas, sin prestar atención a la masa humana que se había congregado, y formaron en tres hileras. Entonces dieron media vuelta y marcharon como un solo hombre, como una máquina, con pasos acompasados, estruendosos, hacia el corredor que enlazaba la Dobryninskaya con la Serpukhovskaya. Sus fuertes pisadas se imponían tanto a los temerosos murmullos de los adultos como al llanto de los niños. Homero corrió tras ellos y trató de identificar a Hunter entre las docenas de soldados. Pero la mayoría medían casi lo mismo y sus impenetrables trajes parecían encajar como un molde sobre sus anchos hombros.

Todos ellos portaban un mismo y terrorífico armamento: lanzallamas y rifles Vintorez²⁹ con silenciador. Nada de escarapelas, ni de blasones, ni de insignias.

¿Sería uno de los tres que iban al frente?

Homero le tomó la delantera a la columna, hizo gestos con la mano, observó los visores de las máscaras de gas. Pero siempre descubría la misma mirada pétrea e indiferente. Ninguno de los recién llegados reaccionó, ninguno de ellos reconoció a Homero. ¿Seguro que Hunter se encontraba entre ellos? Tenía que estar allí. ¡Tenía que encontrarlo!

²⁹ Rifle de precisión producido en Rusia, con silenciador incorporado. Calibre 9 x 39 mm.

Homero no había conseguido localizar ni a Sasha ni a Leonid en el pasillo. ¿Tal vez se había impuesto el buen sentido y el músico había llevado a la muchacha a un lugar seguro? Sí, ojalá se hubieran alejado del baño de sangre que iba a tener lugar. Homero procuraría luego negociar un arreglo con Andrey Andreyevich, si es que éste aún no se había pegado un tiro en la cabeza.

Cual martillo de atleta, la formación se abrió paso entre la muchedumbre a paso acelerado. Nadie se atrevía a interponerse en su camino. Incluso los guardias fronterizos de la Hansa se apartaban a un lado. Homero se decidió a seguir a la columna. Tenía que asegurarse de que no le sucediera nada a Sasha.

Ninguno de los soldados se lo impidió. Para ellos era como un perro que ladrase y corriera en pos de una dresina.

Cuando hubieron entrado en el túnel, los tres lanzallamas de la primera línea empezaron a vomitar fuego, brillantes como mil candelas, y abrasaron la oscuridad que los envolvía. Ninguno de los soldados hablaba. El silencio era opresivo, antinatural. Debía de ser consecuencia de su entrenamiento. Con todo, Homero no lograba liberarse de la sensación de que sí, los cuerpos de aquellos hombres eran duros como el acero, pero sus almas habían muerto. Estaba contemplando una perfecta máquina de matar, cuyas piezas carecían de voluntad. Sólo uno de ellos, que en su apariencia no se distinguía de los demás, llevaba dentro de sí el plan de acción: cuando pronunciara la orden «fuego», los demás, sin pensarlo, pegarían fuego a la Tulska y a cualquier otra estación, junto con todos los que vivieran dentro.

Por suerte, no fueron por el túnel en el que estaba parado el tren de los sectarios. Así, los desgraciados tendrían algo más de tiempo hasta que los alcanzara el fuego de la expiación. Primero había que acabar con la Tulska, y luego les tocaría a ellos...

De repente, como en respuesta a una señal invisible, la columna aminoró la marcha. Al cabo de un minuto, Homero comprendió el porqué: se hallaban cerca de la estación.

El silencio transparente, casi cristalino, permitía oír los gritos.

Y entonces algo salió al encuentro de los recién llegados, tan ligero e inesperado que el viejo llegó a dudar de su propio entendimiento: una música maravillosa.

Homero escuchaba como hechizado. No prestaba atención a nada, salvo a la voz nasal que se oía en el auricular. Y de pronto, Sasha comprendió que había llegado el momento de separarse de él.

Se escabulló del despacho, esperó fuera a que saliese Leonid y se marchó con él. Primero tomaron el pasillo de la Serpukhovskaya y luego el túnel que llevaba hasta el lugar donde su ayuda podía ser necesaria. Donde aún podría salvar vidas.

El mismo túnel que la llevaría hasta él. Hasta Hunter.

—¿No tienes miedo? —le preguntó a Leonid.

El joven le sonrió.

—Desde luego que sí. Pero también tengo la ligera sospecha de que, por fin, voy a hacer algo importante.

—No hace falta que me acompañes. Podría ser que allí nos aguardara la muerte. También podríamos quedarnos aquí y no ir a ninguna parte.

—Nadie sabe lo que el futuro nos puede deparar —le respondió Leonid, al tiempo que levantaba el dedo índice e hinchaba los carrillos burlonamente para darse aires de enterado.

—Pues yo pensaba que lo decidía uno mismo.

—Déjalo ya. —Una sonrisa irónica afloró a los labios de Leonid—. Todos nosotros somos como ratas en un laberinto. Tiene portezuelas corredizas, y los investigadores que nos observan las abren en ocasiones, y otras veces las cierran. Si encuentras cerrada la puerta de la Sportivnaya, puedes arañarla cuanto quieras: no se va a abrir por nada del mundo. Y si detrás de la puerta siguiente te acecha una trampa, caerás igualmente en

ella, aun cuando la hayas presentido. En realidad, no existe otro camino. Tenemos una sola alternativa: seguir adelante, o morir en señal de protesta.

Sasha arrugó la frente.

—¿No te da rabia tener que vivir así?

—No, lo que me da rabia es la estructura de mi columna vertebral.

No puedo estirar la cabeza lo suficiente para mirar a la cara al autor de este experimento.

—Esto no es ningún experimento. Si es necesario, las ratas pueden abrirse camino a mordiscos incluso en el cemento.

Leonid se rió.

—Eres una rebelde. Yo, en cambio, soy un oportunista.

Sasha negó con la cabeza.

—Eso no es cierto. Tú también crees que es posible transformar a los seres humanos.

—Me gustaría creerlo.

Leonid y Sasha pasaron junto a un puesto de guardia. Era obvio que sus ocupantes lo habían abandonado con toda precipitación. Entre los rescoldos humeantes de la hoguera todavía brillaban algunas brasas. A su lado había una revista con fotos de mujeres desnudas. Tenía las páginas manchadas y rotas. Sobre la pared colgaba un estandarte de campaña casi hecho jirones.

Al cabo de unos diez minutos tropezaron con el primer cadáver.

A primera vista no parecía humano. Tenía los brazos y piernas muy abiertos, y se le habían hinchado de tal modo que la ropa se le había rasgado. Y su rostro superaba en monstruosidad a todo lo que Sasha hubiera visto en su vida.

—¡Cuidado! —Leonid la apartó del cadáver—. Podrías contagiarte.

—Sí, ¿y qué? Existe un remedio. Vamos a un lugar donde todo el mundo podría contagiarnos.

De repente, se oyeron disparos más adelante, y gritos lejanos.

—Hemos llegado en el momento preciso —dijo Leonid—. Parece como si no quisieran esperar a tu amigo...

Sasha lo miró aterrorizada pero luego, desafiante le dijo:

—¡Da igual! Tenemos que decírselo. Todos piensan que están condenados a muerte. ¡Tenemos que devolverles la esperanza!

La puerta de seguridad de la estación seguía abierta. Encontraron otro cadáver de bruces en el suelo pero éste, por lo menos, era reconocible como ser humano. A su lado crujía y crepitaba desesperadamente la caja metálica de un sistema telefónico. Parecía como si alguien intentara despertar al guardia.

Al final del túnel, varios hombres se habían atrincherado tras un improvisado montón de sacos de arena. Una ametralladora y algunos soldados con rifles de asalto: no había otra barrera.

Detrás de éstos, allí donde terminaban las estrechas paredes del túnel y empezaba el andén de la Tulskaia, una pavorosa multitud se agitaba y se encaraba con los guardias. Los había infectados y sanos; monstruos espantosos y figuras de apariencia humana; algunos de ellos empuñaban linternas, y a otros no les servía ya para nada la luz.

Los soldados que se encontraban frente a ellos les impedían el acceso al túnel. Indudablemente, andaban escasos de cartuchos, porque se oían cada vez menos disparos, y la turba se les acercaba más y más.

Uno de los soldados se volvió hacia Sasha.

—¿Venís como refuerzo? ¡Muchachos, han logrado contactar con la Dobryninskaya! ¡Los refuerzos están aquí!

También el monstruo multicéfalo reaccionó con nerviosismo y avanzó todavía más.

—¡Escuchadme todos! —gritó Sasha— ¡Esta enfermedad tiene remedio! ¡Lo hemos encontrado! ¡No vais a morir! ¡Paciencia! ¡Por favor, tened un poco de paciencia!

Pero la multitud ahogó sus palabras e, insatisfecha, acometió de nuevo y logró avanzar un poco más. El guardia que manejaba la ametralladora los fustigó con una

ráfaga atroz, y algunos cayeron al suelo gimoteando, mientras que otros respondían con disparos aislados. La masa avanzó enfervorizada, dispuesta a pisotearlo y destrozarlo todo. Tanto a los guardias como a Sasha y a Leonid.

Entonces ocurrió algo.

Primero dubitativo, y luego cada vez más seguro de sí mismo y fuerte, se elevó el canto de una flauta. No había nada que en aquel instante pudiera parecer más inapropiado, e incluso estúpido. Los soldados clavaron los ojos en el flautista, perplejos, mientras la multitud gruñía, al principio sorprendida, y luego, entre risotadas, volvía a avanzar.

Pero Leonid no pareció inquietarse. Con toda probabilidad no tocaba para ellos, sino para sí mismo. Era la maravillosa melodía que había hechizado a Sasha y atraído a tantas personas.

Seguramente era el método más inadecuado que se podía imaginar para poner freno a la rebelión y tranquilizar a los infectados. Pero quizá fuese la conmovedora ingenuidad de su desesperada intervención —y no el poder mágico de la flauta— lo que por fin retrasó el asalto de la muchedumbre. O tal vez el músico había logrado que los mismos que lo rodeaban, y que estaban a punto de hacer pedazos lo que se les pusiera por delante, se acordaran de algo. De algo que...

Los disparos cesaron, y Leonid se adelantó sin dejar de tocar la flauta. Se comportaba como si se hubiera hallado ante un público normal, un público que lo aplaudiría al cabo de un instante, que lo recompensaría con cartuchos.

Y, por una fracción de segundo, Sasha creyó reconocer entre los oyentes a su padre, que le sonreía con gentileza. Así pues, la había esperado allí... la muchacha pensó en lo que le había dicho Leonid: esa melodía tenía la capacidad de apaciguar el dolor.

De pronto, se oyeron ruidos tras la puerta hermética. Demasiado pronto, en realidad.

¿Los exploradores habían alcanzado su objetivo antes de lo previsto? Entonces, ¿la situación en la Tulskaia no era tan complicada como parecía? ¿Y si los ocupantes habían abandonado la estación sin abrir la puerta?

La tropa rompió filas y los soldados se parapetaron en los saledizos del túnel. Sólo cuatro hombres se quedaron junto a Denis Mikhailovich, frente a la puerta, con los rifles a punto.

Había llegado la hora. La puerta se deslizaría a un lado, y al cabo de pocos minutos cuarenta soldados de la Sevastopolskaya, fuertemente armados, entrarían en la Tulskaia, aplastarían toda resistencia, y en un abrir y cerrar de ojos se apoderarían de la estación. Todo sería más sencillo de lo que había pensado el Coronel.

Denis Mikhailovich tomó aliento para ordenar a sus hombres que se pusieran las máscaras de gas.

Pero no llegó a hacerlo.

La columna cambió de formación, se desplegó. Avanzaron en seis hileras para cubrir el túnel de un extremo a otro. La primera línea esgrimía los lanzallamas, la segunda empuñaba sus rifles de asalto. Avanzaban cual negra lava, circunspectos, y al mismo tiempo imparables.

Homero caminaba agazapado detrás de sus anchas espaldas. La luz blanca de sus linternas le permitía contemplar toda la escena: el destacamento de soldados que se mantenía en sus posiciones, dos siluetas más delgadas —Sasha y Leonid—, y una horda de pavorosas criaturas que avanzaba contra todos ellos. El espanto le agarrotó el cuerpo.

Leonid no dejaba de tocar. Estaba espléndido. Increíble. Inspirado como en ninguna otra ocasión. La horrorosa muchedumbre sorbía la música dentro de sí, con avidez, e incluso los defensores del túnel abandonaban sus posiciones para verlo mejor.

Su melodía separaba a los bandos enfrentados como una pared invisible. Sólo ella les impedía que se arrojaran unos contra otros para un último y mortífero combate.

—¡Apunten!

La orden la había dado uno de los miembros del grupo negro. Pero ¿quién? La primera línea apoyó una rodilla en el suelo, la segunda apuntó.

—¡Sasha! —gritó Homero.

La muchacha se volvió, parpadeó, tendió una mano y avanzó lentamente contra el chorro de luz que le golpeaba el rostro.

La multitud murmuró y gimoteó bajo el insoportable resplandor. Se apretujaron entre sí.

Los soldados aguardaban sin moverse.

Sasha se encaró con el negro escuadrón.

—¿Dónde estás? —gritó—. Tengo que hablar contigo. ¡Por favor!

Nadie respondió.

—¡Hemos descubierto un remedio! ¡La enfermedad se puede curar! ¡No es necesario que mates a nadie!

La siniestra falange permanecía en silencio.

—¡Te lo ruego! Sé que no quieres hacerlo. Sólo quieres salvarlos... y salvarte a ti mismo...

De repente se oyó, entre las filas de los soldados, sin que fuera posible descubrir su procedencia, una voz ronca:

—Márchate. No quiero matarte.

—¡No hace falta que mates a nadie! ¡La enfermedad tiene remedio! —repitió Sasha, desesperada, e iba de un lado a otro, frente a la hilera de hombres, todos iguales, todos enmascarados, en busca de Uno.

—No existe ningún remedio.

—¡La radiactividad! ¡La radiactividad la cura!

—Eso no me lo puedo creer.

—¡Por favor!

—Hay que descontaminar la estación.

—¿Es que no quieres que las cosas cambien? ¿Por qué vuelves a hacer lo mismo que ya hiciste? ¡Aquella otra vez, con los negros! ¿Por qué no tratas de alcanzar el perdón?

Los soldados callaban. Y la enfervorizada muchedumbre volvía a avanzar.

—¡Sasha! —le gritó Homero, suplicante.

Pero la muchacha no lo oyó.

Por fin retumbaron las palabras:

—Nunca cambiaré nada. No hay nadie que pueda perdonarme. Alcé la mano contra... contra... y ahora sufro el castigo.

—¡Todo está en ti! —Sasha no se rendía—. ¡Sí puedes liberarte! ¡Puedes demostrar que sí! ¿Es que no lo ves? ¡Esto es un espejo! ¡Un reflejo de lo que hiciste hace un año! Pero ahora puedes cambiarlo todo... puedes escuchar. ¡Darles una oportunidad... y ganarte una oportunidad para ti mismo!

—Tengo que aniquilar al monstruo —dijo la formación entera.

—¡No, no puedes! —chilló Sasha—. ¡Eso sí que no puede hacerlo nadie! ¡El monstruo también está dentro de mí, duerme dentro de todos nosotros! Es una parte del cuerpo, una parte del alma. Y cuando despierta... ¡no es posible matarlo, ni amputarlo de uno mismo! Sólo podemos apaciguarlo... hacer que se duerma...

En ese momento, un soldado joven y cubierto de suciedad se abrió camino entre la informe turba, logró pasar entre la pared y las inmóviles hileras negras, corrió hacia la puerta hermética, agarró el micrófono del comunicador, que estaba alojado en una caja de hierro, y gritó algo. Al instante se oyó un silenciador, y el soldado se desplomó. La multitud olió la sangre, se creció, y gritó enfurecida.

El flautista empuñó una vez más su instrumento y se puso a tocar, pero, entonces, la magia se desvaneció. Alguien le disparó, la flauta se le cayó de las manos, y trató de cubrirse el vientre.

En las bocas de los lanzallamas aparecieron las primeras lenguas de fuego. La falange pasó a ser tan sólo una incontable suma de armas. La formación dio un paso adelante.

Sasha se arrojó sobre Leonid sin prestar atención a la multitud que había alcanzado ya al músico.

—¡No! —chilló, fuera de sí. Estaba sola frente a centenares de repulsivos engendros... frente a una legión de asesinos... contra el mundo entero—. ¡Quiero un milagro!

De pronto, se oyó un trueno lejano. La bóveda retembló, la multitud se estremeció, e incluso la formación militar dio un paso hacia atrás. Finos regueros de agua empezaron a derramarse en el suelo, desde el techo, y por fin descendió un oscuro chorro cada vez más tumultuoso...

—¡Una inundación! —gritó alguien.

Los soldados de la Orden se retiraron a toda prisa de la estación, hacia el hueco de la puerta hermética. Homero corrió tras ellos, pero se volvía una y otra vez hacia Sasha. La muchacha no se movía.

Sasha metió las manos y el rostro en el agua que se derramaba a raudales, y... se rió.

—¡Esto es la lluvia! —gritó—. ¡Viene para limpiarlo todo! ¡Podremos empezar de nuevo!

La negra tropa había cruzado el umbral de la puerta hermética, y con ellos Homero. Algunos de los soldados se arrojaron sobre los mandos de la puerta para cerrar la Tulsкая y detener el agua.

La puerta corrediza obedeció y empezó a moverse pesadamente. Al darse cuenta, Homero trató de ir corriendo en busca de Sasha. La muchacha aún se encontraba dentro de la estación. Pero alguien lo sujetó y lo arrojó al suelo.

Entonces, uno de los soldados corrió hacia la puerta, alargó la mano por el resquicio que aún quedaba entre puerta y pared, y le gritó a la muchacha:

—¡Ven! ¡Te necesito!

El agua les llegaba ya hasta las caderas. De pronto, los cabellos rubios de Sasha se sumergieron... y la muchacha desapareció.

El soldado sacó la mano del resquicio y la puerta se cerró.

La puerta no se abrió. Un temblor recorrió el túnel y al otro lado de la plancha de acero se oyó el eco de una explosión. Luego se hizo de nuevo el silencio.

Denis Mikhailovich apoyó un oído en la puerta y escuchó durante largo rato. Luego se secó el agua que tenía en la mejilla y, asombrado, volvió los ojos hacia el techo, que de repente había quedado cubierto de humedad.

—¡Regresamos! —ordenó—. Aquí ha terminado todo.

EPÍLOGO

Homero suspiró y pasó varias hojas. Apenas si le quedaba espacio en el cuaderno. Tan sólo unas pocas páginas. ¿Qué pondría por escrito, y qué tendría que sacrificar? Acercó la mano al fuego para dar calor a sus dedos ateridos.

El viejo había pedido que lo trasladaran al puesto de guardia meridional. Allí, con los ojos clavados en el túnel, trabajaba mejor que en casa, en la Sevastopolskaya, entre montones de periódicos muertos. Aunque Helena se esforzara por dejarlo en paz.

Homero levantó la mirada. El brigadier estaba sentado aparte de los otros centinelas, en la frontera entre la luz y la oscuridad. ¿Por qué había tenido que elegir precisamente la Sevastopolskaya? Debía de haber algo especial en aquella estación...

Hunter no le había contado al viejo qué se le había aparecido en la Polyanka. Pero Homero había llegado a entenderlo: no se había tratado de una profecía, sino de una advertencia.

Las aguas que inundaban la Tulskeya fueron bajando a lo largo de una semana. Las gigantescas máquinas de la Línea de Circunvalación habían bombeado la que quedaba, y Homero se había presentado voluntario para unirse al primer equipo de exploradores que entraría en la estación.

La catástrofe se había cobrado casi trescientas vidas. Homero no sintió ninguna repugnancia mientras les daban la vuelta a los cadáveres. En realidad, no sintió nada. Sólo la buscaba a ella. Buscó sin cesar...

Se detuvo durante un buen rato en el último lugar donde había visto a Sasha. En aquel momento en el que había vacilado, en vez de luchar para que le dejaran correr hacia ella. Para salvarla. O morir a su lado.

Un inacabable desfile de enfermos y sanos había pasado por su lado, en dirección a la Sevastopolskaya, hacia los saludables túneles de la Línea Kakhovskaya. El músico no había mentido: la radiación curaba la enfermedad.

Y, quién sabe: tal vez el músico no hubiera mentido en nada. Tal vez la Ciudad Esmeralda existiera en algún lugar, y tan sólo hubiera que encontrar la puerta. Tal vez el propio músico se hubiera hallado con frecuencia frente a esa puerta, y no hubiera merecido que le abrieran.

No podría saberlo ya, una vez que «las aguas bajaran».

Pero el Arca no era la Ciudad Esmeralda. La verdadera Arca era la propia red de metro. El último refugio que había protegido tanto a Noé como a Sem y a Cam de las oscuras y turbulentas aguas, tanto a los justos como a los indiferentes y los malvados. Una pareja de cada especie animal. De todos los que tenían cuentas pendientes: tanto acreedores como deudores.

Eran demasiados. Eso estaba claro. No podrían aparecer todos en la novela. Apenas si quedaban páginas libres en el cuaderno del viejo. Este último no era un Arca, sino un barquito de papel. No podría llevar a bordo a todos los hombres y mujeres. Pero, aun así, Homero abrigaba la esperanza de que, con sus tímidos trazos, había logrado plasmar algo de mucha importancia en aquellas páginas. No sobre todos aquellos seres humanos. Sino sobre el ser humano.

Pensó que el recuerdo de quienes nos han abandonado no desaparece jamás. Porque nuestro mundo se ha tejido con los hechos y los pensamientos de otras personas y, así, cada uno de nosotros consta de innumerables piecitas que hemos heredado de millares de antepasados. Todos ellos dejaron su rastro, una pequeña parte de su alma que legaron a sus descendientes. Si se quería verlo, bastaba con mirar bien.

También el barquito de Homero, hecho con pliegues en un papel, con pensamientos y recuerdos, navegaría sin fin por los océanos del tiempo, hasta que alguien lo recogiera, lo contemplara, y comprendiese que el ser humano había sido siempre igual, y que permanecería fiel a sí mismo hasta el final del mundo. El fuego celeste que en otro tiempo se había escondido en su pecho pugnaba contra el viento, pero jamás se podría extinguir.

Homero había pagado su deuda.

Cerró los ojos y se vio en una estación resplandeciente, inundada de cegadora luz. Millares de seres humanos se habían congregado sobre el andén. Vestían trajes elegantes, de cuando Homero era joven, de cuando aún no había pensado nadie en llamarlo Homero. Pero, en esta ocasión, también se encontraban entre ellos los seres humanos que habían vivido en el metro. Ni unos ni otros se sorprendían de la presencia de los demás. Había algo que los unía a todos...

Aguardaban, y contemplaban con nerviosismo la oscura bóveda del túnel. Y entonces Homero reconoció los rostros. Eran su mujer y sus hijos, los colegas del trabajo, los compañeros de clase, los vecinos, sus dos mejores amigos, Ahmed, y su actor favorito. Allí estaban todos los que podía recordar.

Y, de súbito, el túnel se iluminó, y un metro entró silenciosamente en la estación, con las ventanas deslumbrantes, la chapa bruñida, las ruedas engrasadas. Pero la cabina del conductor estaba vacía. Dentro de ésta colgaban tan sólo un uniforme planchado y una camisa blanca.

«Es mi uniforme —pensó Homero—. Y mi puesto.»

Subió a la cabina, abrió las puertas de los vagones y dio la señal. La multitud entró y se repartió por los bancos. Todos los pasajeros encontraron un lugar para sentarse, y sonrieron, ya tranquilos. Y también Homero sonrió.

Lo sabía: en cuanto estampara el punto y final en su cuaderno, el resplandeciente convoy repleto de personas felices abandonaría la Sevastopolskaya y partiría hacia la eternidad.

Inesperadamente, algo lo arrancó de su mágico sueño. Muy cerca de donde se hallaba, oyó un gimoteo sordo, casi antinatural. Se estremeció y empuñó el rifle...

Era el brigadier quien había hecho aquel sonido. Homero se puso en pie y quiso acercarse a Hunter, pero éste gimoteó de nuevo... en un tono más agudo... y luego otra vez... un gimoteo más grave...

Homero escuchó y de pronto lo asaltó un temblor. No dio crédito a sus oídos.

Con voz ronca y torpe, el brigadier trataba de entonar una melodía. Se detuvo, volvió al inicio y la repitió pacientemente hasta que por fin logró hallar el tono. Cantó en voz muy baja una especie de canción de cuna.

Era la canción sin nombre de Leonid.

Homero no había logrado encontrar el cadáver de Sasha en la Tulsкая.

¿Qué nos deparará el futuro?

EL VIAJE CONTINUA...